

El trabajo es la fuente de la riqueza.
Construimos en solidaridad.
El saber es energía.
La religión es un asunto privado.
Desaparición de las diferencias de clase.
No a los monopolios privados.
La voluntad del pueblo es la voluntad suprema.
Sufragio universal igualitario.
Una jornada laboral máxima de ocho horas.
El desarme significa la paz.
Una sola y misma ley para las mujeres y los hombres.
Libertad, Igualdad, Fraternidad.

CONGRESO DE COPENHAGUE DE LA
II INTERNACIONAL, 1910



de la editorial

LIBRERIA

James Joll

La II Internacional
Movimiento obrero 1889-1914



327.3

TOI

327.3

JOL

James Joll

La Segunda Internacional

1889-1914

DONACION

Juan Carlos Portantiero

FLACSO ARGENTINA
BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

ICARIA

13-20

Título original:

The Second International 1889-1914

© James Joll

Traducción: Juan Faci y Román Izuzquiza

© de la edición española ICARIA-EDITORIAL S.A.

c./ De la Torre, 14 - Barcelona-6

1.ª edición: diciembre 1976

ISBN: 84 400-1938-6

Depósito legal: B-50.900-1976

Imprenta: Tipografía Ideal.

Introducción

Son varias las razones por las cuales parece positivo realizar la historia de los aspectos internacionales del socialismo en el período comprendido entre 1889, año en que se produjo la fundación de la Segunda Internacional, y 1914 cuando quedó patente en todas partes que la unidad de los socialistas, en la que tantas esperanzas se habían depositado, era un simple espejismo.

Ante todo, y como sucede en cualquier episodio histórico, no se puede dejar de olvidar el interés que presentan las personalidades que participan en los acontecimientos, y sus reacciones ante los problemas que se les plantean. Durante un lapso no inferior a cincuenta años, el socialismo internacional fue una de las fuerzas intelectuales más importantes en Europa y en sus filas figuraron, en diversos momentos, personalidades tan sobresalientes y diversas como Lenin y Bernard Shaw, Rosa Luxemburg y William Morris, Jean Jaurès y Benito Mussolini. Por otra parte, ningún hombre de estado ni pensador político podían dejar de tener en cuenta al movimiento socialista.

En segundo lugar, y ha sido desde esta perspectiva en la que se ha estudiado este tema con mayor frecuencia, hay que buscar en la Segunda Internacional las raíces de la Tercera Internacional. Sus debilidades y equivocaciones contribuyeron al desarrollo del comunismo; sus discusiones de carácter doctrinal fueron el nexo entre las enseñanzas originales de Marx y el «marxismo-leninismo», que en la actualidad constituye el credo oficial de casi novecientos millones de personas.

Finalmente, la social-democracia constituyó una fuerza esencialmente internacional. Los partidos miembros de la Segunda Internacional creían tener una serie de problemas comunes que, por ende, podían recibir soluciones comunes. Fue así que muchas veces la actuación táctica y los principios teóricos de un

partido socialista tenían una profunda influencia sobre otros partidos. En este sentido, hay que decir que uno de los aspectos principales de la historia de la Segunda Internacional reside en la imposición por parte del más fuerte de los partidos socialistas europeos —el Partido Social-Demócrata alemán—, de doctrinas y tácticas sobre otros partidos, y especialmente el francés, hecho que en muchas ocasiones fue de desastrosas consecuencias para el subsiguiente desarrollo de la vida social y política en Francia. Por otra parte, con anterioridad a 1914 la Segunda Internacional representaba el sentir de gran número de personas de todos los países europeos de que mediante una acción internacional sería posible impedir el estallido de la guerra. El relato del fracaso de la Segunda Internacional en su lucha por alcanzar este objetivo resulta patético e instructivo a un tiempo.

Este libro no pretende ser una historia de los partidos socialistas europeos. Tampoco es una historia de la evolución de la teoría política socialista.¹ Intenta ser una exposición del socialismo europeo en tanto en cuanto éste alcanzó una forma organizada en los congresos y en otras actividades de la Segunda Internacional.² Es por ello por lo que se presta muy escasa atención a la evolución del Partido Laborista en Inglaterra, y menor incluso al movimiento socialista en los Estados Unidos. El Partido Laborista inglés siempre ha conocido circunstancias distintas a las de los restantes partidos socialistas europeos: ha sido afortunado en el sentido de que el concepto de lucha de clases rara vez ha sido aplicable en la vida política cotidiana de Inglaterra, y siempre se vio libre de las discusiones doctrinales que tan importante papel tuvieron en las conferencias de los partidos socialistas del continente, particularmente el alemán. El movimiento obrero inglés se hallaba representado en la Internacional; el Congreso que la Internacional celebró en 1896 tuvo lugar en Londres y a título individual algunos ingleses, especialmente James Keir Hardie, desempeñaron un papel importante en las discusiones internacionales. Pero el partido laborista nunca fue revolucionario

1. Para estos aspectos véase John Plamenatz, *German Marxism and Russian Communism* (Londres, 1954); G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought* (vols. I y II, Londres, 1953-4). Edición castellana en Fondo de Cultura Económica.

2. Incluso en este aspecto resulta forzosamente incompleto, debido a la desaparición de los archivos de la Oficina de la Internacional para este período.

y tampoco marxista, a excepción de ciertas minorías como la Federación Social-Demócrata y su posterior ramificación, que quizá por el mero hecho de ser marxistas gozaron de una excesiva consideración entre los restantes partidos europeos.

Indudablemente, el estudio de la Segunda Internacional debe centrarse preferentemente en los partidos socialistas alemán y francés y en su interacción. Es en parte la historia de la influencia del socialismo alemán sobre el resto de Europa, de los intentos franceses para oponerse a ella en nombre de una tradición diferente, y de la incapacidad final de los social-demócratas alemanes para impedir la guerra contra Francia en 1914. Al igual que la Primera Internacional había fracasado a consecuencia de los intentos de Marx por dominarla, y que la Tercera Internacional acabaría convirtiéndose en instrumento de la Unión Soviética, la Segunda Internacional iba a sucumbir ante los esfuerzos, no importa si bien intencionados, de los socialistas alemanes por imponer sus teorías y sus normas de acción (o de inacción) sobre los restantes partidos miembros. En la Primera Internacional la tiranía había sido únicamente de tipo doctrinal; era escasa la influencia que podía tener en la política práctica. Pero cuando el socialismo comenzó a ser el credo de partidos de masas, era lógico que las decisiones sobre los aspectos doctrinales y tácticos afectaran de forma más intensa a la evolución política. Son perfectamente conocidos los desastrosos efectos que provocó la intervención del partido comunista ruso en los asuntos internos de otros miembros de la Tercera Internacional. Quizá se puede decir que la influencia del socialismo alemán sobre otros partidos social-demócratas en la Segunda Internacional fue igualmente desafortunada. Por ejemplo, retrasó la evolución de un socialismo genuinamente francés, excluyó del gobierno durante muchos años a algunas de las personalidades más capacitadas de la Tercera República y estimuló el desarrollo de un rígido marxismo en cuyas redes se ha visto envuelta hasta la actualidad una sección importante del partido socialista francés. Para aquellos que gustan de considerar las cuestiones políticas en términos de personalidades, Jaurès y Bebel pueden ser considerados como los protagonistas no sólo de dos formas opuestas de socialismo sino de dos formas distintas de concebir la política.

El mundo socialista en 1889

Hay momentos en la historia en los que las ideas, después de ser largamente discutidas por los intelectuales, comienzan a adquirir realidad política, en los que aparecen fuerzas nuevas susceptibles de alterar el equilibrio de poder existente entre las clases sociales y entre los estados, en los que las antiguas doctrinas y actuaciones deben ser abandonadas gradualmente, mientras la sociedad se esfuerza por adaptarse a una nueva época. Uno de tales momentos históricos se alcanzó en Europa durante la década de 1880.

Y es que la grave depresión que había experimentado el continente durante la década anterior estuvo preñada de consecuencias. La libertad de comercio ya no se consideraba, de forma tan generalizada como a mediados de la centuria, el fin natural de la iniciativa económica. En efecto, en Alemania, los aranceles de 1879 señalaron el final del breve período liberal tanto desde el punto de vista económico como político; en Francia, las concesiones que Napoleón III había hecho a los principios que sustentaba Cobden al reducir algunos aranceles en 1860, habían sido revocadas por la nueva república; e incluso en Inglaterra, donde la libertad de comercio era considerada como la base fundamental de la prosperidad económica, algunos economistas y algún político comenzaron a propugnar el «Comercio Justo». En todos los países europeos, los terratenientes y campesinos estaban comenzando a sentir las consecuencias del gran desarrollo económico que se había producido en América del Norte. En efecto, las mejoras introducidas en los medios de transporte y en la agricultura permitían que los productos alimenticios procedentes de las grandes extensiones del

Middle West fueran vendidos en Europa a precios inferiores a los que podían ofrecer los agricultores ingleses o prusianos, y ello en un período en que la expansión demográfica había incrementado notablemente la demanda de alimentos. Al igual que los industriales, también los agricultores propugnaron la implantación de tarifas proteccionistas, y ambos grupos económicos comenzaron a utilizar la influencia y la organización política para alcanzar sus fines económicos.

Las mismas fuerzas que impulsaban a abandonar la fe en las excelencias del libre comercio hacían que se pusieran también en duda otros principios de la política económica liberal. En Alemania, especialmente, el rápido desarrollo de una industria pesada había producido la aparición de un nuevo proletariado urbano que debía ser asimilado en el seno del imperio bismarckiano, si se quería garantizar la supervivencia de este imperio. Intelectuales y políticos comenzaron entonces a solicitar la intervención del Estado para hacer frente a los problemas que planteaba la sociedad industrial. Tales problemas no eran nuevos en Inglaterra; pero eran muchos los que ahora empezaban a pensar que no se podía mejorar la condición de la clase obrera mediante la aplicación de las leyes económicas naturales, suavizadas por la caridad voluntaria. Se estaba originando, pues, una nueva teoría política, basada en la creencia de que resultaba imprescindible la interferencia del Estado para asegurar a todo el mundo la satisfacción de las necesidades mínimas. Incluso en Francia e Italia, países en los que la Revolución Industrial no se había dejado sentir aún con toda su fuerza, el «Problema Social» era ampliamente discutido. Y además, debido a la expansión de la educación y al desarrollo de una prensa popular, eran muchos más los que se sentían capacitados para tomar parte en tales discusiones, que treinta o cuarenta años atrás cuando por primera vez los intelectuales fueron conscientes de la existencia de un «Problema Social».

Estos cambios en el área del pensamiento económico se vieron acompañados por cambios de tipo político. En Francia, el sufragio universal se había implantado en 1848. En Alemania, aunque muchos estados mantenían obstinadamente un derecho al voto restringido, en la elección del Parlamento imperial votaban todos los varones que hubieran cumplido los veinticinco años. En 1884, el Parlamento inglés completó la obra comenzada en 1832 de conceder el derecho al voto a casi la totalidad de los ciudadanos varones. De este modo fue posible que aparecieran a la luz pública

nuevas organizaciones políticas que comenzaron a tener sus propios representantes en el Parlamento. Empezaron a surgir partidos políticos específicamente obreros y el socialismo, de ser una doctrina de teorizadores políticos y económicos, se convirtió en el credo de partidos de masas. Junto a esta nueva actividad política, los obreros de la industria se organizaban también para la consecución de otros fines; la depresión de la década de 1870 y su lógica secuela, el desempleo, hicieron que esa organización fuera una urgente necesidad. Así, los sindicatos, surgidos con la finalidad de llevar a cabo una negociación colectiva con los patronos, fueron sustituyendo en Inglaterra, Francia y Alemania a las antiguas organizaciones de trabajadores con su énfasis en el mantenimiento de un alto nivel profesional y en la ayuda mutua. Estos nuevos sindicatos dejaron sentir su fuerza económica a través de grandes paros laborales, como la huelga portuaria de Londres en 1889 o la huelga en las minas de carbón del Ruhr en el mismo año.

Éstas eran tendencias internacionales y así lo consideraban tanto los líderes de los nuevos partidos como los defensores del orden existente, aunque la amplitud y las formas de la organización socialista, así como los métodos de representación, variaban notablemente. La Alemania de la década de 1880 aportó el ejemplo más notable de un movimiento socialista de masas, así como de las medidas tomadas por un gobierno para hacer frente a este desafío. Tanto las tradiciones políticas de Prusia como las condiciones económicas y sociales del nuevo imperio favorecían el desarrollo del socialismo. Existía en Prusia una tradición de intervención estatal que había puesto freno e incluso atacado la política económica liberal del *laissez-faire*. En Alemania, una serie de autores como Fichte habían proclamado los beneficios del control de la vida económica por parte del Estado mucho tiempo antes de que la Revolución Industrial hiciera que esta medida fuera totalmente necesaria. Incluso uno de los más brillantes estudiosos franceses del socialismo alemán llegó a remontar sus raíces hasta Lutero.¹ Desde 1860 se había producido un importante incremento de la población y una extraordinaria expansión de la industria. Todo ello explica que en la década de los 80 Alemania contara

1. Jean Jaurès, *De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel* (tesis de Latín, Toulouse, 1892). Traducción francesa, *Les origines du socialisme allemand* reeditado en Jaurès, *Oeuvres*, ed. Max Bonnafous, *Etudes Socialistes*, I (París, 1931).

con el partido socialista más importante del mundo, mientras que, por su parte, el gobierno alemán había puesto en marcha el programa de seguridad social más avanzado del continente, que se complementó con una obra legislativa tendente a impedir que el partido socialista pudiera reclutar y organizar a la clase obrera.

En 1880, el Partido Social-Demócrata alemán contaba con una base doctrinal, una tradición en la agitación práctica, una serie de figuras de primera fila y el apoyo de masas importantes. La base doctrinal procedía de Marx y Engels, en tanto que la tradición de agitación era herencia de Lassalle. En 1875, en el Congreso de Gotha, los socialistas alemanes habían formado un partido unificado con un programa cuya base teórica era el marxismo, pero en el que se hacían ciertas concesiones a los seguidores de Lassalle (debido a tales concesiones, el programa fue objeto de la acerada crítica de Marx en Londres). Lassalle, quien había resultado muerto en un duelo en 1863, era más un agitador que un gran teórico, y no era un pensador original como Marx. Empero, había comprendido que existía la posibilidad de crear un partido obrero de masas si se alcanzaba el sufragio universal. En todo momento abogó por la causa de Prusia como cabeza de una Alemania unida y había llegado a la conclusión de que la nueva sociedad llegaría mediante el control de la maquinaria estatal existente, que se pondría al servicio de los fines colectivistas. De este modo, el programa de Gotha incluía, por ejemplo, la petición de que se crearan asociaciones cooperativas de productores con la ayuda estatal, junto a algunas de las lapidarias expresiones de Lassalle, como «la ley de hierro de los salarios» y la afirmación de que todas las clases sociales, aparte de la clase obrera, no eran más que «una masa reaccionaria». Todas estas peticiones y afirmaciones fueron abandonadas posteriormente cuando el Congreso de Erfurt de 1891 elaboró un programa y una declaración de principios puramente marxistas. Ciertamente, ya desde 1875 entre los seguidores de Lassalle no existía ninguna figura sobresaliente, y desde la muerte de su líder habían sufrido una grave división. La iniciativa había pasado, en definitiva, a sus rivales marxistas. No obstante, siempre fue importante en el socialismo alemán el influjo nacionalista lassalliano, que renacería posteriormente cuando comenzó a resquebrajarse la rigidez de la ortodoxia marxista.

Los dos líderes del nuevo partido, que muy pronto tomó el nombre con el que se le ha conocido desde entonces, el *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (SPD), eran Wilhelm Liebknecht

y August Bebel. Se trataba de dos personalidades muy diferentes. Liebknecht, el de más edad de los dos, nació en 1825. Procedía de una familia de rancio abolengo de intelectuales y miembros de las profesiones liberales, cuyos más antiguos antepasados se remontaban a la época de la Reforma.¹ Joven de gran brillantez, pronto rompió con las tradiciones familiares y se lanzó de lleno a la actividad romántica revolucionaria que precedió a la revolución de 1848. Marchó a París cuando se produjo el estallido de la revolución en la capital francesa, y a causa de una enfermedad no pudo regresar a Alemania hasta el otoño. Ya de vuelta, tomó parte en la insurrección armada de Baden y pasó los meses siguientes entre la prisión y los últimos intentos desesperados por salvar del desastre a la revolución. Desde 1849 hasta 1863 estuvo exiliado en Suiza e Inglaterra, en donde se convirtió en amigo y discípulo de Karl Marx. Hablaba inglés y francés con gran perfección, y durante sus años en el extranjero había adquirido un gran sentimiento de admiración por el socialismo extranjero y por el movimiento obrero internacional. Al regresar a Alemania se estableció en Leipzig (ya que fue expulsado de Prusia) y allí conoció a August Bebel, carpintero de profesión y catorce años más joven que él.

Bebel pertenecía a la clase obrera tanto por su origen como por su educación. Había pasado momentos muy duros durante su infancia y no había podido adquirir una gran formación cultural. Su padre era un NCO prusiano y su madre una sirvienta doméstica de Wetzlar. Nació en una barraca en las afueras de Colonia. Su padre murió cuando August tenía solamente tres años y la madre contrajo segundas nupcias con su cuñado, un guardia de la prisión, quien murió también al cabo de tres años. Siete años más tarde, cuando Bebel tenía sólo trece, murió también su madre, agotada por el esfuerzo de garantizar la supervivencia de sus dos hijos. August fue entonces confiado al cuidado de unos tíos, quienes le enseñaron el oficio de carpintero. Cinco años después, comenzó a errar por Alemania como infatigable viajero, hasta que finalmente se estableció en Leipzig para ejercer su oficio. Fue allí donde comenzó en 1861 su carrera política, en el seno del movimiento obrero.

Fue al conocer a Liebknecht cuando Bebel abrazó la causa mar-

1. F. Mehring, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie* (Stuttgart, 1897), I, p. 421.

xista. Indudablemente, Liebknecht debió provocar en él una gran impresión —«es una persona de quien se puede aprender algo»,¹ dijo de él al conocerle—. Ambos fueron elegidos para la Dieta nortealetmana en 1867 y desde entonces fueron personalidades políticas bien conocidas. Los dos se habían ejercitado en la política en su lucha contra Bismarck y contra los lassallianos, pero Liebknecht era más flexible que Bebel, porque su primitivo sentido romántico no llegó nunca a desaparecer del todo bajo su marxismo ortodoxo. Bebel, sin embargo, carecía de la amplia experiencia internacional, el temperamento voluble y las inquietudes intelectuales de Liebknecht y se vio muy condicionado por aquellos primeros años de luchas. Se incorporó a una tendencia política radical en el momento en que el movimiento obrero comenzaba su expansión gracias a la actividad agitadora promovida por Lassalle, y hasta 1875 su actividad más importante radicó en el enfrentamiento con los sucesores de Lassalle por cuestiones de doctrina y táctica políticas. Fue, pues, en estas luchas con los que todavía eran grupos relativamente poco importantes, donde se gestó la experiencia política de Bebel. Éste habría de ser un factor muy importante en su evolución posterior; desde el Congreso de Eisenach de 1869, en el cual expulsó a sus enemigos políticos con tanta facilidad como falta de escrúpulos, Bebel, se encontraba siempre en su elemento organizando un congreso, preparando el orden del día, expulsando disidentes y machacando sus puntos de vista en esos discursos de tres horas de duración que posteriormente servirían de modelo para la oratoria marxista. Fue hacia 1875 cuando el Partido Social Demócrata surgió como una organización unitaria; el aumento en el número de sus afiliados y su mayor eficiencia y disciplina fueron en gran parte obra de Bebel.

Paralelamente, la reputación de Bebel y Liebknecht fue ganando enteros también fuera de Alemania. A diferencia de los lassallianos, ellos estaban rotundamente en contra de la idea de una Alemania unida dominada por Prusia. Se habían opuesto a la guerra de 1866 y en 1870 pudieron mostrar en forma enérgica su protesta contra el gobierno prusiano. En julio de aquel año se abstuvieron de votar los créditos que habían sido solicitados para la guerra con Francia —prefirieron abstenerse en lugar de votar en contra, porque esto hubiera significado apoyar a Napoleón III—;

1. «Donnerwetter, von dem kann man was lernen». A. Bebel, *Aus Meinem Leben* (nueva ed., Berlín, 1946), I, p. 117.

y en noviembre de 1870, amparándose en la presencia de dos camaradas socialistas en la Dieta nortealetmana, protestaron contra la anexión de Alsacia-Lorena. Bebel recibió entonces una carta de agradecimiento bastante embarazosa del cónsul francés en Viena. Esta actuación en un momento de sentimientos nacionalistas desbordados, les ganó a Bebel y Liebknecht una fama merecida de internacionalistas, y explica en parte el respeto con que se les consideraba en el extranjero. Al año siguiente, Bebel fue condenado a cuatro años de prisión, acusado de incitación al delito de alta traición. Que Bebel no fue tratado con rigor durante su estancia en la cárcel lo demuestra el hecho de que tuviera tiempo para dedicarse a la lectura de Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Darwin, Ludwig Büchner y Liebig, y que recibiera con asiduidad la visita de Liebknecht, que le daba lecciones de inglés y francés. Fue durante este período cuando Bebel construyó las líneas maestras de su obra teórica más importante, *La mujer en el pasado, el presente y el futuro*. Pero, en realidad, Bebel no fue un teorizador político y su principal preocupación radicaba en conseguir que las ideas de Marx constituyeran la base de una acción de masas eficaz.

La extensión del sufragio universal a toda Alemania, al menos en lo referente a las elecciones para el Reichstag, junto con el aumento del proletariado urbano y el extraordinario desarrollo económico que presenció la década de 1870, proporcionó a los líderes socialistas el apoyo popular que necesitaban. Así, desde 1875 el socialismo se convirtió en una fuerza a tener en cuenta en la escena política alemana. Este proceso fue contemplado con gran preocupación desde las esferas gubernamentales, y en 1878 Bismarck, que supo elegir el momento propicio tras dos fallidos intentos de asesinar al emperador, consiguió que el Parlamento aprobara una legislación antisocialista que constreñía severamente las actividades del nuevo partido. No existe prueba alguna de que los social-demócratas tuvieran relación con los atentados, pero no era extraño que una opinión pública para la que los incendios y saqueos de La Comuna de 1871 permanecían aún vívidos en el recuerdo, estuviera dispuesta a atribuirles cualquier acto terrorista. Bajo la legislación antisocialista, los social-demócratas encontraron muy difícil, y a veces imposible, llevar a cabo las actividades normales de cualquier partido político. Las reuniones estaban prohibidas, los periódicos habían sido suprimidos, las asociaciones socialistas locales disueltas y «aquellas personas que puedan supo-

ner algún peligro para el orden público» (es decir, los políticos socialistas) podían ser expulsados de su domicilio habitual.¹ La legislación antisocialista se mantuvo vigente hasta 1890, año en que Bismarck perdió el poder sin haber conseguido persuadir al Reichstag para que decretara su renovación. El efecto principal de estas medidas —al igual que sucediera años antes con las medidas represivas contra la Iglesia católica— fue el fortalecimiento de la determinación y la organización de aquellos contra quienes iban dirigidas, a la vez que les proveía con una lista de mártires para su causa. En definitiva, ni la legislación antisocialista ni el programa de seguridad social que había emprendido Bismarck poco después, consiguieron frenar el progreso del Partido Social-Demócrata. Sus miembros siguieron estando presentes en el Reichstag en número considerable y su predicamento entre las masas no dejó de aumentar. En 1890 el partido contaba con 35 escaños y casi un millón y medio de votos, es decir, una quinta parte de los votos computados.

Este formidable partido de masas, que contaba con líderes eficaces que habían mantenido contacto con Marx hasta su muerte en 1883, y que se beneficiaban del constante (si bien no siempre positivo) consejo de Engels, vio cómo se ensalzaba su prestigio a través de los sufrimientos de sus miembros, víctimas de la legislación antisocialista. Naturalmente, era considerado con gran respeto por los socialistas de los restantes países europeos. Los reducidos grupos políticos que se habían creado en tiempos de la Primera Internacional, comenzaron a fundirse formando partidos que seguían muy de cerca el modelo alemán: el *Parti Ouvrier Belge*, por ejemplo, en 1885, o los Partidos Social-Demócratas austríaco y suizo en 1888. Pero Suiza y Bélgica, aunque contaban con las condiciones sociales y económicas idóneas para la existencia de un partido obrero de masas, eran países demasiado reducidos geográficamente como para que sus partidos alcanzaran la misma fuerza que el de Alemania, mientras que Austria y Hungría sufrían un gran retraso político e industrial que impedía que los socialistas desempeñaran un papel importante en los asuntos de política interna (el sufragio universal no se introdujo en la parte austríaca de la Monarquía Dual hasta 1907, y en Hungría hasta 1918). En consecuencia, estos partidos buscaban en Alemania un guía y,

1. El contenido de la legislación antisocialista aparece resumido en Bertrand Russell, *German Social Democracy* (Londres, 1896), pp. 100-2.

muchas veces, ayuda financiera. Los belgas, sin embargo, se mostrarían muy pronto como una fuerza importantísima y seguirían una evolución política original.

Solamente Francia podía presentar un partido obrero y una tradición que pudieran competir con el Partido Social-Demócrata alemán en un plano de igualdad.

A la capacidad organizativa y a las realizaciones prácticas de los alemanes, los franceses podían oponer una tradición viva de revolución violenta. La organización de La Comuna de 1871 había sido uno de los grandes acontecimientos revolucionarios de la centuria. Los historiadores marxistas se dedicaban a tergiversar los hechos en este episodio insurreccional de manera que se acomodasen a su teoría de la revolución. De todas formas, la represión subsiguiente había afectado gravemente al movimiento obrero francés que se iba recuperando con grandes esfuerzos. A finales de la década de 1870 Bismarck afirmaba, justificando la legislación antisocialista que él propugnaba, que el socialismo había muerto en Francia, y que Alemania se estaba convirtiendo en el centro de este movimiento en Europa; por su parte, Thiers anunció a sus electores poco antes de su muerte, ocurrida en 1877: «Ya nadie habla de socialismo, y con razón. Nos hemos librado de él.»¹ Las medidas represivas que siguieron a la insurrección de La Comuna —en 1892 se aprobó una ley que convertía en una ofensa criminal la pertenencia a la ya caduca Internacional, y más de nueve mil personas fueron condenadas a muerte, deportadas o conducidas a prisión— parecieron efectivas. «La sección francesa de la Internacional disuelta, los revolucionarios fusilados, encarcelados o exiliados; los clubs desorganizados y las reuniones prohibidas; los pocos que habían conseguido escapar a la masacre se encerraban en los rincones más oscuros, presas del pánico: tal era la situación del proletariado inmediatamente después de sofocada la insurrección de La Comuna.»² Sin embargo, en 1879 fueron amnistiados la mayor parte de los condenados y al año siguiente, deseoso el Gobierno de conseguir apoyo popular para las ya próximas elecciones, decretó una amnistía total. Los líderes izquierdistas

1. «On ne parle plus de socialisme, et l'on fait bien. Nous sommes débarrassés du socialisme», citado en A. Zévaès, *De l'introduction du Marxisme en France*, (París, 1947), p. 70.

2. F. Pelloutier, *Histoire des Bourses du Travail* (París, 1921), p. 69, citado en Jean Maitron, *Histoire du Mouvement Anarchiste en France* (París, 1951), p. 78.

exiliados pudieron regresar a Francia para dar nuevos bríos a las organizaciones obreras que lentamente habían ido recuperándose en los años anteriores.

Son varias las razones por las que este renacer del movimiento obrero no llevó a la creación de un partido de masas fuerte y unificado como el alemán. Las diferencias en la concepción de la organización socialista en ambos países fueron perfectamente expresadas —si bien en forma un tanto idealista— por Lucien Herr, bibliotecario de la *École Normale Supérieure* y consejero político de varias generaciones de socialistas franceses. He aquí lo que escribió en 1890:

«El partido socialista alemán es ante todo una jerarquía disciplinada; el nuestro es una asociación voluntaria y libre, formada por hombres a quienes les une la confianza y no la obediencia. Su fuerza radica en su cohesión disciplinada; me alegro por ellos. Pero nosotros no queremos ni podemos contar con ella. Y no podemos, porque somos diferentes; el militarismo nos resulta despreciable incluso en el plano político. Todo nuestro vigor reside en la libertad y espontaneidad con la que formamos nuestros grupos; la auténtica unidad es la que resulta de ahí, no la que sirve para dominar a los grupos políticos... Los alemanes constituyen un ejército y en ello radica su fuerza. Pero esa es también su debilidad, quizás. Porque, tres son los peligros que acechan siempre a un ejército: la debilidad que surge por un exceso de confianza, la división entre sus líderes y la desmoralización provocada por una derrota inicial.»¹

Lo cierto era que en el movimiento socialista francés no existía unidad de ninguna clase. Sus tradiciones eran diversas: el idealismo utópico de Fourier, los proyectos para la reorganización económica de la sociedad de Saint-Simon o Louis Blanc, el anarquismo de Proudhon y una tradición insurreccional carente de soporte doctrinal representada por Auguste Blanqui, se mezclaban ahora, y a veces de forma conflictiva, con ideas procedentes de otros países, como las de Marx y Bakunin. De todo ello resultó, a finales de la década de 1880, la existencia de una serie de grupúsculos que competían por el apoyo de la clase obrera —clase que, por otra parte, no era muy numerosa, si tenemos en cuenta que en 1886 sólo el 35,9 por ciento de la población era población urbana. Incluso en 1911, cuando los sindicatos luchaban denodadamente por afirmar su fuerza, sólo un millón de trabajadores estaban afi-

1. Charles Andler, *Vie de Lucien Herr* (París, 1932), p. 102.

liados a las diversas organizaciones, en comparación con los tres millones de Inglaterra o el formidable avance experimentado en Alemania, de 269.000 en 1895 a tres millones en 1909.

En 1879 se fundó en Marsella un partido socialista marxista, el *Parti Ouvrier Français*, después de una conferencia en la que fueron expulsados otros grupos, especialmente los anarquistas. Este nuevo partido, así como su programa, recibieron el beneplácito de Marx al año siguiente cuando su figura más sobresaliente, Jules Guesde, se trasladó a Londres para entrevistarse con el gran maestro. Guesde, que nació en 1845, habría de convertirse en una de las personalidades destacadas del movimiento obrero francés e internacional, durante los próximos cuarenta años. Era un hombre de sólida formación cultural, que pertenecía a una familia poco acomodada de la clase media. Durante toda su vida se desempeñó como periodista, agitador y político. En tiempos del Tercer Imperio había visitado brevemente la prisión y tras la insurrección de La Comuna estuvo exiliado en Suiza e Italia durante cinco años, entrando en contacto con grupos anarquistas. Pese a sus tendencias anarquistas de esos primeros años, y sus consiguientes discrepancias con Marx, llegó a ser después el principal abogado del marxismo en Francia junto con el propio yerno de Marx, Lafargue. Guesde era una persona orgullosa, honrada e intransigente, carente de atractivo personal pero cuya fuerza residía en la energía, honestidad y carácter desinteresado. Zola nos ha dejado una descripción suya: «Su voz era cálida, áspera y desgarradora... gesticulaba apasionadamente con sus brazos... tenía abundante cabello, su figura estaba un tanto encorvada, y tosía constantemente.»¹

El aparente éxito de los marxistas en la creación de un partido socialista francés unido no iba a ser duradero. El obrero francés, empleado en un pequeño taller, muchas veces, y sobre todo en París, en un trabajo especializado, no sentía una gran atracción hacia los partidos o sindicatos de masas. Los ideales de Proudhon, con su énfasis en la descentralización para crear pequeñas unidades, captaban su interés con mucha más fuerza que los conceptos marxistas o lassallianos del socialismo de estado. Pero hubo otro problema. Los líderes socialistas, después de la concesión de la amnistía a los *Communards* y el triunfo de los republicanos, de-

1. Citado en Dolléans, *Historia del Movimiento Obrero*, (Madrid, 1969), II, p. 22.

mostraron un auténtico interés en defender la República burguesa, y dedicaron sus esfuerzos a la obtención de reformas inmediatas. Y así fue cómo la negativa de los anarquistas a aceptar el dominio de los marxistas unida al deseo de algunos socialistas de llevar a cabo una acción inmediata, provocaron la primera división en el seno del POF. En 1882, un hombre que encarnaba la tendencia anarquista y la que empezaba a llamarse vía «posibilista», se apartó del POF y fundó un nuevo partido, la *Fédération des Travailleurs Socialistes de France*. Este hombre era Paul Brousse (1854-1912), médico y químico de profesión, quien durante su período de exilio había entrado en contacto con Bakunin en Suiza. En este país se encargó de la edición de un periódico anarquista y fue encarcelado y finalmente expulsado por defender en sus artículos el tiranicidio, cuando se produjeron los atentados contra la vida del emperador alemán en 1878.¹ Brousse repudiaba las maniobras de Marx para dominar el movimiento internacional socialista. «Hay dos hombres de talento en Londres: Marx y Engels. Pero ambos tienen una pretensión inadmisible: mantener a todo el movimiento socialista dentro de los límites de su cerebro.»² Esta crítica refleja una actitud de desconfianza y desagrado del control alemán que estaría presente de forma constante en la historia subsiguiente del movimiento socialista francés. Por otra parte, los posibilistas veían ciertas ventajas en el mantenimiento de la República; por ello se opondrían a la maniobra del general Boulanger para hacerse con el poder. Guesde, por su parte, no quiso tener nada que ver con lo que consideraba una disputa de carácter burgués, como haría más tarde cuando se planteó el caso Dreyfus. Al mismo tiempo, los brousistas se mostraron dispuestos a adoptar una política de cooperación con otros partidos, por ejemplo en el gobierno municipal. También en este terreno su enfrentamiento con los marxistas fue una muestra más de una de las constantes controversias en el seno de la Internacional.

1. En este juicio, Brousse intentó volver los argumentos en contra de sus acusadores suizos: «Et Guillaume Tell, Messieurs, votre héros légendaire? Sa figure revit partout: sous la plume, le pinceau, le ciseau de vos artistes: sa flèche siffle dans la musique de Rossini, et son nom éclate dans vos chants et retentit dans vos discours officiels! Et pourquoi cette glorification? Pour cette raison fort juste que Tell est réputé avoir tué Gessler.» Alain Sergent y Claude Harmel, *Histoire de l'Anarchie* (París, 1949), 1.^a parte, p. 444.

2. Brousse, *Le Marxisme dans l'Internationale*, citado en Zévaès, *De l'introduction du Marxisme en France* (París, 1947), p. 127.

Hubo otros grupos políticos que contribuyeron también a provocar la desunión en el movimiento socialista francés, aunque es cierto que en muchos casos, tras la pantalla de las diferencias doctrinales se ocultaban antipatías y rivalidades personales. Aparte de los anarquistas y posibilistas, había que contar con los depositarios de una tradición revolucionaria premarxista. Auguste Blanqui, que pasó las dos terceras partes de su vida en prisión, vivía del recuerdo de los gloriosos acontecimientos revolucionarios en París de 1848 y 1871. En 1881 fundó un Comité Central Revolucionario. A su muerte, ocurrida poco tiempo después, cuando contaba setenta y seis años, el liderazgo de este movimiento pasó a Edouard Vaillant y el grupo adoptó el nombre de *Parti Socialiste Revolutionnaire*. Vaillant era una personalidad notable. Había realizado estudios de medicina e ingeniería, había experimentado el acostumbrado período en el exilio y en 1884 resultó elegido como concejal municipal en París. El «blanquismo» era más la expresión de un temperamento que de una doctrina política. Era un sistema de organización revolucionaria antes que una filosofía política. El pionero de este movimiento había sido Babeuf. Su teoría consistía en la necesidad de una acción revolucionaria directa que debería llevar a cabo una pequeña élite, lo cual nos hace pensar en seguida en los principios leninistas. No obstante, el énfasis que Vaillant ponía en el principio de la lucha de clases y en la necesidad de planificar la revolución, le prestaban una afinidad natural con los marxistas. En efecto, su partido acabaría unido a ellos, aunque Vaillant continuó actuando en forma independiente en el movimiento socialista internacional hasta su muerte, en 1915.

Los valores positivos del movimiento socialista y revolucionario francés —sus tradiciones, el valor y la dedicación de sus miembros, la existencia de líderes notables como Guesde, Brousse y Vaillant (el más sobresaliente de todos ellos, Jean Jaurès, era en 1889 un diputado radical y no se uniría al movimiento socialista hasta cuatro años después)—, quedaban superados por sus aspectos negativos. Entre éstos eran los más graves el retraso de la industria francesa con respecto a la de otros países europeos y la desunión interna. Por ello, su importancia práctica era aún limitada en el ámbito de la política interna de Francia. En las elecciones de 1889 sólo siete socialistas de las diversas tendencias obtuvieron un escaño en el parlamento, cantidad ridícula si la comparamos con los 35 escaños que consiguieron en las elecciones de 1890 los social-demócratas alemanes. Con todo, el socialismo fran-

cés gozaba de gran prestigio en la escena internacional y París era considerado el lugar idóneo para la celebración de un congreso socialista internacional. Congreso que, por lo demás, habría de basarse en la participación de los socialistas franceses y alemanes.

Los partidos que se crearon en Bélgica, Suiza y Austria, según el modelo alemán, eran demasiado débiles como para alcanzar una gran importancia en el espectro internacional, aunque desde luego aportarían una serie de figuras sobresalientes al internacionalismo socialista. En Italia y España la situación era similar a la de Francia, pero las causas que explicaban la debilidad del movimiento obrero eran aún más graves. El retraso económico y la falta de unidad doctrinal impedían que el socialismo constituyera una fuerza importante en estos dos países. Fueron, por otra parte, los dos únicos lugares del continente donde la influencia de Bakunin se manifestó profunda y duradera. En España, los anarquistas supieron tomar la iniciativa y posiblemente son aún hoy en día el grupo más importante dentro de la clase obrera. Tampoco en Italia llegó a tener importancia el marxismo en vida de Marx. Éste había llegado a afirmar que la sección italiana de la Internacional estaba formada por «abogados sin clientes, doctores sin conocimientos ni pacientes, estudiantes cuya única actividad consistía en jugar al billar, viajeros de comercio y un puñado de mezquinos periodistas de la prensa sensacionalista».¹ Sin embargo, hacia 1887 el socialismo había calado más profundamente, y en 1892, después de muchas divisiones y controversias similares a las que tenían lugar en Francia, se fundó un partido socialista, vagamente marxista y claramente antianarquista, que, aliado con otros partidos izquierdistas, alcanzó pronto una cierta importancia en el parlamento.

Aunque en otros países europeos el socialismo tuvo menos importancia internacional que en Alemania o en Francia, los partidos obreros se desarrollaron básicamente en la misma línea. Sólo Rusia e Inglaterra quedaron al margen de este movimiento general. Rusia era, naturalmente, para todos los liberales europeos, el modelo perfecto del régimen autocrático. Además, desde el asesinato del zar Alejandro II, ocurrido en 1881, se hizo aún más difícil plantear al gobierno una oposición organizada. Era impensable la idea de un movimiento de masas; los líderes revolucionarios se hallaban en el exilio y fue en el extranjero, sobre todo en Suiza,

1. Citado en W. Hilton-Young, *The Italian Left* (Londres, 1949), p. 9.

donde llevaron a cabo toda su labor de organización, discusiones doctrinales y actividad política. No fue sino con ocasión de la Revolución de 1905, cuando el movimiento revolucionario ruso apareció ante los demás países como un ejemplo digno de tener en cuenta, y habría de tener lugar la Revolución de Octubre de 1917 para que los marxistas rusos se pusieran al frente del movimiento socialista internacional. No obstante, en los años finales de siglo, los revolucionarios rusos eran acogidos con especial simpatía y respeto en todas las conferencias internacionales, por los peligros que afrontaban constantemente. Uno de ellos, Yuri Valentinovitch Plejanov, alcanzó muy pronto gran reputación internacional como exponente e intérprete de la doctrina marxista.

Plejanov nació en 1856 y su padre era un pequeño propietario. Ya desde muy temprana edad comenzó a preocuparle la suerte del campesino y esta inquietud impulsó su evolución como revolucionario. Fue educado en el Instituto de Minas de San Petersburgo pero pasaba la mayor parte de su tiempo reflexionando acerca del movimiento revolucionario. En 1880, se vio obligado a abandonar Rusia, como consecuencia de sus actividades políticas. Viviría en el exilio prácticamente hasta el final de sus días ya que murió en 1918 y su regreso a Rusia coincidió con el estallido de la Revolución de Octubre. Plejanov era un teórico, un racionalista por temperamento. En sus reflexiones sobre el movimiento revolucionario en Rusia centró su atención en el proletariado urbano como fuerza potencial revolucionaria. En esto disenta con la mayor parte de sus camaradas del partido «Tierra y Libertad», que cifraban en el campesino sus esperanzas revolucionarias. En su búsqueda de una teoría y una organización racionales se apartó tanto de la sección del partido «Tierra y Libertad» que creó una organización terrorista («La Voluntad del Pueblo», *Narodnaya Volya*) como de aquellos que exhibían un entusiasmo romántico por el campesinado y por un pasado idealizado. Las obras de Marx se habían conocido en Rusia desde muy pronto. No en vano, la primera traducción de *El Capital* se hizo a la lengua rusa. Plejanov, aunque había discutido personalmente con Marx y frecuentado a grupos simpatizantes de Bakunin, se vio cada vez más influido por los escritos de Marx y Engels. Así, en 1882 escribió una Introducción para la traducción del *Manifiesto Comunista* cuyo tono era plenamente marxista. Al parecer había encontrado por fin un sistema teórico que le satisfacía plenamente.

Su adscripción al marxismo le obligó a plantearse la forma en

que la interpretación marxista podía adaptarse a la sociedad rusa. ¿Podía Rusia saltarse un peldaño en el proceso dialéctico y pasar directamente del estado feudal a la dictadura del proletariado sin una fase intermedia de capitalismo burgués? Plejanov estaba convencido de la necesidad de alcanzar primero una sociedad industrial en la que los obreros constituirían la base de un partido de masas. A propósito de esta cuestión se produjo una larga controversia que constituyó la versión rusa del debate posibilista en Francia. En efecto, Plejanov consideraba que no había que intentar una mejora de las condiciones existentes, pues ello serviría para posponer indefinidamente el momento en que las masas estarían dispuestas para protagonizar la revolución. Pero estas discusiones eran aún cosa del futuro. En la década de 1880, las discusiones en el movimiento revolucionario ruso y especialmente entre los emigrados políticos, se centraban en la cuestión de si la revolución se alcanzaría a través de la acción aislada de una élite o a través de la lenta concienciación de las masas y la creación de un partido de masas.

A Plejanov se debió en gran parte la «europeización del socialismo ruso» y la formación del embrión del Partido Social-Demócrata Marxista. En 1883, Plejanov, Vera Zasulich y Paul Borisovitch Axelrod formaron en Suiza un «grupo de Liberación del Trabajo». Vera Zasulich (1852-1919) aportó su experiencia de militante revolucionario. Pero si Plejanov proporcionó al nuevo grupo la base teórica y Vera Zasulich la experiencia revolucionaria, su verdadero organizador fue Axelrod (1850-1928). Axelrod, como hijo de una pobre familia judía había sufrido la miseria más extrema. Durante sus diversos períodos como exiliado en el extranjero, había visitado Alemania, había asistido a las reuniones de los anarquistas en Suiza y había recibido la influencia de los lassallianos alemanes. Axelrod admiraba profundamente la fuerza organizadora del SPD. Su admiración fue pronto compartida por los demás miembros de su partido, y a ello contribuyó el hecho de que la social-democracia alemana, víctima de la legislación antisocialista, se aparecía ante ellos como un partido de mártires perseguidos. Así pues, Axelrod y Plejanov deseaban en 1883 fundar un partido marxista que siguiera el modelo alemán, aunque eran conscientes de la imposibilidad de contar por el momento con el apoyo de las masas en Rusia. Las ideas de Marx se imponían, pues, sobre las de Bakunin. Junto a los antiguos grupos que propugnaban el terrorismo como sistema de acción, y que creían que el pro-

blema ruso era un problema único y diferente y que la revolución debería protagonizarla el campesinado, existía ahora el embrión de un partido social-demócrata de estilo occidental que, pese a las apariencias en contrario, conseguiría —eso esperaban sus fundadores— situar el desarrollo de Rusia en líneas paralelas con el que Marx había predicho para la Europa Occidental.

La situación en Inglaterra era exactamente opuesta a la que existía en Rusia. Inglaterra continuaba siendo la nación más industrializada del mundo, a pesar de los avances experimentados por Alemania y los Estados Unidos, y en ella no se estaban cumpliendo las predicciones de Marx. La lucha de clases era apenas visible y la clase dirigente se había mostrado capaz de introducir mejoras sociales radicales. Las organizaciones obreras adquirían cada vez mayor fuerza pero, los nuevos sindicatos se limitaban por el momento a ser organismos para la negociación colectiva con los patronos y no intentaban ostentar una representación política independiente. Una serie de intelectuales de la clase media, como H. M. Hyndman y William Morris, llevados de sus convicciones marxistas habían fundado diversos partidos cuyas disensiones internas eran similares a las que afectaban al socialismo del continente. Hyndman fundó en 1881 la Federación Democrática, que en 1883 se convertiría en la Federación Social Democrática; Morris, por su parte, se separó de esta última junto con la hija de Marx, Eleanor y su voluble compañero Edward Aveling, y en 1884 constituyó la Liga Socialista. Otro grupo de intelectuales fundó la Sociedad Fabiana en 1883, que se preocupaba más por la consecución de reformas inmediatas en la sociedad inglesa que por el movimiento obrero internacional. No obstante, «ejercía una influencia en el movimiento socialista desproporcionada con respecto al número de sus afiliados».¹ Fue esta organización la que contribuyó de forma más decisiva a que el movimiento obrero inglés pusiera en marcha un programa de reformas inmediatas y contara con una filosofía (derivada de la tradición utilitaria inglesa) que le diferenció, tanto en la teoría como en la práctica, de las demás organizaciones obreras europeas, en su mayoría de carácter marxista. En Escocia, James Keir Hardie, minero de profesión, que parecía siempre más dispuesto a pronunciar frases de la Biblia

1. G. D. H. Cole, *British Working Class Politics 1832-1914* (Londres, 1941), p. 121.

que fragmentos del *Manifiesto Comunista*, fundó en 1888 el Partido Laborista escocés, con la esperanza de conseguir que los trabajadores estuvieran representados en el parlamento. Hardie fue uno de los tres primeros miembros independientes de la clase obrera en ser elegidos para el Parlamento. Era un agitador de gran valor y se convirtió en uno de los escasos líderes del laborismo inglés que, pese a las diferencias ideológicas con el pensamiento político continental, alcanzó un lugar importante en el socialismo internacional. Pero el prestigio que fue adquiriendo en la esfera internacional —y lo mismo iba a sucederles a sus continuadores— lo fue perdiendo en el plano de la política interna inglesa. Y, desde luego, nunca pudo aparecer en una conferencia internacional, como sus colegas europeos, como líder de un partido unido deseoso de desempeñar un papel en la política internacional.

2

La Asociación Internacional de Trabajadores (la «Primera Internacional») que había fundado Marx en 1864, quedó disuelta de manera formal en una reunión celebrada en Filadelfia en el mes de julio de 1876. En realidad, ya en el Congreso de La Haya de 1872 había dejado de ser una organización efectiva y coherente cuando se consumó la ruptura entre Marx y los partidarios de Bakunin, y los marxistas decidieron trasladar su Consejo General a los Estados Unidos. La Primera Internacional nunca llegó a ser, en verdad, efectiva en el terreno de la acción política inmediata, pero tuvo una enorme importancia para los acontecimientos del futuro. Y ello no sólo porque hubiera servido como vehículo de expresión a las ideas de Marx y Bakunin sino también porque alertó al movimiento obrero de toda Europa respecto a la posibilidad de llevar a cabo una acción internacional. Así, no resultaba injustificada la afirmación de Engels, que dijo en 1887 que «la Internacional ha cumplido su misión, ha alcanzado plenamente su gran objetivo, la unión del proletariado de todo el mundo contra sus opresores».¹ La Comuna de París se convir-

1. En un artículo del *Labor Standard* en 1877. Gustav Mayer, *Friedrich Engels* (La Haya, 1934), II, p. 382.

tió en el símbolo del poder político del proletariado y de una potencial amenaza contra la clase dirigente. Aunque en sus orígenes la insurrección de La Comuna no tuvo relación alguna con la Internacional, no pasó mucho tiempo antes de que los líderes de la organización reclamaran su paternidad en diversos escritos como el que Marx dirigió al Consejo General de la Internacional el 30 de mayo de 1871,¹ o la obra de Lissagaray, *Historia de la Comuna de 1871*, que se publicó en 1876. Esta iniciativa fue vista con buenos ojos por el gobierno francés, que la aprovechó para explicar el episodio de La Comuna como resultado de las intrigas de aventureros internacionales en lugar de la consecuencia de los sufrimientos y el desesperado patriotismo del pueblo de París. Así, en las puertas de su desaparición, se otorgó a la Internacional un poder legendario, del que en realidad había carecido, y se la adornó de una tradición, en gran parte espúrea, de acción internacional revolucionaria.

Era lógico, por tanto, que los diversos movimientos obreros que vieron cómo aumentaba su fuerza durante la década de 1880, contemplaron la idea de dar vida a una organización internacional que recibiría nueva energía de las masas que la apoyaban.² Pero cuando los supervivientes de la Primera Internacional dieron los primeros pasos en este sentido, se encontraron con dos dificultades inmediatas: la creciente hostilidad de los gobiernos hacia cualquier forma de organización internacional de la clase obrera y las disensiones profundas entre marxistas y anarquistas que ya habían sido causa del fracaso de la Primera Internacional. La hostilidad de los gobiernos se concretó en diversas medidas, como la legislación antisocialista en Alemania o la acción del gobierno francés en 1878 impidiendo la celebración de un Congreso socialista internacional en París. Esta dificultad podía ser superada, por cuanto los socialistas podían reunirse en países como Inglaterra y Suiza, países siempre hospitalarios, sin contar con que el gobierno francés comenzó a marchar por una senda mucho más liberal desde la concesión de la amnistía a los *Communards*. En cambio, la polémica entre anarquistas y marxistas constituyó un obstáculo más grave, hasta el punto de que dominó por completo los primeros años de la Segunda Internacional.

1. Recogido en 1892 como *The Civil War in France* con una introducción de Engels.

2. Para una información completa véase Leo Valiani, *Dalla prima alla seconda Internazionale* (Movimento Operaio VI, núm. 2, marzo-abril, 1954).

Estas disensiones eran muchas veces desacuerdos respecto a cuestiones de táctica política que serían discutidos en profundidad en los Congresos de la Segunda Internacional. En algunos países, especialmente en Francia y España, el anarquismo llegó a ser un sistema y una filosofía de la organización social y económica. Pero detrás de estas controversias específicas subyacía una diferencia psicológica fundamental, el contraste de dos clases distintas de temperamento político.

En efecto, «anarquista» se convirtió en un vocablo que se aplicaba a todo aquel que rechazara las ideas marxistas de un partido político disciplinado con una filosofía racionalista «científica». Fue un adjetivo del que en muchas ocasiones se abusó. Así, por ejemplo, en una frase que adelantaba las futuras invectivas de los marxistas, Victor Adler, líder socialista austríaco, afirmaba con orgullo que la delegación austríaca en el Congreso de la Internacional de 1893 había excluido de sus filas a un «anarquista-checo-nacionalista-chovinista».¹

No obstante, en 1889 no era fácil definir qué era exactamente un anarquista y la vaguedad y amplitud de la doctrina anarquista no hacían sino aumentar la dificultad en este sentido. En palabras de E. H. Carr, el anarquismo era «la conclusión lógica de la doctrina romántica».² Sostenía la importancia suprema del individuo y atraía sobre todo a quienes no se sentían con fuerzas para soportar los inconvenientes derivados de la disciplina de una actividad política normal, y que, por contra, y tal era el caso de Bakunin, disfrutaban de las emociones que se obtenían al pertenecer a una sociedad secreta de conspiradores. Este individualismo se concretaba en el odio a cualquier forma de organización política y en la creencia en la bondad innata y en la perfectibilidad del hombre, que sólo necesitaba verse libre de la tiranía de las instituciones existentes para mostrar la nobleza de su interior. «Todos los estados —escribía Bakunin— como toda teología, consideran que el hombre es fundamentalmente malo y perverso», o bien, «todo ejercicio del poder pervierte y toda sumisión a la autoridad es humillante».³ Era un credo político capaz, en un extremo, la creencia amable y utópica en la propia perfectibilidad y

1. Actas del Congreso Socialista de la Internacional en Zurich, miércoles 29 de julio de 1893.

2. E. H. Carr, *Michael Bakunin* (Londres, 1937), p. 434. Ed. castellana en Editorial Grijalbo.

3. Carr, p. 436.

en el otro, la convicción de que cualquier medio, incluso —o especialmente— la violencia, quedaba justificado si servía para desmoronar el conformismo de la sociedad actual. Por lo que respecta a la organización política, anarquismo significaba descentralización, una estructura poco definida y la admisión de la efectividad de «*le propagande par le fait*», en lugar de la acción mediante simples medios políticos.

Tras las dificultades provocadas por los acontecimientos de La Comuna y la ruptura entre marxistas y anarquistas en el Congreso de La Haya de 1872, los anarquistas consiguieron sobrevivir gracias a que la incoherencia y descentralización les permitían existir como grupos reducidos clandestinos. Pero incluso esto llegó a resultarles difícil cuando comenzaron a dividirse entre sí debido a discrepancias doctrinales. La sección anarquista de la Internacional sólo siguió reuniéndose hasta 1877 y la última reunión en la que participaron los leales seguidores de Bakunin agrupados en la *Fédération Jurassienne*, tuvo lugar en 1880. No obstante, la idea de una Internacional se había mantenido viva, y en 1881 algunas de las más sobresalientes personalidades anarquistas, Kropotkin, Elisée Reclus, Johann Most y Enrico Malatesta, organizaron la *Alliance Internationale Ouvrière* (la «Internacional Negra») con ramificaciones en Francia, Italia y Estados Unidos. De todos modos, tanto la naturaleza de la doctrina anarquista como el recuerdo del dominio que Marx había ejercido sobre la Primera Internacional impidieron a la Internacional Anarquista que llegara a convertirse en algo más que una inconexa asociación de federaciones independientes; aunque se pensó en la creación de un Consejo Internacional, para el intercambio de información, parece que nunca llegó a existir.¹ Por otra parte, tanto en Francia como en Alemania, los anarquistas mantenían aún la esperanza de aliarse con otros movimientos revolucionarios. En Francia fueron derrotados en el congreso de Marsella y en Alemania fueron expulsados formalmente (esto llegaría a ser una especie de ritual en los primeros congresos del SPD) en un congreso socialista celebrado en 1887 y que, dado que estaba en vigencia la legislación antisocialista, se celebró en St. Gallen, en Suiza. Pese a todo, la influencia de las ideas anarquistas siguió siendo poderosa en el movimiento socialista internacional y puede decir-

1. Maitron, pp. 103-4; Dolléans, p. 90.

se que sólo en 1896 salió definitivamente triunfante la ortodoxia marxista.

Los marxistas, por otra parte, renovaron los contactos internacionales cuando se recuperaron de las disensiones internas y de la represión que habían sufrido en la década de 1870. Su misma condición de exiliados facilitó a los líderes marxistas de distintos países la posibilidad de que llegaran a conocerse personalmente en la atmósfera tolerante de Ginebra y Zurich. En 1877 Guesde fundó un periódico semanal de corta vida, *L'Egalité*, para el cual comenzó a recibir colaboraciones de los líderes socialistas en el extranjero —entre otros Bebel, Liebknech y Cesar de Paepe, que era uno de los líderes del socialismo belga¹ y antiguo miembro de la Primera Internacional que había hecho varios vanos intentos para que se superaran las diferencias que separaban a las dos secciones—. También en otras partes, en Ginebra, Zurich, Londres, Bruselas, Milán,² diversos periódicos socialistas mantenían correspondencia con otros países y promovían el intercambio de ideas socialistas. El 9 de junio de 1878, *L'Egalité* publicó una nota de adhesión a los socialistas alemanes con ocasión de la aprobación de las leyes antisocialistas: «Después del país de Babeuf, Fourier, Delescluze y Varlin³ contemplamos al país de Karl Marx y Lassalle que se ha convertido en el campo de batalla de la revolución social.»⁴ Es sintomático de la forma en que se desarrollaban las relaciones entre el socialismo francés y alemán que el *Vorwärts* y el *Berliner Freie Presse*, órganos del Partido Social-Demócrata alemán, en el tono de moderación que imponía su lucha con Bismarck, desautorizaran el tono revolucionario del artículo aparecido en el periódico francés.⁵

1. El partido socialista flamenco y el *Parti Socialiste Brabancon* se fundaron en 1877 y se fusionaron en 1879 para formar el *Parti Socialiste Belge*. En 1885, de Paepe, Volders y Anseele fundaron un partido obrero unificado: el *Parti Ouvrier Belge*, en lo que constituyó «el primero de esos actos de oportunismo tan realista, que son tan frecuentes en la historia del movimiento socialista belga». Véase E. Vandervelde, *Le cinquantenaire du POB* (Bruselas, 1936), p. 28.

2. Mayer, *Friedrich Engels*, II, p. 383.

3. Charles Delescluze (1809-1871), uno de los miembros de La Comuna, que resultó muerto en las barricadas.

Eugène Varlin (1834-1871), anarquista, uno de los fundadores de la Primera Internacional y miembro de La Comuna, ejecutado en 1871.

4. Zévaès, *Introduction du Marxisme*, p. 84.

5. Zévaès, p. 86.

En verdad, los alemanes se mostraban muy suspicaces ante cualquier iniciativa internacional que no procediera de ellos mismos. Esta actitud se veía estimulada por la intransigencia de Marx y Engels. Ambos habían aprendido del fracaso de la Primera Internacional y se mostraban reticentes a la creación de un nuevo organismo supranacional. Lo que ellos esperaban era que se produjera un estallido revolucionario en Alemania (ahora que había empezado la persecución contra los socialistas) o en Rusia (donde el zar Alejandro II fue asesinado por los nihilistas en 1881), que les proporcionara la oportunidad de afirmar su liderazgo en el movimiento revolucionario mundial. «Debemos de evitar una acción de este tipo hasta el momento en que pueda tener un efecto decisivo —escribió Engels en 1882—, es decir, cuando lo provoquen los acontecimientos europeos. De lo contrario no influirá en el futuro y habremos lanzado al aire nuestro golpe (*und tun einen Schlag ins Wasser*).»¹

Tras la muerte de Marx, Engels, más preocupado quizá por los problemas teóricos que por las cuestiones prácticas y reticente a verse demasiado implicado en la acción política, se mostró escéptico sobre la posibilidad de celebrar congresos internacionales, criticando cualquier acción en este sentido que emprendieran los restantes líderes socialistas. Pero lo cierto era que el ambiente era cada vez más propicio para el restablecimiento de los lazos internacionales, y Liebknecht, que era prácticamente el único responsable de las relaciones internacionales del partido alemán, se convenció de que tal cosa era necesaria. En el congreso del partido celebrado en St. Gallen en octubre de 1877 se acordó tomar la iniciativa y hacer los preparativos necesarios para la celebración de un congreso socialista internacional.

No eran únicamente los alemanes los que creían llegado el momento para dar ese paso. Paul Brousse y los posibilistas franceses trataban de establecer contactos internacionales y para ello se dirigieron a los partidos de carácter reformista y, sobre todo, a los tradeunionistas ingleses. En realidad, la iniciativa había partido de Inglaterra. El congreso de las Trade Unions que se celebró en Swansea en septiembre de 1887 votó a favor de la reunión de una conferencia internacional que presionara para la obtención de la jornada laboral de ocho horas. En noviembre de 1888 se celebró en Londres una reunión por iniciativa del Comité

1. Mayer, II, p. 383.

Parlamentario del TUC. A él asistieron una serie de delegados europeos, el mismo Brousse y el belga Anseele. «Ha pasado seis meses en la cárcel por situarse al lado de los trabajadores, pero esto no le ha afectado en lo más mínimo —escribió Keir Hardie—. La fuerza de su oratoria es impresionante y cuando cierra los labios con un chasquido al acabar cada frase, parece decir: “¡Bien! Esto es lo que digo y es lo que pienso”.»¹ Era el primer contacto de Keir Hardie con socialistas de otros países y recibió una fuerte impresión: «Realmente, estos extranjeros saben lo que se llevan entre manos.»² Los alemanes no estuvieron presentes en la conferencia de Londres pero consideraron oportuno explicar en una circular los motivos por los que no habían asistido. En definitiva, en esta conferencia se decidió convocar al año siguiente un congreso internacional, al que se invitaría a todas las fuerzas socialistas.

El hecho de que los alemanes y los sindicalistas ingleses, estos últimos junto con los posibilistas franceses hubieran decidido de forma independiente y casi simultánea la celebración de un congreso internacional, planteó la cuestión de cómo debería ser el congreso. ¿Se trataría de una reunión de organizaciones políticas, o de organizaciones sindicales? ¿Abarcaría a todas las secciones del movimiento obrero —guesdistas y brusistas, sindicalistas ingleses, marxistas alemanes, anarquistas, etc.— e intentaría crear una Internacional unida que, al menos, pudiera ocultar sus diferencias? ¿O sería, en cambio, un congreso de socialdemócratas marxistas dominado inevitablemente por los alemanes? El espíritu polémico que había presidido la muerte de la Primera Internacional revoloteaba ya en el nacimiento de la Segunda Internacional.

1. William Stewart, *James Keir Hardie* (nueva ed., Londres, 1925), pp. 50-1.

2. Stewart, p. 49.

La fundación de la Segunda Internacional

El año 1889 parecía perfectamente indicado para la celebración de un congreso revolucionario internacional y París el lugar idóneo para acogerlo. En efecto, no en vano se cumplía en ese año el centenario de la Revolución Francesa y para conmemorarlo se estaba celebrando en París una gran exposición. Era una oportunidad que se le presentaba a la República francesa para afirmar su estabilidad, al tiempo que serviría para que el país demostrara su recuperación de la derrota de 1870. En tales circunstancias, nada más lógico que los socialistas franceses actuaran como anfitriones de un congreso socialista internacional. Pero, ¿qué sección del socialismo francés se encargaría de ponerlo en marcha?

Brousse y los posibilistas fueron los que tomaron la iniciativa, y como resultado de la conferencia que celebraron en Londres el otoño anterior, el 11 de marzo de 1889, hicieron una invitación pública para la celebración de un congreso internacional en París, a celebrar en el mes de julio. Entonces salieron a la luz las discusiones sobre la naturaleza del congreso que se iba a reunir. No era otra cosa sino la proyección en el plano internacional de las divisiones que existían en el seno del socialismo francés. Guesde y sus seguidores eran irreconciliables antagonistas de Brousse y los posibilistas; ninguno de ambos grupos estaba dispuesto a permitir que el otro convocara y dirigiera un congreso internacional. Por su parte, los alemanes, con Liebknecht al frente, parecían sinceramente dispuestos a que el congreso fuera lo más amplio y menos excluyente posible. Cuando tuvieron noticia de la iniciativa de los ingleses para la reunión de una confe-

rencia internacional, que sería organizada por el TUC y los posibilistas franceses, detuvieron las gestiones para el congreso cuya celebración se había decidido en St. Gallen y entraron en contacto con los sindicalistas ingleses. Bebel y Eduard Bernstein acudieron a Londres para discutir el proyecto con la comisión inglesa y, sobre todo, con Engels.¹ Pronto fue evidente que ninguno de los dos veía con buenos ojos la colaboración de los alemanes. Los ingleses pretendían que sólo acudieran al Congreso los representantes de las organizaciones sindicales, en tanto que los alemanes, cuya fuerza residía en su organización política, afirmaron que deberían asistir representantes de los partidos social-demócratas alemán y austríaco. Engels contemplaba con escepticismo estos contactos y se sintió complacido cuando se rompieron. Pero Liebknecht no abandonó la esperanza de reconciliar a los diferentes grupos socialistas europeos. El 28 de febrero de 1889 se celebró una reunión en La Haya, en la que el SPD realizó un último esfuerzo para superar las diferencias que separaban a los marxistas y los posibilistas y conseguir así que los socialistas europeos no mostraran sus divisiones al mundo capitalista al celebrar simultáneamente dos congresos rivales. Este intento fracasó porque los posibilistas no acudieron a La Haya y continuaron con los preparativos para su propio congreso. Así pues, los únicos delegados franceses en La Haya, eran marxistas. Los deseos de unidad eran tan fuertes entre los partidos socialistas de menor entidad, como suizos y belgas, que consiguieron convencer a los alemanes para que retrasaran los preparativos de su congreso en la esperanza de que fuera posible todavía alcanzar un acuerdo. Pero las propuestas que se adoptaron en La Haya —que fueran los posibilistas los patrocinadores del congreso, que los obreros y los socialistas pudieran asistir en tanto lo permitiera la situación política de sus países respectivos y que sería el congreso como tal y no los grupos nacionales el que establecería a quién se debía admitir—² fueron rechazadas por los posibilistas. Al parecer, su negativa se debió a la convicción de que los marxistas tratarían de imponer su disciplina y procedimiento.

Así las cosas, se produjo el anuncio de los posibilistas del 11 de marzo. La reacción de los marxistas fue inmediata y violenta.

1. Mayer II, pp. 392-3.

2. Victor Adler, *Die Gründung der neuen Internationale* (Festschrift zum 10 Internationalen Sozialistenkongress, Wien, 1914), recogido en Victor Adler, *Aufsätze, Reden und Briefe* (Viena, 1929), VII, p. 60.

Eduard Bernstein, antiguo empleado de Banco que se había dado a conocer en el SPD por su labor como periodista y editor del periódico del partido, publicó, a instancias de Engels, un panfleto en el que atacaba a los posibilistas en términos que llegarían a ser habituales en la controversia socialista. Los posibilistas —decía— no eran más que agentes de su gobierno; en la celebración de su congreso contarían con la protección de la policía, mientras que un congreso marxista se reuniría bajo la mirada vigilante de una fuerza policiaca hostil.¹ Pese a todo, estaba perfectamente claro que los marxistas tendrían que organizar su propio congreso. En el seno del Partido Social-Demócrata alemán habían empezado a manifestarse los primeros síntomas de las futuras divisiones. Dos miembros del partido, que luego serían prominentes «reformistas» (el equivalente alemán de los posibilistas), Ignaz Auer y Max Schippel, estaban decididos a acudir al congreso posibilista de París. Pero Engels fue tajante: un congreso internacional sólo debía celebrarse bajo los auspicios de los marxistas. Engels aceptaba de buen grado la idea de dos congresos rivales: «Si la existencia de dos congresos sirve para distribuir a las fuerzas rivales —los posibilistas y el comité de Londres por un lado, y los socialistas europeos, (que gracias a los otros son reconocidos como marxistas) por otro— y demostrar ante el mundo en qué lado se halla concentrado el auténtico movimiento y en cuál la falsedad, eso será suficiente.»²

Los guesdistas se lanzaron, pues, a la tarea de organizar su propio congreso y se decidió que ambas conferencias se inauguraran el 14 de julio, centenario de la histórica toma de la Bastilla. Los marxistas se reunieron en la Salle Petrelle, en la calle del mismo nombre, mientras que los posibilistas y sindicalistas lo hacían en la rue de Lancry. La celebración de los dos congresos socialistas rivales no llamó mucho la atención fuera del mundo socialista, dado que en aquel momento se estaban celebrando sesenta y nueve congresos internacionales en París.³ El Congreso Posibilista mereció un breve comentario en *The Times* en tanto que el congreso marxista apenas fue mencionado. Parece incluso que en el periódico inglés se desconocía que estuvieran celebrándose

1. Bernstein, *The International Working Men's Congress of 1889* (Londres, 1889), Mayer, II, p. 392.

2. Engels a Sorge. Mayer, II, p. 393.

3. Louis L. Lorwin, *Labor and Internationalism* (Nueva York, 1929), p. 69.

dos congresos distintos.¹ Durante ese mismo verano se celebraron otros congresos de trabajadores. En París mismo se reunió un pequeño congreso internacional de impresores, al que asistieron solamente diecisiete delegados, y que constituyó el primero de una serie de contactos entre las organizaciones sindicales de los diversos países, que habrían de ser más frecuentes durante las dos décadas siguientes.²

Las pasiones que desató la rivalidad entre los congresistas de la rue Petrelle y la rue de Lancry fueron muy fuertes. Corría el rumor de que los malintencionados posibilistas esperaban en las estaciones de ferrocarril para conducir a los delegados de provincias al congreso al que no les correspondía asistir.³ Las enemistades personales decidían en muchos casos quién debía acudir a cuál de los dos congresos. Así, Hyndman, pese a sus convicciones marxistas, estuvo presente en el Congreso Posibilista, fundamentalmente porque sus enemigos de la Liga Socialista, William Morris y Eleanor Marx-Aveling, se hallaban en la rue Petrelle. Esto le causó problemas: el socialista italiano Costa, «con el cual me encontré por casualidad en los bulevares, me acusó de renegado y traidor a voz en grito y en italiano, por considerar que la lengua francesa no servía para expresar en forma adecuada sus sentimientos socialistas hacia mí. En seguida nos vimos rodeados de una multitud, pero, y me alegro de poder decirlo, no consiguió alterar mis nervios. Nos separamos en una paz relativa para encontrarnos en términos excelentes algunos días más tarde».⁴ Hyndman nunca olvidaba que pertenecía a la clase alta inglesa y que había sido educado en Eton.

En verdad, la situación era caótica. Los delegados abandonaban las sesiones de un congreso para acudir a las de otro; los anarquistas, por su parte, perturbaban ambos congresos, aunque los marxistas afirmaban que les causaban a ellos mayores molestias que a los posibilistas;⁵ los anarquistas declaraban que los posibi-

1. Véase artículo de fondo en *The Times*, 18 de julio de 1889.

2. Dolléans, II, p. 92.

3. *Internationale Sozialisten Kongress zu Paris* (Nuremberg, 1890). Actas de las sesiones del miércoles 17 de julio. Después del Congreso se publicó en francés y en alemán un resumen de las sesiones. A partir de este momento nos referimos a las actas de éste y de los posteriores congresos de la Internacional como *Actas*.

4. H. M. Hyndman, *Reminiscences of an Adventurous Life* (Londres, 1911), p. 442.

5. *Actas* de 1889, sábado 20 de julio.

listas, al menos, les «escuchaban con paciencia y cortesía».¹ Todavía eran muchos los que creían que era posible conseguir la unidad. Engels sospechaba que Liebknecht alimentaba tan traidores deseos, y se alegraba de que estuviera alojado con Eduard Vaillant, que le impediría flirtear con los posibilistas.² El problema de la unidad ocupó en gran parte los dos primeros días de las sesiones de la Salle Petrelle. Pronto quedó patente que los guesdistas no querían la unidad a menos que se aceptaran sus condiciones, lo cual supondría la exclusión de casi todos los delegados brusistas. En el segundo día, tras las declaraciones de los franceses de que no era posible colaborar con el radicalismo y oportunismo burgués, Liebknecht propuso una moción en la que se lamentaba de la imposibilidad de conseguir la unidad y que seguía diciendo: «Proclamamos que la unidad es la condición indispensable para conseguir la liberación del proletariado y que, por lo tanto, es obligación de todos los social-demócratas hacer cuanto esté en su mano para superar las diferencias. El Congreso declara que incluso en este momento está dispuesto a aceptar la unidad y la concordia si los grupos que asisten al otro Congreso adoptan una resolución en este sentido que pueda ser aceptada por todos los miembros de nuestro Congreso.»³ Era una esperanza vana porque lo que separaba a Brousse de Guesde era fundamentalmente la negativa a aceptar el control de los marxistas. Además, Guesde y sus partidarios, al igual que William Morris y los suyos, estaban decididos a no aceptar una propuesta que implicara aceptar a sus rivales, Brousse y Hyndman, en un plano de igualdad. Los posibilistas adoptaron también una postura intransigente y afirmaron que se reservaban el derecho de examinar los mandatos de cuantos delegados se les unieran precedentes del otro congreso. La moción de Liebknecht sirvió, en realidad, para obstaculizar aún más los objetivos que decía perseguir.

En el Congreso Posibilista se estudió la posibilidad de llevar a cabo una serie de acciones para mejorar la condición de la clase trabajadora. Pero antes se hizo ante los delegados extranjeros una declaración un tanto presuntuosa, afirmando que se había tratado de evitar los ataques personales y se había intentado conseguir la unidad, y ello aunque se sabía que en el Congreso Marxista exis-

1. *The Times*, 19 de julio de 1889.

2. *Mayer*, II, pp. 394-5.

3. *Actas* de 1889, martes 16 de julio.

tían una serie de delegados ficticios que representaban a naciones ficticias. También se tomó la decisión de celebrar un nuevo congreso en 1891 y se encargó a los socialistas belgas de su organización. El Congreso Posibilista vio cómo algunos de sus delegados se trasladaban a la Salle Petrelle para enrolarse en el Congreso Marxista. Uno de ellos fue el sindicalista inglés John Burns. Este hombre, que en 1889 estaba inflamado de ardor revolucionario, como lo demostró en la huelga portuaria que se desarrolló a lo largo del mes de agosto, evolucionó más tarde hacia posiciones más moderadas y llegó incluso a ser ministro de la Corona. En definitiva, el siguiente congreso internacional fue convocado bajo los auspicios de los marxistas y asistieron a él muchos que —como Hyndman— en París habían deliberado con los posibilistas.

El Congreso de la Salle Petrelle pudo presentarse, pues, como el congreso fundador de la nueva Internacional. Desde luego, representaba ampliamente a los partidos socialistas organizados de Europa y Estados Unidos. Reunió a unos 400 delegados reconocidos oficialmente, que representaban a veinte países (entre éstos se contaban algunos que aún no eran independientes, como Polonia y Bohemia).¹ A consecuencia de la distancia, de los cuantiosos gastos que suponía la estancia en París y de lo reducido de muchos partidos socialistas, muchos países contaban con una delegación muy poco numerosa. La delegación francesa, constituida por 221 miembros, era la más numerosa. A ella seguía en importancia la delegación alemana, con 81 delegados.² El grupo alemán era el más sólido y unido, pero los guesdistas, con sus asociados blanquistas, constituían también una fuerza sustancial. Algunas delegaciones actuaban en representación de partidos que habían sido fundados recientemente, como los austríacos, suizos, belgas y suecos. Otras eran representantes de grupos aislados que aún no constituían un partido unificado, como los ingleses, holandeses y los cuatro delegados de ciertos grupos americanos. Otras, por fin, estaban formadas por miembros de organizaciones clandestinas o por exiliados que representaban a quienes no podían asistir personalmente. Las credenciales de muchos de los delegados eran bastante dudosas. Aparte de los 391 delegados registrados oficialmente, al Con-

1. En un congreso celebrado en Brunn en 1887, se había fundado el Partido Social-Demócrata checo.

2. La dificultad de contar el número de los delegados queda reflejada en el hecho de que las actas oficiales, francesas y alemanas, del Congreso dan cifras diferentes para cada delegación nacional.

greso asistieron otras personas que se dedicaron a interrumpir las sesiones, a protestar y manifestarse. Pero, en conjunto, se hallaban presentes la mayor parte de los grandes líderes del socialismo europeo.

Tres miembros de la familia Marx aseguraban la sucesión apostólica y la continuidad de esta conferencia con las reuniones de la Primera Internacional: Eleanor Marx-Aveling y sus dos cuñados, Paul Lafargue y Charles Longuet. El más destacado de los delegados franceses era, a no dudarlo, Edouard Vaillant. Ello se debió en parte a que Guesde sólo hizo una breve aparición en el Congreso ya que estaba trabajando intensamente en la preparación de la campaña electoral para las elecciones del otoño. Vaillant y Wilhelm Liebknecht fueron elegidos presidentes conjuntos. Su apretón de manos en medio de un aplauso estruendoso señaló —así al menos se creía— la solidaridad que existía entre el socialismo francés y alemán y la unidad del proletariado en oposición a las enemistades en que se hallaba sumida la burguesía. Inevitablemente, Liebknecht fue el espíritu inspirador del Congreso. Su habilidad oratoria, su elocuencia y su experiencia tanto en la Primera Internacional como en el Partido Social-Demócrata alemán y, por encima de todo, la profundidad y sinceridad de sus sentimientos internacionalistas, le convirtieron en la figura principal del Congreso. Nada puede hacernos dudar que sentía lo que decía cuando declaró, con motivo de su designación para la presidencia conjunta del Congreso, que ése era el momento más feliz de su vida. Junto a él en la delegación alemana se hallaban Bebel, Bernstein, von Vollmar —el antiguo oficial bávaro que dos años más tarde expresaría los primeros síntomas de descontento ante la rigidez del SPD— y Clara Zetkin, líder de la campaña por el socialismo entre las mujeres y enérgica defensora de los derechos de la mujer, que habría de vivir hasta edad avanzada y que como comunista y miembro más antiguo del Reichstag presidiría en 1932 el último parlamento alemán libremente elegido.

William Morris era el representante inglés más distinguido. Tenía una gran sensibilidad poética que le llevaba a contemplar el socialismo como una vuelta atrás hacia un mundo medieval imaginario ya perdido y era un reformista sincero convencido del valor de la habilidad individual y de las relaciones personales. Como político era, sin embargo, poco efectivo, porque su capacidad imaginativa superaba con creces su habilidad organizativa y su naturaleza sensible le llevaba a despreciar las animosidades personales

tan frecuentes, por ejemplo, en París. De Keir Hardie hay que decir que no era aún una figura destacada en el plano internacional. Su contribución en el Congreso de París consistió en un breve informe sobre el movimiento tradeunionista en Inglaterra, al tiempo que lamentó la competencia con los mineros escoceses, provocada por los inmigrantes extranjeros. Cunninghame Graham, «el socialista aristócrata y el dandy cowboy»,¹ como se le apodaba en *The Times* y los demás delegados que ostentaban la representación de grupos como el *East Finsbury Radical Club*, no participaron en los debates.

Más notables eran los líderes de algunos partidos menos importantes numéricamente que en muchos casos buscaban en la escena internacional un radio de acción más amplio que el que se les abría en sus propios países.

La gran figura de la delegación austríaca era Victor Adler (1852-1918). Era un médico que pertenecía a la intelligentsia judía de Viena y hombre de gran valor, inteligencia y encanto cuyos escritos y discursos tienen una gran claridad e incluso cierta calidad imaginativa, poco frecuente entre los líderes socialistas. Según cuenta uno de sus discípulos:

«Contemplaba a los trabajadores con los ojos del médico; veía las heridas que presentaban sus cuerpos por efecto de la alimentación insuficiente, el trabajo excesivo y las malas condiciones de sus alojamientos. Veía también las heridas que provocaban en sus almas una vida de trabajo mecánico rutinario en beneficio de otros; en definitiva, las heridas producidas por todas las humillaciones que entraña la existencia del proletariado. Conducir a estos hombres en su lucha por una vida distinta, en la lucha por la salud, la cultura, la libertad y la dignidad: tal fue la obligación que se impuso este hombre.»²

Él fue el auténtico creador del socialismo en Austria. El socialismo austríaco era fundamentalmente alemán porque la mayor parte de sus afiliados procedían de las áreas industriales de Viena, la Baja Austria y Estiria. Sus contactos con la cada vez más numerosa clase obrera checa en Bohemia y con el Partido Social-Demócrata checo provocarían graves tensiones. Victor Adler se hallaba muy ligado, por tanto, a los líderes de la social-democracia alemana, tanto en el plano personal como político. Hacia ellos dirigía su

1. Citado en D. F. Tschiffely, *Don Roberto* (Londres, 1937), p. 212.

2. Otto Bauer, Introducción a Adler, *Aufsätze*, VI, p. 33.

mirada en busca de estímulo, valor y ejemplo. Al igual que Liebknecht consideraba que la guerra de 1846 había sido una acción antinatural y violenta que tuvo como resultado apartar de sus hermanos en el Reich a los austríacos alemanes. La social-democracia austríaca estaba impregnada, por ello, de un fuerte sentimiento panalemán. Pero Adler, debido quizás a su ascendencia vienesa, poseía una flexibilidad y un sentido del humor del que carecían casi todos los líderes alemanes. Era el hombre idóneo para conducir un joven partido radical por entre los laberintos legales de un «despotismo templado por la casualidad»,¹ como calificaba él mismo a la Monarquía Dual. Adler desempeñó un papel importante en las conferencias internacionales, sobre todo después de la muerte de Liebknecht, como luchador infatigable por la concordia y el auténtico entendimiento entre los partidos socialistas de los distintos países.

El jefe de la delegación holandesa, Domela Nieuwenhuls, era una personalidad más controvertida. Pastor protestante, que procedía de una familia de teólogos, él mismo describió su evolución con estas palabras: «Del cristianismo al anarquismo.»² Sus discursos, carentes de viveza, impresionaban por su sinceridad. Su llaneza, que a veces rayaba en la simple estupidez, le permitía pronunciar desagradables verdades que nadie se atrevía a afrontar. Ejemplos de ambas «cualidades» pueden hallarse en sus intervenciones en el Congreso de 1889. Le vemos haciendo un chiste en apoyo de su campaña contra la actividad parlamentaria, afirmando que el mismo significado de la palabra parlamento implicaba engaño (*parle-ment*) y más tarde, como ardiente partidario de la unificación de los dos Congresos, es capaz de afirmar que Marx había dicho, «proletarios del mundo entero, uníos» y no «socialistas del mundo entero, uníos».³ Su formación de protestante, trasladada al plano político, le hacía aborrecer todos los partidos políticos y la política que se interponía entre el trabajador y el ideal de lo que era bueno para él. Ello le condujo rápidamente del socialismo al anarquismo, aunque continuó asistiendo —interrumpiendo— a los congresos internacionales durante los siete años siguientes.

No se podía esperar que los resultados prácticos del Congreso

1. «Despotismus gemildert durch Schlamperei». *Actas* de 1889, p. 43. Adler, *Aufsätze*, VI, p. 18. Todo parece indicar que fue Adler quien acuñó esta famosa frase.

2. *Van Christen tot Anarchist* (Amsterdam, 1911).

3. *Actas* de 1889, sábado 20 de julio, martes 16 de julio.

estuvieran en consonancia con su importancia simbólica ni con la categoría de algunos de los que en él participaron. Las deliberaciones no debían ser un acontecimiento extraordinario. «Más de 400 delegados —recordaba Adler veinticinco años después— se amontonaban en la pequeña sala y componían un cuadro de caos políglota.»¹ Los organizadores no tenían práctica en la dirección de un congreso internacional; por ejemplo, no habían realizado las disposiciones necesarias para levantar las actas ni organizar el orden del día. Actuaban como intérpretes los congresistas que tenían conocimientos para ello (Liebknecht, Lafargue, Eleanor Marx-Aveling) y siempre se exponían a ser interrumpidos cuando otros consideraban que su traducción era demasiado libre.² Pero el punto que creó mayor confusión y provocó mayores problemas fue la decisión sobre quién tenía derecho a asistir al Congreso y a votar las resoluciones. Así pues, en este Congreso —como en los Congresos subsiguientes y en realidad en todas las reuniones internacionales—, las cuestiones de procedimiento tales como el examen de los mandatos de los delegados o el sistema de votación, ocuparon la mayor parte del tiempo. En el Congreso de París, la discusión de esos dos puntos se prolongó a lo largo de los dos primeros días, el domingo 14 y el lunes 15 de julio. Aparte de la dificultad de enfrentarse a los intrusos anarquistas que se subían sobre las sillas, gritaban o exhibían pancartas acusando a los líderes socialistas de enemigos del proletariado, había que decidir a quién se debía reconocer oficialmente como delegados de aquellos países que no contaban todavía con un movimiento socialista unificado. Alemanes y austríacos no constituían un problema en este sentido y tampoco los franceses, por esta vez al menos, ya que los rivales de los guesdistas se hallaban en la rue de Lancry. Los italianos eran el mayor obstáculo. Algunos de sus delegados eran social-demócratas ortodoxos, pero otros, y sobre todos el temperamental doctor Saverio Merlino se presentó primero como anarquista y luego afirmó ser portavoz para explicar la situación del movimiento obrero en Italia. Merlino aprovechó la oportunidad para pronunciar un inflamado discurso anarquista atacando a la mayor parte de los delegados, y al día siguiente repitió su actuación en el Congreso de la Salle Petrelle.

1. Adler, *Aufsätze*, VII, p. 60.

2. Véase, por ejemplo la interrupción de Costa, *Actas*, martes 16 de julio.

Estas dificultades de procedimiento se solventaron gracias a que se adoptó una actitud poco estricta con respecto a los mandatos de los delegados, y permitiéndose que votaran sin atenerse a la disciplina de partido. En otros congresos posteriores se adoptó un sistema mucho más estricto y la discusión de estos temas derivó hacia enfrentamientos sobre la naturaleza misma del movimiento socialista. En el Congreso de París las diferencias —excepto las protestas de los más violentos anarquistas— se disolvieron en la atmósfera de solidaridad internacional y por la necesidad de presentar un frente unido ante los posibilistas y ante el mundo capitalista. Se procuró, además, que las mociones que se presentaron a votación no fueran conflictivas y tuvieran un carácter general para que fueran aprobadas por unanimidad. La tarea más importante que podía afrontar el Congreso era la de acabar de romper el aislamiento en que habían vivido los líderes socialistas desde la insurrección de La Comuna, permitiendo que se produjera un intercambio de información sobre la situación del movimiento socialista. Por ello, una vez que quedaron resueltos los problemas de procedimiento, el Congreso dedicó los tres días siguientes a recibir los informes de los diversos países representados.

Los informes variaron mucho en cuanto a su interés. Habló en primer lugar Bebel, que realizó un resumen de la evolución del SPD y de los sufrimientos que había experimentado bajo la legislación antisocialista. Sus palabras fueron acogidas con «un auténtico estruendo de aplausos». Guesde repitió una serie de tópicos marxistas al hablar en nombre del *Parti Ouvrier Français* y sus aliados blanquistas, el *Comité Revolutionnaire Centrale* y la *Fédération Nationale des Syndicats Ouvriers de France*. Por lo que respecta a Rusia, los informes corrieron a cargo de Plejanov por parte de los marxistas, y de Peter Lavrovitch Lavrov por el grupo *Narodnaya Volya*. Lavrov era un antiguo profesor de matemáticas en una academia militar que se hallaba exiliado desde hacía veinte años y que pasaba su tiempo escribiendo sobre una gran variedad de temas. A pesar de que mantenía posiciones muy diferentes a las de los marxistas, se mantenía en buenas relaciones con ellos. Tanto era así, que su nombre se hallaba en la lista de los que cada año recibían en Navidad los pudines que se preparaban con gran esmero en casa de Engels en Londres, y que estaban destinados a

los revolucionarios más distinguidos.¹ El discurso de Lavrov constituyó, en realidad, una breve historia de Rusia desde la época de Pedro el Grande. Su tono académico irritó de tal modo a algunos anarquistas que tuvieron que ser expulsados de la sala en medio de una auténtica batalla.

Plejanov, que pronunció un discurso didáctico de teoría marxista, proclamó entre el entusiasmo general que «el movimiento revolucionario triunfará en Rusia como un movimiento del proletariado, o no triunfará nunca».² Ambos oradores prestaron escasa atención a la intelligentsia burguesa y al descontento que reinaba entre el campesinado, que, sin embargo, constituían el verdadero aliento revolucionario en Rusia. William Morris, que habló por Inglaterra, afrontó la verdad del socialismo inglés: «El socialismo en Inglaterra es una planta vigorosa que produce retoños que tienen mucha vida; pero es joven, tan joven que aún no ha producido flores ni frutos.»³ Los representantes de las nacionalidades oprimidas se apresuraron a proclamar su fe internacionalista: «Queremos —proclamó un delegado polaco— hacer hincapié especialmente en la solidaridad que nos une con los socialistas rusos y alemanes, nuestros aliados naturales y más próximos.»⁴ Esta afirmación era tanto como ignorar el que en el futuro habría de ser uno de los mayores obstáculos para la buena marcha de la Internacional. Sería muy difícil, en un momento de desbordado nacionalismo popular, que los trabajadores de las naciones oprimidas se avinieran a confraternizar con sus opresores, aunque se tratara de miembros de la clase obrera. De igual modo, a los social-demócratas alemanes, a pesar de su buena voluntad (que en algunos casos no existía) les debía costar un gran esfuerzo tratar en un plano de igualdad a quienes económica y culturalmente estaban muy atrasados con respecto a ellos.

Así transcurrieron tres días enteros en la lectura de los informes. El interés decayó después que hubieron hablado los delegados de los partidos más importantes, pero se escucharon pacientemente los informes de todas las organizaciones, como los sindicatos alemanes de Nueva York y organizaciones de obreros del vidrio y de camareros, a los que siguieron los de los delegados de las

1. Véase Eduard Bernstein, *My Years of Exile*, trad. por Bernard Miall (Londres, 1921), pp. 197-8.

2. *Actas* de 1889, martes 18 de julio, p. 63.

3. *Actas* de 1889, miércoles 17 de julio, p. 43.

4. *Actas* de 1889, miércoles 17 de julio, p. 52.

provincias francesas. Era ya el sábado por la mañana cuanto todas las delegaciones habían presentado sus informes. El Congreso debía terminar al día siguiente y por lo tanto quedaba poco tiempo para la discusión de los temas que se habían propuesto originalmente. (Las cosas habían ido mejor en la rue de Lancry porque un grupo de delegados había renunciado a su derecho a informar para que se pudieran discutir los temas del orden del día.) Finalmente, después de nuevas interrupciones por parte de los anarquistas y tras un intento por acelerar el procedimiento, el debate se centró en el problema de la legislación internacional que protegiera al trabajador. Esta era, en verdad, una cuestión de interés vital: la jornada de trabajo y los salarios era lo que más preocupaba a los trabajadores. Y todo el mundo comprendía que sólo los gobiernos que detentaban el poder podían introducir mejoras en este aspecto. Con la discusión de este tema, el Congreso se hallaba inmerso en la problemática de la agitación política inmediata en el marco de la sociedad capitalista. Los anarquistas intervinieron inmediatamente. Merlino afirmó que el mero hecho de que los delegados se avinieran a discutir ese tema demostraba que no eran auténticos socialistas. Pero la mayor parte de los delegados eran conscientes de la preocupación de sus representados por las condiciones de trabajo y consideraban necesario hacer una declaración aunque sólo fuera para anticiparse a la acción paternalista de los gobiernos capitalistas.

En efecto, con el desarrollo de la industria, prácticamente todos los gobiernos de los países civilizados consideraban necesario que existiera una legislación reguladora de la jornada laboral y las condiciones del trabajador en las fábricas, para impedir los más graves excesos de explotación que habían presenciado los primeros años de la Revolución Industrial. En Inglaterra, la agitación por estos motivos había empezado hacía cincuenta años, dando como resultado la promulgación de una serie de *Factory Acts*. Austria poseía una legislación que al menos sobre el papel era de las más avanzadas de Europa; la jornada laboral quedaba limitada por la ley a 11 horas. En los Estados Unidos se plantearía poco después el gran problema constitucional sobre si el gobierno tenía derecho a regular la jornada laboral.¹ Francia, sin embargo, reflejaba en su

1. A partir del caso de *Holden contra Hardy* (1898), el Tribunal Supremo emanó una serie de normas conflictivas sobre la constitucionalidad de esta regulación.

legislación laboral el retraso en que se hallaba su estructura industrial. Pese a las protestas de los reformistas sociales tanto católicos como socialistas, hasta 1900 no se implantó en este país la jornada laboral de diez horas y un sistema eficaz de inspección en las fábricas. En Alemania, Bismarck llevó a cabo una notable labor para mejorar la situación del trabajador, que se concretó más que en la regulación de las condiciones de trabajo en la introducción de una serie de mejoras sociales. En los años 80, se elaboró un programa completo de seguridad social con la esperanza de apartar al proletariado industrial del Partido Social-Demócrata. El emperador Guillermo II parecía dispuesto a ir aún más lejos. Impresionado por la magnitud de la huelga del carbón que se produjo en el Ruhr en el verano de 1889, había decidido ganarse el apoyo de la clase obrera. Decidió desoír las sugerencias de Bismarck sobre la abolición del sufragio universal e iniciar un movimiento internacional que regulara las condiciones del trabajo. En marzo de 1890 presidió un congreso internacional en Berlín sobre cuestiones sociales. Era una iniciativa que demostraba la preocupación que sentían los políticos contemporáneos y, al mismo tiempo, típica del Káiser. En 1889, el gobierno suizo había intentado reunir un congreso internacional para tratar sobre las condiciones de trabajo, la jornada laboral, etc. En los primeros meses de 1890 esperaba aún respuesta a las invitaciones que había cursado. Fue entonces cuando en una decisión súbita que naturalmente irritó al gobierno suizo, Guillermo II dio instrucciones a Bismarck de que enviara invitaciones para la celebración inmediata de un congreso internacional en Berlín. Después de algunas presiones diplomáticas se consiguió que los suizos suspendieran su anunciado congreso.¹ Esta decisión se explica por el deseo del emperador de presentarse, al comienzo de su reinado, como el protector de los pobres, el «*roi des gueux*» (el primero de los muchos papeles contradictorios que desempeñaría a lo largo de su vida). La conferencia de Berlín sirvió para recordar a los gobiernos que debían tomar en serio la «cuestión social» si pretendían hacer frente con éxito a los ataques de los recién fundados partidos socialistas.

Por su parte, los partidos socialistas se veían obligados a propugnar una campaña para la implantación de mayores reformas,

1. Para una información sobre la Conferencia de Berlín véase John W. Follows, *Antecedents of the International Labour Organization* (Oxford, 1951), pp. 120-43.

para no perder la credibilidad ante sus partidarios. Hacía ya cierto tiempo que habían comenzado las demandas para la implantación de la jornada laboral de ocho horas. En aquel sábado del Congreso de París, no hubo tiempo para discutir en detalle la campaña. La discusión de un tema desembocaba inevitablemente en otros. El estudio de la legislación reguladora del trabajo derivó en el debate sobre el beneficio o el peligro que suponían las instituciones parlamentarias existentes. Liebknecht tuvo que hacer grandes esfuerzos para que las discusiones se centraran de nuevo en el tema original. Finalmente, después de sufrir una nueva interrupción de los anarquistas que terminó con la expulsión de Merlino y otros dos agitadores, al atardecer se aprobaron sendas resoluciones sobre cuatro temas antes de que se diera por terminado el Congreso.

Las resoluciones, aprobadas casi por unanimidad, se referían a aspectos de importancia vital tanto para los partidos socialistas nacionales como para la Internacional. En casi todos los Congresos posteriores volverían a plantearse de nuevo estos temas, en formas diversas. Dos de las resoluciones propugnaban la jornada laboral de ocho horas y la introducción de mejoras en las condiciones de trabajo. Estos puntos, como ya hemos visto, habían sido discutidos apresuradamente, y fueron aprobados con algunas abstenciones, las de quienes rechazaban la idea de reformar la sociedad y no admitían otro principio que la ruptura revolucionaria. Seguidamente, se aprobó por unanimidad una resolución sobre la guerra y la paz. En ella se condenaba la existencia de ejércitos profesionales y se propugnaba la organización de la defensa nacional mediante la participación de «la nación en armas». Concluía la resolución con la afirmación de que la implantación del socialismo acabaría, por sí sola, con la guerra.

Esta resolución revela dos supuestos fundamentales de los líderes socialistas, supuestos que debían estar presentes en todos los debates sobre los medios para impedir la guerra, conforme la situación internacional fue deteriorándose a lo largo de los veinticinco años siguientes.¹ El primero de tales supuestos era que los intereses del proletariado eran los mismos en todos los países y que la clase obrera no debía verse dividida a causa de las disputas entre los estados capitalistas. Muchos concluyeron, desde ese punto de partida, que la propagación del socialismo y la existencia de una

1. Véase el capítulo VI donde se discute este aspecto más detenidamente.

Internacional Socialista serían suficientes para impedir la guerra sin necesidad de llevar a cabo acción alguna. Era en definitiva el mismo planteamiento que dispensaba a muchos marxistas de llevar a cabo acciones revolucionarias inmediatas, dada su convicción de la inevitable necesidad histórica del colapso de la sociedad capitalista. El segundo supuesto era que la misma existencia de ejércitos profesionales podía ser la causa del estallido de un conflicto armado. En cambio, la organización de una milicia nacional lo impediría inevitablemente. En este punto, el pensamiento socialista se basaba en las tradiciones presocialistas. Tanto los ejércitos de la Revolución Francesa como los que expulsaron a Napoleón de Alemania (éstos eran los dos ejemplos a los que se recurría con mayor frecuencia) eran ejércitos populares que luchaban por la libertad y por una causa justa y que no habían sido deformados por la existencia de oficiales reaccionarios ni de gobiernos burgueses. La nación en armas sabía cuándo una guerra era justa y no lucharía por una causa que no lo fuera. De igual modo que cuarenta años atrás Richard Cobden había considerado que la existencia en Inglaterra de una clase aristócrata de oficiales provocaba guerras que iban en contra de los intereses de la clase media de todos los países, los socialistas creían ahora que los oficiales profesionales conducirían a la muerte al proletariado en nombre de las rivalidades capitalistas. La existencia de una milicia nacional, cuyo modelo veían siempre en Suiza, podría impedirlo y ahorraría a los hijos de los trabajadores los rigores de la disciplina impuesta por la casta de oficiales profesionales. Finalmente, una milicia nacional nunca podría ser utilizada, como sucedía con el ejército profesional, para atacar a la clase obrera. Con todo, en 1889 la actitud de los partidos socialistas hacia la guerra no era un problema urgente. A pesar de la preocupación de Bismarck y Boulanger, pese a que se manifestaban los primeros síntomas de las rivalidades imperialistas entre las grandes potencias, la situación internacional no era aún el problema más urgente con el que se hallaba enfrentada la clase obrera o cuando menos, sus líderes.

Dos eran las formas en que el movimiento obrero podía presionar sobre los gobiernos para obligarles a promulgar una legislación que protegiera al trabajador. La primera era la consecución del derecho al voto y la formación de partidos de masas, sirviéndose entonces del Parlamento para introducir reformas; la segunda consistía en intimidar a la clase dirigente mediante la acción directa, obligándole a oír sus peticiones. La primera de esas vías

era la que estaba siguiendo el Partido Social-Demócrata alemán. Los franceses, precisamente en el momento de la celebración del Congreso, se preparaban también para seguir ese camino a través de las elecciones generales, en las que, por lo demás, no alcanzaron mucho éxito. Pero en algunos países, aunque contaban con un gobierno constitucional no existía todavía el sufragio universal. Bélgica y Austria constituían ejemplos muy claros de lo que acabamos de decir. En muchos estados del Imperio alemán el derecho al voto para las elecciones de las Dietas era restringido. Estas Dietas ejercían todavía un gran control sobre la vida de los ciudadanos, ya que controlaban aspectos tales como la educación y la policía. En estos casos, los socialistas tuvieron que decidir si estaba justificado acudir a la acción directa, especialmente la huelga general, para conseguir el derecho al voto. Los belgas acudieron a este expediente, con poco éxito, en 1886, y lo intentaron nuevamente con mejor suerte. El problema preocupó mucho a los líderes austríacos hasta que finalmente en 1905 se decidieron a ir a la huelga general. Si en estos países existía al menos la posibilidad de lograr una reforma constitucional por medios pacíficos,¹ la situación en Rusia era mucho más grave. La acción directa revolucionaria era la única vía posible y cuantos intentos se hicieron para que la social-democracia evolucionara de acuerdo con el modelo establecido en los países de la Europa occidental resultaron en un dogmatismo vacuo.

En el apresuramiento del último día del Congreso de 1889 no quedó tiempo para discutir los procedimientos para alcanzar el sufragio universal ni el problema, tan complejo y controvertido, de la huelga general. Tales temas serían discutidos en los congresos subsiguientes hasta la saciedad. En aquella ocasión, con sólo un voto anarquista en contra del principio de que la clase obrera participara en el juego parlamentario, se aprobó una resolución que afirmaba que los socialistas debían luchar por alcanzar el sufragio universal en aquellos países donde todavía no existiera. Nada se decía sobre los medios para alcanzar este objetivo. En todos los demás casos, los socialistas participarían en las elecciones para conseguir el poder parlamentario, pero sin establecer compro-

1. El sufragio universal para los varones fue introducido en la parte austríaca de la Monarquía Dual en 1907. Pero fue fruto más que de la agitación socialista, de la iniciativa del gobierno por afrontar el problema de las nacionalidades.

misos con ningún otro partido. Una vez más se dejó para mejor ocasión la discusión de muchos puntos conflictivos.

Un último punto fue objeto de una resolución. También en él no sólo se planteó de nuevo el procedimiento de la huelga general para alcanzar un objetivo político sino también hasta qué punto un Congreso de la Internacional podía definir y coordinar la acción política a desarrollar en los diversos países. Se trataba de la idea de que el primero de mayo se convirtiera en ocasión para la exhibición de la solidaridad y efectividad del movimiento obrero internacional. En 1888, el congreso de los sindicalistas franceses celebrado en Burdeos había llegado a la conclusión de que la mejor manera de demostrar la fuerza de la clase obrera era organizando pocas demostraciones pero amplias e importantes. Poco más tarde, en diciembre de 1888, la American Federation of Labour decidió en su congreso de San Luis la organización de una manifestación de masas para el primero de mayo de 1890, siguiendo una idea que ya se había expuesto en su congreso de 1884 y que, de hecho, había dado lugar a cierta agitación anarquista el primero de mayo de 1886. En 1888, en el congreso sindicalista de Londres, el líder belga Edouard Anseele sugirió que se utilizara la fecha propuesta por los americanos para poner en práctica la idea del sindicalismo francés de una manifestación de masas. Como resultado de estas decisiones independientes, un prominente socialista francés, el delegado de la Gironda, Raymond Lavigne, propuso que el Congreso de París declarara que los trabajadores de todos los países debían considerar día no laborable el primero de mayo de 1890, para llevar a cabo una acción internacional en apoyo de la jornada laboral de ocho horas y de sus restantes reivindicaciones. No se pudo contar con el tiempo necesario para discutir en profundidad esta propuesta tan trascendental y por ello los delegados belgas se abstuvieron de votar. Tampoco los rusos votaron porque pensaban que una acción de ese tipo resultaba inviable en el marco político de Rusia. Bebel y Liebknecht introdujeron una modificación, en el sentido de que el alcance de las demostraciones dependería de las condiciones políticas reinantes en cada país. Pero aún con esta puntualización, y aunque no se especificaba el tipo de acción que se llevaría a cabo el primero de mayo, la convocatoria a una conmemoración política internacional era un acontecimiento de la mayor trascendencia y una auténtica prueba de la eficacia real de la Internacional.

En definitiva, se demostró que existían graves dificultades

para llevar adelante una acción internacional coordinada. Apenas había sido aprobada la resolución cuando comenzaron las discusiones sobre su interpretación. En los dos siguientes congresos de la Internacional, el de Bruselas de 1891 y el de Zurich de 1893, se debatió nuevamente el contenido de la resolución, que varió notablemente con respecto a su forma original. Para una parte importante de los franceses y para los austríacos, por ejemplo, la finalidad de la celebración del primero de mayo era demostrar mediante el paro laboral el poder real del proletariado. En ambos países, las celebraciones del primero de mayo de 1890 se desarrollaron de esa forma. En Francia durante las manifestaciones se produjeron graves enfrentamientos con las fuerzas policiales y en 1891 se produjo un grave incidente en Fourmies, en el Departamento del Norte, en el que resultaron muertas diez personas, entre ellas varios niños. Así se añadieron nuevos nombres de mártires por la causa socialista. Este terrible suceso no dejó de tener consecuencias. Como declaró el radical Clemenceau en la Cámara de los Diputados: «Es el Cuarto Estado el que se levanta para alzarse con el poder.»¹ Paul Lafargue fue condenado a un año de prisión como instigador de la manifestación pero tuvo que ser liberado sin haber cumplido su condena, cuando en noviembre de 1891 fue elegido para ocupar un escaño en la Cámara como diputado por Lille. Como resultado de este éxito, sin duda, los guesdistas comenzaron a defender con entusiasmo la idea de llevar a cabo una intensa acción revolucionaria el primero de mayo. Los anarquistas comentaron entonces sarcásticamente: «El fusilamiento de Fourmies no habrá sido en vano ya que uno de nuestros buenos socialistas lo ha aprovechado para hacer una campaña electoral... A partir de ahora el fusilamiento de algunas personas en el momento adecuado constituirá un excelente colegio electoral.»²

También los austríacos estaban decididos a que los actos del primero de mayo fueran un símbolo de las necesidades y de la fuerza de la clase obrera. Para ello encontraban menos dificultades que los franceses o alemanes. En el calendario laboral austríaco existían bastantes días festivos y en algunas zonas el día 1 de mayo era considerado medio festivo. La clase patronal austríaca toleraba el cese en el trabajo y el carácter pacífico de las manifestaciones evitó que se produjeran choques con la policía, de acuerdo

1. *Journal Officiel*, 9 de mayo de 1891, citado en Maitron, p. 179.
2. *La Revolte*, 27 de noviembre de 1891, citado en Maitron, p. 184.

FLACSO ARGENTINA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

LA SEGUNDA INTERNACIONAL

51

con el slogan que se adoptó para la ocasión: «No dejaremos que nos intimiden ni nos provoquen.»¹ Las instrucciones que dio Victor Adler para los actos del primero de mayo nos permiten hacernos una idea bastante exacta del carácter de su autor y del socialismo austríaco: «Todos los sindicatos y grupos políticos celebrarán reuniones y en la medida de lo posible serán reuniones populares abiertas a todo el mundo... La tarde podrá dedicarse al ocio y al disfrute de la naturaleza, que ya aparece radiante con la primavera (*dem freien Ergehen in der frühlingstfrohen Natur*).»² El éxito que alcanzaron estos actos en 1890 y 1891 convirtió a Victor Adler en el gran defensor de las celebraciones del primero de mayo mediante el paro laboral y las reuniones de masas.

La experiencia alemana fue notablemente diferente. Por ello, los alemanes influyeron para que el primero de mayo fuera simplemente una ocasión para celebrar reuniones después de acabada la jornada laboral y para publicar artículos importantes en la prensa socialista, en lugar de un gran símbolo de la solidaridad internacional. Ya en el congreso del partido de octubre de 1890 muchos sugirieron que las conmemoraciones se dejaran para el primer domingo de mayo, a fin de evitar posibles dificultades (opinión que era compartida por algunos sindicalistas ingleses). Sólo la insistencia de Liebknecht consiguió que se retirara una moción en este sentido.³ La experiencia de los años siguientes confirmó en su opinión a quienes pensaban que el intento de realizar un paro laboral el primero de mayo sólo serviría para causar problemas a la clase obrera sin reportarle ningún beneficio. Los tiempos eran difíciles; a causa de la recesión económica, los empresarios despedirían a quien se atreviera a faltar un solo día al trabajo. Toda esta problemática fue objeto de discusión en el congreso del partido de 1892. Los informes de los actos del primero de mayo de aquel año eran poco alentadores; no sólo porque en el Sur de Alemania había nevado sino porque en Hamburgo y en otras ciudades los intentos de poner en práctica un paro laboral habían provocado graves problemas. La mayor parte de los delegados se inclinaban a apoyar

1. «Wir lassen uns nicht einschüchtern und nicht provozieren» *Arbeiter Zeitung*, 2 de abril de 1890.

2. *Arbeiter Zeitung*, 2 de abril de 1890; Adler, *Aufsätze*, VI, pp. 180-1.

3. *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom. 12. bis 18. Oktober 1890* (Berlín, 1890), p. 213. Cuando nos refiramos a las Actas de éste y de los congresos subsiguientes del SPD lo haremos utilizando el vocablo alemán *Verhandlungen*.

al Ejecutivo del partido si éste recomendaba que la celebración del primero de mayo se limitara a organizar reuniones populares al atardecer. Y ello a pesar de que Victor Adler, que asistía al Congreso como delegado hermano de Austria, tomó la insólita iniciativa —dada su condición de extranjero— de recomendar a los alemanes que reconsideraran su decisión porque el primero de mayo constituía el único símbolo popular de la solidaridad internacional.¹

No era Victor Adler el único al que preocupaba que el partido socialista más fuerte del mundo minimizara, al menos aparentemente, la única acción internacional a la que se hallaba comprometido. Jules Guesde, que sentía idéntica inquietud, pidió a Charles Bonnier, un francés afincado en Oxford donde enseñaba lenguas modernas, que intentara conseguir el apoyo de Engels y su intervención cerca de los alemanes.² Engels se encontraba en una difícil posición. Le preocupaba ante todo, y así se lo comunicó a Bebel, que los alemanes no prometieran más de lo que pudieran llevar a cabo y se daba cuenta de que su intervención podía ser negativa «si el partido más fuerte del mundo se bate en retirada».³ Al mismo tiempo sospechaba de las intenciones de los franceses que quizá pretendían suplantar a los alemanes como líderes del movimiento obrero, y la intervención de Bonnier no sirvió más que para irritarle: «La idea de dirigir desde Oxford —el último reducto medieval que aún existe en Europa—, el movimiento obrero es sencillamente increíble. Estoy dispuesto a presentar una enérgica protesta en París por haber enviado a este intermediario.»⁴ En definitiva, aunque le preocupaban las diferencias entre los socialistas franceses y alemanes, la intervención de Engels no fue decisiva. Los líderes alemanes consiguieron imponer su criterio: la celebración del primero de mayo se limitaría a una reunión de masas al atardecer.

El tema fue debatido de nuevo en 1893, en el Congreso de la Internacional celebrado en Zurich. En este Congreso se hallaban ausentes la mayor parte de los dirigentes franceses, debido a la celebración de elecciones en Francia. Victor Adler era, pues, el principal defensor de la celebración del primero de mayo. Él estaba convencido de su importancia como símbolo de la solidaridad inter-

1. *Verhandlungen* 1892, pp. 156-8, 166-7.

2. Mayer, II, pp. 502.

3. A Bebel, 3 de diciembre de 1892. Mayer, II, p. 503.

4. A Bebel, 5 de diciembre de 1892. Mayer, II, p. 503.

nacional y creía que «si no damos un paso adelante, la celebración del primero de mayo acabará desapareciendo».¹ Finalmente, después que Bebel reiteró la imposibilidad de un paro laboral en Alemania, se aprobó una moción de Adler aún con los votos en contra de los delegados alemanes. Esta resolución urgía a los socialistas a intentar que en el primero de mayo se realizara un paro laboral completo. Además se decía que la finalidad de los actos era la mejora de las condiciones laborales y la preservación de la paz.

Si Victor Adler y sus partidarios creyeron haber impuesto su tesis en Zurich, pronto se iban a ver decepcionados. Habían transcurrido menos de tres meses cuando el partido alemán en su congreso anual, en Colonia, quitó importancia al paro laboral para el primero de mayo afirmando que sólo deberían intentar la huelga las organizaciones que consideraran que eso era posible. El ambiente era favorable y Liebknecht supo presentar hábilmente su moción afirmando que el Congreso de París nada había dicho sobre el paro y que la confusión había surgido a consecuencia del doble significado de la palabra «*Feier*»: «día sin trabajo» y «día festivo». De hecho, el cese en el trabajo el primero de mayo implicaba una huelga general; y «una huelga general es una estupidez general»,² como repetían sin cesar los alemanes. La postura de los alemanes no carecía de lógica. Como decía Liebknecht repitiendo las palabras de Engels, un gran partido no debe prometer más de lo que es capaz de conseguir. Victor Adler trató de salvar en lo posible la resolución que los alemanes votaron en Colonia³ pues afirmó que en el futuro habría que tratar de conseguir el paro laboral,

1. *Actas*, 1893, viernes 11 de agosto, p. 33; Adler, *Aufsätze*, VI, p. 194.

2. «Generalstreik ist Generalsinn». Para el discurso de Liebknecht de esta ocasión, véase *Verhandlungen*, 1893, pp. 166.

3. He aquí la traducción de la resolución que se votó finalmente en Colonia: «De acuerdo con las decisiones de los Congresos de la Internacional celebrados en París (1889), Bruselas (1891) y Zurich (1893), la social-democracia alemana celebra el 1.º de mayo como la fiesta mundial del trabajo, dedicada a las peticiones de clase del proletariado, a la fraternidad internacional y a la paz mundial. Nuestro objetivo para tal fecha consiste en el paro generalizado (*erstreben wir die allgemeine Arbeitsruhe*). Sin embargo, ya que esto no es posible dada la situación económica por la que atraviesa Alemania, el Congreso del partido recomienda que sólo aquellos trabajadores y organizaciones obreras que al actuar así no perjudiquen los intereses de la clase obrera, deben celebrar el 1.º de mayo decretando el paro laboral, aparte de todas las demás celebraciones». Véase *Verhandlungen*, p. 163.

bien en que la situación presente era imposible.¹ Hay que admitir, sin embargo, que la decisión de los alemanes, aunque cargada de realismo, hizo perder a la celebración del primero de mayo lo que tenía de demostración de la solidaridad internacional. Seguiría siendo una fecha importante en el calendario político del movimiento obrero y ocasión para importantes manifestaciones en algunos países, pero ya no podría ser una manifestación internacional coordinada. La resolución aprobada en París por abrumadora mayoría y reafirmada en Zurich cuatro años más tarde se limitó en la práctica a una serie de reuniones políticas que igualmente habrían ocurrido en el curso normal de la agitación política. Un gran gesto simbólico se había perdido debido a las dificultades prácticas y al realismo de que hizo gala el partido alemán. Aunque en sí no fue un hecho demasiado importante, constituyó un augurio pesimista para el futuro de las acciones internacionales coordinadas.

A pesar de esto, sería erróneo desdeñar la importancia del Congreso de París. Como dijo Vaillant en la sesión de apertura, su logro más importante fue el mero hecho de su celebración.² La Segunda Internacional había nacido, el aislamiento de 1870 se había conseguido romper y los partidos socialistas menos fuertes eran conscientes de que contaban con el apoyo de un poderoso movimiento internacional. Y lo que aún era más importante, se vislumbraban una serie de líneas comunes en la evolución del socialismo. Todos los partidos socialistas tenían una serie de problemas comunes que podrían afrontar mediante la celebración de congresos de una forma periódica. En el Congreso de París no se había hecho más que plantearlos; su discusión se llevaría a cabo en los congresos subsiguientes.

Así pues, cuando después de depositar coronas de flores sobre las tumbas de los mártires de La Comuna y de asistir a una última reunión, los delegados regresaron a sus lugares de origen para redactar sus comunicados para las publicaciones del partido y tratar de poner cierto orden en lo que había sido una experiencia un tanto confusa, tenían ante sí un cúmulo de graves problemas sobre los que reflexionar. ¿Qué tácticas resultaban las más adecuadas para un partido de masas? ¿Había que aspirar a la revolución o era preferible una acción de reforma por medios parlamentarios?

1. *Arbeiter Zeitung*, 31 de octubre de 1893. *Aufsätze*, VI, pp. 195 ss.

2. *Actas* de 1889, domingo 14 de julio.

¿Cómo se podría alcanzar el sufragio universal? ¿Qué medios tenían a su alcance los socialistas para impedir el estallido de una guerra? Y el más apremiante de todos: ¿Quién era un auténtico socialista y quién un enemigo de la clase obrera? ¿Cómo podrían unirse todos los trabajadores del mundo cuando sus dirigentes seguían caminos diferentes, unos por la vía marxista y otros por la anarquista?

La lucha con los anarquistas

Cuando en Europa se pensaba sobre los socialistas internacionales, no eran los partidos de masas disciplinados, los sólidos y luchadores individuos de los partidos socialistas de Alemania o Bélgica o los sindicatos ingleses los que acudían a la mente. La figura que había capturado la imaginación popular era la del anarquista con su bomba humeante en el bolsillo, cuyos desmanes podían ser considerados bien como el galante desafío de un sistema social opresivo y materialista o como la protesta sin sentido de un individuo transtornado. Tales desmanes eran relativamente frecuentes en las décadas finales del siglo XIX. Su expresión más resonante era el asesinato de un jefe de gobierno; el zar de Rusia fue asesinado en 1881, el presidente de la República Francesa en 1894, la emperatriz de Austria en 1898, el rey de Italia en 1900, el presidente de los Estados Unidos en 1901, sin contar con que hubo muchos intentos frustrados de quitar la vida a otros soberanos. En otras ocasiones, los ataques de los anarquistas iban dirigidos contra el aparato del gobierno burgués —tal, por ejemplo en 1877, cuando los anarquistas italianos se dedicaron a atacar las oficinas municipales quemando los archivos, o cuando, en 1886 se vertió desde el segundo piso de la Bolsa de París una botella de vitriolo, o en 1893 una bomba desde la galería de la Cámara francesa de Diputados—. Lo más sorprendente y terrible eran los ataques indiscriminados contra víctimas casuales e inocentes: «Je ne frapperai pas un innocent en frappant le premier bourgeois venu», como afirmaba uno de los asesinos potencia-

les¹ (el primer burgués que se apareció en esta ocasión resultó ser el embajador servio en París). E incluso el más repudiable de estos asesinos, como Ravachol, que fue acusado de seis asesinatos y tres explosiones, pudo acudir a su ejecución entonando una canción anticlerical, y fue considerado inmerecidamente como un mártir.

Se trataba generalmente de acciones en solitario, excepto en Rusia; incluso los crímenes de carácter claramente político eran perpetrados por individuos o, como mucho, por grupos sumamente reducidos. Era inevitable que tales actos dramáticos y aterradores tuvieran un efecto considerable; han quedado reflejados en la literatura de la época, por ejemplo en *El agente secreto* de Conrad (publicado en 1907) e incluso —lo que resulta más sorprendente— en la producción de Henri James.² Desgraciadamente, estos actos terroristas, al igual que había sucedido con ocasión de la insurrección de La Comuna, daban a la clase dirigente la oportunidad de atacar al movimiento de la clase obrera en su conjunto. Así, el emperador Guillermo II intentó, a raíz del asesinato del presidente Carnot, restablecer la legislación anti-socialista que se había derogado cuatro años antes. No lo consiguió pero, de todas formas, la policía continuó durante muchos, y sobre todo en Prusia, teniendo poder para interferir en las actividades normales del Partido Social-Demócrata. En Bruselas, a Elisée Reclus, geógrafo de profesión y notable teórico de la doctrina anarquista, se le prohibió ejercer la docencia en la Universidad desde el momento en que Auguste Vaillant³ colocó una bomba en la Cámara francesa de los Diputados; y fue a resultas de este incidente cuando se fundó la Universidad libre de Bruselas. En Francia, los atentados terroristas perpetrados a principios de la década de 1890 provocaron una aguda crisis entre los partidos obreros en lugar de activar la lucha entre éstos y el Gobierno. Y ello porque el Gobierno de la República actuó con gran mode-

1. Léon-Jules Léauthier (1874-1894), que atacó e hirió gravemente al embajador servio en un restaurante el 13 de noviembre de 1894. Véase Maitron, p. 211.

2. *The Princess Casamassima* (1887). Véase Lionel Trilling, *The Liberal Imagination* (Nueva York, 1953), pp. 65-96. Ed. Castellana en Ediciones de Bolsillo.

3. Auguste Vaillant, el anarquista que se hizo famoso por la explosión de la bomba en la Cámara de los Diputados, no debe confundirse con Edouard Vaillant, el líder socialista.

ración frente a la epidemia de actos terroristas que tuvo lugar entre 1892 y 1894. (En París se produjo la explosión de once bombas, aparte del asesinato de Sadi Carnot y una serie de atentados contra personas inocentes.)¹ Una serie de anarquistas sospechosos fueron detenidos —cinco de ellos fueron ejecutados y otros tres condenados a trabajos forzados para el resto de sus días— pero no se tomaron medidas represivas de carácter general.

Los partidos socialistas franceses tuvieron ocasión muy pronto de comprobar hasta qué punto podía resultarles embarazoso este tipo de anarquismo. «Es sencillamente monstruoso. Es el acto de un lunático. Quienes llevan a cabo actos de este tipo no sólo están al margen de la ley sino también al margen de la humanidad», escribió Guesde a raíz de la explosión de la bomba en la Cámara de Diputados.² Pero la acción directa, por no decir también el terrorismo fútil, resultaba enormemente atractivo. Y no sólo porque existía una tradición teórica en su favor sino también por el recuerdo aún vívido de las barricadas de 1848 y la amarga experiencia de La Comuna. Este último episodio había demostrado que la lucha callejera era una técnica obsoleta en una época en la que ya existían ametralladoras, pero el ideal romántico de la insurrección tardó bastante en desaparecer. Los seguidores de Blanqui, por ejemplo, tenían muy pocas cosas más en las que poder creer (y resulta significativo que en su periódico demostraran una cierta simpatía hacia el ataque contra la Cámara de los Diputados en contraste con la indignación de Guesde). La teoría marxista oficial estaba siendo revisada en el sentido de excluir la táctica insurreccional. En 1895, Engels publicó un nuevo prefacio para la obra de Marx, *La lucha de clases en Francia* en el cual, con su interés característico por los asuntos militares, demostraba la superioridad técnica de los ejércitos modernos sobre los ejércitos revolucionarios: «El revolucionario que por su propia iniciativa provocó una lucha de barricadas en los nuevos barrios obreros de Berlín, debía estar loco.» (Resulta sintomático del talante de los líderes socialistas alemanes que cuando se discutía en el Reichstag la propuesta de la implantación de nuevas medidas represivas, suprimieran en la edición alemana las referencias a la convicción de Engels de que a pesar de todo, en determinadas circunstancias resultaba justificada y necesaria una revolución violenta.)

1. Maitron, p. 196.

2. *Le Journal*, 10 de diciembre de 1893, citado en Maitron, p. 217.

Las dificultades que existían para la acción directa y las crecientes posibilidades para el desarrollo de una actividad política normal en la Tercera República influyeron en el movimiento obrero francés y provocaron una crisis de la que, en ciertos aspectos, nunca se ha recuperado. Los líderes socialistas habían accedido al parlamento —Guesde y Vaillant fueron elegidos en 1893— y una serie de diputados hasta entonces radicales o independientes, comenzaron a votar con ellos. Así, los socialistas se vieron en posición de ejercer una cierta influencia en la vida parlamentaria y tuvieron que hacer frente a los problemas tácticos que de este hecho derivaban. Pero esta mayor importancia no fue acompañada de una unidad más estrecha. La división entre los socialistas franceses que en 1899 se había proyectado sobre la escena internacional, continuó dominando los congresos subsiguientes de la Internacional. Ciertamente, la situación se había complicado en los años transcurridos desde 1889; al margen de los diputados independientes asociados ahora con los socialistas en la Cámara de Diputados, hubo una nueva excisión en el partido posibilista en 1890 cuando Jean Allemane, impresor y *Communard* fundó un nuevo grupo, el *Parti Ouvrier Socialiste Révolutionnaire*. Los allemanistas se hallaban enfrentados tanto a los posibilistas, de quienes pensaban que era difícil distinguirlos de un partido político burgués como los radicales, como contra el deseo de los marxistas de dominar el movimiento obrero y someterlo a rígidos principios doctrinales. De hecho, Allemane apelaba a la antigua tradición anarquista. La acción política no servía para nada (aunque los seguidores de Allemane continuaron poniendo en cuestión las elecciones y él mismo resultó elegido para la Cámara en 1902); sólo la acción directa de la clase obrera al margen del parlamento podría alcanzar la revolución y una acción de ese tipo sólo podría ser realizada por los obreros, nunca por los intelectuales: «Pas de mains blanches, mais seulement les mains calleuses!»¹ Y ese movimiento no poseía otra forma de expresión que la huelga general.

Estas ideas no dejaban de resultar atractivas para los trabajadores franceses de temperamento revolucionario. Pero encontraron su expresión en el desarrollo de un movimiento sindicalista antes bien que en un grupo político relativamente poco importante

1. A. Zévaès, *Histoire du Socialisme et du communisme en France de 1871 a 1947* (Paris, 1947), p. 203.

como el de Allemane. En la década de 1870 y 1880 el POF de Guesde y la organización de los sindicatos (permitidos finalmente por la ley en 1884) habían progresado paralelamente, pero los marxistas no consiguieron mantener su control sobre los sindicatos, mientras que los anarquistas y allemanistas, comprendiendo que ni las acciones terroristas aisladas ni la táctica insurreccional, ya anticuada, conseguirían realizar la revolución, trataban de incrementar su influencia entre las organizaciones obreras.¹ Ya en 1888 en un congreso sindical celebrado en Burdeos se condenó la acción política y se hizo un llamamiento en pro de la acción directa expresada en la huelga general. «Desde aquel instante la alianza entre el *Parti Ouvrier* y los sindicatos federados iba a demostrarse precaria.»² Y en 1894 los seguidores de Guesde abandonaron el congreso sindical de Nantes. La ruptura entre sindicalistas y socialistas nunca llegaría a subsanarse, al menos hasta 1948, cuando ya era demasiado tarde. Aunque este hecho no fuera quizás importante desde el punto de vista cuantitativo —en 1902 únicamente el diecisiete por ciento del proletariado industrial se hallaba organizado en sindicatos—,³ significaba que los socialistas franceses no podían contar de manera automática con un apoyo de grandes masas, apoyo con el que, por ejemplo, iba a poder contar el Partido Laborista inglés. Bien al contrario, se vieron obstaculizados por las continuas manifestaciones antiparlamentarias por parte de los mismos trabajadores de cuyos votos dependían para conseguir su elección.

El líder e inspirador del nuevo movimiento «anarco-sindicalista» fue Fernand Pelloutier. Era un joven de una familia de la clase media, que fue expulsado de la escuela católica a la que asistía cuando se descubrió que había escrito una novela anticlerical. Cuando se trasladó a París desde su Bretaña natal, encontró allí las ideas y organización de la clase obrera que le atraían naturalmente —pequeños grupos de artesanos de gran seriedad, independientes y desconfiados ante todos los políticos—.

1. Existían dos grupos importantes de organizaciones, la *Fédération des Syndicats* (sindicatos profesionales) y *Fédération des Bourses du Travail* (bolsas de trabajo dirigidas por los mismos trabajadores y cuyos objetivos eran la defensa de sus intereses y la ayuda mutua). Estos grupos se fusionaron en 1902 formando la *Confédération Générale du Travail* (CGT).

2. Léon Blum, *Les Congrès ouvriers et socialistes français* (París, 1901), p. 113.

3. Dolléans, II, p. 31.

Esos eran los hombres —pensaba él— que harían la revolución; sus sindicatos servirían de modelo para el estado del futuro. «¿Ha de ser acaso la prisión colectivista, necesariamente, el estado transitorio al que debemos someternos? —escribió en noviembre de 1895—. ¿No podría consistir en una organización libre limitada exclusivamente a satisfacer las necesidades de producción y de consumo, de la que habrían desaparecido todas las instituciones políticas?»¹ Con incansable energía se lanzó a la tarea de organizar las Bolsas del Trabajo (*Bourses du Travail*), que fueron no sólo centros para la acción política sino también con finalidades educativas y de asistencia mutua para los obreros que se afiliaban a ellas. El nuevo sindicalismo se hallaba ya bien asentado cuando en 1901 murió Pelloutier a la edad de 34 años, víctima de la tuberculosis, dejando un imborrable recuerdo de energía, bondad y entrega.

Pero el movimiento sindicalista se basaba en algo más que la bondad de Pelloutier. Muchos de sus militantes estaban dispuestos a ir muy lejos en su intento de conseguir satisfacer las reivindicaciones de la clase obrera por medio de la acción directa. Pensaban, por ejemplo, en organizar huelgas parciales que se decía que preparaban el camino para el momento en que la huelga general pusiera el poder en manos de los trabajadores. Por otra parte, pese al antiparlamentarismo que figuraba como uno de los principios doctrinales de los sindicalistas, mantenían contactos con los partidos políticos. Y no sólo eso, sino que contaban en sus filas con hábiles políticos como Aristides Briand, el cual, al igual que sucedería con Pierre Laval una generación después, conseguiría su credibilidad política como entusiasta defensor de la huelga general. Así pues, en Francia, los ímpetus de los anarquistas fueron absorbidos por el movimiento sindicalista, que pronto encontraría a su teorizador en un ingeniero civil retirado, Georges Sorel. Este hombre, si bien no influyó directamente sobre la clase obrera («He leído a Alejandro Dumas», afirmó un líder sindicalista a quien le preguntaron si había analizado las obras de Sorel),² demostró en sus diversas obras que el movimiento sindicalista era capaz de construir una filosofía de gran alcance y tan amplia —si bien no tan coherente— como el marxismo.

1. F. Pelloutier, «L'Anarchisme et les syndicats ouvriers» en *Le Temps Nouveau*, núm. 27, noviembre de 1895; citado en Maitron, p. 251.

2. Dolléans, II, p. 117.

He aquí pues, que los marxistas franceses tenían que luchar en dos frentes a partir de 1890, contra aquellos socialistas, a la derecha, que parecían dispuestos a apartarse del marxismo dogmático en aras de la política práctica, y a la izquierda, contra el sindicalismo revolucionario que ofrecía un credo y un programa más atractivo que el marxismo en muchos aspectos.

Por lo tanto, los socialistas franceses, pese a que vieron cómo aumentaba su fuerza y su importancia política, no pudieron crear un partido monolítico según el modelo alemán. Los alemanes eran perfectamente conscientes de este hecho:

«A pesar de todo, nuestros amigos franceses están otra vez ebrios de victoria, se jactan ante el mundo entero y desearían situarse en el primer plano del movimiento... —escribió Engels en 1893—. Poco importa lo que hagan los italianos que, por lo demás son un puñado de hombres de poca monta; pero es harto dudoso que los alemanes estén dispuestos a seguir de esta forma la estela de los franceses. Cuando uno ha alcanzado la posición que ocupa después de veinticinco años de dura lucha y tiene tras de sí dos millones de votantes que le apoyan, tiene derecho a mirar con cautela a los "recién llegados" que, de repente, aparecen dispuestos a dar órdenes...»¹

Las divisiones entre socialistas y anarquistas eran más profundas en Francia que en ningún otro país europeo si se exceptúa España y, en menor grado, Italia, pero, en realidad, ningún partido socialista se veía libre de tales problemas. Tanto en Holanda como en Bélgica varios grupos se apartaron del partido socialista porque creían en la acción directa como método para conseguir una inmediata revolución proletaria. En ambos países, los marxistas ortodoxos recibían subsidios del Partido Social-Demócrata alemán para que pudieran mantener su organización y sus publicaciones.

En Holanda, los disidentes tuvieron importancia temporalmente porque al frente de ellos se situó Domela Nieuwenhuis, personalidad atractiva e indudablemente sincera. Pero, en definitiva, no consiguieron una posición sólida, si bien durante muchos años pervivió en el socialismo holandés un sentimiento pacifista de la eficacia de la acción directa para impedir la guerra. En cuanto a Bélgica, los socialistas se hallaban fuertemente enrai-

1. Engels a Sorge, 30 de diciembre de 1893. *Briefe und Auszüge aus Briefen von Joh. Phil. Becker, Jos. Dietzgen, Friedrich Engels, Karl Marx u. A. an F. A. Sorge und Andere* (Stuttgart, 1906), p. 405.

zados en el movimiento tradeunionista y cooperativista como para sentir con mucha intensidad la influencia anarquista. Contaban con treinta diputados en el Parlamento y constituían, por tanto, una fuerza política importante. Por otra parte, su programa de 1893 admitía al menos un aspecto del credo anarquista, ya que paralelamente al desarrollo político se hacía referencia «a un idéntico desarrollo en el aspecto moral a base de fomentar los sentimientos altruistas y el sentido de solidaridad».¹ En cualquier caso, parecían dispuestos a aceptar la táctica de la huelga general para alcanzar objetivos políticos. De hecho, ya acudieron a ella en 1886 con la esperanza de conseguir la extensión del sufragio universal, aunque no alcanzaron su propósito. En 1893, llevaron a cabo un nuevo intento: trabajadores procedentes de toda Bélgica confluyeron en Bruselas y ante tan impresionante demostración de fuerza, el gobierno se vio obligado a hacer importantes concesiones. Este éxito se repitió en 1913, año en que se obtuvo el derecho al voto para todos los varones, y se acudiría a la misma táctica treinta y cinco años más tarde para conseguir la abdicación del rey Leopoldo III. Poco podía temer, pues, el *Parti Ouvrier Belge* de sus rivales anarquistas con un saldo tan positivo de acción efectiva.

Incluso el Partido Social-Demócrata alemán se vio perturbado por «elementos anarquistas» (*anarchisierende Elemente*), aunque no se trató de una amenaza muy seria. Una vez que las leyes antisocialistas fueron derogadas, la organización de un gran partido de masas exigía la capacidad administrativa y la superioridad moral que adornaban a Bebel, más que las cualidades heroicas y románticas necesarias para una lucha clandestina, incluso para una lucha cuyas dificultades se exageraban.² Lo cierto fue, sin embargo, que algunos jóvenes, casi todos ellos intelectuales, en algunas ciudades importantes como Dresde, Magdeburgo y especialmente Berlín, comenzaron a criticar a la dirección del partido y a acusar al partido de convertirse en «un partido puramente oportunista» o «un partido únicamente reformista de inclinaciones pequeño-

1. G. D. H. Cole, *Marxism and Anarchism 1850-1890* (Londres, 1954), p. 437. Ed. castellana en *Historia del Pensamiento Socialista*, II. Marxismo y anarquismo (1850-1890), p. 407.

2. Novecientas personas fueron expulsadas de sus hogares y 1.500 condenadas a diversas penas de cárcel durante los 12 años en los que estuvo en vigor la legislación antisocialista (Mehering, *Geschichte der Deutschen Sozialdemokratie* (Stuttgart, 1898), II, p. 535).

burguesas».¹ De forma más directa se atacó la postura del partido respecto a las celebraciones del primero de mayo y a la alianza con otros partidos para la segunda vuelta de las elecciones para el Reichstag, pero en realidad se trataba más de la expresión de descontentos y ambiciones personales que de un auténtico desafío a los líderes consagrados del partido. En efecto, en 1891, Bebel y Liebknecht no tuvieron dificultades al dirigir el Congreso del Partido e incluso llegaron a expulsar a dos de los disidentes. Casi todos los demás se convirtieron en miembros respetables del ala derecha del socialismo. Algunos de ellos, sin embargo, insistieron de nuevo en su antigua actitud y solicitaron ser admitidos en los congresos internacionales. Sólo uno de los auténticos anarquistas, un joven estudiante cuyo nombre era Gustav Landauer, tendría futuro como político. Su carrera culminó en la encarnación más inviable del anarquismo revolucionario, la República soviética bávara de 1919. El Partido Social-Demócrata se hallaba en una sólida posición que le permitía acallar fácilmente las voces de protesta de este tipo de rebeldes. En efecto, se estaba convirtiendo en un sólido partido de masas cuyos miembros se sentían unidos por lazos de lealtad tan fuertes que les llevaban a considerar como su objetivo más importante la preservación de la maquinaria que con tantos esfuerzos habían construido durante los quince años anteriores. Las dudas y las críticas que pudieran poner en peligro esta unidad podían ser barridos por un llamamiento de Bebel o un discurso en el que se mezclaran las intenciones revolucionarias con el pragmatismo político, a cargo de una de las personalidades relevantes del partido.

El SPD era el primer gran partido de masas en Europa y ofrecía a la clase obrera un cuerpo de doctrina que podía sustituir a la religión, y la posibilidad de realizar una serie de actividades sociales e intelectuales, que hasta entonces no había conocido. En efecto, tanto en Alemania como en Austria, el Partido Social-Demócrata era mucho más que una simple organización para presentarse a las elecciones, conseguir votos o tratar de introducir modificaciones en la legislación. Abarcaba todos los aspectos de la vida de sus miembros; poseía un movimiento femenino (y de hecho, algunas mujeres como Clara Zetkin y Rosa Luxemburg se contarían entre sus líderes más sobresalientes); pronto contaría

1. Estas expresiones son de Werner (Berlín) en el congreso del partido celebrado en Erfurt en 1891. *Verhandlungen*, p. 61.

con un movimiento juvenil; en sus congresos se debatían en profundidad cuestiones tales como si los obreros debían ingerir bebidas alcohólicas o —adelantándose al «realismo socialista» del futuro— la importancia del sexo en el arte moderno. Compositores socialistas escribían canciones socialistas que eran entusiásticamente interpretadas por agrupaciones corales socialistas. Una lista completa de publicaciones, diarias, semanales, mensuales, anuales, por toda Alemania, proporcionaban instrucción y entretenimiento a los grupos más diversos de la clase obrera —desde el elevado *Neue Zeit* en el que se discutían los principios fundamentales del marxismo, hasta el humorista *Wahre Jakob* o el *Buch der Jugend* para los niños proletarios, de cuya edición se encargaba Emma, la esposa de Victor Adler—. E incluso aún había dinero para conceder subsidios a las publicaciones extranjeras —Bélgica y Holanda— donde las divisiones internas habían situado a las facciones marxistas en situación económica difícil. Cada vez más, el Partido Social-Demócrata iba constituyendo su propio mundo, una sociedad dentro del Estado que absorbía los intereses, energías e imaginación de sus miembros, en tanto que sus líderes adquirían una posición casi mitológica que generalmente quedaba reservada para la familia real. Estos logros con respecto a la organización y sistema de propaganda quedaron reflejados en los éxitos electorales del partido —casi un millón y medio de votos y treinta y cinco escaños en 1890 y más de dos millones de votos y cincuenta y seis escaños en 1898—. Pero, posiblemente, el nuevo movimiento de masas vino a satisfacer una necesidad más profunda en la vida alemana, la necesidad de un credo y una causa capaces de tomar el lugar que —al menos entre los intelectuales— había ocupado la lucha por la consecución de la unidad nacional. El Partido Socialista alemán ocupaba, pues, una posición única y distinta a la de los demás partidos socialistas europeos, tanto en el aspecto político como intelectual. «Esta es, en verdad, la gran ventaja de nuestro movimiento alemán —escribió Wilhelm Liebknecht en 1892—, una ventaja que no proviene de nuestros méritos personales sino del curso de nuestra evolución histórica peculiar, y en otros aspectos, desfavorable. Se trata de que desde el primer momento tuvo (el movimiento alemán) un programa basado en principios firmes, una actitud científica y una táctica realista (*realpolitische*).»¹ Además, esta táctica realista se basaba

1. W. Liebknecht, *Hochverrat und Revolution* (Berlín, 1892), citado

en una estrecha relación con el movimiento tradeunionista. En efecto, aunque nunca existió un nexo constitucional formal entre el partido y los sindicatos socialistas, como existiría posteriormente en el caso del Partido Laborista inglés, los miembros de los Sindicatos Libres (que eran genuinamente socialistas, en oposición a los sindicatos cristianos y a otros sindicatos no socialistas, mucho menos importantes) votaban por la social-democracia, y sus líderes desempeñaban un papel importante en las reuniones del partido. Como dijo Liebknecht en otra ocasión:

«El movimiento obrero no puede alcanzar su meta a través de simples organizaciones tradeunionistas. El movimiento obrero no puede alcanzar su meta con sólo organizaciones políticas. Ambas clases de organización resultan indispensables entre sí. Si los ingleses poseyeran nuestra organización política y nosotros contáramos con la organización tradeunionista de los ingleses, tanto en Inglaterra como en Alemania habríamos alcanzado la victoria y el poder estaría en nuestras manos.»¹

La misma solidez del Partido Socialista alemán había de producir problemas, pero no se trató de los problemas planteados por los anarquistas ni de los derivados de una crítica demasiado abierta de la jefatura y las tácticas del partido.

En tales circunstancias, era inevitable que muchos de aquellos que habían llegado a una postura de enfrentamiento con sus propios partidos o habían sido expulsados por sus inclinaciones anarquistas, intentaran conseguir en los congresos socialistas internacionales la atención y el apoyo de los que carecían en sus países respectivos. Al mismo tiempo, las diversas facciones de un partido dividido —caso de los franceses—trataban de obtener el aplauso internacional para su punto de vista. Gradualmente, los socialistas fueron creando en sus congresos una especie de opinión pública internacional. Y así, una vez más los alemanes se vieron situados en una posición de liderazgo, por cuanto contaban con una firme base doctrinal que podía servir —así lo pensaban— como fundamento para la acción internacional. Poseían además experiencia en las tareas de organización que los convirtió, junto con los belgas,

en Robert Michels, «Die deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbande» en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. XXV, I Heft (907), p. 158.

1. Discurso en Bielefeld, 29 de octubre de 1893; citado en Maurice Lair, *Jaurès et l'Allemagne* (París, 1953), p. 18.

en los lógicos organizadores de la Internacional. Paulatinamente, los congresos de la Internacional fueron convirtiéndose en algo similar a los congresos del Partido Social-Demócrata alemán, con sus alegres salas decoradas y sus excursiones por el Rhin en barcos de vapor, su agenda cuidadosamente elaborada y sus debates y actas perfectamente ordenados. Pero todo eso llevaría tiempo; de hecho los tres siguientes congresos de la Internacional posteriores al de 1889 fueron casi tan confusos como el primero.

El Congreso de Bruselas de agosto de 1891 constituyó un intento por superar el abismo creado por los dos congresos de 1889, y a él acudieron delegados de ambos. Los belgas, bajo la dirección de Anseele (César de Paepe acababa de morir) organizaron el Congreso mucho más eficazmente que los franceses (incluso organizaron para los delegados una excursión a Gante y un «*dîner démocratique*»). Pero los anarquistas pronto hicieron sentir su presencia. En la sesión de apertura se señaló que no habían sido invitados y quedaron excluidos del Congreso formalmente. Pero al día siguiente se presentó el doctor Saverio Merlino bajo el nombre ficticio de Levi por temor a la policía belga y consiguió ser admitido después de numerosas dudas y discusiones. No permaneció durante mucho tiempo en el Congreso por cuanto al día siguiente fue detenido durante el intervalo de la comida y deportado a Inglaterra. No pocas voces se dejaron oír afirmando que habían sido los socialistas ortodoxos quienes habían revelado su identidad a la policía. En definitiva, aunque los anarquistas belgas habían sido excluidos formalmente desde el principio y los españoles fueron expulsados al segundo día (quedando el marxista Pablo Iglesias como único delegado español) sus opiniones quedaron representadas por algunos miembros de la delegación francesa y por Domela Nieuwenhuis, quien contaba con el apoyo de una parte importante del movimiento obrero holandés.

Debido a todos estos problemas, en el Congreso de Bruselas no se aprobaron resoluciones importantes ni se tomaron decisiones sobre la actuación política. No obstante, se pudo dedicar al menos bastante tiempo para la discusión de algunos de los problemas que preocupaban a los dirigentes obreristas. Con carácter unánime se aceptó la necesidad de introducir una legislación que regulara las condiciones de trabajo de la clase obrera. Como señaló Bebel, la clase obrera esperaba de los partidos socialistas a los que confiaba su voto que trataran de mejorar su situación. La delegación americana planteó la cuestión de la situación de los judíos, que constituía

un problema preocupante ya que en Alemania y Austria estaba cobrando cierto auge un movimiento antisemítico de raíz popular. A este respecto, el Congreso adoptó la que habría de ser la actitud socialista ortodoxa (que los franceses mantendrían con ocasión del asunto Dreyfus).

«El Congreso, considerando que los partidos socialistas y obreros de todos los países siempre han rechazado los antagonismos y luchas de razas y nacionalidades y que la sola lucha es la lucha de clases entre los proletariados de todas las razas y los capitalistas de todas las razas, ...al condenar toda clase de agitación antisemítica y filosemítica como una maniobra mediante la cual la clase capitalista y los gobiernos reaccionarios tratan de confundir al movimiento socialista y dividir a los trabajadores, decide que resulta innecesario discutir el punto planteado por la delegación de los grupos americanos socialistas de lengua judía y procede a la discusión del orden del día.»¹

Esta misma actitud habría de adoptarse con respecto a todos los problemas nacionales y habría de suponer para el movimiento socialista la pérdida del apoyo de gran parte de la clase obrera checa y polaca. Sólo los judíos, cuya conciencia nacional carecía todavía de una base territorial, podían seguir la línea de acción marcada por el Congreso. Y, sin duda, así lo hicieron, aportando al movimiento socialista algunos de sus más notorios líderes.

Aparte del debate sobre la conmemoración del primero de mayo, al cual nos hemos referido en el capítulo anterior, en el Congreso se discutió sobre la organización de la acción tradeunionista internacional en forma paralela a la acción internacional de los partidos socialistas. Los congresistas hubieron de reconocer que existían grandes dificultades para llevar adelante este proyecto. La mayor parte de los miembros de los sindicatos estaban menos interesados en una acción internacional que los afiliados a los partidos socialistas; no todos los sindicatos eran sindicatos socialistas e incluso el Sindicato Libre alemán, socialista, se oponía a que se estableciera una organización central. Finalmente, se aceptó una resolución de compromiso en la que se instaba a todos los países a la creación de un secretariado, «para que en cuanto, en cualquier lugar, surja un conflicto entre capital y trabajo, llegue a conocimiento de los trabajadores de los distintos países y tengan la oportunidad de consultarse».² En la práctica, esto habría de

1. *Actas de 1891*, miércoles 19 de agosto, pp. 43-4.

2. *Actas de 1891*, jueves 20 de agosto, p. 61.

tener muy escasa vigencia. Algunos sindicatos (especialmente los de la construcción y del transporte) establecieron lazos internacionales e incluso se ayudaron económicamente unos a otros en los casos de huelgas y lockouts. Pero, aunque en 1901 quedó establecido en Alemania un secretariado sindical internacional y se organizaron una serie de congresos, nunca llegó a ser algo más que un «buzón de correo internacional». Así, la influencia internacional que pudiera ejercer los sindicatos se canalizaba a través de la Internacional socialista —quizás habría que decir más bien que las actividades de la Internacional política se vieron obstaculizadas constantemente por su dependencia de los sindicatos de los países miembros y por la carencia de lazos internacionales sólidos entre los miembros más preeminentes de los sindicatos.

De hecho, fue esa dependencia de los sindicatos para conseguir el apoyo de masas y, en consecuencia, para poder llevar adelante una acción política de masas, lo que provocó que las manifestaciones del primero de mayo fueran relativamente poco impresionantes. Ese mismo factor influyó en forma aún más decisiva a la hora de emprender una acción internacional efectiva para impedir la guerra. Este fue el último tema que se discutió en Bruselas; en los congresos subsiguientes se plantearía cada vez con mayor urgencia hasta el punto de que llegó a convertirse en la auténtica razón de ser de una Internacional socialista. Por el momento, en Bruselas ofreció a los anarquistas utópicos una última oportunidad de asestar a sus enemigos un duro golpe. Liebknecht mantuvo un fuerte intercambio con Domela Nieuwenhuis, quien criticó la falta de contenido de una moción presentada por Liebknecht y Vaillant. Hasta el Papa podría aceptarla —afirmó Nieuwenhuis— con tal de que se sustituyera la palabra socialismo por la de cristianismo. A continuación, afirmó que la posible guerra entre las naciones debería convertirse en una guerra civil entre las diversas clases sociales, y urgió a que se introdujera una moción en este sentido. En el curso de su parlamento, hizo una terrible y profética observación: «Los sentimientos internacionalistas que lleva implícito el socialismo no existen entre nuestros hermanos alemanes.»¹ Esta afirmación se repetiría otras veces posteriormente, para ser siempre reprimida. En aquella ocasión, Liebknecht, cuyos sentimientos internacionalistas nadie podía poner en duda, rechazó fácilmente la acusación haciendo referencia a su actuación en 1870.

1. *Actas* de 1891, viernes 21 de agosto.

Luego, expresó la diferencia práctica existente entre su posición y la de los idealistas como Nieuwenhuis: «En lugar de hablar incesantemente de la revolución, es mucho más positivo trabajar para conseguir mejorar la suerte del proletariado y fortalecer la organización obrera; ésta es la forma de servir eficazmente a la causa popular.»¹ No era fácil contrarrestar estos argumentos; la moción de Nieuwenhuis fue rechazada por una clara mayoría. Sólo sus amigos holandeses y daneses así como algunos delegados franceses, siempre dispuestos a apoyar una causa revolucionaria, dieron un voto favorable.

Los anarquistas y grupos afines volvieron a la carga dos años más tarde en el siguiente Congreso de la Internacional que se celebró en Zurich en la segunda semana de agosto de 1893. En efecto, el Congreso empezó con una tremenda discusión sobre quién debía ser admitido, que desmintió (¿o acaso confirmó?) las palabras del presidente suizo, el cual declaró en la sesión inaugural que el Congreso era «un pequeño anteproyecto (*Vorbild*) de los Estados Unidos de Europa y de la futura república mundial». Los alemanes que habían sido expulsados del SPD, especialmente Werner y Landauer, solicitaron ser admitidos en el Congreso y consiguieron un inesperado apoyo por parte de los tradeunionistas ingleses, que parecían deseosos de que no se pusiera un énfasis excesivo en la acción política socialista ortodoxa. Bebel, molesto al ver aparecer a aquéllos de quienes había podido librarse en el Congreso de su propio partido, dirigió contra ellos un furibundo ataque en medio de un tumulto tal que se hubo de pedir a los camaradas suizos que restablecieran el orden. El punto central del ataque de Bebel era que resultaba esencial en la situación presente que los socialistas llevaran a cabo una acción política, opuesta a la acción directa deben «utilizar los derechos políticos y la maquinaria legislativa en tanto sea posible o tratar de conquistarlos para luchar por los intereses del proletariado y hacerse con el poder político».² Así se presentó una moción que limitaría la participación en el Congreso a los grupos y partidos que aceptaran el principio de la acción política. Inmediatamente se produjo una gran conmoción cuando Werner y Landauer fueron expulsados de la sala gritando: «¡Protestamos!»; el marxista español Pablo Iglesias votó por equivo-

1. *Actas* de 1891, viernes 21 de agosto.

2. *Actas* de 1893, lunes 7 de agosto.

cación con los anarquistas y los delegados franceses comenzaron a enfrentarse unos con otros.

La situación no fue menos confusa al día siguiente. El delegado francés Argyriadès, a quien correspondía actuar de presidente aquel día (estaban ausentes los líderes franceses más sobresalientes incluidos Vaillant y Guesde) dio la señal para que comenzara el tumulto cuando afirmó que deseaba que la sala fuera decorada con los retratos de Blanqui, Fourier y Saint-Simon, así como el de Marx. Al cabo de una hora y media de discusión, uno de los delegados ingleses, Sydney Olivier señaló, con sus mejores modales de miembro de la Sociedad Fabiana, que se estaba malgastando el tiempo en la discusión de cuestiones que ya habían sido tratadas el día anterior. Con todo no consiguió acelerar el procedimiento y el resto del día transcurrió en la discusión de los mandatos. Finalmente, después de que Plejanov afirmara que no se debía pensar que por el hecho de que su organización fuera secreta, él era anarquista, se expulsó a quince delegados. Entre ellos se hallaba una muchacha judía polaca de veintidós años, Rosa Luxemburg, que había estudiado Ciencias Económicas, Historia y Economía en la Universidad de Zurich y que participaba cada vez más intensamente en la actividad conspiradora del grupo de los emigrados políticos, dando así comienzo a una notable carrera de irrefrenable celo revolucionario. Al día siguiente el grupo de los expulsados se vio incrementado con la presencia de un italiano, Amilcare Cipriani, quien depuso su mandato con estas palabras: «Me marchó con aquellos a los que habéis expulsado, con las víctimas de vuestra intolerancia y brutalidad.»¹

El Congreso pudo comenzar los debates gracias al que aquel día era su presidente, el tradeunionista inglés Hodge. Los asuntos a tratar eran temas ya familiares: la jornada de ocho horas, los actos del primero de mayo, la actividad política y la guerra. La discusión discurre también en la forma ya habitual; Nieuwenhuis atacó una vez más a los alemanes evocando ciertas declaraciones un tanto embarazosas de Bebel en el sentido de que estaba dispuesto a luchar contra Rusia. Bebel, en efecto, había proclamado su postura en términos rotundos en el congreso del SPD celebrado en Frank-

1. *Actas*. Miércoles 9 de agosto. Las cifras definitivas de los delegados admitidos eran las siguientes: Australia 1, Austria 34 (incluidos 7 checos), Bélgica 17, Bulgaria 2, Dinamarca 2, Francia 39, Alemania 92, Gran Bretaña 65, Holanda 6, Hungría 9 (incluida Croacia), Italia 21, Noruega 1, Polonia 11, Rumania 5, Rusia 1, Servia 1, Suiza 101, U.S.A. 3.

furt dos años atrás: «Si Rusia, campeón de la crueldad y la barbarie, y enemiga de la cultura humana, atacara a Alemania estaríamos dispuestos, tanto o más que los propios gobernantes alemanes, a resistir sus ataques, ya que una victoria rusa supondría la derrota de la social-democracia.»¹ La moción presentada por Nieuwenhuis, en la que se propugnaba la huelga general en el caso de que estallara la guerra y la negativa de los reclutas a cumplir el servicio militar, fue rechazada por una gran mayoría. Sólo los australianos, holandeses, noruegos, y algunos de los delegados franceses votaron a favor. Una vez más, las peticiones en pro de una organización política práctica fueron más fuertes que las esperanzas de acción directa a gran escala, que podría ser calificada despectivamente por Liebknecht como un simple deseo piadoso.

Hay que decir que el Congreso de Zurich, a pesar de las disputas, señaló una mayor uniformidad de criterios entre los diversos líderes socialistas. Si bien se repitieron una vez más los dogmas del marxismo —y el propio Engels se presentó en persona para asistir a la última sesión del congreso y coquetear con las camaradas socialistas durante una excursión en barco por el lago— estaba cada vez más extendida la creencia de que mientras se esperaba que las contradicciones internas del sistema capitalista produjeran su caída, era mucho lo que podía hacerse en el marco de las instituciones del momento a través de una acción política normal. El profundo contraste entre una tal política en la práctica y los slogans revolucionarios de la teoría marxista, no causaría graves problemas por el momento. Los lemas revolucionarios bastaban por el momento para satisfacer a aquellos izquierdistas que años más tarde exigirían una acción revolucionaria —por ejemplo el búlgaro Rakovsky, quien estuvo presente en Zurich— mientras que la posibilidad de una acción política inmediata fue lo que atrajo al movimiento socialista a hombres como Émile Vandervelde, joven abogado de Bruselas e hijo de un juez. Vandervelde, por su educación y buen juicio, llegó a ser en breve plazo, una de las figuras prominentes del partido belga y miembro destacado de la Internacional, desde que se presentó en el Congreso de Bruselas cuando contaba veinticinco años.

Sin embargo, a pesar de la exclusión formal de los anarquistas y de la votación negativa para Nieuwenhuis en el congreso de Zurich, la existencia todavía numerosa de partidarios de la acción di-

1. *Verhandlungen*, 1891, p. 285.

recta en el seno de los partidos franceses, les permitió plantear de nuevo la cuestión en el siguiente congreso de la Internacional, que se celebró en Londres durante la última semana de julio de 1896. Fue el más tumultuoso Congreso hasta la fecha, pero su ubicación en Inglaterra le prestó un sabor especial desde el primer día cuando una manifestación que se desarrollaba en Hyde Park fue dispersada por un auténtico diluvio de lluvia. El contraste entre los socialistas ingleses y los de los restantes países europeos quedaron perfectamente en claro, pues entre los representantes ingleses se encontraba gente como el señor y la señora Sidney Webb y George Lansbury, que se hallaban bien lejos de teóricos marxistas como Plejanov o líderes políticos como Bebel. La delegación inglesa contaba también con un irónico observador que más tarde escribió sus impresiones del desarrollo de la sesión: George Bernard Shaw. La diferencia entre Inglaterra y los países del continente no se limitaba a las opiniones de los delegados. Tales diferencias quedaron perfectamente patentes cuando el primer día del congreso «los anarquistas provocaron tales disturbios en la sala y en los pasillos, gritando y pateando el suelo, que el presidente (un sindicalista inglés) amenazó con llamar a la policía para que expulsara a los autores de los disturbios».¹

Casi todos aquellos que habían sido expulsados previamente se presentaron en el Queen's Hall, que era la sede del Congreso. A Gustav Landauer, Enrico Malatesta, el anarquista italiano que por aquel entonces residía en Londres, y el danés Cornelissen se les unió finalmente Nieuwenhuis. Este hombre había manifestado en diversas ocasiones su cansancio ante la práctica y los compromisos parlamentarios (sus enemigos afirmaban que ello se debía a su fracaso en el parlamento holandés para el que había sido elegido en 1888). Cuando en Londres se planteó una controversia sobre la acción política, se retiró para no volver a regresar, junto con casi todos los delegados holandeses. Aparte de la retirada de la delegación holandesa y las esporádicas interrupciones por parte de los anarquistas (Landauer había tomado el lugar de Saverio Merlino y aparecía inesperadamente poniéndose de pie sobre las sillas y gritando), las divisiones que aquejaban a los franceses constituían también un serio obstáculo. Por su causa el congreso comenzó con retraso porque fueron incapaces de formar una sola delegación y finalmente se presentaron separados en dos grupos antagó-

1. *Actas de 1896*, p. 6.

nicos. En estas condiciones los esfuerzos de la delegación inglesa para que se discutieran temas tales como el sufragio universal, la autodeterminación nacional, la emancipación de la mujer y la educación, no tuvieron mucho éxito. En una de las sesiones los alemanes rechazaron, además, las iniciativas de la delegación inglesa a la que acusaron de pensar que estaban actuando en un congreso inglés y no en congreso internacional. En resumen, poco fue lo que aportó el Congreso a la teoría y a la práctica socialista. Con todo, como dijera Shaw, «un congreso socialista internacional de quien todo el mundo se burla y al cual nadie teme, constituye un gratificador paso adelante».¹

El Congreso de Londres no sirvió sólo, pues, para evidenciar las diferencias entre los socialistas ingleses y los europeos. Demostró también cuánto habían avanzado los socialistas internacionales en el camino hacia la uniformidad, y la constancia con que en todo momento se habían desembarazado de los revolucionarios disidentes. Pero los franceses aún obstinadamente a organizarse siguiendo el modelo de un partido de masas marxistas que habían establecido los alemanes (nunca se llegó a pensar, en realidad, que los ingleses pudieran hacer tal cosa). La búsqueda de una base sobre la que pudiera asentarse la unidad del socialismo francés dominaría los dos congresos subsiguientes de la Internacional e iba a suscitar la discusión de aspectos fundamentales del carácter de la acción socialista. Por encima de todo, el Congreso de Londres patentizó las paradojas inherentes a la social-democracia alemana y su relación con la sociedad alemana, paradojas que, desde luego, no se le escaparon a Bernard Shaw. «Los alemanes con su compacto partido Social-Demócrata en el Reichstag —escribió— van, al parecer, muy por delante de nosotros y, sin embargo, su jefe, Herr Liebknecht, es encarcelado por un discurso que Mr. Arthur Balfour podía pronunciar mañana mismo ante la Primrose League, con la aprobación de Inglaterra entera.»² Y con respecto a Liebknecht, dijo: «Se ha convertido en un parlamentario, pero su marxismo le ha impedido llegar a ser un estadista... Todavía encubre todos los compromisos mediante una declaración en el sentido de que los social-demócratas nunca se comprometen.»³

1. G. B. Shaw, «Socialism at the International Congress», en *Cosmopolis*, septiembre de 1896, vol. III, p. 658.

2. Shaw, p. 662. Liebknecht había sido procesado por *lèse-majesté* («*Majestätsbeleidigung*»).

3. Shaw, p. 667.

Los congresos de la Internacional celebrados en la década de 1890 demostraron que la mayoría de los líderes socialistas europeos aceptaban la necesidad de llevar a cabo una acción política en el seno de la sociedad burguesa existente, pese a que tal sociedad estuviese condenada por el inexorable proceso de la Dialéctica. Demostraron también cuánto habían avanzado los partidos socialistas en la vía del sentido común y de la política práctica. Los partidos socialistas de la Europa occidental, si en la práctica no eran revolucionarios, al menos eran capaces de satisfacer gran parte de las necesidades sociales, políticas y culturales de la clase obrera. Pero este mismo éxito no dejaba de entrañar peligros, como demostró la crisis que poco después sacudió al Partido Social-Demócrata alemán. Muchos social-demócratas comenzaban a preguntarse ahora que se había llevado a cabo una agitación práctica para la implantación de reformas inmediatas sin abandonar por ello los slogans marxistas, si la interpretación marxista resultaba totalmente adecuada para la sociedad contemporánea. Además, el contraste entre la energía de los social-demócratas en Alemania y su debilidad política, y la debilidad de los partidos socialistas franceses y su fuerza política cuando se aliaban con la clase media liberal, iba a hacerse patente en la crisis que provocó en Francia el caso Dreyfus. Había llegado la prueba de fuego para las relaciones entre los socialistas y la sociedad política existente.

Reformismo y revisionismo

En los últimos años del siglo XIX ningún partido socialista podía escapar a las dificultades que les planteaba su propia existencia como partidos de masas, al verse obligados, al menos por el momento, a actuar en el marco de un sistema político que al propio tiempo trataban de destruir. Todos los partidos socialistas de Europa se veían enfrentados a una serie de problemas, prácticos y teóricos, originados por su crecimiento como organización y por los éxitos parlamentarios conseguidos en la década de 1890. Como siempre, fue en Francia y Alemania donde la crisis se dejó sentir con mayor intensidad y tuvo consecuencias de más largo alcance. En el Partido Social-Demócrata alemán, la crisis se manifestó primeramente a nivel teórico. De hecho, pese a que las decisiones que se tomaron respecto a la doctrina marxista tuvieron efectos prácticos de enorme importancia, la cuestión se planteó como una controversia de carácter teórico. En Francia, por el contrario, los políticos socialistas se encontraban con problemas de acción inmediata para solucionar una crisis específica, y de actuación en la política cotidiana. La Tercera República ofrecía grandes oportunidades para la actividad parlamentaria. La legislación social en Francia se hallaba retrasada con respecto a la de Alemania o Inglaterra, pero la existencia de un genuino sistema democrático y la extensión del sufragio universal permitía la acción de reformistas ansiosos de resolver los problemas que planteaba una sociedad industrial en expansión. Hacia 1890, la República se hallaba estabilizada en el plano político y, en consecuencia, aquellas facciones políticas que veinte años antes se hallaban en la extrema izquierda ahora encontraban un lugar en el ordenamiento legal. Así fue posible que

incluso radicales extremistas como Clemenceau, cuando participaron en escándalos financieros como el del Canal de Panamá, fueron denunciados por sus nuevos enemigos políticos de la izquierda como burgueses hipócritas comprometidos en el mantenimiento del orden capitalista. Paralelamente, la misma agitación que habían comenzado los radicales de la generación anterior desembocó en el planteamiento de nuevas exigencias por parte de quienes todavía se consideraban desheredados: «Vosotros habéis apartado finalmente al pueblo de la protección de la Iglesia y de su dogma... habéis puesto fin a la antigua canción que acunaba a la miseria humana y la miseria humana ha despertado y ahora está vociferando, ha aparecido ante vosotros y ahora exige ocupar su lugar»,¹ declaraba Jaurès a los radicales. Fueron los socialistas quienes se beneficiaron de este despertar. En efecto, se hizo evidente, la presencia en la Cámara de los Diputados de un grupo importante de la nueva izquierda. Algunos radicales comenzaban a abogar por la implantación de reformas, y su actuación les acercaba a los representantes recientemente elegidos del movimiento socialista organizado, Guesde, Lafargue y Edouard Vaillant. Abogados ambiciosos como René Viviani o Alexandre Millerand alcanzaron una reputación política al defender a militantes socialistas acusados de perturbar la paz, o al exigir reformas sociales en la Cámara. Otros, como Aristide Briand, también abogado, ingresaron en el Parlamento como miembros del ala izquierda del movimiento sindicalista, pero cuando ocuparon su escaño comenzaron a fluctuar hacia la derecha.

Así pues, junto a los representantes de los grupos organizados, aunque frecuentemente divididos como el POF, el *Parti Ouvrier Socialiste Révolutionnaire* (allemanistas), la *Fédération des Travailleurs Socialistes de France* (posibilistas) y el *Comité Central Révolutionnaire* (blanquistas), una serie de diputados que se autocalificaban como socialistas independientes comenzaron a votar unitariamente en la Cámara propugnando una serie de reformas superficiales y manifestándose contra las aventuras coloniales y la violación de la libertad individual. A ellos se unieron los radicales y se mantuvieron en alianza casi constante con un pequeño grupo de independientes. Se trataba de los boulangistas, el más importante de los cuales era Maurice Barrès.

1. En la Cámara de los Diputados, 21 de noviembre de 1893. Jean Jaurès, *Etudes Socialistes, Oeuvres*, I, p. 236.

En la década de 1890 el socialismo tanto en Francia como en Alemania e Italia se estaba convirtiendo en una de las más importantes fuerzas intelectuales. Los estudiantes parisinos se interesaban por la discusión de las ideas socialistas con el mismo entusiasmo que dedicaban al redescubrimiento del idealismo alemán o al simbolismo estético de Jean Moréas. Uno de los hechos más notables en la Tercera República era la intimidad en que se desarrollaba su vida intelectual y política. Clemenceau, por ejemplo, escribía novelas y era amigo de Monet y Debussy; un joven intelectual socialista como Alexandre Zévaès, que llegaría a ser uno de los principales historiadores del movimiento obrero francés, confraternizaba en los cafés con Paul Verlaine; incluso el austero y devoto socialista Jules Guesde escribía versos dulzones de estilo baudeleriano. Maurice Barrés, que pronto iba a convertirse en el principal teórico de las fuerzas reaccionarias se hallaba en ese momento en buenas relaciones con los intelectuales socialistas. El movimiento socialista pudo contar en sus filas, al menos durante cierto tiempo, con personalidades tan diferentes como Charles Péguy y el joven esteta León Blum. El centro de esta influencia intelectual era la *Ecole Normale Supérieure* donde Lucien Herr, que fuera bibliotecario de este centro durante muchos años, convertía para la causa socialista a un grupo de estudiantes en cada generación.

Jean Jaurès fue, con mucho, el más sobresaliente de los nuevos conversos a la causa socialista. Nació en 1859 en Castres, en el sudoeste de Francia, en el seno de una familia de la clase media. El primo de su padre había sido almirante y embajador en San Petersburgo y también el hermano de Jean llegó a ser almirante. Se trataba, pues, de una familia de profesionales y hombres de negocios, pero el padre de Jean poseía una pequeña propiedad rural. Allí creció el futuro líder socialista y aprendió a sentir una preocupación por el paisaje y la clase campesina franceses que habían de influir decisivamente en su formación política. Poseía grandes cualidades intelectuales y en 1881 se graduó en la *Ecole Normale* con el número 3, siendo Bergson el segundo y M. Lesbazeille el primero. A continuación comenzó a enseñar filosofía en el liceo de Albi para más tarde pasar a la Universidad de Toulouse. Durante toda su vida fue un hombre sencillo y el éxito que alcanzó en su actividad política no le hizo perder la sencillez de sus costumbres.

Jaurès llegó a la política con un profundo sentimiento de soli-

daridad con los oprimidos y desheredados y con la profunda convicción de que era posible mejorar su suerte. Nunca fue marxista, aunque no dejó de reconocer sus deudas para con Marx —su *Histoire Socialiste de la révolution française* lo demuestra— e incluso defendió contra Bernstein la teoría marxista de la plusvalía. Como orador se hallaba dentro de la gran tradición de los oradores revolucionarios franceses. En ciertos momentos recuerda a Gambetta, de quien él mismo destacaba «su ardiente y viva imaginación, su sensibilidad para la naturaleza y el arte, su curiosidad siempre abierta para tantas cosas».¹ Pero pese a sus cualidades oratorias tenía la suficiente profundidad intelectual como para no convertirse en demagogo: «Es importante llegar a ser popular —dijo en una ocasión— pero es importante también saber utilizar la popularidad.»² Era su irrefrenable optimismo la fuente de su energía pero también la causa de sus mayores errores. Todo habría de resultar bien; siempre se fijaba en el más nimio acontecimiento que señalara una mejora en la situación internacional o en la política interior de los países extranjeros: los americanos apoyaban la política de arbitraje; Alsacia-Lorena conseguiría la autonomía, a Irlanda se le concedería el *Home Rule*, las mujeres inglesas obtendrían por fin el derecho al voto.

Jaurès resultó elegido como diputado por primera vez en 1885 y durante los cuatro años siguientes fue radical moderado. Perdió su escaño en 1889 pero cuando volvió al Parlamento en 1893 comenzó a votar en la Cámara con el grupo socialista. Durante los años siguientes fue perfilando su posición política en una serie de artículos o en conversaciones con Lucien Herr o en su discusión pública con Paul Lafargue sobre la interpretación marxista de la historia. Para él el socialismo era la culminación lógica del republicanismo y el colectivismo la meta natural de la reforma radical. Por su inteligencia, su habilidad política y sus dotes oratorias se convirtió muy pronto en un líder importante del movimiento socialista. Llegó a ser quizá su representante más ilustre aunque de hecho aún no se hallaba ligado a ninguna organización socialista. La presencia de socialistas independientes en la Cámara de los Diputados —Jaurès, Millerand, Clovis Hugues, Viviani y otros—, contribuía a dificultar las relaciones entre los

1. Jean Jaurès, «A propos de Gambetta» en *Revue de l'enseignement primaire et primaire supérieur*, febrero de 1909; recogido en Jaurès, *Pour la Paix Oeuvres*, IV, p. 83.

2. C. Andler, *Vie de Lucien Herr* (París, 1932), p. 149.

diversos grupos socialistas. Como parlamentarios eran más efectivos que Guesde o Vaillant y Jaurès contaba con un gran atractivo popular. La elección de Guesde en Roubaix en 1893 había sido considerada como un triunfo para la causa internacional socialista. En uno de sus primeros discursos conmocionó a la Cámara cuando llevó a cabo una completa exposición de los principios colectivistas que poco tenía que ver con la moción que se estaba debatiendo. Pero resultaba mucho más eficaz en las reuniones de masas donde su demacrado aspecto y su aire de ardiente sinceridad unidos a su barba y su cabello «que le dan el aspecto de Jesús o de Alphonse Daudet»,¹ contribuían a convertirle en el «apóstol del socialismo», el portavoz elegido de la doctrina socialista ante las masas. Guesde era quizás el único miembro del movimiento socialista organizado en Francia que podía competir con el fervor y la elocuencia de un Jaurès o un Viviani o con la habilidad legal y parlamentaria de un Millerand. Los restantes líderes eran mucho menos sobresalientes. Edouard Vaillant, pese a su valor y honestidad, no llegaba a impresionar en sus discursos. Y en cuanto a Lafargue, criollo procedente de las Indias Occidentales, alcanzó su posición preeminente en el POF a través de su matrimonio con la hija de Marx. No tardó mucho en perder su escaño en la Cámara de los Diputados, que había ganado tan dramáticamente cuando se hallaba en prisión después del fusilamiento de Fourmies. Aunque continuó siendo secretario del POF durante algunos años, pronto se retiró de la política activa, prefiriendo utilizar para fines privados la fortuna que había heredado de Engels. Finalmente en 1911, deprimido al parecer por la perspectiva de la ancianidad y el final de sus placeres, se causó por envenenamiento su propia muerte y la de su esposa —la segunda de las tres hijas de Marx que conoció una muerte violenta, ya que su hermana Eleanor se había suicidado en 1898 después de varios años de vida desdichada con Edward Aveling—.

Existían un buen número de temas sobre los cuales los diputados socialistas de todas las tendencias podían atacar a los Gobiernos de finales de siglo sin provocar dificultades sobre la meta de las actividades socialistas ni problemas teóricos referentes a la naturaleza de la sociedad burguesa contemporánea. Y ocasionalmente los diputados socialistas podían contribuir a la caída de un gobierno, tal como hicieron Millerand y Jaurès en noviembre

1. A. Zévaès, *Notes et souvenirs d'un militant* (París, 1913), p. 198.

de 1893, cuando su interpelación provocó la dimisión del gabinete Dupuy. Los socialistas de todas las tendencias alcanzaron un éxito considerable en las elecciones municipales de 1896 y en el banquete que organizaron para celebrar la victoria, Millerand pronunció un famoso discurso intentando definir un programa común mínimo que pudiera ser suscrito por todos los socialistas. El «programa de Saint-Mandé», como se le llamó, era de una gran vaguedad: «De ningún modo puede considerarse socialista a quien no acepte la necesaria y progresiva sustitución de la propiedad capitalista por la propiedad social.» Pero ponía sobre todo énfasis en el progreso laboral: «Ningún socialista ha soñado nunca en transformar el régimen capitalista mediante el golpe de una varita mágica o en crear una sociedad completamente nueva como una *tabula rasa*.... Si bien es cierto que siempre miramos hacia arriba, no por ello perdemos pie; siempre nos mantenemos en contacto con la tierra.» Por otra parte, y éste era quizá el punto más notable, Millerand renunciaba a la fuerza y cifraba todas sus esperanzas en la consecución del sufragio universal y la persecución del electorado. Para evitar ser acusado de germanófilo, acusación que ya se había hecho a Guesde precipitadamente, añadió: «En ningún momento debemos olvidar que al mismo tiempo que internacionalistas somos franceses y patriotas. Patriotas e internacionalistas son dos adjetivos que nuestros antepasados de la Revolución Francesa supieron compaginar noblemente.»¹ Los líderes de todos los grupos socialistas, excepto el inflexible Allemane, se hallaban allí para escuchar este discurso. Y antes de que Millerand se levantara para hablar, Vaillant había rendido tributo a sus «eminentes e incomparables» servicios al socialismo, mientras que, por su parte, Guesde urgió a la unidad para que pudieran alcanzarse metas inmediatas. Así, en medio del entusiasmo por el éxito práctico, se olvidaron temporalmente las diferencias teóricas y en los meses siguientes se anudaron alianzas para las elecciones senatoriales y para las elecciones generales que se celebrarían en 1891. Si bien era cierto que la unificación formal se hallaba todavía lejos, incluso que sus diferencias impresionaban a los socialistas extranjeros en los congresos internacionales, se alcanzó un grado de cooperación práctica entre los líderes de los diferentes grupos y en muchos de sus dis-

1. Citado en Albert Orry, *Les Socialistes indépendants* (París, 1911), pp. 28-9.

cursos hacían hincapié en la necesidad de conseguir la unidad. Pero era inevitable que las diferencias teóricas y prácticas que existían entre Jaurès y Guesde dieran al traste con esta cooperación. El asunto Dreyfus, que puso de manifiesto las diferencias que existían en la sociedad francesa, demostró también hasta qué punto eran profundas las discrepancias que existían en el socialismo francés.

Cuando en el verano de 1897 se puso en marcha la campaña para que se variara el veredicto en el caso del capitán Dreyfus, un grupo de intelectuales y políticos basaron su actuación en motivos puramente humanitarios. En un principio, no constituyó un asunto político trascendental en el que debieran pronunciarse categóricamente los diversos grupos políticos. No fue sino a raíz de un artículo de Zola titulado *J'accuse*, que se publicó en enero de 1898 cuando se hizo evidente la magnitud de la crisis política provocada por este asunto. Algunos socialistas habían participado ya en la campaña en pro de la revisión, a instancias sobre todo de Lucien Herr. «Durante el mes de septiembre —recordaría posteriormente León Blum, que se hallaba de vacaciones muy cerca del lugar donde estaba Herr— Lucien Herr montaba en su bicicleta y acudía a visitarme casi todas las tardes. De repente un día dijo: “¿sabes que Dreyfus es inocente?”¹». Herr, que contaba con el apoyo de Lucien Lévy-Bruhl, consiguió convencer a Jaurès de la inocencia de Dreyfus y pudo contar con la colaboración activa del gran orador. Como era su norma, Jaurès se lanzó a la batalla con todo fervor. Muy pronto había llegado en su acción mucho más lejos de lo que muchos otros socialistas estaban dispuestos a ir. Guesde y los marxistas se sintieron satisfechos por la confusión que el *affaire* provocó en las filas burguesas. Indudablemente, deseaban que se hiciera justicia, pero en ningún caso estaban dispuestos a embarcarse en una campaña conjunta con los partidos burgueses para salvar a alguien que después de todo no era más que un burgués. Jaurès arremetió con todas sus fuerzas contra esta postura. Todo su ser se negaba a aceptarla por cuanto creía que la situación política podía modificarse hasta conseguir que todos los ciudadanos poseyeran iguales derechos. En una ocasión citó en sentido aprobatorio unas palabras de Michelet: «*Si tous les êtres et les plus humbles, n'entrent pas dans la cité, je reste dehors.*»² Y, he aquí lo que escribió acerca de Dreyfus:

1. Léon Blum, *Souvenirs sur L'Affaire* (París, 1935), p. 17.

2. L. Lévy y Bruhl, Jaurès (París, 1824), p. 61.

«Ya no es ni un oficial ni un burgués; ha sido despojado de todos sus rasgos de clase por los excesos de la desgracia; no es otra cosa más que la propia humanidad sumida en la miseria y desesperación más profundas que nadie puede imaginar.»¹ La inquietud de Guesde ante el entusiasmo que Jaurès y sus partidarios desplegaban en el caso Dreyfus no se debía exclusivamente al deseo de evitar una asociación con los partidos burgueses. Él consideraba que se estaba prestando demasiada atención a lo que no era más que una controversia personal. Los socialistas debían mantener una postura neutral y no debían permitir que este problema pasajero les impidiera proseguir la lucha de clases en la que un Clemeuceau era un enemigo tan importante como un Dérouté.

Lo cierto fue que tanto Jaurès como Guesde perdieron sus escaños en la elección general de mayo de 1898 y algunos socialistas afirmaron que esto se debía a la excesiva dedicación de Jaurès en el caso Dreyfus. Jaurès, sin embargo, confiaba en que antes o después las elecciones demostrarían que tenía razón, que un socialista no podía permanecer indiferente ante una lucha por los derechos humanos y por la preservación de la República, que para él era una etapa necesaria y deseable en el camino hacia el estado socialista. Los socialistas que se habían aliado con los burgueses que apoyaban la causa Dreyfus se encontraron muy pronto en una posición mucho más difícil, como consecuencia lógica de su actuación. En junio de 1898 subió al poder un nuevo gabinete bajo la dirección de René Waldeck-Rousseau con una Cámara cuya composición no había variado sustancialmente después de las elecciones. Era un gabinete dispuesto a buscar apoyo entre la izquierda y que había expresado su propósito decidido de defender la República. Por primera vez los socialistas se vieron enfrentados en la Cámara a un gobierno cuyos fines inmediatos eran idénticos a los suyos propios. Al menos uno de los socialistas independientes, Alexandre Millerand, cuando cayó el Gobierno anterior se apresuró a clarificar su postura: «Ningún republicano pensará en poner dificultades a los hombres de estado que ocupen el poder acerca de cuestiones de detalle de su declaración de intenciones. No importa cuál sea el nombre del Primer Ministro, puede contar con el apoyo del Partido Republicano.»²

1. Jean Jaurès, *Les Preuves* (París, 1898), p. 12.

2. Citado en Georges Suarez, Briand (París, 1938), I, p. 255.

No pasó mucho tiempo antes que Millerand se beneficiara por esta afirmación del ideal de solidaridad republicana. En efecto, cuando Waldeck-Rousseau formó su Gobierno, le ofreció el puesto de ministro de Comercio, que Millerand se apresuró a aceptar.

Quizás ahora puede resultarnos difícil comprender el revuelo que provocó la aceptación de Millerand en el mundo socialista internacional. Millerand, pese a su moderación y éxito como parlamentario, era considerado por todos como socialista. Su discurso de Saint-Mandé había establecido el programa mínimo sobre el que podían estar de acuerdo todos los socialistas franceses. Por otra parte, como abogado era conocido por ser defensor de los intereses de los trabajadores. No dejaba de resultar un hecho extraordinario que alguien que se llamaba a sí mismo socialista se convirtiera en ministro de la República. La noticia de su nombramiento fue recibida de forma muy diversa. Para algunos constituyó un nuevo signo del progreso que venía experimentando el socialismo desde hacía diez años, mientras que otros lo interpretaron como la negación de los principios socialistas por un traidor oportunista. Millerand no consultó a ninguno de sus colegas antes de aceptar el ofrecimiento de Waldeck-Rousseau. No obstante, había discutido con Jaurès la eventualidad y había comunicado al grupo parlamentario de socialistas que estaba manteniendo conversaciones con el Primer Ministro aunque sin comprometer a los socialistas como grupo. Lo que realmente conmocionó a sus colegas socialistas cuando se difundió la noticia de su nombramiento fue el hecho de que Millerand ocuparía un puesto en el Consejo de Ministros junto al general Gallifet, que ocuparía la cartera del Ejército. Gallifet era el hombre que había llevado a cabo la represión de La Comuna en 1871 y era uno de los hombres más odiados por los socialistas. «He oído que formará parte de una combinación ministerial con Gallifet —le escribió a Millerand Edouard Vaillant—. Esto iría en contra de lo que se dijo ayer al grupo socialista (parlamentario). Si hay un nombre que deba ser silenciado éste es el de Gallifet porque expresa para nosotros todos los crímenes de Versalles... Todo esto me parece tan odioso e innoble que no puedo creerlo y espero que la noticia sea desmentida lo más pronto posible.»¹

El nombramiento de Millerand se convirtió en seguida en el

1. A. Zévaès, *Histoire du Socialisme et du Communisme en France* (París, 1947), p. 280.

símbolo de todos los conflictos en el movimiento socialista francés. Y desde luego, el «caso Millerand» tuvo importantes repercusiones en el plano internacional e influyó en las tácticas socialistas durante una generación. Desde luego el asunto Dreyfus había despertado gran interés y ansiedad fuera de Francia y no sólo entre los socialistas. En Alemania se plantearon discusiones sobre aspectos teóricos del socialismo. Wilhelm Liebknecht, «el secretario general de todos los partidos extranjeros en Berlín»,¹ adoptó la misma actitud que Guesde, e incluso llegó más allá que éste cuando escribió que no creía en la inocencia de Dreyfus y que todo el asunto había servido para poner en claro los peligros que se derivaban del espionaje militar.² Cuando la *Action Française* tradujo el artículo Liebknecht comprendió que había ido demasiado lejos y se apresuró a asegurar a los socialistas franceses que habían apoyado a Dreyfus que sus críticas no se dirigían contra ellos sino únicamente a los alemanes que estaban cayendo en manos de los burgueses. Pero si el caso Dreyfus suscitó una controversia internacional sobre la cooperación con otros socialistas europeos dependió principalmente de la posibilidad para la consecución de fines inmediatos, más violentas fueron aún las discusiones que provocó el caso Millerand.

La forma que adquirió la discusión en cada uno de los partidos o imposibilidad de que algunos de sus líderes llegaran a encontrarse en la misma situación que Millerand o de intervenir de forma efectiva en una campaña como la que se había organizado en Francia a favor de Dreyfus. Los socialistas italianos, por ejemplo, se hallaban divididos tanto por aspectos teóricos como prácticos y acababan de sufrir una crisis política parecida a la que provocó en Francia el caso Dreyfus. Entre 1898 y 1900 pareció peligrar en Italia la existencia de un gobierno constitucional. Las malas cosechas y la elevación de los precios habían provocado una oleada de desórdenes en el Sur en los que resultaron muertas varias personas. Poco después en Pavía murió en otro disturbio un joven estudiante hijo de un diputado radical por Milán. Cuando los obreros de la fábrica Pirelli en Milán recibieron la noticia, comenzaron a organizar con sus esposas e hijos manifestaciones de carácter pacífico. De nada sirvió que Filippo Turati, un no-

1. V. Adler, *Aufsätze*, VI, p. 297.

2. W. Liebknecht, «Nachträgliches zur Affaire», *Die Fackel* vol. I, números 18-19 (Viena) septiembre y octubre de 1899.

table intelectual socialista y diputado también por Milán, advirtiera de los peligros de tales demostraciones: «Las manifestaciones callejeras son cosa ya del pasado... porque todo está dispuesto para la represión más definitiva... no debemos permitir a las autoridades que determinen el día de la batalla... como diputado vuestro os pido que tengáis calma y seáis pacientes.»¹ Pronto cundió la alarma en el Gobierno que concedió excesiva importancia a las manifestaciones, quizá como pretexto para tomar medidas contra los socialistas. En efecto, existía un grupo de personalidades influyentes dispuestas a aprovechar la oportunidad para revisar la Constitución y poner trabas al sistema democrático siguiendo el ejemplo de Bismarck en Alemania. El Ejército ocupó Milán y en esta capital, así como en Nápoles y Florencia, se declaró el estado de sitio. Filippo Turati, Anna Kuliscioff, su amiga y colega en la edición de *La Critica Sociale*, y otros dirigentes socialistas fueron detenidos y conducidos a prisión. Poco después se formó nuevo Gobierno bajo la dirección del general Pelloux y en febrero de 1899 se aprobaron en el Parlamento una serie de leyes que limitaban la libertad de expresión y de reunión siguiendo las líneas de la legislación antisocialista en Alemania.

Pero a diferencia de lo que había sucedido en Alemania en 1879, los liberales y radicales italianos supieron ver qué era lo que se hallaba en peligro y hacia finales de 1899 habían impedido que triunfara el plan de Pelloux derrocándole del Gobierno. Las elecciones de junio de 1900 dieron el triunfo a los liberales y la existencia de un Gobierno constitucional quedaba a salvo. Turati, que había salido de la cárcel en el verano de 1899, supo sacar muchas consecuencias de los acontecimientos del año anterior. Su temor ante el enfrentamiento abierto con el Estado se había visto confirmado así como su rechazo de los métodos anarquistas. El partido socialista estaba incrementando su fuerza como grupo parlamentario; si en 1897 contaba con 15 diputados, en 1904 este número se había doblado. Desacreditado pues el método de la acción directa en los acontecimientos de Milán de junio de 1898, el partido debía aliarse necesariamente con otras organizaciones izquierdistas para poder alcanzar sus fines. Como le ocurriera a Jaurès en la época del asunto Dreyfus, Turati y sus partidarios consideraban que en aquel momento los intereses de los socia-

1. Filippo Turati y Anna Kuliscioff. *Carteggio I. Maggio 1898-Giugno 1899* (Milán, 1949), p. XXVI.

listas coincidían con los de los liberales y radicales en el empeño de garantizar la existencia de un sistema constitucional que permitiera la existencia de un partido socialista. Hasta 1915 seguirían las discusiones sobre el tema de la cooperación y las alianzas electorales con otros partidos y respecto a las ventajas de la acción directa sobre la inacción parlamentaria. En 1912 un pequeño grupo con Bissolati y Bonomi al frente se escindió del Partido Socialista a propósito de esta controversia y fundó el partido reformista, que no estaba destinado a alcanzar grandes éxitos en la escena política. De cualquier modo, el PSI mantenía un precario equilibrio interno tras la fachada de las resoluciones de compromisos que se adoptaban en todos los congresos del partido. Esta resolución adoptada en 1902 constituyó un buen ejemplo en este sentido: «El congreso declara intolerable la existencia de dos tendencias distintas basadas en diferencias sustanciales y afirma que lo que en recientes debates se ha calificado de tales no constituyen sino pequeñas diferencias que se basan en una variedad natural y fructífera de puntos de vista.»¹ Es cierto que las críticas de los marxistas y sindicalistas más intransigentes quedaron justificadas ante la forma en que los liberales de Giolitti aprovecharon su éxito en la crisis política de 1898-1900. Pero los acontecimientos de finales de siglo habían demostrado que Turati y sus partidarios —como Jaurès y los suyos en Francia— no estaban dispuestos a rechazar la cooperación práctica con otros partidos ni las alianzas con la burguesía si ello servía para la consecución de metas específicas. Sabían, en efecto, que tales alianzas podían reportarles el éxito.

Mientras en Francia e Italia los socialistas comenzaban una cooperación efectiva con otros partidos para defender las libertades políticas y los derechos humanos y en Bélgica se hallaban aliados con los liberales en la lucha por la obtención del sufragio universal, la situación en Alemania era muy diferente. El Partido Social-Demócrata había visto aumentar su importancia sin que aumentara paralelamente su influencia en el Parlamento. El canciller imperial y sus secretarios de estado necesitaban la aprobación del Reichstag para la promulgación de nuevas leyes, y la Cámara votaba anualmente los presupuestos aunque muchos de los créditos más importantes, como los correspondientes al Ejérci-

1. Filippo Meda, «Attraverso i Congressi socialisti italiani» en *Nuova Antologia*, diciembre de 1920, vol. 293, p. 251.

to y la Marina, habían sido votados de una vez para un plazo de varios años. Pero el Gobierno no podía ser derrocado por un voto de censura del Reichstag. El canciller sólo dimitía cuando perdía la confianza del emperador —tal fue el caso de Bismarck en 1890 o de Bülow en 1909—. De hecho, el Partido Social-Demócrata era el único grupo de oposición en el Parlamento imperial y los socialistas trataban de expresar su hostilidad y rechazo de todo el sistema a través de sus votos negativos a los créditos que solicitaba el gobierno. Esta hostilidad no hizo sino aumentar con el paso de los años y los socialistas alemanes trataron por todos los medios de disociarse del Parlamento. En 1875, por ejemplo, se negaron a asistir a la colocación de la última piedra del nuevo edificio del Reichstag como gesto de desaprobación de «una fiesta militar y dinástica»; en la inauguración permanecieron ostentadamente sentados en el momento de aclamar al káiser. Asimismo, se negaron a presentar candidatos para los cargos parlamentarios hasta 1912, año en que, no sin dificultades, se permitió a Scheidemann que ocupara el cargo de vicepresidente del Parlamento. Esta elección involucró a los socialistas en complicadas negociaciones con otros partidos.

Hasta 1914, los social-demócratas se consideraron absolutamente al margen de la sociedad burguesa: «la social-democracia difiere de los restantes partidos en su oposición fundamental al sistema social y gubernamental del capitalismo».¹ La actitud de la sociedad burguesa no era menos beligerante con respecto al socialismo. Durante la década de 1890 el Gobierno intentó en varias ocasiones reinstaurar la legislación antisocialista pero no pudo conseguir la necesaria mayoría en el Reichstag ante la negativa de los liberales independientes y del partido del Centro. En diferentes ocasiones los socialistas se mostraron dispuestos también a unir sus votos a los de los liberales para impedir la aprobación de leyes limitadoras de la libertad individual. Tal ocurrió, por ejemplo, con la *Lex Heinze* que hubiera supuesto la implantación de la censura literaria y artística. No obstante, estas coincidencias parlamentarias no implicaban una alianza con otros partidos; cada partido actuaba independientemente y no se trataba sino de una mera coincidencia en los fines inmediatos. Por su parte, el Gobierno establecía medidas discriminatorias contra los

1. Informe del grupo parlamentario en el congreso del partido de 1912. *Verhandlungen*, p. 100.

socialistas; estaba justificado, pues, que los socialistas se consideraran diferentes de los restantes partidos y se concentraran en el engrandecimiento de su propia gran organización. Sus reuniones sufrían interferencias; en 1900 se decidió no celebrar en Alemania el Congreso Socialista de la Internacional debido a la incertidumbre de si los delegados podrían contar con la necesaria libertad de expresión. No hay que olvidar, en efecto, que Wilhelm Liebknecht fue encarcelado acusado del crimen de lesa majestad tras su discurso en el congreso del partido de 1895.

Por otra parte, la posición de los social-demócratas variaba en los diferentes Estados del Imperio. Fue en el Sur y en el Oeste donde primero comenzaron a salir de su aislamiento. Mientras en Prusia el mantenimiento del sufragio restringido hacía dudar sobre la conveniencia de presentarse incluso a las elecciones para la Dieta, en Baviera y Güttemberg existía una tradición más liberal y en el ambiente más amistoso de los Landtags los miembros de los diferentes partidos podían cooperar de una forma que hubiera resultado impensable en la atmósfera más rigurosa y fría de Berlín. Era cierto, también que los electores en el Oeste y en el Sur estaban menos preocupados por la lucha de clases que las masas de obreros industriales de Prusia o Sajonia. Fue Georg-Vollmar el primero en afirmar, en Baviera, la necesidad de un programa práctico inmediato para conseguir el triunfo electoral: «Si queremos conseguir el apoyo del pueblo y educarlo políticamente, nuestro comportamiento político debe ser comprensible para él»,¹ dijo en el Congreso del partido en 1894. Tres años más tarde pronunció una serie de discursos en Munich abogando por una forma de socialismo más pragmática y flexible y «por una táctica de acción política de reformas prácticas que intente alcanzar el objetivo deseado por el único medio posible, el éxito práctico parcial».² Sobre todo, si se deseaba conseguir el apoyo del campesinado bávaro, de nada serviría decirle que estaba inevitablemente abocado a la expropiación por las leyes de la historia. Impulsado por esta postura de los bávaros, Karl Kautsky, el teórico oficial del partido y «papa del socialismo», había elaborado un ingenioso programa agrario que pudiera resultar atractivo para el campesino sin apartarse demasiado de la ortodoxia marxista.

1. *Verhandlungen* 1894, p. 111.

2. G. von Vollmar, *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie* (Munich, 1891), p. 19.

Este «reformismo» constituía la reacción de los políticos experimentados a la situación creada por el desarrollo de un partido de masas. Llevó a sus exponentes a establecer compromisos con otros partidos, compromisos que fueron condenados sistemáticamente por las altas instancias de la social-democracia. Vollmar y sus seguidores votaron a favor del presupuesto bávaro en 1894. A pesar de la condena oficial en los congresos del partido de 1907, 1908 y 1910, los reformistas no variaron su actitud en este punto, particularmente en Badem, argumentando que en los presupuestos locales muy frecuentemente se contemplaban medidas beneficiosas para los trabajadores.

Si, como hemos visto, existía una cierta tolerancia en la política práctica dentro del SPD, la situación era muy diferente en el plano de la teoría política, y fue en los aspectos teóricos donde la controversia alcanzó mayor virulencia. Se concretó en un movimiento para la revisión de la doctrina marxista y a esta tendencia se le aplicó el nombre de Revisionismo. El portavoz teórico de este movimiento fue Eduard Bernstein. Bernstein había vivido muchos años en el extranjero, en Suiza e Inglaterra, y era quizás el único entre los líderes socialistas alemanes que mantenía una actitud filo-británica. No compartía el punto de vista que Engels había manifestado en 1845 al afirmar que Inglaterra era un país capitalista típico y el enemigo natural de la clase obrera. (Bernstein fue también uno de los pocos socialistas que en 1918 aceptaron que toda la responsabilidad de la guerra recaía sobre Alemania).¹ En Londres conoció y adquirió gran respeto por los primitivos fabianos; la conclusión práctica de su doctrina no era muy diferente de la de aquéllos, pero partía de una base teórica más empírica. Expuso sus puntos de vista en una serie de artículos que publicó en los últimos años del siglo y finalmente los reunió en sus *Voraussetzungen des Sozialismus* que se publicó en 1899.² No es necesario seguir los detalles de la controversia teórica que llenó cientos de páginas de los periódicos socialistas y muchas horas en las conferencias del partido. En pocas palabras, Bernstein atacaba algunas de las teorías generales de Marx. Así, por ejemplo, la teoría del valor-trabajo y la excesiva insistencia en la interpretación económica de la historia. Pretendía modificar el materialismo mar-

1. Véase Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism* (Nueva York, 1951), para un análisis detallado y crítico de las teorías de Bernstein.

2. La traducción inglesa de *Evolutionary Socialism* se publicó en 1901. La traducción castellana está publicada por Editorial Fontamara, 1974.

xista mediante la introducción de principios éticos neo-kantianos. Además —y sobre todo— afirmaba que Marx se había equivocado en sus predicciones acerca del desarrollo futuro y del inevitable colapso del sistema capitalista. Pese al desarrollo de los trusts y cártels, el capitalismo no estaba evolucionando en el sentido de convertirse en un sistema de grandes empresas y los miembros de la clase media baja no pasaban a engrosar las filas del proletariado; no existía una separación absoluta y rígida entre las clases y por tanto era falso interpretar la situación política exclusivamente en términos de la lucha de clases; el nivel de vida de la clase trabajadora estaba, de hecho, elevándose; la clase obrera no se veía cada vez en una mayor miseria como Marx había profetizado.

A las críticas de Bernstein sobre el sistema marxista respondió Karl Kautsky en lo que constituyó un terrible duelo doctrinal. Bernstein fue condenado formalmente por el Partido Social-Demócrata en su congreso de Hannover en 1899 y esta condena fue repetida más explícitamente en el congreso de Dresde de 1903, donde se interpretaron y reinterpretaron las últimas obras de Engels y de Wilhelm Liebknecht (que había muerto en agosto de 1900) y donde se lanzaron muchas acusaciones y contraacusaciones personales, llegándose a decir, incluso, que Bernstein había sido comprado por el Gobierno alemán.¹ A consecuencia de estas controversias el ala reformista del partido encontró graves dificultades para llevar a cabo un cambio en la táctica política sin recibir la acusación de herejes y traidores; la causa del reformismo se vio, pues, obstaculizada por tales discusiones teóricas generales. Como escribió a Bernstein Ignaz Auer, un perspicaz y experimentado socialista bávaro:

«¿Crees que es posible que un partido que cuenta con sus publicaciones desde hace años y con una organización que data de cuarenta años atrás y una tradición aún más antigua, cambie su orientación de una forma tan simplista? Para los miembros más influyentes del partido seguir la actuación que tú propones significaría, sencillamente, dislocar el partido y lanzar por la borda el trabajo de varias décadas. Querido Ede, uno no decide formalmente hacer lo que tú propones, uno no lo dice sino que lo *hace*. Toda nuestra actuación —incluso en los tiempos de la vergonzosa legislación antisocialista— fue la actuación de un partido social-demócrata reformista. Un partido que tiene en cuenta a las masas, sencillamente, no puede ser otra cosa.»²

1. Turati y Kuliscioff, *Carteggio* (3 de abril de 1899), p. 387.

2. E. Bernstein, «Ignaz Auer der Führer, Freund und Berater» en *Sozialistische Monatshefte*, 1907, I, pp. 845-6.

Esto era completamente cierto; pero la tragedia de los congresos de Hannover y Dresde consistía en que el Partido Social-Demócrata alemán había afirmado su adscripción a una rígida doctrina que no correspondía exactamente con su praxis, y que, a pesar de ello, comenzó a imponer sobre otros partidos miembros de la Internacional Socialista.

2

El revisionismo y el reformismo eran tendencias internacionales derivadas del éxito de una social-democracia de masas en Europa. Tras la aceptación de un puesto ministerial en Francia por Millerand y la condena de Bernstein en Alemania, los dos congresos siguientes de la Internacional tenían que ocuparse de todos estos problemas de una forma práctica e inmediata. Además, el caso Dreyfus y el caso Millerand habían puesto de manifiesto una vez más las divisiones que existían entre los diversos grupos socialistas franceses. Cuando se reunió el Congreso Internacional en París en septiembre de 1900, los alemanes acudieron a él exultantes a consecuencia de su éxito electoral y del triunfo de la ortodoxia marxista en el congreso de Hannover. No obstante, algunos de los delegados alemanes, y más aún los miembros de otras delegaciones, sentían cierta envidia por los franceses y consideraban a Millerand no como un renegado sino como el símbolo de la influencia que los socialistas podían alcanzar. «Por el momento los líderes de nuestro partido que pudieran aspirar a alcanzar tal posición están más cerca de la prisión que de un puesto ministerial»,¹ señaló Ignaz Auer, lamentándose de ello. Y cuando Jaurès caminaba junto al líder alemán Singel en una visita de rutina al *Mur des Fédérés*, donde se había fusilado a los insurrectos de La Comuna, Singel señaló: «No se puede aprobar que un socialista forme parte de un ministerio burgués; pero no puedo por menos que decir que mientras hace treinta años los burgueses fusilaban en este mismo lugar a miembros de la clase proletaria, en la actualidad el partido socialista tiene tanta fuerza que en un momento de peligro la burguesía no tiene otro remedio que dirigirse a uno de nosotros para salvaguardar las libertades elementales.»²

1. *Actas de 1900*, p. 85.

2. Jean Jaurès, *Les Deux Méthodes. Oeuvres*, VI, pp. 199-200.

Los franceses eran plenamente conscientes de que su desunión les situaba en una posición difícil ante sus camaradas extranjeros. Ya en la apertura del Congreso protagonizaron diversos altercados y se presentaron como dos delegaciones separadas. Pero Jaurès inauguró el Congreso con un apasionado llamamiento a la unidad, al que Vandervelde respondió gritando: «*Socialistes français, unissez-vous!*» Inevitablemente, la cuestión que dividía a los franceses —la cooperación con los partidos burgueses— fue el tema principal de discusión. Durante dos días se desarrolló el debate sin que se llegara a una conclusión definitiva. Los marxistas de los países en los que existía una fuerte tendencia reformista —Guesde y el italiano Ferri— propugnaban un veto rotundo a la participación en un gobierno burgués y a la cooperación con otros partidos no socialistas, pero eran también muy numerosos los delegados que deseaban una actitud más flexible. Vandervelde expuso la cuestión con su claridad y buen juicio habituales: «La coalición está justificada cuando la libertad se ve amenazada como en Italia; puede aceptarse cuando se trata de defender los derechos de la persona humana, como ha sucedido recientemente en Francia. Finalmente, ha de admitirse también cuando el objetivo es alcanzar el sufragio universal, como en Bélgica.»¹ A continuación criticó a Millerand por haber actuado sin consultar previamente con su partido. La táctica política a seguir debía ser decidida por cada partido. Vandervelde contó con el apoyo de Jaurès, quien recordó a los alemanes el triunfo que habían alcanzado aliándose con los partidos burgueses para derrotar en el Reichstag la *Lex Heinze*: «Hemos de reconocerles ese mérito, pues gracias a ellos Alemania no se ha convertido en el país de Atila sino que ha seguido siendo el país de Goethe.»² A continuación añadió que el caso Millerand podía plantearse perfectamente en Suiza o en Bélgica.

Ferri y Guesde, por su parte, repitieron las teorías marxistas ortodoxas y en esta ocasión Guesde añadió un nuevo argumento que, paradójicamente, recibiría el refrendo de su actuación en 1914. Los ministros —afirmó—, incluso los ministros socialistas, están obligados a apoyar los presupuestos militares de sus gobiernos y ésa sería una de las principales razones de la desaparición de la Internacional: «Con un Millerand alemán, un Millerand inglés, la Internacional no podría seguir existiendo.»³

1. *Actas* de 1900, miércoles 26 de septiembre.

2. *Actas* de 1900, miércoles 26 de septiembre.

3. *Actas* de 1900, jueves 27 de septiembre.

Pero en esta ocasión, la principal fuerza marxista, la delegación alemana, no estaba dispuesta a intervenir. Llevados quizá del deseo de no agravar aún más las divisiones que aquejaban a sus anfitriones franceses, se mostraron dispuestos a la concordia. Así, fue Kautsky quien presentó la moción que finalmente fue aprobada, permitiendo a los socialistas, como una medida excepcional y de carácter temporal, participar en un gobierno burgués, pero implícitamente se condenaba también a Millerand al afirmar que toda actuación en este sentido debía ser aprobada previamente por el partido. Esta era la línea de actuación de la que Wilhelm Liebknecht se había mostrado partidario poco antes de su repentina muerte.

«Debemos permanecer *strictissime* neutrales —escribió a Victor Adler—. La entrada de Millerand en el gabinete fue una grave equivocación táctica pero constituyó la lógica consecuencia de la campaña de Jaurès, que subordinó todo lo demás al *Affaire*. De cualquier modo, Jaurès no es estúpido, y, a mi juicio, Millerand es uno de esos hombres demasiado inteligentes a los que, sin embargo, no se puede clasificar como traidores. Nosotros somos ahora mediadores. Mi amigo Deville y algunos otros están actuando en este sentido y, en cuanto a mí, yo también soy confidente de ambas partes.»¹

Fue esta capacidad de mediador y su carácter comprensivo lo que hizo de la muerte de Liebknecht una pérdida tan grave para la Internacional, pese a que sus inconsistencias románticas y sus pretensiones intelectuales le hubieran hecho perder parte de su popularidad entre los jóvenes teóricos alemanes como Kautsky. La decisión que se tomó en el congreso parecía un triunfo para los reformistas, pero, debía ser discutida todavía entre los diferentes grupos socialistas franceses. Lo que se había decidido era el derecho de la Internacional para debatir estos problemas tácticos y para establecer una línea de acción común a todos los partidos miembros. La otra medida importante de tipo práctico que se tomó en París fue la creación de una Oficina Internacional formada por representantes de los principales partidos y que contaba con su propia secretaría y oficinas en Bruselas. Su primer presidente fue Emile Vandervelde. Grandes esperanzas se depositaron en este centro neurálgico del movimiento socialista internacional.

Los socialistas franceses iniciaron los debates sobre el caso

1. Victor Adler, «Wilhelm Liebknecht zum Gedächtnis» en *Der Wahre Jakob*, agosto de 1901, en *Aufsätze*, VI, p. 294 ss. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky* (ed. Friedrich Adler) (Viena, 1954), p. 319.

Millerand nada más disolverse el congreso de París. El año anterior ya se había celebrado una conferencia entre guesdistas y jaurèsistas en la que los últimos fueron derrotados y que no había servido sino para hacer aún más difícil la unificación sobre cuestiones tácticas y teóricas. El gran acontecimiento del otoño de 1900 fue un gran debate público que se celebró en Lille entre Jaurès y Guesde. Poco se añadió en él, excepto cierta brillantez oratoria, a los argumentos que se habían apuntado en el Congreso del año anterior (y que habían inducido a Aristide Briand a afirmar que el partido se reuniría en «escisiones anuales»).¹ Lo que resulta notable en este enfrentamiento es la forma en que ambas partes citaban constantemente precedentes en Alemania y afirmaciones de los líderes alemanes para justificar su postura. A pesar de las numerosas interrupciones que sufrieron los oradores, al menos, este debate se situó por encima de las animosidades personales, tan frecuentes en el proceso de división interna que sufría el socialismo francés. Así, por ejemplo, el grupo de intelectuales que había fundado los *Cahiers de la Quinzaine* comenzó a disolverse. De entre ellos, Lucien Herr siguió siendo un socialista ortodoxo mientras que Charles Péguy se convirtió en un patriota católico místico. En este ambiente de enfrentamientos personales hay que situar también el ataque que sufrió Jaurès por parte de sus oponentes socialistas cuando se hallaba en el momento álgido de la campaña por la separación del Estado y la Iglesia. El motivo de tal ataque fue, según se decía, que Jaurès había educado a su hija en la fe católica y le había permitido hacer la primera comunión. Aunque esto fuera cierto, no debe parecer sorprendente. El anticlericalismo de Jaurès desaparecía al llegar a la vida privada. Fue poco después de este acontecimiento cuando escribió a Briand respecto a una propuesta de resolución: «Renaudel quiere que el partido se declare "materialista y anticlerical". Esto es absurdo. No somos metafísicos. Nunca abandonaré mi libertad de pensamiento.»²

Los enfrentamientos que a propósito del caso Millerand protagonizaron los socialistas fueron tan virulentos como los que provocó el asunto Dreyfus en el seno de la clase media. La conducta de Millerand como ministro era continuamente criticada y discutida. Había propugnado una serie de leyes sobre los sindicatos y el sistema obligatorio de arbitraje, que merecieron el aplauso de unos

1. «Scissions annuelles». Suarez, I, p. 294.

2. Suarez, I, p. 373.

y la repulsa de otros. También consiguió que se concediera una pensión a Fernand Pelloutier, que se hallaba muy enfermo, y a éste se le atacó por aceptarla. El señor y la señora Millerand fueron criticados con sarcasmo por enviar sus tarjetas a muchos trabajadores invitándoles a una recepción democrática que organizaba el ministro. (Millerand no fue expulsado formalmente de la organización socialista hasta 1904. Luego llegaría a convertirse en uno de los presidentes de la República más reaccionarios). Dadas estas discusiones constantes sobre principios fundamentales y tácticas de acción inmediata a las que se unían las denuncias personales, no es extraño que fracasara en sus intentos el comité conjunto creado en 1899 para mantener la unidad entre los grupos socialistas. En 1902 la escisión era ya un hecho irreversible y existían dos partidos separados, el *Parti Socialiste de France*, formado por guesdistas y blanquistas, y el *Parti Socialiste Français*, en el que se aglutinaban los seguidores de Jaurès, los antiguos posibilistas y algunos partidos socialistas independientes de carácter local. Tras las elecciones de 1902 el grupo de Jaurès tenía más importancia en la Cámara, ya que contaba con 32 escaños por los 12 de los guesdistas. Ambos grupos estaban en posición un tanto inestable frente a la intensificación de la agitación sindicalista y a la cada vez mayor inquietud que mostraba el proletariado industrial.

Mientras tanto la fuerza de la social-democracia alemana no hacía sino aumentar y los marxistas franceses buscaron apoyo en ella con más fervor que nunca. En 1903 el SPD alcanzó su mayor victoria electoral hasta el momento: 81 escaños y más de tres millones de votos. Este éxito llevó a muchos a pensar que el triunfo final del socialismo estaba cerca. El sistema electoral y las leyes inexorables de la historia actuarían conjuntamente para dislocar el orden existente, llevando al proletariado al poder sin que fuera necesario ningún otro tipo de acción. Si el éxito electoral de 1903 alentó a los reformistas también dio nuevos bríos a los teóricos marxistas más ortodoxos. El Congreso de Dresde de 1903 pronunció la más enérgica condena hasta aquel momento de la teoría revisionista y de la acción política reformista. Hubo violentas discusiones personales (Vollmar fue calificado de «Millerand alemán») que terminaron en un triunfo resonante de Bebel, Kautsky y los ortodoxos. Pero en el partido, se estaba formando un nuevo grupo el cual, aun dispuesto a apoyar a los líderes del partido en su crítica a los revisionistas, era tan consciente como Auer y Vollmar del abismo que se abría entre la teoría oficial del partido y su praxis

política. A diferencia de Bernstein, que había afirmado que la teoría debía ser reformada para adecuarse a la práctica, este grupo de jóvenes izquierdistas urgían a que la praxis del partido respondiera a sus principios teóricos. Las figuras más notables de este grupo eran Karl Liebknecht, hijo de Wilhelm, que había heredado el romanticismo político de su padre pero no su buen sentido, y Rosa Luxemburg. Ésta era una agitadora infatigable y poseía, además, una sólida base teórica. Uno de sus enemigos la calificó cuando ya había muerto como «esa persona pedante y polemista con su interpretación mecánica del marxismo».¹ Pero su inflexibilidad política y sus dotes intelectuales se complementaban con un gran color humano, encanto y sensibilidad poco comunes entre los socialistas, que hicieron de ella una de las figuras más fascinantes de la Internacional. Estos jóvenes intelectuales constituían, por el momento, un aliado molesto para la jefatura del partido en su lucha con los revisionistas, pero no pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a atacar también a los grandes líderes. Y habrían de ser el nexo crucial entre la Segunda y la Tercera Internacional.

Cuando se reunió el siguiente Congreso de la Internacional en Amsterdam en agosto de 1904, los alemanes estaban decididos a poner fin a la controversia revisionista en el plano internacional como lo habían hecho a nivel nacional el año anterior. Asimismo, ardían en deseos de que los socialistas franceses alcanzaran la unidad. Idéntico sentimiento de unidad albergaban Guesde y los guesdistas y esperaban contar con el apoyo de los alemanes para imponerla. Este fue, pues, el gran tema del Congreso en el que Bebel y Jaurès, las dos grandes figuras de la social-democracia europea defendieron sus puntos de vista sobre el socialismo. Las discusiones se centraron en una moción presentada por Guesde que repetía palabra por palabra la moción aprobada por el partido alemán en Dresde el año anterior:

«El Congreso condena de la forma más decisiva los esfuerzos revisionistas de alterar nuestra táctica victoriosa basada en la lucha de clases. Los revisionistas desean que la conquista del poder político, derrotando a nuestros enemigos, sea sustituida por una política de concesiones al orden establecido. La consecuencia de esta táctica revisionista sería la transformación de nuestro partido. En lugar de un verdadero partido revolucionario, que intenta la

1. Paul Frölich, *Rosa Luxemburg* (Londres, 1940), p. 53. La frase es de Dazhinsky.

conversión del orden burgués en el orden socialista, se convertiría en un partido que se conformaría únicamente con reformar la sociedad burguesa.

Por tanto, el Congreso se declara convencido, en contra de lo que afirman los revisionistas, que los conflictos de clase no se debilitan sino que son cada día más agudos y declara:

1. Que el partido declina toda responsabilidad por las circunstancias políticas y económicas basadas en el modo capitalista de producción y que, por consiguiente, se niega a aceptar cualquier medida dirigida a mantener a la clase dirigente en el poder;

2. Que la social-democracia, de acuerdo con la resolución de Kautsky aprobada en el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en París en 1900, no está dispuesta a participar en el gobierno en el seno de la sociedad capitalista. El Congreso rechaza además todo intento de disimular los conflictos de clase con la intención de apoyar a los partidos burgueses.

El Congreso espera que los partidos social-demócratas utilizarán su poder creciente, que proviene del número cada vez mayor de sus afiliados y del apoyo cada vez más fuerte que encuentra en las masas electorales, para explicar, ante todo, la meta de la social-democracia y los principios de nuestro programa, para preservar de forma vigorosa y explícita los intereses de la clase obrera, para extender y garantizar la libertad política y la igualdad de derechos y para luchar contra el militarismo, contra la política de dominio colonial y mundial, contra la injusticia, la opresión y la explotación en cualquiera de sus formas, incluso con más energía de la que ha sido posible hasta ahora, y para colaborar enérgicamente en la elaboración de una legislación social y la realización de las responsabilidades políticas y culturales de la clase obrera."

A esta moción se adhirieron inmediatamente Bebel y toda la disciplinada delegación alemana. Bebel estaba seguro del apoyo de los delegados alemanes porque les planteó el problema como un voto de confianza hacia él (uno de los revisionistas se quejaba después de que los delegados no habían tenido la oportunidad de expresar sus opiniones). La discusión ocupó cuatro días enteros, tres en un comité especial y uno ante el Congreso en pleno. Vandervelde abrió la discusión como *rapporteur* del comité. Las simpatías de Vandervelde estaban con Jaurès, y apoyado por Victor Adler había intentado que el comité aceptara una resolución más moderada. Pero el comité, después de lo que Vandervelde calificó como un extraordinario enfrentamiento de espíritus e ideas notables por la falta de animosidad personal, rechazó la moción de Vandervelde por veinticuatro votos contra dieciséis. Pese a que constituía un éxito para él, Kautsky estaba furioso. Kautsky era un fanático que se oponía resueltamente a cualquier tipo de compromiso y el intento de Adler de llegar a una solución moderada le parecía una ver-

dadera traición. Incluso su amistad personal con Adler, que era su amigo más íntimo en el movimiento socialista, se vio afectada durante un tiempo. Kautsky pensaba que el partido francés sólo conseguiría alcanzar la unidad «contra Jaurès y sin Jaurès».¹ El prestigio del líder francés se vería quebrantado si aparecía como una figura aislada ante el mundo socialista. Por eso el apoyo que le habían prestado Vandervelde y Adler era una equivocación injustificable.

Jaurès abrió el debate con una exhaustiva y brillante defensa de su conducta durante el asunto Dreyfus —con su actuación había salvado la República y ése era un acto positivo. Había que confiar en los socialistas, que eran capaces de discernir cuándo la cooperación con los partidos burgueses podía ser peligrosa...—. Lo más notable de su discurso fue un ataque directo a la social-democracia alemana, que trataba de imponer su táctica sobre los demás partidos. «En este momento, lo que pesa sobre Europa y sobre el mundo, sobre la garantía de la paz, lo que pesa sobre la salvaguardia de las libertades políticas, sobre el progreso del socialismo y de la clase obrera, lo que pesa sobre el progreso político y social de Europa, no son los compromisos, las empresas peligrosas del socialismo francés que se ha aliado con la democracia para salvar la libertad, el progreso y la paz del mundo, sino la impotencia política de la social-democracia alemana.»² En aquel momento reinaba en la sala una gran emoción (*große Bewegung*). Y es que nadie (salvo los anarquistas en los primeros días de la Internacional) se había atrevido a hablar así a los alemanes. Jaurès continuó: «El vicio esencial de la moción de Dresde es que pretendía aplicar las reglas de acción o más bien de inacción que se imponen en la hora actual al partido socialista alemán, que carecen de tradición revolucionaria y que reciben todo —por ejemplo el sufragio universal— de lo Alto.» Incluso aunque consiguieran la mayoría parlamentaria seguirían siendo impotentes, porque el parlamento carecía de poder. Era una auténtica tragedia que esta impotencia se refugiara en la intransigencia teórica. «Detrás de la inflexibilidad de las fórmulas teóricas que vuestro eminente camarada Kautsky os proporcionará hasta que llegue el final de sus días, habéis enmascarado ante vuestro propio proletariado, ante el proletariado internacional, vuestra impotencia para la acción.»

1. Carta a Victor Adler, 18 de octubre de 1904. Adler, *Briefwechsel*, página 432.

2. Actas de 1904, viernes 19 de agosto, p. 37.

Bebel se levantó para contestar en medio de un gran aplauso y reiteró su posición habitual. El capitalismo era capitalismo tanto en las monarquías como en las repúblicas: «Por mucho que enviáramos vuestra república francesa, nunca daríamos la vida por ella. Tanto la Monarquía como la República son estados clasistas, son una forma de Estado cuya finalidad es mantener el papel dirigente de la burguesía, ambas están dirigidas a proteger el orden capitalista de la sociedad.» El oportunismo francés no servía más que para provocar escisiones en el movimiento obrero. Después de la intervención de Adler, Ferri —que atacó el revisionismo en el partido italiano— y Anseele —que expuso las ventajas que había aportado a los belgas—, se presentó a votación la enmienda de Adler-Vandervelde que fue rechazada una vez más por veintidós votos contra diecinueve. A continuación se aprobó la resolución de Dresde por veinticinco votos a favor, cuatro en contra y doce abstenciones. Asimismo, se aprobó por unanimidad una resolución que urgía a los franceses a superar sus diferencias y alcanzar la unidad. Es significativo que quienes votaron en contra de la moción de Dresde o se abstuvieron en la votación representaban a los países que contaban con instituciones liberales parlamentarias de gran tradición (Inglaterra, Francia, Escandinavia, Bélgica y Suiza) en tanto que, con excepción de los italianos, los que la apoyaron (incluido el único delegado de Japón) pertenecían a países en los que difícilmente podrían alcanzar el poder político.

Fue una gran victoria de Bebel y una importante derrota personal de Jaurès. Muchos de sus partidarios franceses recibieron muy mal esta derrota. «*Genossen, j'en ai assez de ces genosseries*»,¹ afirmó Briand. Briand sería uno de los socialistas franceses que, como Viviani, antes de afrontar un futuro en el que no podrían aspirar a un puesto ministerial, abandonó el partido para siempre. El mismo Jaurès sólo aceptó las decisiones del Congreso debido a su preocupación de que no se rompiera la solidaridad internacional y de ver realizada la unidad entre los socialistas franceses. En el mes de abril del año siguiente las dos organizaciones francesas celebraron una conferencia en París de la cual resultó un partido unificado como había recomendado el Congreso de la Internacional, y sobre la base de los principios acordados en Amsterdam. El nuevo partido reconoció su deuda con la Internacional al adoptar el nombre de *Section Française de l'Internationale* (SFIO).

1. Suarez, I, p. 463.

El precio que tuvo que pagar Jaurès en interés de la unidad socialista fue muy alto tanto desde el punto de vista personal como político. «Mi situación personal en el partido unificado es cada vez más difícil», escribió a Briand al año siguiente. «Pero estoy absolutamene decidido a seguir trabajando en él. Corrientes divergentes nos van a mantener apartados a ambos durante muchos años»...¹ Jaurès se veía condenado a la misma impotencia que había criticado en el partido alemán. (El propio Kautsky había reconocido que para Jaurès constituiría una «castración política» la unión con Guesde.)² Sin embargo, Jaurès era una figura de primera fila como lo demuestra que, aun apartado de los puestos de poder y responsabilidad, siguiera conservando una notable influencia parlamentaria. Cuenta Vandervelde que cuando salían juntos de la sala de conferencias Jaurès dijo: «Voy a dedicarme a estudiar los temas militares»,³ frase que debió pronunciar en un momento de desaliento ante la perspectiva de tener que cooperar con los alemanes. Es indudable, en efecto, que Jaurès creía que para que sirviera de algo el sacrificio que estaba haciendo en nombre de la unidad socialista, la Internacional debía ser un instrumento efectivo para combatir el militarismo e impedir un conflicto armado. A esta causa dedicó el líder francés el resto de su vida.

El Congreso de Amsterdam señala el punto más alto de la influencia de la Internacional. En él se establecieron normas generales de actuación política y se consiguió que fueran aceptadas por los más importantes partidos miembros. Los peligros que entrañaba este éxito eran evidentes: los alemanes podían imponerse sobre los restantes partidos socialistas europeos con una ciega insistencia en la uniformidad doctrinal que les llevaba a pasar por alto las circunstancias reinantes en otros países. Cuando llegó el momento decisivo, primero en 1914 y luego en 1918, ellos fueron los primeros en incumplir sus propias normas. Con todo, resulta impresionante la demostración efectiva de solidaridad y lealtad de que hicieron gala los miembros de la Internacional. Ello permitió concebir esperanzas de que el movimiento podría exhibir idéntica solidez y lealtad en lo que cada vez con mayor ansiedad e insistencia se consideraba su objetivo fundamental: la de impedir la guerra.

1. Suarez, II, p. 58.

2. Adler, *Briefwechsel*, p. 433.

3. E. Vandervelde (ed.), Jaurès (París, 1929), p. 25.

Socialismo y nacionalismo

En la sesión de apertura del Congreso de Amsterdam se produjo una escena conmovedora: Plejanov y Katayama, cuyos países habían estado en guerra durante los seis meses anteriores, se levantaron y se estrecharon las manos entre un gran aplauso de los delegados reunidos. Esto pareció un símbolo alentador de la solidaridad entre los socialistas de todos los países, que era capaz de trascender las rivalidades de sus gobiernos respectivos. Quizá los asistentes al Congreso olvidaron que Plejanov había estado exiliado durante casi veinticinco años y que Katayama representaba a un partido diminuto que en ningún momento habría de influir en la política japonesa.

La guerra ruso-japonesa fue el primer enfrentamiento importante entre países representados en la Segunda Internacional (por cuanto la guerra hispanoamericana no había causado gran preocupación en Europa). Era el primer conflicto armado en que se veían envueltas las grandes potencias desde la guerra ruso-turca de 1877, y coincidió con el aumento de la tensión internacional que se haría patente en la primavera de 1905 con ocasión de la llegada del Káiser a Tánger y los rumores subsiguientes sobre la ruptura de hostilidades entre Francia y Alemania. Durante la década anterior las rivalidades coloniales entre las grandes potencias, a excepción de Austria y Hungría, había provocado crisis recurrentes y un incremento general del potencial militar y naval. Los ingleses comprendieron que Alemania se estaba constituyendo en una seria amenaza para su supremacía marítima. La cuestión de una acción internacional para impedir la guerra, que había sido discutida en una forma tan tanto intermitente y académica en los primeros con-

gresos de la Internacional, se convirtió entonces en asunto de la máxima urgencia. Una renovada esperanza se depositó entonces en el movimiento socialista internacional, como un medio posible para detener el estallido de la guerra que, como ya Engels había predicho en 1887, podía convertirse en una guerra mundial de consecuencias desastrosas:

«Ocho o diez millones de soldados se devorarán unos a otros y, al hacerlo, devorarán Europa entera en forma mucho más terrible que pudiera hacerlo una plaga de langostas. Toda la devastación de la Guerra de los Treinta Años comprimida en el lapsus de tres o cuatro años y abarcando a todo el continente; el hambre, las enfermedades, la inevitable brutalización del ejército y de la masa de la población; el deslizamiento insuperable de nuestra artificial estructura comercial, de la industria y del crédito, que acabará en una bancarrota general; el colapso de los antiguos estados y de su gobierno tradicional de forma que las coronas rodarán por el suelo por docenas y nadie estará allí para recogerlas; es absolutamente imposible predecir en qué acabará todo y quién surgirá de la lucha como vencedor. Sólo *un* resultado es perfectamente previsible: el agotamiento general y la creación de las condiciones para la victoria final de la clase obrera.»¹

Los socialistas compartían con otros movimientos políticos el deseo de evitar tales horrores. Junto a los crecientes preparativos para la guerra se hicieron diversos intentos por crear organizaciones internacionales que pudieran controlarla. Las dos conferencias de La Haya, de 1899 y 1907, en las que se intentó regular los armamentos y establecer normas para el comportamiento de guerra, y la firma de acuerdo de arbitraje por todos los estados parecían indicar que se empezaban a adoptar por los gobiernos de las grandes potencias las ideas liberales de la generación anterior. En gran parte, lo que los socialistas pedían para conseguir mejorar las relaciones internacionales coincidía con lo que los liberales habían propugnado durante más de cincuenta años: el desarme, el sistema de arbitraje, el abandono de los tratados secretos. Pero, además, los socialistas que deseaban manifestar su rechazo total de la ideología burguesa tenían también el sentimiento que expresaban las palabras finales de la profecía de Engels de que la guerra crearía las condiciones adecuadas para la victoria final de la clase obrera.

1. Fr. Engels, introducción al panfleto de Sigismundo Borkheim *Zur Erinnerung für die Deutschen Mordspatrioten 1806-12 (1887)*, citada en K. Kautsky, *Sozialisten und Krieg* (Viena, 1937), pp. 250-1.

Otros, convencidos de que las rivalidades entre los países capitalistas provocarían necesariamente un conflicto armado, creían que sólo se podría impedir la catástrofe si los socialistas se hacían con el poder antes de que fuera demasiado tarde. Había otros factores que contribuían a aumentar la confusión en que podía verse sumido un socialista cuando reflexionaba sobre estos problemas: era ciudadano de un Estado donde poseía un hogar; no se consideraba un apátrida. Para el socialista francés las ideas de la revolución y el patriotismo estaban estrechamente ligadas. En Alemania, el recuerdo de la Guerra de Liberación iba unido al de la reforma liberal. Y en Italia, la lucha por la unidad y la grandeza nacionales habían sido muy recientemente el objeto de los desvelos de la izquierda.

No puede sorprender, por tanto, que las discusiones sobre la acción socialista para impedir la guerra que surgían de actitudes tan conflictivas, resultaran a menudo confusas y contradictorias.¹ Además, todos estos problemas se añadían a las cuestiones fundamentales sobre las que se habían invertido tanto tiempo y tantas palabras: la naturaleza de la sociedad contemporánea y la actitud socialista frente a ella; el problema de la táctica eficaz, la relación entre los partidos políticos y las organizaciones sindicales y la validez de la huelga política de masas. Tales discusiones condujeron también al análisis de las causas de las rivalidades imperialistas y a la actitud que debían adoptar los socialistas ante los problemas coloniales y las emociones nacionalistas que, para gran parte de la clase obrera eran más fuertes que el sentido de solidaridad proletaria y que la lucha de clases. Cuando el problema de la guerra exigió a los socialistas toda su dedicación, se hicieron patentes con más claridad que nunca la confusión y las dificultades en que se hallaban los miembros de la Internacional Socialista.

Dos eran los problemas inmediatos que los socialistas debían afrontar: ¿Qué actitud debían adoptar ante los preparativos militares de sus gobiernos?; ¿qué tipo de acción podían emprender para impedir la guerra? Las respuestas no eran, en absoluto sencillas. Prácticamente en todos los países europeos existía el servicio militar obligatorio. Así, por mucho que los socialistas desaporaran el

1. El aspecto teórico de la cuestión está analizado y documentado en la obra de Karl Kautsky, *Sozialisten und Krieg* (Viena, 1937). Véase además Louis L. Lorwin, *Labor and Internationalism* (Nueva York, 1929) y un interesante estudio de Milorand M. Drachkovitch, *Les Socialismes français et allemand et le problème de la guerre* (Ginebra, 1953).

sistema, no podían permanecer indiferentes a las condiciones bajo las cuales ellos mismos, sus hijos, hermanos y camaradas pasaban casi dos años de su existencia, en igual medida que no podían permanecer indiferentes frente a las condiciones de trabajo en las fábricas. Los partidos socialistas tuvieron que discutir la aplicación de medidas inmediatas para reprimir los abusos del sistema existente, así como para conseguir la transformación del mismo. El Partido Social-Demócrata alemán, por ejemplo, junto con la ya habitual votación negativa en el Reichstag, de los créditos destinados al ejército, comenzó a dirigir duras críticas contra ciertos extremos, como los castigos excesivos, y «otras orgías» que tenían lugar en los comedores de oficiales. En una ocasión, Bebel urgió a que se abandonase el uniforme prusiano de color azul y que se adoptase otro menos visible para que «en la próxima guerra nuestros camaradas no caigan por causa de la deficiencia de nuestra administración militar» (quizá no era en vano hijo de un N.C.O. prusiano).

De todos modos, el mayor anhelo de los socialistas era conseguir la abolición de los ejércitos profesionales y llegar a la creación de una milicia nacional. Esta idea se alimentaba de los recuerdos románticos de los ejércitos revolucionarios victoriosos en 1793 o del mito del levantamiento del pueblo alemán contra sus opresores extranjeros en 1813. Se pensaba, además, que sólo en el seno de una milicia popular, como ocurría en Suiza, se podría garantizar la libertad personal. En Francia el caso Dreyfus aumentó las sospechas hacia la clase de los oficiales profesionales, mientras en Alemania eran constantes los sucesos que recordaban este peligro. Los oficiales prusianos tenían el convencimiento de que la disciplina que se imbuía en los jóvenes durante su servicio militar servía para mantenerles leales durante el resto de sus vidas. El emperador Guillermo II, en uno de sus imprudentes y poco diplomáticos discursos, declaró que los reclutas debían estar dispuestos a disparar contra sus padres si era necesario. Era porque comprendían la gran fuerza de la máquina militar prusiana por lo que los líderes social-demócratas eran, en la práctica, mucho menos revolucionarios que en la teoría. Por esta misma razón, existían pocas posibilidades de que se llevaran a la práctica las mociones en las que todos los años recomendaban la transformación del ejército profesional en una milicia popular.

El estudio más interesante y exhaustivo sobre la organización de una milicia de ese tipo fue obra de Jaurès. En 1910 publicó *L'Armée Nouvelle* al tiempo que intentaba introducir en la Cá-

mara un proyecto de ley para la transformación del ejército francés según el modelo que exponía en su obra. Naturalmente, nunca llegó a promulgarse una ley de este tipo. Con todo, es interesante la obra de Jaurès porque arroja mucha luz sobre sus convicciones políticas. El subtítulo del libro era «defensa nacional y paz internacional»; se asumía, por tanto, que la abolición de un ejército profesional haría desaparecer *per se* una de las causas de la guerra. Daba por hecho, además, que una milicia popular se vería libre de las terribles pasiones que atenazaban a la actual clase dirigente. Se había pensado que este libro fuera el primero de una serie de volúmenes en los que se tratarían diversos aspectos de la futura Francia socialista. El mismo Jaurès iba a escribir otra obra que llevaría por título «La nueva diplomacia». Este plan no pudo llevarse a cabo debido al gran número de actividades en las que se hallaba embarcado Jaurès. En efecto, no sólo su actuación política sino su trabajo como historiador —escribió una *Histoire Socialiste de la Révolution Française*¹ y colaboró en la *Histoire Socialiste de France*— hicieron que muchos de sus proyectos quedaran incompletos. El hecho de que su primera obra fuera un estudio de la defensa nacional y de las relaciones internacionales demuestra su gran preocupación por dichos temas.

Las recomendaciones técnicas contenidas en *L'Armée Nouvelle* resultan tremendamente ingenuas para el lector actual. Pero incluso en la época en que se publicó no resultaron adecuadas a las condiciones militares reinantes. Como dijera Max Schippel, uno de los intelectuales del partido socialista alemán que había abrazado la causa revisionista, cuando se discutieron propuestas parecidas en el seno del SPD: «No se puede poner un cañón en la cama de un antiguo fusilero ni dar a cada marino un pequeño barco de guerra para que lo sitúe en la charca de su garaje o en su bañera.»² La visión de un ejército popular formado por soldados entrenados, cada uno con su rifle en casa y dispuesto a unirse a la milicia en caso de emergencia, estaba tan trasnochada como la creencia de que se podía hacer la revolución en las barriadas. Lo que resulta verdaderamente importante en todas estas discusiones es la aceptación de la necesidad de la defensa nacio-

1. Véase una excelente exposición de este aspecto del pensamiento de Jaurès en Franco Venturi, *Jean Jaurès e altri storici della Rivoluzione francese* (Turín, 1948).

2. *Neue Zeit*, 1898-99, vol. XVII, p. 784.

nal en determinadas circunstancias. De hecho, *L'Armée Nouvelle* es un libro profundamente patriótico, que rezuma el ardor retórico de la tradición revolucionaria y que contiene continuas referencias a los éxitos militares del pasado. En definitiva, el objetivo de las reformas militares que se proponían no era otro que la «protección de la independencia nacional para el libre ejercicio de la justicia social».¹ Desde el punto de vista militar, el énfasis se pone en la defensa; Jaurès, en efecto, excluye la posibilidad de que una auténtica social democracia pueda llevar a cabo una guerra ofensiva. Jaurès estaba convencido de que cuando se estableciera un sistema de relaciones internacionales basado en el arbitraje entre los estados, sería fácil calificar como agresor al estado que se negara a aceptar el arbitraje. Así, se podría decidir si el país que resultase atacado debía o no acudir a las armas.

En su obra, Jaurès afirmaba, pese a su fe en la solidaridad internacional, que los socialistas franceses deberían resistir por las armas un ataque alemán.

«Aquellos franceses, si es que en realidad hay alguno —escribió Jaurès—, que afirman que es lo mismo vivir oprimidos por las tropas alemanas que por las tropas francesas... caen en un sofisma que, por su misma estupidez resulta difícil de refutar. Y si en nuestra respuesta, como hacemos muchas veces, invocamos las ambiciones particulares de Francia exaltando la generosidad de su historia y sus servicios para la Humanidad, esta respuesta es también un sofisma, porque no hace sino justificar el patriotismo francés y parece como si los demás países europeos no tuvieran el mismo derecho a la independencia y a la devoción de sus ciudadanos. Lo cierto es que en cualquier lugar donde existan países, es decir, grupos históricos, con una conciencia de su continuidad y de su unidad, cualquier ataque contra su integridad y libertad es un ataque contra la civilización, un retroceso a la barbarie.»²

En cuanto a los alemanes, Bebel era aún más explícito sobre la actitud de los socialistas alemanes con respecto a su país vecino, Rusia. «El suelo de Alemania, la patria alemana, pertenece a las masas tanto como a cualquier otro. Si Rusia, campeona del terror y la barbarie, llegara a atacar a Alemania para destruirla y destruirla..., eso nos afectaría tanto como a los dirigentes del país», dijo en 1891.³

1. Jaurès, *L'Armée Nouvelle. Oeuvres*, IV, p. 181.

2. Jaurès, *L'Armée Nouvelle*, p. 303.

3. *Verhandlungen* 1981, p. 285.

Esta actitud resultaba comprensible en los socialistas que comprendieron que los trabajadores tenían mucho más que perder que simplemente sus cadenas. Pero mereció duras críticas por quienes, desde la izquierda, atacaban el revisionismo, declarado o encubierto, e insistían en que no había nada que mereciera la pena preservar en la sociedad burguesa y que bajo ninguna circunstancia debían estar dispuestos los socialistas a sacrificarse por la defensa de tales valores. Los anarquistas siempre habían señalado la inconsistencia de la actitud de los líderes del partido alemán. Domela Nieuwenhuis, por ejemplo, se enfrentó a Bebel en Zurich en 1893 sobre problemas estrictamente pacifistas. «No he olvidado —dijo— cómo en Alemania se ha predicado la guerra contra Rusia, el "enemigo hereditario", cómo el mismo Bebel ha pasado por alto las atrocidades de la clase burguesa de su país cuando se trataba del enemigo hereditario... Uno no puede evitar la sonrisa cuando oye que se califica a Rusia como campeona de las atrocidades y la barbarie, como si Alemania fuera protectora de las Luces y de la cortesía.»¹ Y en la entrada del nuevo siglo un nuevo sentimiento antimilitarista iba adquiriendo importancia entre quienes creían que el estallido de una guerra podría ofrecer una oportunidad extraordinaria para derrocar el sistema capitalista o que consideraban conforme la situación internacional se deterioraba, que era necesario aplicar medidas drásticas para impedir los horrores que podrían producirse.

En Francia, las implicaciones del caso Dreyfus ofrecieron una excusa para emprender una campaña antimilitarista. En el seno del movimiento socialista francés existía un grupo vociferante dispuesto a conducirla. Su figura principal era Gustave Hervé, un maestro histérico que, al parecer, era considerado con más seriedad por quienes no le conocían. En una ocasión, Jaurès afirmó que Hervé y Bebel coincidían en una cosa: en su excesiva estima por Hervé. La violencia de su antipatriotismo y el carácter subversivo de su acción propagandística debían resultar muy embarazosos para los líderes del partido, que no dudaron en recalcar sus inconsistencias. «Hervé tiene un auténtico don para equivocarse —escribió Jaurès—. Cuando quiere glorificar a la bandera de Valmy actúa como si estuviera plantándola en un estercolero. Su incoherente doctrina incluye dos elementos contradictorios: la resignación pasiva frente a una invasión extranjera y la idea de

1. *Actas* de 1893, jueves 10 de agosto, p. 22.

una revolución social necesaria si se llega a producir un conflicto internacional. Pero una revolución debe ser necesariamente activa. Y sólo podrá serlo si defiende la existencia nacional que le sirve de base.»¹ De cualquier forma, la campaña de Hervé fue importante porque proporcionó nuevas armas a los enemigos del socialismo. Para éstos, todas las escuelas estaban llenas de hombres como Hervé que corrompían el patriotismo natural de los jóvenes. Tuvo también importancia su campaña no porque consiguiera grandes éxitos fuera de Francia (aunque Bebel dijo, en una ocasión, que la propaganda de Hervé había gustado al Estado Mayor alemán, que la consideraba como un signo de la debilidad militar francesa), sino porque indujo al partido socialista francés, a los sindicatos y también a la Internacional a plantearse, una vez más, qué tipo de acción había que intentar para impedir la guerra.

2

Resulta extremadamente difícil interesar a la opinión pública en los asuntos internacionales excepto en los momentos de una crisis muy grave. Por ello, el internacionalismo del movimiento socialista, por muy profundamente que pudieran sentirlo algunos líderes como Wilhelm Liebknecht o Jean Jaurès, no pasaba de ser un cúmulo de discursos y resoluciones para la mayoría de los miembros de los partidos, cuya atención estaba centrada en otros problemas más inmediatos. «Sé muy bien —dijo Bebel en el Congreso del SPD en Erfurt en 1891— que un gran número de nuestros camaradas si alguna vez oyen hablar de política internacional prefieren encogerse de hombros. Comprendo que su actitud está justificada.»² Incluso cuando se deterioró la situación internacional no fue fácil interesar más que a una pequeña minoría. Pero en algunos puntos, la cuestión de la cooperación internacional no era únicamente teórica; eran problemas cotidianos a los que constantemente debían enfrentarse los socialistas. Fue en este terreno donde la cooperación práctica entre miem-

1. Citado en Maurice Lair, *Jaurès et l'Allemagne* (París, 1935), p. 114. Se refiere a un famoso discurso de Hervé en el que hablaba de situar la bandera francesa sobre un estercolero.

2. *Verhandlungen* 1891, p. 283.

bros de diferentes nacionalidades resultó más difícil y constituyó una auténtica prueba de la capacidad de los socialistas para colaborar a pesar de las diferencias nacionales. En Posen y Silesia convivían obreros alemanes y polacos; esta situación fue extendiéndose progresivamente a otras áreas industriales del Reich. En Austria-Hungría, la lucha nacional era una de las cuestiones políticas básicas para todos los partidos. Incluso en Europa Occidental el problema de Alsacia-Lorena afectaba también a los socialistas franceses y alemanes. Los franceses albergaban la esperanza de que si los socialistas alemanes ascendieran al poder devolverían a Francia las dos provincias, mientras que los alemanes hablaban vagamente de un plebiscito sobre la concesión de la autonomía.

Durante todo el siglo XIX el restablecimiento de la independencia polaca había sido una causa muy querida para los liberales europeos. Pero en Alemania, los liberales no siempre habían llevado a la práctica su entusiasmo teórico; por ejemplo, durante la revolución de 1848 se mostraron insensibles a las peticiones de los polacos. Esta actitud fue heredada por los social-demócratas. El sentimiento antipolaco que palpitaba en la clase obrera tenía su explicación. Las provincias polacas constituían una reserva de mano de obra barata que competía con los obreros alemanes en la agricultura y en la industria. No era pues difícil que surgieran fricciones tanto en Alemania del Este como en las áreas industriales de la parte occidental del país. La respuesta marxista oficial a este problema fue la negativa a aceptar su existencia. Los intereses del proletariado eran los mismos, sin importar su nacionalidad; tales intereses podían ser mejor servidos a través de un partido social-demócrata uniforme y centralizado. «No reconocemos más que una social-democracia alemana en nuestra organización» —afirmó tajantemente un orador en 1897—¹ «en la que nuestros hermanos polacos son camaradas con idénticos derechos...». Necesariamente, esta política tenía que provocar problemas: algunos socialistas polacos se quejaban de que en sus distritos los candidatos no hablaban polaco, a lo que los líderes del partido respondían citando las sumas de dinero que habían gastado en propaganda y en periódicos en lengua polaca. La actitud oficial era en verdad la de negarse a proporcionar a los polacos un trato

1. *Verhandlungen* 1897, p. 97. Se trata de Wilhelm Pfannkuch de Berlín, que fue durante muchos años miembros del Ejecutivo.

separado. Es típica, en este sentido, una observación de Bebel sobre los agitadores políticos: «Un buen camarada que sólo habla alemán es más valioso que otro que hable polaco pero que sea incompetente.»¹

Una de las personas que con más entusiasmo apoyaba esta idea era Rosa Luxemburg. Su carrera política había comenzado en el exiliado Partido Socialista de la Polonia rusa. A raíz de su matrimonio con un alemán pasó a Alemania e ingresó en el SPD. Se dio a conocer en el partido como una experta conocedora de los asuntos polacos (estaba preparando una tesis doctoral sobre la industrialización en Polonia), y de las teorías marxistas. Entre 1898 y 1905 su nombre llegó a ser importante en el seno del partido alemán. Si bien en un principio —afirma su biógrafo—, los líderes de más edad del partido despreciaron a esta joven mal parecida porque era una mujer,² pronto aprenderían a respetar su inteligencia y su ardor y a temer su acerada lengua (siempre fue una polemizadora implacable en la línea que había establecido el propio Marx). Bebel y Adler, sin embargo, nunca llegaron a simpatizar con ella. Su intransigencia en el problema nacionalista, que durante la Primera Guerra Mundial le llevó a un famoso enfrentamiento con Lenin, le granjeó la enemistad de otros miembros del ala izquierda del partido, especialmente de Herr Ledebour, quien declaró en 1901: «En Alemania estamos muy atrasados con respecto a la comprensión de los anhelos de las nacionalidades extranjeras en nuestro territorio.»³ En 1905 se produjeron una serie de escisiones entre los social-demócratas polacos, a las que contribuyó no poco Rosa Luxemburg. A raíz de tales controversias, un grupo de socialistas polacos crearon un partido independiente en la Polonia prusiana que no conoció gran éxito ya que carecían del apoyo de la gran organización alemana con la que contaban sus rivales.

De cualquier forma, la actitud de los socialistas polacos recalcitrantes que se negaban a aceptar la dirección de los alemanes y que deseaban la independencia de Polonia no causó graves problemas al gran partido alemán. Sí constituyeron, sin embargo, un ejemplo interesante y significativo de las dificultades que planteaba un nacionalismo desbordado para la cooperación internacional efectiva. Los alemanes, por su parte, se sentían satisfechos: «Es-

1. *Verhandlungen* 1897, p. 152.

2. Frölich, p. 56.

3. *Verhandlungen* 1901, p. 125.

tamos contentos de no tener que trabajar en la confusión de lenguas que sufren, por ejemplo, nuestros camaradas austríacos.»¹

En Austria, la social-democracia era alemana por su doctrina y sus orígenes. Su fuerza radicaba fundamentalmente en las zonas de habla alemana, sus lazos con el Partido Social-Demócrata alemán eran muy estrechos y sus líderes continuaban lamentando la solución bismarkiana al problema alemán que los había apartado del resto del movimiento obrero alemán. Pero la social-democracia austríaca no podía ser exclusivamente alemana. El número de trabajadores industriales de otras nacionalidades iba en aumento, especialmente entre los checos de Bohemia y Moravia. Y los obreros checos organizados, eran, eso reclamaban en 1910,² más fuertes en proporción al total de la población checa que los alemanes en las provincias alemanas y contaban con veinticuatro diputados en el Reichsrat, que ocupaban su escaño al lado de los alemanes. También entre las restantes nacionalidades el socialismo era cada vez más fuerte, en algunas zonas de la Galitzia, en las ciudades del sur del Tirol y en Küstenland, en Eslovenia, en tanto que en la mitad húngara de la monarquía se había formado un pequeño partido, cuya mayor fuerza radicaba en Budapest y que cooperaba, aunque sin llegar nunca a formar parte de él, con el Partido Social-Demócrata austríaco.

Los líderes de la social-democracia austríaca eran perfectamente conscientes de las responsabilidades y oportunidades que les presentaba su situación. Algunos de ellos consideraban posible encontrar una solución para la situación de preeminencia en que había situado a los austríacos alemanes la separación de Austria de Alemania en 1866 y su virtual exclusión de Hungría en 1867. La creación de un genuino movimiento socialista internacional en la Monarquía Dual ofrecía buenas expectativas sobre la reforma del Imperio y sobre el futuro de los alemanes en su seno. Pero las dificultades eran impresionantes; como afirmó Victor Adler en el Congreso Internacional de París en 1900, «nosotros poseemos en Austria una pequeña Internacional, conocemos mejor que nadie las dificultades que hay que superar». Victor Adler y sus partidarios nunca desesperaron de superar todos los obstáculos pero

1. Pfannkuch en el Congreso del partido de 1897, *Verhandlungen*, p. 97.

2. Wlastimil Tusan en el Congreso internacional de Copenhague de 1910. *Actas*, p. 90.

3. Adler, *Aufsätze*, VIII, p. 67.

sus esperanzas quedarían defraudadas. Era una paradoja característica del más paradójico de los imperios que los socialistas, cuya vida política estaba consagrada por entero a la más implacable crítica de la monarquía («no hay grado de disgusto con Austria que yo no haya conocido»,¹ dijo Víctor Adler una vez), desearan tan ardientemente conservarla. «Sabemos que tendremos que vivir juntos en esta Austria, y que no podemos hacer otra cosa más que encontrar el modo de impedir el derrumbamiento de Austria y la forma que permita a sus nativos vivir juntos». Estas palabras fueron pronunciadas por uno de los líderes socialistas² en el congreso del partido de 1899, el primer congreso en el que el partido se reunió como un *Gesamtpartei* formado por diferentes secciones nacionales. Se aprobó una resolución en la que se recomendaba la creación de un estado federal basado en la existencia de regiones autónomas en el que la ley protegería los derechos de las minorías. Pero los checos ya habían mostrado su preocupación por el predominio de la lengua alemana, incluso como idioma cotidiano de Austria (*Verkehrssprache*) y aunque por el momento se aceptó un compromiso, se siguió considerando con suspicacia las intenciones alemanas. Los líderes germano-parlantes estaban en una difícil posición; pese a la fuerza creciente y a la gran confianza que demostraban los checos, ellos eran inevitablemente el grupo más importante en la social-democracia austríaca y no era difícil acusarlos de intentar dominar el movimiento desde Viena. Y eran muchos los socialistas alemanes dispuestos a estimular esta creencia, si bien lo que decían contenía una parte de indudable verdad. Veamos, por ejemplo, la afirmación de uno de ellos en el Congreso de 1899: «El alemán seguirá siendo, nos guste o no e independientemente de los deseos de nuestros camaradas checos, una lengua de cultura y comunicación.»³

De cualquier forma, durante diez años se consiguió mantener una cierta unidad. Ciertos escritores social-demócratas, como Karl Renner y Otto Bauer, publicaron exhaustivos estudios del problema nacional que hubieran podido ser la base para una reorganización

1. «Kein Grad des Ekels an Oesterreich ist mir fremd». Aufsätze, VIII, p. 117.

2. Josef Seliger; citado en Arthur J. Kogan, «The Social Democrats and the Conflict of Nationalities in the Habsburg Monarchy», en *Journal of Modern History*, vol. 21 (1949), p. 207.

3. Prehausen (Salzburgo); citado en Kogan, p. 210.

de la monarquía de haber existido la maquinaria necesaria para efectuar el cambio.¹ Pero incluso actuando con la mejor voluntad, resultaba difícil en las regiones de nacionalidades mixtas, como Moravia, encontrar una fórmula para la distribución de obligaciones y beneficios entre las diferentes nacionalidades, contra la que no se pudiera lanzar la acusación de favorecer a los alemanes. En cualquier caso, las controversias se limitaron al plano teórico; en la práctica, la lucha se centraba todavía en alcanzar derechos políticos elementales como el sufragio universal y para tales objetivos básicos se podía contar con la colaboración entre los socialistas alemanes y checos. Los socialistas de otras nacionalidades no eran todavía suficientes en número como para que el problema de su relación con los alemanes hubiera llegado a ser grave y además, en su mayor parte, no vivían en tan estrecho contacto con los alemanes como les ocurría a los checos. En las manifestaciones y demostraciones que precedieron a la implantación del sufragio universal en 1907 participaron tanto los checos de Praga como los socialistas alemanes de Viena. En este plano, las ambiciones de los «mezquinos burgueses nacionalistas» coincidían con las de los social-demócratas.

Más que en el Parlamento, donde los socialistas checos y alemanes podían ponerse fácilmente de acuerdo para una actuación conjunta frente a los problemas inmediatos, era en los sindicatos donde se planteaba con mayor gravedad el problema nacionalista. En Bohemia y Moravia, por ejemplo, era inevitable que los obreros de ambas nacionalidades que trabajaban en las mismas fábricas sintieran la creciente tensión nacionalista. Los tradeunionistas checos comenzaron a exigir sindicatos autónomos en analogía con las organizaciones socialistas políticas independientes, con las que contaban desde 1897. Los alemanes, por su parte, creían absurdo sustituir las divisiones económicas reales por otras nacionales sin mayor significado. En efecto, lo que checos o alemanes tenían en común en este sentido —el deseo por mejorar sus condiciones de trabajo— no guardaba relación alguna con las diferencias nacionales. Pero en una época en que, en palabras de Adler, el mayor problema que se presentaba en Austria era que «la cuestión de los

1. Véase Karl Renner, *Das Selbstbestimmungsrecht der Nationen* (Viena, 1918); Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* (Viena, 1907). Véase también R. A. Kann, *The Multinational Empire*, 2 vols. (Nueva York, 1950).

nombres de las estaciones de ferrocarril se ha llegado a convertir en una cuestión de principios sumamente importante»,¹ los checos se negaron a admitir de buena gana lo que consideraban una dictadura desde Viena por muy persuasivamente que Adler argumentara.

Los checos plantearon, entonces la cuestión de hasta qué punto el Partido Social-Demócrata austríaco, con su preponderancia alemana, podía llegar a ser un auténtico partido internacional. En 1910 los austríacos pusieron a debate este problema en el Congreso de la Internacional de Copenhague. Era indicativo del importante papel que la Internacional y su Oficina desempeñaban en los asuntos de los partidos miembros que se presentara ante ella una problemática de este tipo. Un planteamiento así tenía la desventaja, muy frecuente en otras organizaciones internacionales posteriores, de someter problemas a la decisión de unos delegados que no los conocían en profundidad y que votaban de acuerdo con un punto de vista establecido *a priori*. Los checos, a cuyo frente figuraba Anton Nemec, que había accedido de nuevo al Parlamento en representación de un distrito vienés, se comportaron con gran moderación y demostraron un sincero deseo de preservar la unidad del movimiento socialista en Austria. Lo que pedían, de hecho, era que se les diera la oportunidad de resolver el problema sindical como un problema interno sin interferencia del exterior. Hay que decir, en este sentido, que pese a la moderación de que hacía gala Victor Adler, los austríacos pensaban probablemente en llegar a la solución definitiva del problema en Copenhague, atrayendo para su punto de vista a sus aliados marxistas (en este caso especialmente Legien, líder de los sindicatos alemanes, y Plejanov). La Internacional rechazó la pretensión de los checos de conseguir sindicatos independientes y recalcó la necesidad de que los sindicatos fueran unitarias. Esta cuestión fue la auténtica prueba que demostró hasta qué punto la social-democracia austríaca era capaz de aglutinar a las diferentes nacionalidades del Imperio. Después del Congreso de Copenhague, una gran mayoría de socialistas checos se negó a aceptar sus resoluciones. Crearon, entonces, un partido socialista nuevo, específicamente checo, aunque una minoría de «centralistas» permanecieron leales a la monarquía hasta 1918. «¿Se sienten los social-demócratas checos como el grupo checo de la

1. V. Adler, *Das Verhältnis zu den Bruderparteien in Oesterreich* en *Aufsätze*, VIII, p. 90.

Internacional o son el grupo social-democrático dentro de los partidos checos?»¹ preguntó Victor Adler en el momento de la escisión. La respuesta no admitía dudas; así, la «pequeña Internacional» de la social-democracia austríaca se había desmoronado.

La imposibilidad de los social-demócratas austríacos de conservar su *Gesamtpartei* demuestra las dificultades que existían para la cooperación entre las diferentes nacionalidades. Y pone en evidencia cuán poco era lo que la Internacional podía hacer para marcar la línea a seguir por los partidos miembros de la organización. El éxito que había alcanzado al conseguir la unidad del movimiento socialista francés no habría de repetirse. Bien al contrario, algunas veces grupos de disidentes intentaron, aunque casi siempre sin éxito, que la Oficina de la Internacional apoyara sus puntos de vista y obligara a sus enemigos a aceptarlos. El Partido Laborista inglés planteaba un problema especial. ¿Podía considerarse en realidad un partido socialista? La cuestión se planteó en el Congreso de la Internacional de 1907, pero al año siguiente los marxistas ortodoxos encabezados por Kautsky no pudieron impedir que estuviera representado en la organización. Tampoco sus enemigos políticos del Partido Socialista inglés, descendientes de la antigua Federación Social-Demócrata pudieron convencer a la Oficina de la Internacional de que le obligaran a unirse a los grupos socialistas ingleses. De todos modos, el Partido Laborista inglés siempre constituyó un grupo un tanto incomprensible para la mayoría de los socialistas europeos y, al igual que los grupos americanos, permaneció al margen de la corriente general del movimiento. «Los grandes líderes de los socialistas continentales —anotó en su diario Beatrice Webb el 8 de marzo de 1914—, Vandervelde, Jaurès, Huysman y el Partido Social-Demócrata alemán, muestran su disgusto por las disensiones del Partido Laborista inglés y el movimiento socialista que se manifiestan en las ofensas mutuas del ILP y BSP. Les desagrada también el “liberalismo” de los laboristas y su carencia de una política socialista. Estos líderes europeos tienen mayor talla que los nuestros y los trabajadores continentales van mucho más lejos en su socialismo.»²

La Internacional no consiguió tampoco llevar la unidad al Partido Socialista ruso. En 1905 Bebel se ofreció a los rusos como me-

1. V. Adler, *Aufsätze*, VIII, p. 88.

2. *Beatrice Webb's Diaries 1912-1924*, ed. por Margaret Cole (Londres, 1952), p. 20.

diador, pero no consiguió ningún resultado positivo. En definitiva, se acordó que tanto los bolcheviques como los mencheviques tuvieran un representante en la Oficina de la Internacional. El problema de la unidad del socialismo ruso se abordó en otras dos ocasiones, y en julio de 1914 una comisión especial preparaba un informe explicando la imposibilidad de alcanzar el objetivo deseado. Imposibilidad de la que en gran parte era responsable Lenin, que a toda costa quería imponer sus condiciones: «Lenin desea la unidad de la misma forma que uno desea la unidad con un trozo de pan: tragándoseelo.»¹

Pese a estos fracasos se seguía confiando en la Internacional. Muchos estaban seguros de que cuando se produjera una crisis grave se olvidarían las diferencias y la clase obrera llevaría a cabo una acción unitaria, expresión de su fuerza cada vez mayor. Por desgracia, la discusión sobre el tipo de acción provocó también dificultades. No resultaba difícil decidir qué aspectos de la sociedad existente se debían criticar con mayor dureza: el imperialismo, el militarismo y el chauvinismo. Pero incluso en este punto se produjeron diferencias de opinión. Todos los socialistas (incluidos los ingleses) condenaban unánimemente la guerra de los bóers. Pero, al parecer, algunos socialistas ingleses se habían manifestado a su favor. En el Congreso de la Internacional de 1907 se produjo una situación espinosa cuando Ledebour acusó a Robert Blatchford, uno de los más valiosos propagandistas de los primeros tiempos del movimiento laborista inglés, de hacer que su hija le interprete todos los días en el piano «Rule Britannia», durante la guerra de Sudáfrica. Al margen de estas anécdotas, era cierto que algunos socialistas justificaban ciertos tipos de imperialismo. Por ejemplo, siempre hubo entre los socialistas holandeses quienes pensaron que la elevación del nivel de vida de los pueblos más atrasados era un objetivo que podían hacer suyo los socialistas, siempre que los nativos de los territorios coloniales no estuvieran sometidos a la explotación de las potencias capitalistas rivales. Pero a comienzos del siglo xx había quien estaba dispuesto a ir mucho más lejos. Un antiguo militante socialista, Augagneur, llegó a ser incluso gobernador de Madagascar en 1905. Los marxis-

1. La expresión es de Plejhanov. Bertram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution* (Nueva York, 1948), p. 611. Los documentos sobre el intento de la Internacional de unir a los social-demócratas rusos están reproducidos en Oliver Hess Kankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War* (Stanford, 1940), cap. I, secciones A, C y F.

tas ortodoxos mantenían la tesis que más tarde expuso Lenin en su obra *Imperialismo: el estadio más avanzado del capitalismo*, que escribió en 1916. Los estados capitalistas eran impulsados a la expansión colonial por su propia naturaleza económica. Esto provocaba rivalidades que desembocarían en una guerra, la cual a su vez acabaría con el sistema capitalista. Por eso en el congreso de Stuttgart de 1907 que debatió el problema colonial y en el congreso del SPD de 1912, en el que hubo una amplia discusión teórica sobre el imperialismo, muchos socialistas defendieron la tesis de que lo único que había que hacer al respecto era rechazar el imperialismo y esperar a que se produjera la destrucción de la burguesía y el triunfo del proletariado. En cambio, los representantes de aquellos países que poseían un imperio colonial y un sistema parlamentario eficaz, Inglaterra y Holanda por ejemplo, consideraban que los socialistas tenían la obligación de hacer cuanto estuviera en su alcance para mejorar la suerte de las colonias. Incluso en 1907 Ramsay Macdonald tuvo que señalar a los delegados del congreso de Stuttgart que muchas de las colonias inglesas tenían sus propios órganos de gobierno. Él y muchos otros comenzaron a darse cuenta de que una política colonial socialista debería ser algo más que la simple condena de la administración inglesa en la India, que se realizaba de forma sistemática en todas las conferencias internacionales.

Algunos revisionistas alemanes eran de la misma opinión (aunque a uno de ellos, el doctor David, se le obligó literalmente a callar cuando trató de votar en contra de la mayoría de sus colegas en Stuttgart). En 1912, algunos de los intelectuales del ala derecha del partido alemán sacaron otra conclusión de las discusiones sobre la necesidad económica de las colonias. Llegaron a decir que se podría justificar que Alemania participara en la lucha colonial pues sólo mediante la posesión de colonias podría mantener el proletariado alemán su nivel de vida. Sus artículos, publicados en el revisionista *Sozialistische Monatshefte* causaron menos conmoción en Alemania que en el resto de Europa. En 1912 y 1913 Charles Adler, que era profesor de alemán en la Sorbona, socialista desde hacía muchos años y experto en el pensamiento alemán, publicó una serie de artículos sobre estos y otros aspectos inquietantes de la social-democracia alemana.¹

1. Los artículos aparecen reproducidos junto con las respuestas de Jaurès en Charles Adler, *Le Socialisme impérialiste dans l'Allemagne contemporaine* (París, 1918).

Esto le llevó a un desagradable enfrentamiento personal dentro de su propio partido porque Jaurès defendió a los alemanes con una vehemencia poco habitual en sus escritos polémicos. Su reacción se debió quizás a que basaba sus esperanzas de preservar la paz en la fuerza y lealtad del Partido Social-Demócrata alemán y le desagradaba escuchar cualquier cosa que pudiera hacer tambalear su fe en aquello que sustentaba su acción política.

Las campanas de Basilea

¿Qué podían hacer los miembros de la Internacional para impedir la guerra? A partir de 1904 éste fue inevitablemente el principal tema de discusión en todos sus congresos. Eran las circunstancias constitucionales de cada país —y este factor se olvidó a veces en el entusiasmo que reinaba en los congresos—, las que determinaban la acción política que podía llevar a cabo cada uno de los partidos socialistas. De cualquier forma, los socialistas no podían influir por sí solos de manera decisiva en la política exterior de sus gobiernos, ni siquiera en aquellos países en los que gozaban de una sólida posición parlamentaria. En Francia, por ejemplo, la incesante campaña de Jaurès contra la política marroquí de Delcassé («*ce gnome malfaisant*», le llamaba) no tuvo ningún efecto positivo. La caída del poder de Delcassé en junio de 1905 fue más bien fruto de las intrigas que de la oposición parlamentaria. Y en cuanto a los socialistas alemanes, su oposición a la política del gobierno en la misma crisis marroquí tampoco sirvió de nada. Así pues, las constantes mociones de desaprobación de la política de las grandes potencias —la intervención en China y en Persia, la anexión de Bosnia-Herzegovina, o las guerras balcánicas— eran más expresión de un sentimiento de repulsa que instrumento de acción política. En ocasiones existían significativas diferencias en los sentimientos expresados. Jaurès, por ejemplo, se sentía siempre más inclinado que los alemanes (con la honrosa excepción de Eduard Bernstein), a atribuir intenciones pacíficas al gobierno liberal inglés. Así, el líder francés establecía distinciones entre los diversos gobiernos capitalistas, que en ningún caso estaban los alemanes dispuestos a aceptar.

Había un punto en el que todos los socialistas concordaban, y era éste el odio hacia Rusia. La Revolución Rusa de 1905 tuvo una enorme importancia emocional. No sólo suscitó la esperanza de que incluso el más riguroso de los despotismos podía ser superado cuando como en este caso provocaba una guerra impopular, sino que hizo renacer la creencia en la eficacia de la acción revolucionaria popular. ¿No sería quizá la huelga general el método más efectivo para impedir la guerra y conquistar el poder?

La Revolución Rusa de 1905 reavivó la controversia sobre la naturaleza de la revolución y sobre la táctica adecuada para la conquista del poder. Y ello no sólo en el movimiento socialista ruso, en el que la controversia entre bolcheviques y mencheviques, que databa de 1903, se trasladó a una situación que se planteaba por primera vez en Rusia, con la posibilidad de que existiera un partido social-demócrata parlamentario según el modelo occidental. La revolución de 1905 no sólo planteó de nuevo el tema que dividía a Plejanov y Lenin sobre el ritmo con que se debía realizar la revolución burguesa en Rusia para abrir el camino hacia la dictadura del proletariado, sino que sirvió también para recordar a los socialistas de todos los países que era posible llevar a cabo una revolución violenta sin esperar a que la ley inevitable de la evolución histórica produjese el colapso de la sociedad capitalista. Hubo incluso espíritus optimistas que pensaban que la revolución se podía producir en cualquier parte, incluso en Alemania; «*het begint te rommelen...*», escribió el socialista holandés Anton Pannekoek, «un poderoso movimiento revolucionario está viendo la luz en la clase obrera alemana».¹ En realidad, los acontecimientos de 1905 mostraban el contraste entre el carácter respetable y burgués de la social-democracia en Alemania y en los demás países occidentales y un movimiento revolucionario auténtico, en Rusia, obligado por las circunstancias a un estallido violento. El corresponsal de *Le Temps* escribió sobre el congreso del SPD en Jena:

«La predisposición hacia la paz que muestran los socialistas alemanes ha provocado una extraña impresión en los rusos que acudieron en gran número para asistir a las sesiones del congreso como espectadores interesados. Los estudiantes, inflamados de ardor revolucionario, parecen un

1. R. Michels, *Die deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbande*. (Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik vol. 25, 1907), p. 206.

tanto sorprendidos ante el carácter burgués de este congreso de los socialistas alemanes, los cuales, no obstante, aportaron la base teórica a los revolucionarios rusos e incluso recientemente han enviado cien mil francos a Rusia para el apoyo de los que luchan en ese país.»¹

De cualquier forma, la situación en Alemania estimuló también las discusiones sobre la acción directa. Corría el rumor de que el Gobierno limitaría el derecho al voto para detener el gran desarrollo de la social-democracia. Se discutió largamente qué medidas podían tomarse si tal cosa llegaba a ocurrir sobre todo porque ya en 1896, el reino de Sajonia ya había sufrido una limitación del derecho al voto que suprimió prácticamente fuera la representación socialista, sin que se produjera ninguna protesta efectiva. Algunos socialistas eran partidarios de recurrir a la huelga general para conseguir la extensión del derecho al voto en Prusia. Especialmente, existía un pequeño grupo en el ala izquierda del partido para el cual la huelga general constituía el sistema más adecuado tanto para conseguir reformas internas como para impedir una guerra internacional. Por ello, en el Congreso de Jena de 1905 se estudió en profundidad el tema de la huelga general política. La discusión quedó abierta por un discurso de Bebel de tres horas de duración y gran fuerza retórica en el que resumió la historia del movimiento en favor de la huelga general. Bebel era un político de gran experiencia y sabía que el estudio de este tema exigía también el de los límites de actuación del partido social-demócrata, y lo que era aún más delicado, sus relaciones con los sindicatos. Las organizaciones sindicales habían dejado bien patente en su actuación en las manifestaciones del primero de mayo, que desconfiaban de toda acción política que no reportara beneficios inmediatos a sus afiliados. A pesar de sus éxitos electorales, los social-demócratas no detentaban todavía la mayoría y además no todos los trabajadores pertenecían a sindicatos socialistas. Por tanto, Bebel tuvo que hacer un discurso que sin ser demasiado desalentador reconociera los límites que imponían los sindicalistas para una acción efectiva. Así, aunque su discurso contenía expresiones favorables a la huelga —«¿En nombre de nuestros mártires, no estaréis dispuestos a pasar hambre durante unas semanas para defender vuestros más

1. *Le Temps*, 21 de septiembre de 1905, citado en Michels, *Die Deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbande*, p. 164.

sagrados derechos humanos?»—¹ y admitir que en ocasiones la huelga general era una medida justificable, la resolución final era una fórmula de compromiso para contentar a los extremistas de izquierda —y Rosa Luxemburg había recordado a los delegados del congreso que se estaba produciendo una revolución en Rusia, en un duro discurso que llevó a Bebel a señalar que se había visto mirando involuntariamente sus zapatos para ver si se hallaban sobre un charco de sangre—² al tiempo que era voluntariamente impreciso sobre las circunstancias en las que resultaba admisible acudir a la huelga general.

Pero incluso una fórmula de este tipo resultó demasiado avanzada para los sindicatos, que en su práctica política eran necesariamente revisionistas y que no parecían dispuestos a admitir el dirigismo por parte de los líderes políticos del partido. Durante todo el año siguiente se mantuvieron discusiones privadas entre un comité del Ejecutivo del partido y el Comité General Sindical a propósito de la huelga general. Al final de las mismas y con gran disgusto por parte de los líderes sindicales el partido socialdemócrata publicó un informe de esos contactos y el tema se discutió nuevamente en el Congreso del Partido de 1906. En él, Bebel y el sindicalista Karl Legien presentaron un frente común frente a las críticas procedentes tanto de la derecha como de la izquierda. Legien, que en 1920 demostraría la efectividad de la huelga general en una situación política concreta, era perfectamente consciente de las limitaciones de este procedimiento, limitaciones que los sindicalistas habían apuntado en su congreso anual celebrado en Colonia poco tiempo antes. Legien afirmó en el Congreso que el control de la industria distaba mucho de ser total. Para paralizar el país sería necesario ante todo que se produjera una huelga de transportes, y se daba la circunstancia de que los trabajadores del ferrocarril no se hallaban organizados en un sindicato socialista. La huelga total sería posible en los sectores del metal, la madera y la construcción y parcialmente en la industria textil; el área de la alimentación resultaba mucho más problemática. En tales circunstancias, preguntó Legien, ¿qué beneficios podía reportar una huelga política? En el debate que siguió a los discursos de Bebel y Legien no se añadieron nuevos argumentos.

1. *Verhandlungen* 1905, p. 305.

2. *Verhandlungen* 1905, p. 336.

Unos insistieron en la necesidad de mantener la unidad y la disciplina y Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht afirmaron que era imposible una política más activa si el partido deseaba incrementar el número de sus afiliados y fortalecer su organización. Un miembro del partido presente en estos debates, Robert Michels, que en aquel momento era uno de los «anarco-socialistas» a los que tanto odiaba Legien, realizaría posteriormente una completa sociología del partido político sobre la base de sus propias experiencias en el que fue uno de los análisis más profundos del siglo xx sobre la praxis de los partidos políticos.¹

La resolución que se aprobó en 1906 respondía a la línea habitual del Partido Social-Demócrata alemán tanto por su pomposidad y palabrería como porque evitaba cuidadosamente cualquier compromiso: nadie quedaba comprometido a nada. En ella se afirmaba que no existía contradicción alguna entre la resolución de Jena y la que habían aprobado los sindicatos en su Congreso (contradicción que indudablemente existía pues de otro modo no hubiera sido necesario recalcar este extremo), permitía que se celebraran consultas entre el partido y los sindicatos en el caso de que el Ejecutivo del partido considerara oportuno convocar una huelga general y recalcaba cuán necesarios eran los sindicatos para el movimiento socialista, pero sólo si se trataba de sindicatos socialistas. Finalmente, «para asegurar la unidad de pensamiento y acción entre el partido y los sindicatos que es un requisito indispensable en el proceso victorioso de la lucha de clases proletaria, es absolutamente necesario que el movimiento sindical esté impregnado del espíritu de la social-democracia. Por ello es obligación de todos los miembros del partido trabajar para conseguir este propósito».² La redacción fue obra de Kautsky y la moción fue aprobada por 386 votos a favor y 5 en contra. Simbolizaba perfectamente la fuerza y la debilidad del partido, que por el mismo hecho de su éxito como partido de masas disciplinado se veía imposibilitado para llevar adelante una acción revolucionaria como la que podía protagonizar un grupo minoritario en un país atrasado económicamente. Era Lenin y no Bebel quien había sabido sacar las conclusiones adecuadas de los acontecimientos de 1905.

La táctica de los alemanes se basaba en un análisis profundo de lo que era realizable. En aquellos países en los que existía un

1. Véase especialmente R. Michels, *Les Partis Politiques* (París, 1914).

2. *Verhandlungen* 1906, p. 305.

fuerte movimiento sindicalista, especialmente en Francia, la actitud frente a la huelga era mucho menos realista. Como había dicho Georges Sorel, el mito de la huelga general era atractivo en sí mismo y podía utilizarse para incitar a la acción aunque no hubiera posibilidad real de ponerla en práctica. La agitación era cada vez mayor en la industria francesa y los sindicatos iban tomando conciencia de su fuerza. Ciertamente que el país seguía siendo mayoritariamente rural y que de una población activa de más de siete millones solamente un millón de trabajadores pertenecían a organizaciones sindicales, de los cuales seiscientos mil a la militante CGT.¹ Pero pese a todo ello, los trabajadores estaban ya en situación de asestar duros golpes a ciertos sectores de la economía y de provocar cortos períodos de parálisis, en lo que hasta la actualidad ha continuado siendo su táctica, cada vez con mayor —aunque nunca definitiva— eficacia. Así, en los años posteriores a 1907 una huelga de correos, una huelga de los ferrocarriles y muchas otras de diversa índole sacudieron los cimientos de la economía y sembraron el pánico entre la burguesía aunque sin llegar a producir muchos beneficios efectivos a la clase trabajadora. Al mismo tiempo, una parte de los sindicatos, especialmente los trabajadores del metal con Alphonse Merrheim al frente, eran cada vez más revolucionarios y se hallaban ansiosos de llevar a cabo una actividad política no importa de qué tipo. Al igual que los socialistas alemanes se hallaban sumidos en una política de inacción como consecuencia de su visión apocalíptica del triunfo inevitable del proletariado, los sindicalistas franceses, españoles e italianos se sentían impulsados a una actividad revolucionaria por una visión igualmente apocalíptica del triunfo inevitable de la huelga general. No se puede negar que el sindicalismo, que había sido sintetizado por Sorel, tenía gran atractivo sobre los intelectuales románticos, para quienes las doctrinas marxistas, rígidas, científicas y racionalistas resultaban excesivamente áridas y pesadas. Incluso en Inglaterra, observó Beatrice Webb, «el sindicalismo ha ocupado el lugar del ya anticuado marxismo. El joven irritable, de pobre complexión, ceñudo y de figura esmirriada es hoy sindicalista; el joven trabajador elocuente, consecuentemente pronuncia las frases del sindicalismo francés en lugar de las de la social-democracia alemana».²

1. Véase los datos comparativos procedentes de diferentes fuentes que aparecen en Drachkovitch, p. 150.

2. *Beatrice Webb's Diary*, 1 de diciembre de 1912, p. 7.

El socialismo francés se hallaba en situación difícil. Carecía de la disciplina con que contaban los alemanes. Sus relaciones con la CGT eran mucho peores que las que mantenían los socialistas alemanes con los Sindicatos Libres y aunque Guesde fuera partidario de una organización más centralizada y de un contacto más estrecho con los sindicatos, el carácter mismo del movimiento obrero francés lo impedía. En palabras de Jaurès, lo más que se podía esperar era «una cooperación libre... sin confusión, subordinación ni suspicacias».¹ Pero para que esa cooperación llegara a ser realidad era necesario hacer algunas concesiones al principio sindicalista de la acción directa. Era a la hora de discutir la forma de impedir la guerra cuando se planteaba con mayor frecuencia el tema de la huelga general. Jaurès, para quien el objetivo político prioritario era impedir un conflicto armado, concordaba con el antiguo blanquista Vaillant en una política que se expresaba con este lema: «*Plutôt l'insurrection que la guerre.*» En verdad, la idea de una manifestación popular espontánea contra la guerra se adecuaba perfectamente a su temperamento optimista romántico. Así, desde 1905 Jaurès se erigió en principal protagonista de una política activa contra la guerra «por todos los medios posibles, desde la acción parlamentaria, pasando por la agitación popular y las manifestaciones hasta la huelga general y la insurrección».² Esta resolución se adoptó pese a la oposición de Hervé y sus partidarios, que exigían en forma inequívoca que la declaración de guerra fuera seguida de la insurrección y la «huelga militar», y también de Guesde, que se negaba a otra medida más decisiva que no fuera la negativa a votar los créditos de guerra, a la espera del día en que se produciría la victoria inevitable del socialismo. Así, Jaurès, el «reformista» en la política interna, se hallaba situado a la izquierda de Guesde en lo referente a la política internacional. Al igual que en otras ocasiones, la controversia se proyectó sobre la Internacional. Como había sucedido con la discusión de la acción parlamentaria en el Congreso de Amsterdam de 1904, dos concepciones opuestas se enfrentaron en el Congreso de Stuttgart de 1907.

Era el primer Congreso de la Internacional que se celebraba en

1. Hubert Rouger, *La France Socialiste* (París, 1912), I, p. 237; citado en Drachkovitch, p. 80.

2. Para el texto completo véase *Troisième Congrès National. Compte Rendu analytique* (París, 1905), pp. 214 ss. También A. Zévaès, *Le Parti Socialiste de 1904 à 1923*, pp. 57-8.

suelo alemán y la delegación alemana —formada por 289 personas— lo organizó con gran eficacia e incluso con lujo. Las mesas de los delegados aparecían adornadas con flores y las sesiones se inauguraban interpretando el más famoso de los himnos alemanes, modificado para la ocasión hasta quedar de esta forma: «*Ein feste Burg ist unser Bund.*»¹ Gustave Hervé lanzó un virulento ataque contra los alemanes, lo que suponía un gran acto de valentía dado el prestigio y la fuerza del Partido Socialista alemán, a pesar de la grave derrota electoral que había sufrido a principios de año. El ataque de Hervé se produjo con ocasión del debate sobre el antimilitarismo y la guerra. Como miembro de la comisión encargada de discutir este problema que para muchos de los delegados era el más importante de la agenda, no sólo propuso una moción, como ya había hecho en los congresos del partido francés, en el sentido que hemos expresado, sino que aprovechó la oportunidad para criticar la burocratización y el *embourgeoisement* del partido alemán, su apoyo en el «peso moral de sus tres millones de votantes» y el hecho de que había llegado a ser una simple máquina de contar votos y dinero. Como siempre, Hervé se pasó y su discurso resultó embarazoso especialmente para los restantes miembros de la delegación francesa. Su actuación estaba determinada en gran parte por el odio que alimentaba contra Alemania y que a partir de 1914 hizo de él un chauvinista tan fanático como decidido pacifista había sido hasta entonces. No se puede negar que sus palabras contenían una gran dosis de verdad, sobre todo en su análisis del proletariado alemán: «Sentía gran emoción por llegar a conocer personalmente a los social-demócratas alemanes a los que durante años sólo había conocido y despreciado encogiéndome de hombros por sus disputas sobre la exégesis del pensamiento de Karl Marx. Ahora puedo decir que he visto al proletariado alemán en las calles de Stuttgart. Mis ingenuas ilusiones se han visto defraudadas; no son más que burgueses contentos y satisfechos (*Spiessbürger*).»²

Los alemanes afirmaban que no era necesario discutir de nuevo la acción a llevar a cabo en caso de guerra. Este tema había estado en la agenda de todos los anteriores Congresos de la Internacional. La resolución de Nieuwenhuis, que guardaba gran similitud con la de Hervé, había sido derrotada formalmente en

1. «Refugio seguro es nuestra organización».

2. *Actas* de 1907, lunes 19 agosto, p. 85.

Zurich en 1893. También en el Congreso de París de 1900 se desestimó una resolución que patrocinaron Jaurès y Briand en la que se propugnaba la huelga general. En Amsterdam se aceptó la idea de la huelga general pero de una forma vaga e imprecisa. Había, pues, argumentos que avalaban la afirmación de Bebel de que bastaba con confirmar las resoluciones anteriores. Éstas presentaban la ventaja de no exigir una acción concreta, mientras que la propuesta de Hervé planteaba el espinoso problema de la reacción de los partidos socialistas de todo el mundo (Vandervelde había afirmado en su discurso de apertura que el movimiento socialista era ya un movimiento mundial «donde nunca se pone el sol»). Evidentemente, eso era mucho más que la simple afirmación de que la guerra era inherente al carácter de la sociedad capitalista y que el ejército profesional debía ser sustituido por la milicia nacional.

Ninguno de los participantes en la discusión afrontó el problema real, pero se sugirieron cuatro líneas diferentes de acción —o de inacción—. Hervé se hallaba en uno de los extremos mientras que en el otro estaba Guesde. Guesde, y con él una minoría de la delegación francesa, mantenía que la guerra no exigía una acción especial. Había que continuar como antes hasta el momento de la victoria socialista, que al eliminar las causas profundas de la guerra acabaría con la guerra misma. La posición alemana era bastante parecida. Reiteraba la necesidad de abolir los ejércitos profesionales, pero cuando menos alentaba a los socialistas en caso de amenaza de guerra «a hacer cuanto estuviera a su alcance para impedir la guerra, y en caso de que ésta estallara, conseguir su rápida conclusión». Aparte de la propuesta romántica de Hervé y de las doctrinas convencionales que Guesde y Bebel habían expuesto en forma imprecisa, se discutieron otras dos propuestas.

Una de ellas fue presentada por Jaurès y Vaillant y recogía la moción aprobada por los socialistas franceses en Limoges el año anterior. Era producto del deseo del líder francés de no perder el apoyo de los partidarios de la acción directa en Francia pero expresaba también su íntima preocupación por la situación internacional y su inefable optimismo. Vaillant y Jaurès rechazaban explícitamente el pacifismo a ultranza de Hervé: si la clase obrera de una nación sufría un ataque del exterior tenía la obligación de defenderse. La adopción del sistema de las milicias nacionales evitaría que se produjera tal situación. Si pese a ello no se podía evitar el conflicto armado, la Internacional podría

decidir una acción adecuada a nivel internacional que, por supuesto, podría llegar incluso a la insurrección o la huelga general. Como ya era habitual en él, Jaurès estaba dispuesto a hacer hincapié en cualquier acontecimiento, por insignificante que fuera, que pudiera dar paso a la esperanza. No podía admitir que era imposible hacer algo para impedir la guerra: «Sería muy triste que no pudiéramos decir más de lo que ha dicho Bebel, que no conocemos ningún medio concreto para impedir la lucha y el asesinato entre las naciones; triste sería que el poder cada vez más fuerte de la clase obrera alemana y del proletariado internacional no fuera a aumentar aún más.»¹

No fueron únicamente los franceses, apoyados por algunos italianos, los que criticaron la inacción del SPD. Aquellos que habían participado en la Revolución Rusa se sentían también ansiosos de pasar a la acción. Lenin, que contaba entonces treinta y siete años de edad, desde su partida de Rusia en 1900 se había dedicado al periodismo y a raíz de su disputa con Plejanov y la subsiguiente escisión del movimiento social-demócrata ruso comenzó a ser conocido fuera de los círculos de los emigrados rusos. Pronto se convirtió en un miembro destacado del ala izquierda en las conferencias socialistas internacionales. Había regresado a Rusia para asistir a los últimos momentos del soviét de San Petersburgo. Por su parte, Rosa Luxemburg se hallaba en Polonia dirigiendo el movimiento socialista; allí fue arrestada y estuvo tres meses en prisión hasta que fue liberada por motivos de salud y se le permitió regresar a Alemania. Al parecer, el Partido Social-Demócrata había salido fiador de la líder polaca.² Lenin y Rosa Luxemburg veían claramente lo que Engels había predicho, que también Bebel y Kautsky veían pero se negaban a afrontar: que una guerra europea debilitaría enormemente la maquinaria del estado capitalista proporcionando a los socialistas la oportunidad de una revolución victoriosa. Rosa Luxemburg habló en nombre de las delegaciones polaca y rusa y urgió a que si estallaba la guerra, la agitación, la insurrección y la huelga no tuvieran como única finalidad poner fin a las hostilidades sino el derrocamiento de la clase dirigente. Las consecuencias que había sacado de los acontecimientos rusos de 1905 no eran que la revolución después de una guerra estaba llamada a fracasar sino que había que organizarla

1. *Actas* de 1907, p. 89 (1.ª comisión martes 20 de agosto).

2. Véase Frölich, p. 139.

y dirigirla mejor. «¡Qué confusión! ¡Qué falta de determinación y de energía! —había exclamado Rosa Luxemburg en la celda de la prisión—. ¡Si yo estuviera allí, si yo estuviera allí! Yo les despertaría, aunque para ello tuviera que hacer chocar sus cabezas unas con otras.»¹

Tanto las propuestas de Vaillant y Jaurès como las sugerencias de Lenin y Rosa Luxemburg disgustaron a Bebel. Bebel comprendía que el aparato del partido alemán, que él había contribuido en gran parte a construir durante los cincuenta años anteriores, estaba estrechamente ligado a la estructura de la sociedad contemporánea. El intento de destruir esta última podía acabar también con el partido. Esta convicción determinó en gran manera la actuación de los sucesores de Bebel en 1914 y 1918 y llevó a los socialistas alemanes a convertirse en dirigentes del estado burgués. Pero en Stuttgart esta futura evolución sólo estaba insinuada en la respuesta de Bebel cuando se requirió al SPD que se comprometiera a una acción concreta en caso de guerra: «No podemos adoptar métodos de lucha que podrían tener graves consecuencias para la vida del partido e incluso en determinadas circunstancias, para su misma existencia.» Los socialistas alemanes se sentían muy impresionados por la fuerza del estado alemán y consideraban que su capacidad de acción estaba muy limitada. Afirmaron, por ejemplo, que les sorprendía lo bien librado que había salido Hervé de su contacto con la justicia francesa pese a que su labor de agitador era mucho más violenta que los actos por los que Karl Liebknecht iba a ser juzgado. Bebel podía decir a los delegados que tres miembros del equipo editor del *Leipziger Volkszeitung* se hallaban en prisión. Y desde luego los miembros del congreso pudieron comprobar las dificultades en que se veían sus camaradas alemanes cuando un miembro de la Federación Social-Demócrata inglesa, Quelch, fue expulsado por el Gobierno de Württemberg, donde se estaba celebrando la conferencia, por haber dicho en una de las primeras sesiones que la Conferencia de La Haya era «una cena de ladrones». De tal afirmación se de-

1. Frölich, p. 138. Una versión con pequeñas variaciones aparece en una carta que escribió a Luise Kautsky el 7 de abril de 1906 (Rosa Luxemburg, *Letters to Karl and Luise Kautsky from 1896 to 1918*, ed. por Luise Kautsky, trad. por Louis P. Lochner (Nueva York, 1925), p. 117. Ed. castellana por la Editorial Galba.

dujo que se había acusado de ladrones al zar y a los demás dirigentes reunidos en La Haya.¹

Como sucedía siempre, de estas opiniones y sugerencias conflictivas salió una resolución. La opinión general era que una resolución sobre la actitud a adoptar en caso de guerra, debía ser la expresión unánime de la opinión socialista. Por ello se constituyó **una comisión de catorce miembros** para que elaborara una propuesta que contara con la aprobación general. En esta comisión se hallaban entre otros Bebel y Vollmar, Jaurès y Guesde, Victor Adler y Rosa Luxemburg y sus reuniones eran privadas. Lo que se redactó finalmente fue una resolución larga y ecléctica en la que se recogían casi todas las sugerencias pero sin comprometer a una acción concreta.² La propuesta de los marxistas ortodoxos representados por Guesde y Bebel incluía la afirmación de que la guerra era inherente al sistema capitalista y que sólo desaparecería al desaparecer éste. Pero, entre tanto, los socialistas debían presionar en el parlamento para conseguir la reducción de los armamentos y la supresión de los ejércitos profesionales. La Internacional quedaba encargada de una forma bastante imprecisa de la coordinación de estos esfuerzos. Algunos párrafos expresaban también el optimismo de Jaurès, pues citaban ejemplos de una efectiva cooperación socialista internacional. Finalmente, se decía que en caso de amenaza de guerra «es deber de la clase obrera y de los representantes parlamentarios de los países afectados, alentados por la acción unificadora de la Oficina de la Internacional, hacer todo lo posible para impedir el estallido de la guerra utilizando para ello los medios que consideren más efectivos, que naturalmente varían según la intensidad de la lucha de clases y la situación política general». Como se ve, se evitó hacer una referencia directa a la huelga general o a la insurrección, aunque tampoco quedaban excluidas. El último párrafo de la moción recogía la contribución de Rosa Luxemburg y de Lenin y daba a la resolución un tono revolucionario que sin duda fue aceptado porque nadie lo tomó muy en serio: «Si a pesar de todo estallara la guerra, es su obligación contribuir a que finalice lo más rápidamente posible e intentar por todos los medios servirse de la grave crisis económica

1. *Actas* de 1907, jueves 22 de agosto, p. 32.

2. El texto de la resolución de Stuttgart se reproduce en el Apéndice de este libro, 182.

y política consiguiente para levantar al pueblo y de ese modo acelerar la caída de la clase dirigente capitalista.»

La resolución fue aprobada por unanimidad y con gran entusiasmo. Hervé llegó incluso a saltar sobre la mesa con sus manos entrelazadas en señal de victoria. La resolución de Stuttgart sería la base de las acciones socialistas en contra de la guerra y el entusiasmo con que fue recibida sirvió para ocultar la imprecisión de los términos en que estaba redactada. Resultaba impresionante la lista de las ocasiones en que los socialistas habían contribuido a suavizar las tensiones internacionales, pero en realidad no tenían gran significación. Los contactos entre los sindicalistas ingleses y franceses después de los sucesos de Fashoda habían tenido lugar cuando la crisis ya estaba superada gracias a la acción diplomática; la actuación parlamentaria de los socialistas franceses y alemanes en el programa marroquí tuvo también escasa influencia en el desenlace de la crisis; las manifestaciones de los socialistas austríacos e italianos en Trieste sirvieron para expresar el sincero deseo de los social-demócratas austríacos de superar las diferencias nacionales, pero nada puede hacer pensar que influyeran en los Gobiernos austríaco o italiano; las manifestaciones que habían tenido lugar en Suecia en contra de la agresión contra Noruega encajaban perfectamente en el deseo general de conseguir la separación de ambos países por medios pacíficos. De hecho fue un plebiscito patrocinado por el Gobierno el que puso fin a la unión en forma pacífica y constitucional. El único ejemplo de una acción verdaderamente eficaz era la Revolución Rusa de 1905.

Eran muchos los que no se consideraban satisfechos por la resolución de Stuttgart. Les parecía que, puesto que los partidos socialistas eran minoritarios, una acción parlamentaria sería ineficaz a menos que fuera apoyada por una presión masiva de carácter extraparlamentario. En consecuencia, en el siguiente Congreso de la Internacional, en 1910, a Vaillant se le unió un nuevo e inesperado partidario de la acción directa. Se trataba de James Keir Hardie, miembro del parlamento y militante ya veterano del Movimiento Laborista inglés a quien no se podía considerar representante del ala izquierda revolucionaria. Si en Stuttgart la mayor parte de los socialistas pensaban en una guerra por conflictos coloniales como los de Fashoda o de Marruecos, en 1910 habían cambiado de opinión. La anexión de Bosnia por Austria en 1908 era una advertencia de que la guerra podía estallar en los

Balcenes, y la rivalidad naval entre Inglaterra y Alemania era alarmante dadas las crecientes sumas de dinero que se invertían en la construcción de los nuevos acorazados. Se intensificaba pues, la carrera de armamentos, aumentando el peligro de un conflicto armado e imponiendo una carga sobre la clase obrera y sobre la economía que pronto sería intolerable y que contribuiría al inexorable derrumbamiento de la sociedad burguesa.

Los debates de Copenhague resultaron menos interesantes y animados. Al leer las actas del Congreso se obtiene la impresión de que la mayor parte de los congresistas estaban cansados de discutir aquellos temas y que no tenían nada que añadir. Bebel no pudo estar presente en el Congreso porque su hija y su nieto se hallaban enfermos. Lo que parece indudable es que las tensiones entre los socialistas de diferentes nacionalidades eran cada vez mayores. Un comité se encargó de estudiar el problema de los sindicatos checos; el delegado servio acusó a los social-demócratas austríacos de no haber protestado con fuerza suficiente contra la anexión de Bosnia y los alemanes se mostraron suspicaces frente a los ingleses. Estas suspicacias eran fruto del desconocimiento de la situación política inglesa, donde el Partido Laborista apoyaba en el Parlamento al gobierno liberal en un conjunto de reformas que eran las más radicales que se habían intentado hasta aquel momento en Inglaterra. Pero los alemanes les criticaron por votar los créditos militares. Y es que al votar a favor de un mayor gasto en la legislación social, votaban también por el rearme, ya que el presupuesto se presentaba como un solo proyecto de ley. En Alemania, los socialistas no tenían tal problema porque cada bloque de créditos era objeto de una votación por separado en el Reichstag. Pero pronto se verían también en dificultades. La falta en entendimiento entre la social-democracia alemana y el laborismo inglés se vio agravada por el hecho de que dos de las figuras más conocidas del movimiento inglés apoyaron públicamente la necesidad de prepararse para un posible ataque alemán. Se trataba de Robert Blatchford y H. M. Hyndemann, este último posiblemente el socialista inglés más conocido en Europa por su posición ideológica próxima al marxismo.

La irritación de los alemanes contra los laboristas ingleses apareció de nuevo en otro momento de la conferencia cuando Adolf Cohen, miembro del sindicato alemán del metal, lanzó un furibundo ataque contra el sindicalismo inglés por su falta de solidaridad internacional. En su acusación decía que cuando los

sindicatos suecos convocaron una huelga masiva el año anterior, sólo habían contribuido con una suma ridícula. Anderson, explicó la actitud de los sindicatos ingleses diciendo que sólo muy recientemente estaban recibiendo la influencia socialista. A esto respondió Cohen: «Hemos oído con cierta extrañeza la afirmación de que las ideas socialistas están comenzando a tomar cuerpo en Inglaterra y de que los ingleses están aprendiendo mucho en este Congreso. Hace ya mucho tiempo que vienen participando en los congresos de trabajadores y de los sindicatos y ya hemos oído antes estas observaciones. Por tanto, alguien debería decirnos de una vez por todas si los representantes de los sindicatos ingleses están convencidos de las reformas necesarias...»¹ Si en la discusión de otros temas se hacían comentarios de este tipo, no es extraño que en los debates sobre el militarismo abundaran los ataques entre Ledebour y Keir Hardie a propósito de la actitud de los laboristas ingleses. Finalmente, los delegados votaron con alivio a favor de una propuesta del ya habitual mediador Vandervelde, en la que proponía que la enmienda de Vaillant-Keir Hardie urgiendo a la huelga general fuera discutida por la Oficina de la Internacional para ser estudiada posteriormente en el siguiente Congreso. Se había conseguido, pues, olvidar el tema de la huelga general. Existían buenas razones para ello. Las objeciones alemanas a la huelga general estaban, como hemos visto, bien fundadas. Austríacos y alemanes eran conscientes de que poco podían conseguir utilizando contra sus gobiernos y sus ejércitos la acción directa. Como comentó tristemente el doctor Renner en el comité encargado de discutir el militarismo en Copenhague: «Los austríacos y alemanes (*Reichsdeutsch*) pertenecen a los países en los que el militarismo es muy fuerte y por tanto tienen la triste ventaja de ser expertos en el tema.»² En los países en los que más urgente era una acción efectiva contra el poder militar, ese mismo poder constituía un obstáculo insalvable. Dos resultados hay que destacar en los Congresos de Stuttgart y Copenhague. En primer lugar, un sentimiento de solidaridad internacional que trascendía las dificultades concretas que el Congreso no había podido resolver o que se habían evitado mediante una fórmula ingeniosamente redactada. La segunda era una tendencia a considerar que la Oficina permanente de la Internacional poseía un poder efectivo para tomar e impo-

1. *Actas de 1910*, sábado 3 de septiembre, p. 55.

2. *Actas de 1910*, viernes 2 de septiembre, p. 39.

ner decisiones sobre los partidos miembros, aunque no existían pruebas de que ello fuera así. En Copenhague, la misión de coordinar la acción socialista internacional ante la amenaza de una guerra, que en Stuttgart se había encomendado al Congreso de la Internacional en pleno, fue confiada a la Oficina de manera explícita: «Para ejecutar estas medidas el Congreso encarga a la Oficina de la Internacional que frente a un peligro inminente de guerra tome las medidas necesarias para conseguir el acuerdo entre los partidos obreros de los países afectados para protegerles así de los efectos de la guerra.» Sin duda, era una difícil responsabilidad.

2

«La clase obrera alemana tiene una voluntad cada vez más positiva y fuerte. Avanza iluminada por una idea a un nuevo orden social, pero sabe que sólo puede llegar a él por etapas. A través de sus cooperativas y sindicatos trata de ser una fuerza inmediata y quiere transformar las instituciones políticas, infundirles la democracia para hacer más seguras las garantías de paz y conseguir más libremente la evolución social. En la sólida masa del socialismo alemán circula ahora un espíritu más libre, más vivo y más ardiente. La convicción más fuerte que he sacado del Congreso de Copenhague y de mi rápido viaje a Alemania es que ni Europa ni Alemania constituyen un bloque impenetrable de conservadurismo y militarismo; que es posible un orden menos agobiante en Europa y que sería suficiente para conseguir en toda Europa la evolución hacia un sistema mejor, con que un gran pueblo republicano como Francia en lugar de sumergirse en las equivocaciones y supercherías de una política sin ideas, afirmara en forma clara y enérgica una política de democracia total, progreso social, arbitraje internacional y paz segura.»¹

Esta era la impresión que había producido en Jaurès el Congreso de Copenhague. Impresión que era compartida por la mayoría de los líderes socialistas. Todo lo que hacía falta para salvar a Europa era que los demás partidos socialistas exhibieran la energía, disciplina y eficacia del Partido Social-Demócrata alemán. La posición del Partido Socialista alemán, su poder y su prestigio eran mayores que nunca. La existencia de más de cuatro millones de socialistas alemanes parecía la mejor garantía de la paz en Europa.

En verdad, el socialismo alemán parecía estar a punto de con-

1. *La Dépêche de Toulouse*, 14 de septiembre de 1910. Jaurès, *Pour La Paix. Oeuvres*, VII, pp. 204-5.

seguir nuevos triunfos, hallarse en el umbral de una nueva etapa. En las elecciones generales de 1912 los socialistas consiguieron 110 escaños y 4.250.000 votos. Un elector alemán de cada tres votaba por los socialistas. Pero si el Partido Social-Demócrata alemán era la gran esperanza y la fuerza de la Segunda Internacional, ésta no era de ningún modo el interés prioritario de los social-demócratas alemanes. El programa del partido en el que se basaba su victoriosa campaña electoral, como todos los documentos de ese tipo, contiene escasas referencias a otra cosa que no sean las reformas internas que interesan siempre al posible votante. Se trataba de reformas muy necesarias en el imperio alemán: la revisión del sistema electoral en Prusia, la introducción de un auténtico Gobierno parlamentario con un Canciller responsable ante el Reichstag, la liberación de la administración, etc., etc. Se incluía también la petición de un sistema de milicia popular y se criticaba la política de armamentos del Gobierno porque implicaba mayores impuestos. En definitiva, los social-demócratas se presentaron a las elecciones como un partido interesado sobre todo en las reformas internas y no en la política exterior. Como Bebel había dicho en una ocasión, «el corazón de la gente se vuelve hacia nosotros porque defendemos la causa de sus necesidades cotidianas».¹

Por otra parte, se había producido quizás un cambio en el talante y los intereses del partido. Una nueva generación de líderes estaba haciendo su aparición. Bebel murió en agosto de 1913 y Jaurès escribió entonces:

«Si el Partido Socialista alemán se hallara todavía en su período formativo, la muerte de Bebel no sería tan sólo una triste pérdida sino también un grave peligro. Pero está tan fuertemente organizado, descansa sobre una base tan amplia y unas tradiciones tan sólidas que no puede verse destruido por la desaparición de ese hombre admirable que tanto contribuyó a su crecimiento... La influencia de Bebel se asentaba en la autoridad que le prestaba una generosidad absoluta, en la fuerza de un temperamento vehemente y decidido y en la sabiduría penetrante de una mente precisa y poderosa que sabía cómo buscar la solución adecuada en los momentos de crisis... Admito que no pude evitar la emoción cuando vi la carta en la que exponía sus últimas voluntades... Se sintió bajo la amenaza de una muerte súbita... Le preocupaba reducir en lo posible la impresión que su muerte causaría en su hija. Y en el momento en que estaba viviendo —podríamos decirlo

1. Citado por Winnig en el Congreso del partido de 1913. *Verhandlungen*, p. 480.

así— en el corazón de la muerte, sus palabras tranquilas y serenas fueron un llamamiento a la unión de Francia y Alemania en la democracia, la paz y la búsqueda conjunta de la justicia. Es una meta noble y un conmovedor presagio de mejores días que habrán de venir para Europa porque su confianza no se verá defraudada.»¹

Los líderes social-demócratas de la nueva generación eran muy diferentes de sus antecesores. Habían crecido dentro de la maquinaria política, no habían tenido que crearla. Estaban acostumbrados, especialmente en las Dietas de los estados, a una actividad política inmediata, que en la práctica, si no en la teoría, era revisionista. Su voluntad de compromiso con el régimen en el poder era cada vez mayor. Algunos de ellos, especialmente Eduard David y Gustav Noske, en algunas ocasiones, aunque sin demasiado entusiasmo, ya habían hablado a favor de la política naval del Gobierno. Ya anciano, Noske recordaría la irritación que le producía «el número de extranjeros, especialmente polacos y rusos»² que tenían la impertinencia de actuar como maestros (quizá quería decir maestras) para la clase obrera alemana. Desde 1907 abogó por el apoyo del presupuesto militar en interés de la defensa nacional aunque por el momento se hallaba todavía en minoría dentro del partido. Los social-demócratas habían conseguido algunos escaños en las elecciones de 1912 gracias a una discreta alianza electoral, en algunos distritos, con los liberales independientes (*Fortschrittliche Volkspartei*) para la segunda vuelta. En 1913 se les planteó una prueba aún más difícil. El Gobierno alemán deseaba incrementar los efectivos militares y obtener nuevos ingresos para financiarlos. Así, propuso que los gastos adicionales fueran cubiertos por nuevos impuestos directos sobre las rentas salariales y las propiedades. Se trataba en realidad de una reforma fiscal, que era uno de los objetivos que figuraba desde hacía mucho tiempo en el programa socialista. Incluso en la primavera de 1913 los grupos parlamentarios socialistas franceses y alemanes publicaron un manifiesto conjunto en el que urgían a que los costes de los armamentos no recayeran sobre la clase obrera. Los representantes del Partido Socialista en el Reichstag se hallaban, por tanto, en una difícil posición. ¿Debían votar contra

1. *La Dépêche de Toulouse*, 22 de agosto de 1913; *Oeuvres*, IX, páginas 293-5.

2. Gustav Noske, *Erlebtes aus Aufstieg und Niedergang einer Demokratie* (Offenbach-am-Main, 1947), p. 27.

el incremento de los efectivos militares y en favor de los nuevos impuestos que, en realidad, servirían para financiar el nuevo programa militar? ¿O bien debían rechazar el nuevo sistema fiscal que durante tanto tiempo habían reclamado, porque desaprobaban los fines a los que se dedicaría la recaudación?

Era un problema confuso y difícil y las opiniones en el grupo parlamentario estaban muy divididas. Durante más de seis horas discutieron los parlamentarios cómo habrían de votar. Finalmente decidieron por una pequeña mayoría (52 votos contra 37 y 7 abstenciones) apoyar los nuevos impuestos. Los argumentos por ambas partes eran sólidos. Por una parte, el slogan «ni un hombre ni un céntimo para este sistema» había sido próclamado por el partido durante mucho tiempo. Ahora podría parecer que se abandonaba; no sólo se admitía la política militar sino que se apoyaba. Por otro lado, el incremento de los efectivos militares iba a ser votado de cualquier forma. Entonces, ¿por qué no aprovechar la oportunidad para conseguir una importante reforma fiscal?

Los 110 votos socialistas podían tener una influencia decisiva. Los diputados conservadores, que desde luego representaban el sector de la sociedad que iba a verse más afectado por los nuevos impuestos, votarían en contra; si a ellos se unían los socialistas el proyecto podía ser derrotado. El Gobierno podría disolver el Reichstag dejando a los social-demócratas en dificultad para justificar ante sus votantes la unión con los conservadores para impedir una reforma que era parte de su propio programa. No puede resultar sorprendente que las opiniones estuvieran encontradas y que los diputados cambiaran su decisión para acabar finalmente apoyando la postura que nadie esperaba. En definitiva, los impuestos fueron votados y cuando se discutió la cuestión pocos meses después en el Congreso del partido, el grupo parlamentario obtuvo un voto de confianza por 336 votos contra 140. Fue sorprendente que Karl Liebknecht votara con la mayoría. El ala izquierda del partido, que desde 1903 había manifestado su preocupación por los éxitos electorales que obtenía el partido, vio intensificarse aún más su pesimismo por la forma en que el partido se estaba comprometiendo con el régimen existente a través de actuaciones como la votación de los impuestos. Este pesimismo fue resumido así en el Congreso del partido de 1913: «Se nos ha dicho aquí que constituye un gran éxito para el partido que el Gobierno haya recurrido por fin a los impuestos directos para financiar el militarismo. No debemos tener una idea errónea de la auténtica fuerza del

partido. No hemos visto que la tan cacareada fuerza del partido haya sido capaz de impedir la aprobación de la más monstruosa de las propuestas militares a pesar de que contamos con 110 escaños en este Reichstag.»¹ Indudablemente, el partido carecía de fuerza para conseguir una reforma importante por el procedimiento parlamentario. Fue así que en el Congreso de 1913 un grupo del ala izquierda del partido, en el cual destacaba poderosamente la figura de Rosa Luxemburg, planteó de nuevo el expediente de la acción directa y la huelga política de masas, particularmente para conseguir la transformación del sistema de votación en Prusia. Los argumentos, y por supuesto también los protagonistas eran ya familiares. Bebel había muerto pero los nuevos jefes del partido, especialmente Philipp Scheidemann, repitieron sus convicciones y pusieron énfasis en los logros de la maquinaria del partido. Pero quizás existía una nota de impaciencia en las discusiones, impaciencia por parte de los líderes del partido contra los que les criticaban, e impaciencia de los izquierdistas ante el abandono de la línea oficial del partido. En aquella ocasión, los defensores de la acción directa pudieron apoyarse en el último de los muchos éxitos conseguidos por los belgas, la huelga general de 1913, que había servido para conseguir la implantación del sufragio universal. El éxito de los socialistas belgas se debió en gran parte a que se olvidaron de las resoluciones aprobadas en los Congresos de la Internacional. En efecto, la agitación callejera fue unida a una alianza en el Parlamento con los liberales, que luchaban por el mismo objetivo. Algunos sectores del partido alemán trataron de minimizar el éxito de los belgas y afirmaron que la gran huelga general había hecho disminuir el número de trabajadores afiliados en los sindicatos. Los belgas negaron esta acusación con gran energía e indignación.

No obstante, lo que ocurría en Bélgica tenía escasa influencia sobre la paz y la guerra, que eran los temas que más preocupaban a algunos líderes socialistas, especialmente a Jaurès. Éste estaba llevando a cabo una enérgica campaña dentro y fuera del Parlamento para impedir que se aprobara una ley que prolongaba el servicio militar de dos a tres años. No alcanzó mayor éxito que el que habían tenido los alemanes en impedir el incremento de los efectivos militares. La «ley de los tres años» fue aprobada en 1913 y Jaurès hubo de soportar los duros ataques de toda

1. Congreso de Stadthagen de 1913. *Verhandlungen*, p. 477.

la prensa nacionalista que le calificó de traidor germanófilo. Por lo demás, en tanto los alemanes rechazaban la huelga general como arma política, los socialistas y sindicalistas franceses declararon que era un medio efectivo para combatir el militarismo y la guerra. El SFIO ya había autorizado la línea que habían patrocinado Jaurès y Vaillant en Stuttgart y Copenhague, previendo la posibilidad de una huelga contra la guerra. Este extremo fue reafirmado en los Congresos posteriores, y el 16 de julio de 1914 el partido decidió: «Entre todos los medios posibles para impedir la guerra y obligar a los gobiernos a someterse al sistema de arbitraje, el Congreso considera particularmente efectivo la huelga de los trabajadores organizada simultáneamente en todos los países afectados, y también las formas más activas de agitación popular.»¹ Asimismo, la CGT proclamó en todos sus congresos bianuales posteriores a 1908, su deseo de declarar una huelga general contra la guerra. No cabe duda de que se hubiera reafirmado en este propósito en el Congreso que debía celebrar en Grenoble en septiembre de 1914.

Son evidentes las debilidades de estas pomposas resoluciones. Al menos, los alemanes evitaron esta falta de realismo. En primer lugar tanto en el SFIO como en la CGT, importantes minorías se oponían a la huelga general contra la guerra. Eran éstas, Guesde y sus partidarios en el movimiento político, y en los sindicatos los elementos más moderados que preferían luchar por la obtención de beneficios inmediatos. Para que funcionara adecuadamente el mito del que había hablado Sorel, debía producirse un *élan* unánime y sin inhibiciones por parte de nadie. En segundo lugar, sólo una parte muy pequeña de la población se hallaba encuadrada en partidos políticos locales o en sindicatos. En 1914, el SFIO contaba con 72.765 miembros, 1.398.000 votos y estaba representado por 103 diputados; la CGT poseía 600.000 afiliados de un total ligeramente superior al millón de trabajadores adscritos a organizaciones sindicales.² Aunque todos ellos actuaran unánimemente, no constituían más que una pequeña minoría en una población total de más de 40 millones de habitantes. Los líderes sindicalistas militantes eran quizá las principales víctimas del mito de la huelga general.

1. *Compte rendu du congrès de Paris*, citado en Zévaès, *Le Parti Socialiste de 1904 à 1923* (París, 1923), p. 102.

2. Drachkovitch, pp. 80, 150, donde se examinaron atentamente el número de afiliados y los recursos del partido socialista francés y de las organizaciones sindicales.

Inevitablemente, hablar de solidaridad socialista internacional era tanto como decir solidaridad entre los Partidos Socialistas de Francia y Alemania. Ninguna de las restantes grandes potencias contaba con partidos socialistas de esa importancia, cuyas voces podían hacerse oír en el Parlamento y cuyas actividades afectaban a cientos de miles de votantes. Además, la tradicional hostilidad entre los dos países prestaba un valor emocional especial a la confraternidad de los socialistas de ambos países. Cada uno de los dos partidos, por ejemplo, afirmaba ser capaz de solucionar el problema de Alsacia-Lorena. Los socialistas alemanes aseguraban que utilizarían su influencia para que las dos provincias consiguieran una autonomía real (merece la pena destacar que hasta el fin de la guerra no se habló de la cesión de Alsacia-Lorena a Francia; lo más a lo que estaban dispuestos a llegar los socialistas alemanes en 1918 era a proponer un plebiscito). Por su parte, los socialistas franceses repetían constantemente su firme decisión de no ser víctimas de la propaganda nacionalista respecto a estas dos provincias, al tiempo que expresaban su confianza en la capacidad de los socialistas alemanes para mejorar su suerte, como condición necesaria para un auténtico *rapprochement* franco-alemán.

Indudablemente, entre las grandes potencias, sólo en Francia y Alemania existía una posibilidad real de que los socialistas consiguieran influir en las decisiones de sus Gobiernos respectivos. Sin embargo, la imposibilidad de impedir el incremento de los efectivos militares alemanes en 1913 o la extensión del período militar en Francia no fueron más que los últimos en una serie de acontecimientos que demostraron qué limitada era en realidad esa posibilidad. Ni los discursos de Jaurès en la Cámara de los Diputados ni las resoluciones en los Congresos anuales del SPD eran tomados muy en serio por los Gobiernos respectivos. A éstos, no obstante, les preocupaba la amplitud y actividad de los dos partidos y su reacción en la eventualidad de una guerra. El ministro francés del Interior había elaborado una lista —el famoso *Carnet B*— de militantes sindicalistas y socialistas que debían ser arrestados inmediatamente si estallaba la guerra. También el Gobierno alemán veía con temor la fuerza creciente de los socialistas y por ello se decidió a entrar en contacto con una serie de social-demócratas que estarían dispuestos a atender a razones patrióticas. Noske fue invitado a visitar un barco de guerra, y Südekum, al menos en julio de 1914, se hallaba en contacto con la oficina del Canciller imperial.

En los otros dos grandes imperios europeos que presumiblemente podían verse envueltos en la guerra —Austria y Rusia—, no parecía posible que los socialistas pudieran oponerse a la guerra de una forma efectiva. «Los trabajadores de Austria y Rusia declaran abiertamente que no desean ser lanzados unos contra otros»;¹ pero poco podían hacer para evitarlo. Los socialistas italianos no pudieron impedir la conquista de Trípoli en 1911, a pesar de las numerosas huelgas y manifestaciones; en Bulgaria, un solo socialista, por muy bravamente que se opusiera al torrente de sentimientos nacionalistas en el otoño de 1912, no podía esperar impedir la guerra con Turquía. Como para recibir seguridades, los socialistas de los países europeos menos importantes dirigían sus miradas a los alemanes y franceses y a la Internacional. Las figuras más destacadas del socialismo multiplicaron sus visitas a otros países. Las manifestaciones de solidaridad franco-alemana eran constantes, celebrándose mítines y pronunciándose discursos alentadores que corrían a cargo de los líderes del otro país. Muchos delegados afirmaban también su solidaridad en los Congresos de los partidos de otros países. Así, Scheidemann acudió a París y su discurso, que fue traducido por el socialista alsaciano Salomon Grumbach, infatigable luchador por la causa de la comprensión franco-alemana, despertó gran entusiasmo sobre todo cuando proclamó: «no os dispararemos»² (aunque en esta ocasión no le acompañaba Mlle. Kolber, «la eminente cantante alemana» que se había presentado unos meses antes en un mitin convocado para celebrar el éxito electoral de los alemanes).

Hay que destacar la intensa actividad de Jaurès. Él amaba a Alemania. Sentía una gran admiración por el país de Kant y Hegel, de Goethe y Schopenhauer, le gustaba el calor y el *Biederkeit* con que era recibido y admiraba las realizaciones de la social-democracia alemana. Hablaba alemán y en una visita que realizó a Berlín en 1912 asombró a su audiencia por su capacidad para improvisar un discurso en alemán, cuando en el último momento las autoridades le prohibieron hablar en francés. Siempre estaba dispuesto a replicar a cualquier crítica contra los socialistas alemanes, como cuando su enfrentamiento con Adler, y a concederles el beneficio de la duda cuando sus motivaciones no aparecían perfectamente claras. Por encima de todo, a pesar de que se le acusaba

1. Jaurès en *L'Humanité*, 10 de noviembre de 1912. *Oeuvres*, IX, p. 175.
2. A. Zévàès, *Le Parti Socialiste de 1904 à 1923*, p. 81.

continuamente de traidor pro-germano, persistía en la creencia de que sólo la solidaridad entre los socialistas franceses y alemanes podría impedir la guerra. Es posible que en este sentido sobreestimara su poder e incluso quizá su buena voluntad. Como le sucedía en otros muchos aspectos, su optimismo en este punto era inextinguible. Al igual que en una ocasión había quitado importancia a uno de los problemas básicos de la sociedad igualitaria afirmando que «seguro que hay alguien que tiene vocación de barrendero», también esperaba que algo ocurriría para impedir la guerra a pesar de que sistemáticamente se rechazaban sus propuestas y las de Vaillant para adoptar medidas específicas. El estallido de la primera guerra balcánica a finales del verano de 1912 produjo gran alarma y no sólo entre los socialistas. La Oficina de la Internacional se reunió en Bruselas el 28 de octubre para decidir si se llevaba a cabo alguna acción en una atmósfera aún más pesimista que cuando se reunió el año anterior para discutir la crisis marroquí. En el verano de 1911, la acción de la Oficina de la Internacional se había visto superada por los acontecimientos. El día 28 de julio el secretario de la Oficina, Huysmans, había intentado conseguir el apoyo de Adler para la celebración de una reunión inmediata de acuerdo con la resolución de Copenhague, pero los alemanes no parecían muy dispuestos a tomarse la molestia de viajar hasta Bruselas y Adler replicó, no sin razón, que la reunión sería «demasiado tarde o demasiado pronto».¹ Huysmans hubo de aceptar su decisión. Esta vez, sin embargo, Adler estaba afectado personalmente. El siguiente Congreso de la Internacional se iba a reunir en Viena en el verano de 1913. Dada la posibilidad de que Austria se viera envuelta en una guerra en los Balcanes la celebración del Congreso parecía bastante problemática. Así pues, tanto Adler, consciente de las dificultades con las que iban a encontrarse en aquel momento los socialistas austríacos, como Jaurès, que no cesaba de pedir «una acción internacional inmediata y efectiva»,² presionaron para la reunión inmediata de un Congreso Internacional. Bebel, que no podía asistir por hallarse enfermo de bronquitis y por la enfermedad que afectaba a su hija, profetizó con gran pesimismo una gran guerra europea para el año siguiente.³ La Oficina, con la cooperación de las autoridades

1. Adler, *Briefwechsel*, p. 537.

2. *L'Humanité*, 14 de octubre de 1912. *Oeuvres*, VIII, p. 148.

3. Carta a Victor Adler, 6 de octubre de 1912. Adler, *Briefwechsel*, p. 550.

federales y cantonales suizas, pudo disponerlo todo para la celebración de un congreso de urgencia en Basilea.

El domingo 24 de noviembre se reunieron 555 representantes de 23 partidos socialistas diferentes (no asistieron los servios debido a la inmediata proximidad de la guerra). Bebel —iba a ser su última aparición internacional— llegó al *Burgvogtei*, donde se celebró la sesión de apertura, con Greulich, miembro ya veterano del movimiento socialista suizo, y cuando el *Sängerbund Vorwärts* arrancó con un himno a la libertad, entraron juntos los restantes líderes de la Internacional: Adler, Kautsky, Anseele, Jaurès, Camille Huysmans, secretario de la Oficina. Vandervelde se hallaba enfermo y no pudo asistir y, en cuanto a Inglaterra, se hallaba representada por Keir Hardie. Casi todos los demás líderes del movimiento socialista internacional se hallaban también presentes.

Durante un momento el congreso permaneció en silencio para conmemorar a sus líderes muertos —Liebknecht, De Paepe, Varlin y los suizos Borkli y Becker—. Luego, después de los saludos por parte de las autoridades cantonales, Edouard Anseele dio lectura a un comunicado que recogía las exigencias socialistas, siendo interrumpido con grandes aplausos.

«El proletariado, al que desde hoy hay que reconocer como el heraldó de la paz mundial, pide la paz en los Balcanes, la autonomía republicana para los pueblos de los Balcanes, el abandono de las alianzas y las intrigas diplomáticas que encierran la semilla de todas las guerras. Austria-Hungría debe desistir de robar a los pueblos balcánicos el fruto de su victoria y, si Rusia ataca, el proletariado ruso se levantará, y le apoyará (el proletariado internacional) en forma entusiasta y admirable. Para Francia y Alemania ha llegado la hora de la reconciliación. No habrá más guerras entre Francia y Alemania» (en este punto hubo un aplauso especialmente prolongado). «...Inglaterra y Alemania deben armarse pero no en una carrera para construir barcos de guerra que serán utilizados en una guerra sino para superar la miseria y la opresión... La Internacional es lo suficientemente fuerte como para hablar en este tono imperativo a los que están en el poder y si es necesario para que a sus palabras sigan los hechos. La guerra con la guerra, la paz para el mundo, ¡hurra para los trabajadores de la Internacional!»

Este discurso marcó el tono para el resto de la conferencia: optimismo, confianza... e imprecisión respecto a los medios para alcanzar los objetivos que se habían enumerado. Aquel domingo al mediodía el tono se hizo aún más exaltado y el ambiente más impresionante. Los delegados, conducidos por niños de blanco

que cantaban canciones socialistas, marcharon por las calles hasta la catedral que había sido puesta a su disposición, donde fueron saludados por los tañidos de las campanas y la música de órgano. Una vez dentro del edificio, se fueron sucediendo uno tras otro los discursos, pintando los horrores de la guerra y afirmando la fuerza del proletariado: Sakasoff, el búlgaro, que había sido el único miembro del Sobranje en protestar contra la guerra y que acababa de llegar del frente de Macedonia, Hugo Haase, que sucedería a Bebel como líder del grupo parlamentario del SPD, Keir Hardie, que afirmó que el Congreso representaba a 15 millones de votantes socialistas y a 45 millones de miembros de la clase obrera, Greulich, que aseguró que 4.250.000 votantes socialistas en Alemania constituían una extraordinaria garantía de la paz internacional. Solamente Victor Adler expresó una cierta duda cuando dijo: «Desgraciadamente, no depende de nosotros los socialdemócratas el que haya guerra o no.»¹

Pero el discurso con que se cerraron las sesiones de aquel día y que permaneció en el recuerdo de los delegados fue el de Jean Jaurès. La ocasión era propicia para inspirarle una de sus mejores construcciones retóricas. Se trataba de un tema que le afectaba profundamente. Fue uno de esos largos, liberales, humanos y sentimentales discursos en los que tanto destacaba. Porque en efecto, como él dijo, había una esperanza «de que no estaremos solos en la lucha. Aquí en Basilea los cristianos han abierto su catedral para nosotros». De hecho, su discurso no tenía gran contenido pero terminó con una de las más brillantes piezas oratorias de toda una generación:

«En esta misma iglesia acabo de escuchar una llamada a la reconciliación general: el sonido de las campanas que nos han recibido. Me ha recordado el lema que Schiller escribió al principio de su maravilloso *Sonido de la Campana*: *Vivos voco: j'appelle les vivants pour qu'ils se défendent contre le monstre qui apparaît à l'horizon. Mortuos plango: je pleure les morts innombrables couchés là-bas vers l'orient et dont la puanteur arrive à nous comme un remords! Fulgora frango: je briserai les foudres de la guerre qui menacent dans les nuée.*»

La nota religiosa de la sesión de la tarde, a la que asistió una

1. *Actas*, p. 17.

gran audiencia, se vio recalcada nuevamente cuando el órgano interpretó una obra de Bach¹ y todos cantaron

*«Denn die Völker wollen Frieden
Frieden jedes Menschenherz.»*

Al día siguiente reinó menos la exaltación, que dejó paso al sentido práctico. Se adoptó unánimemente la moción que había elaborado la Oficina, que recogía las resoluciones de Stuttgart y Copenhague y añadía algunas declaraciones de política socialista sobre cuestiones concretas: en los Balcanes los socialistas lucharían por conseguir la reconciliación, Austria-Hungría no debía atacar a Serbia y tenía que abandonar Albania. Pero «en el conjunto de la Internacional la tarea más importante recae sobre la clase obrera de Alemania, Francia e Inglaterra». Además los socialistas debían influir para que se llegara a un acuerdo naval entre Alemania e Inglaterra, «porque el Congreso considera que el enfrentamiento entre Gran Bretaña y el Imperio alemán, que se trata de alimentar de forma artificial, constituye el mayor peligro para la paz».² Parece probable que este punto se especificara a petición de Jaurès, quien desde hacía varios años había insistido en él en sus discursos y artículos. Poco añadieron los discursos que se pronunciaron en apoyo de la resolución. Los más aplaudidos fueron los de Keir Hardie y Clara Zetkin que de hecho fueron los que menos aportaron. Haase se limitó a hacer una prudente promesa: «Utilizaremos al máximo nuestra fuerza, acudiendo a los métodos que nos permitan nuestra situación y nuestra organización política y sindical para garantizar lo que todos deseamos garantizar: la paz mundial y nuestro porvenir.»³ El delegado holandés Troelstra se hizo portavoz de las esperanzas que las naciones pequeñas depositaban en la Internacional: «El proletariado de los países pequeños está con su sangre y todo cuanto posee a disposición de la Internacional para todo cuanto ésta decida en orden a impedir la guerra.»⁴

Las deliberaciones terminaron en el mismo ambiente reli-

1. El Acta Oficial dice que la pieza que se interpretó fue la «Misa en Si menor». No sabemos con certeza pues, qué es lo que el organista consideró adecuado para tan importante sesión.

2. *Actas*, pp. 25-6.

3. *Actas*, p. 30.

4. *Actas*, p. 33.

gioso que el día anterior. El anciano y reverenciado Bebel, hablando desde su posición de «ateo» agradeció a las autoridades eclesiásticas su acogida en la catedral, y añadió: «Creo sinceramente que si el Salvador Cristiano se presentara hoy y viera cuántas comunidades cristianas, cuántos millones de personas se llaman cristianos y no lo son más que de nombre, no seguiría entre ellos sino que pasaría a formar parte de nuestro ejército.» Y Greulich, cuando ya se clausuraba la sesión, no sólo se refirió a la misa en Re menor de Bach sino que hizo una cita litúrgica para expresar la esperanza socialista: «*Exspecto resurrectionem mortuorum et vitam venturam saeculis.*»¹

El Congreso de Basilea señala el punto más alto del optimismo de la Internacional. Revela también cómo el socialismo casi había llegado a ser un movimiento religioso y cómo se depositaba una fe ciega en la mera existencia de la Internacional. El optimismo de Basilea duró hasta julio de 1914. Hasta el último momento se mantuvo la confianza de que sería posible una acción internacional contra la guerra. A mantener esta confianza contribuyeron los discursos y artículos de los líderes socialistas, el constante intercambio de visitantes y toda una serie de manifestaciones como el Congreso de Berna de 1913, donde se reunieron miembros de los parlamentos de Francia y Alemania, tanto liberales como socialistas, para proclamar su deseo de amistad. Deseo que habrían de repetir en Basilea en la primavera del año siguiente. El optimismo de Jaurès era inquebrantable al igual que las esperanzas que había depositado en los socialistas alemanes. «No te preocupes —le dijo a un amigo en la primavera de 1914—, los socialistas cumplirán con su deber y cuatro millones de alemanes socialistas se alzarán como un sólo hombre y ejecutarán al Káiser si intenta iniciar una guerra.»² Cuando se produjo la crisis de 1914, las campañas de Basilea todavía estaban sonando en los oídos de los socialistas europeos.

1. *Actas*, p. 42.

2. *Lair, Jaurès et l'Allemagne*, p. 221.

El verano de 1914

La crisis de julio de 1914 se abatió de repente sobre una Europa que, increíblemente, no se hallaba preparada para afrontarla. Aunque desde hacía diez años se hablaba constantemente de la posibilidad de un conflicto armado, todas las crisis se habían superado sin que se produjera la esperada debacle e incluso durante el último año había decrecido un tanto la tensión. La noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando el 28 de junio no podía constituir una gran sorpresa. El asesinato de personas de la familia real o de jefes de gobierno estaba a la orden del día. En los últimos años habían perdido la vida como consecuencia de atentados terroristas el zar de Rusia, la emperatriz de Austria, tres presidentes de los Estados Unidos, un presidente de la República Francesa y un rey de Italia. Eso sin contar a los reyes de Servia, al rey de Portugal, a varios archiduques rusos y a otros príncipes de menor importancia, a los que había que añadir los numerosos intentos frustrados. Cuando se superó la conmoción del primer momento fueron muchos en Europa quienes respiraron con alivio para volver de nuevo su atención hacia los problemas más acuciantes de la política interior.

La actuación del gobierno austro-húngaro permitió que se disiparan todas las inquietudes, ya que transcurrieron tres semanas desde el asesinato del archiduque hasta que los dirigentes austríacos enviaron su ultimátum a Servia. Durante ese período la prensa social-demócrata europea, si bien continuó expresando su preocupación respecto a un posible conflicto en los Balcanes, no dejaba entrever la posibilidad de un desastre inmediato. Los socialistas franceses votaron en la Cámara en contra de los créditos extraordi-

narios que solicitó el gobierno para financiar la visita del Primer ministro y del Presidente a San Petersburgo (comenzaron su viaje el 15 de julio) pues temían que pudieran firmar algún acuerdo secreto. Por lo demás, los comentarios socialistas sobre la situación internacional siguieron la línea habitual. Los líderes de la Internacional partieron incluso para su período de vacaciones. Kautsky marchó a Roma, Ebert a la isla de Rügen, Victor Adler a Bad Nauheim, Scheidemann a los Alpes para practicar el alpinismo. Lenin acudió a los Cárpatos debido a la delicada salud de su esposa. Jaurès, que raramente se tomaba un descanso, después de la clausura del congreso anual del partido que aquel año se celebró en París durante los días 14, 15 y 16 de julio, permaneció en la capital francesa hasta el día 24. En esta fecha marchó hacia el Sur de Francia para participar en una campaña electoral en Lyon. Fue allí donde recibió la noticia del ultimátum austríaco.

La publicación del ultimátum demostró sin lugar a dudas que el gobierno austríaco estaba decidido a ir a la guerra. La incógnita residía en si se trataría de un conflicto meramente local. Los socialistas austríacos comenzaron a sufrir en seguida las consecuencias del estado de guerra en forma, sobre todo, de una rígida censura de prensa. Ya el 22 de julio, antes de que se enviara el ultimátum a Servia, se prohibió la publicación en los periódicos socialistas de todos los artículos que atacaban al militarismo. En Viena y en las ciudades de habla alemana la idea de una guerra con Servia no era en absoluto impopular: «Se produjo el desbordamiento y toda la opinión pública y la prensa exigieron impacientemente un castigo inmediato y adecuado contra el odiado pueblo servio.»¹ No pasó mucho tiempo antes de que los socialistas austríacos descubrieran que era imposible resistir ese desbordamiento. Los líderes de la social-democracia alemana condenaron rotundamente al gobierno austríaco. El día 25 de julio se afirmó en el *Vorwärts* que el gobierno austríaco deseaba la guerra y que en ese deseo había influido no poco la prensa chauvinista alemana. Sin duda, «Herr von Bethmann-Hollweg le ha prometido su apoyo a Herr Berchtold».² Además, el Ejecutivo del partido hizo un llamamiento en la línea de las resoluciones de Stuttgart y Copenhague:

1. Sir M. de Bunsen, embajador británico en Viena, a Sir E. Grey, 1 de septiembre de 1914 (G. P. Gooch y Harold Temperley, *British Documents on the origins of the War* (Londres, 1926), XI, p. 357).

2. *Vorwärts*, 25 de julio de 1914, citado en Edwyn Bevan, *German Social Democracy during the War* (Londres, 1918), p. 6.

«Ni una sola gota de sangre de los soldados alemanes debe ser sacrificada a la ambición de los déspotas austríacos ni a los intereses comerciales imperialistas. Camaradas, os instamos a expresar inmediatamente en manifestaciones masivas el inquebrantable deseo de paz del proletariado... La clase dirigente que en tiempo de paz os deprime, os desprecia, y os explota, pretende utilizaros ahora como carne de cañón. Debemos hacer llegar claramente a oídos de los déspotas nuestros gritos: ¡no queremos la guerra!; ¡larga vida a la fraternidad internacional!»¹

Cuando la noticia del ultimátum austríaco llegó a Jaurès, éste comprendió en seguida sus graves consecuencias. El discurso que pronunció en Vaise, cerca de Lyon, en el curso de la campaña electoral, fue en realidad una solemne advertencia de la gravedad de la situación:

«Ciudadanos, no pretendo ennegrecer aún más el color negro del cuadro, no intento decir que la ruptura diplomática entre Austria y Servia, de la cual me he enterado hace media hora, significa necesariamente que se va a producir un enfrentamiento armado entre Austria y Servia. Y no quiero decir que si estalla la guerra entre Servia y Austria se extenderá necesariamente al resto de Europa. Pero lo que sí afirmo es que en este momento existen terribles argumentos contra nosotros, contra la paz, contra la vida humana, frente a los cuales el proletariado de Europa debe demostrar solidaridad con todas sus fuerzas... Estamos quizás en el momento en que Austria se decide a atacar a los servios, y entonces cuando Austria y Alemania se lancen contra los servios y los rusos, Europa arderá en llamas. El mundo está en llamas... Ciudadanos, si estalla la tormenta, nosotros los socialistas debemos escapar lo más pronto posible del crimen que habrán cometido nuestros gobernantes, y entre tanto, si aún nos queda algo, si aún tenemos tiempo, redoblabaremos nuestros esfuerzos para impedir la catástrofe. Nuestros camaradas alemanes ya han manifestado en el *Vorwärts* su indignación contra el anuncio de los austríacos y creo que va a reunirse el secretariado permanente de la Internacional. Me avergonzaría de mí mismo, ciudadanos, si uno solo de vosotros pensara que trato de aprovecharme de estos trágicos acontecimientos para conseguir una victoria electoral, por muy precisa que ésta pueda ser para mí. Pero tengo el derecho de comunicaros, que es nuestro deber, el deber de todos vosotros, no dejar pasar la menor oportunidad de demostrar que pertenecéis al Partido Socialista Internacional que en este momento, en que comienza la tempestad, representa la única posibilidad del restablecimiento de la paz.»²

1. *Vorwärts*, 25 de julio de 1914.

2. *L'Avenir Socialiste*, núm. 384, agosto de 1914. Jaurès, *Oeuvres*, IX, pp. 382-6.

Los líderes socialistas, alarmados por los acontecimientos, comenzaron a regresar rápidamente desde sus lugares de descanso. Para el día 29 se convocó en Bruselas una reunión de la Oficina de la Internacional. Algunos delegados tuvieron dificultades para llegar a la capital belga porque los ferrocarriles estaban acaparados por el tráfico militar. Por el momento la incesante agitación que había ordenado la Internacional y a la que habían convocado los líderes de los partidos se llevó a cabo como se había planeado. La prensa socialista continuó lanzando sus ataques contra el militarismo y la diplomacia secreta, al menos en aquellos países donde no se había suprimido la libertad de expresión. Desde los días 26 al 30 de julio se organizaron por toda Alemania mítines de masas y en la víspera de su partida para Bruselas, Jaurès publicó un manifiesto instando a la celebración de reuniones de masas también en Francia.

También los líderes socialistas franceses se opusieron abiertamente a la guerra de acuerdo con las resoluciones aprobadas en sus congresos. «Los trabajadores deben responder a una declaración de guerra mediante la huelga general revolucionaria», afirmó el periódico *La Bataille Syndicaliste* el 26 de julio. El secretario de la CGT, Jouhaux, estuvo en Bruselas aquel día y el siguiente asistiendo como observador al congreso de los sindicatos belgas, y Karl Legien, dirigente del sindicalismo alemán, se hallaba también en Bruselas, Jouhaux y Legien mantuvieron una breve conversación. Al parecer, Jouhaux se mostró ansioso por conocer qué acciones habían planeado los sindicatos alemanes para impedir la guerra y afirmó que en Francia estaban dispuestos a convocar una huelga general si los alemanes hacían lo mismo. Legien permaneció en un prudente silencio.¹

A pesar de que la situación era cada vez más grave los miembros de la Internacional no podían creer que realmente fuera a estallar un conflicto armado. Ebert, por ejemplo, dijo a un amigo suyo el 27 de julio: «Son excesivamente pesimistas. Esto es lo que les dije en respuesta a su última carta en la que me pedían que regresara... Frau Ebert tiene miedo, pero yo estoy seguro de que no pasará nada. No habrá guerra.»² Como siempre, Jaurès creyó

1. *La Bataille Syndicaliste*, 26 de septiembre de 1914. A. Rosmer, *Le mouvement ouvrier pendant la guerre* (París, 1936), pp. 136, 159-68. Doléans, II, p. 201.

2. Scheidemann, *Memoirs of a Social Democrat* (ed. inglesa, Londres, 1929), I, p. 192.

ver un rayo de esperanza en el ofrecimiento de Grey para actuar como mediador. Incluso después de la reunión de la Oficina de la Internacional celebrada el día 29, uno de los delegados ingleses, Bruce Glasier, se mostró esperanzado: «Aunque el terrible peligro de un conflicto armado general en Europa fue el tema principal de las deliberaciones, nadie, ni siquiera los representantes alemanes, parecían temer una ruptura inmediata entre las grandes potencias, por lo menos hasta que se hayan agotado todos los recursos de la diplomacia.»¹ Sin duda, la reunión del 29 de julio fue bastante deprimente, aunque se celebró en la nueva ala de la Maison du Peuple, edificio que constituía un símbolo visible del progreso del socialismo, y que había sido inaugurada recientemente por Anatole France. La mayor parte de los líderes del movimiento se hallaban presentes: Vandervelde, que era el presidente, Jaurès, Victor Adler (a quien acompañaba su hijo Fritz, secretario del partido austríaco), Rosa Luxemburg, Keir Hardie, Hugo Haase, Angelica Balabanova, la indómita mujer rusa que había conseguido una posición preeminente en el movimiento socialista italiano y que en aquel momento estaba estrechamente asociada con el joven agitador socialista Benito Mussolini, y representantes de los partidos holandés, danés, suizo y español. Lenin no estuvo en la reunión y se limitó a enviar a un miembro poco importante del partido bolchevique, en tanto que Rusia estaba representada también por el menchevique Axelrod y por el social-revolucionario Rubanovitch. Trotsky asistió a la conferencia por pura coincidencia ya que había ido a Bruselas para celebrar negociaciones con la Oficina Internacional respecto a la unificación de los partidos socialistas rusos, negociaciones que habían tenido lugar sin éxito quince días antes. Al igual que había ocurrido en Basilea dos años antes, no pudo acudir ningún delegado del pequeño partido socialista servio. No se levantaron actas de la reunión pero no resulta difícil seguir sus deliberaciones.² El primero en hablar fue Victor Adler. Se mostró muy deprimido porque hubo de confesar la impotencia en que se hallaban los socialistas austríacos. La

1. W. Stewart, *James Keir Hardie* (nueva ed. Londres, 1925), p. 356.

2. Las fuentes principales para conocer el desarrollo de esta reunión son Vandervelde, *Jaurès* (París, 1920), pp. 5-6; *Friedrich Adler vor dem Ausnahmegericht* (Berlín, 1919), pp. 16-17; A. Balabanova, *My Life as a Rebel* (Nueva York, 1938), pp. 114-8; P. G. La Chesnais: *The Socialist Party in the Reichstag and the declaration of War* (Londres, 1915), pp. 37-43; A. Zévaès, *Jean Jaurès* (París, 1951).

movilización había comenzado y se había impuesto la ley marcial; no había nada que los socialistas pudieran hacer. Adler se hallaba muy enfermo. Los cuatro últimos años de vida fueron una constante lucha contra el dolor y la amenaza de la muerte. Como a todos los líderes social-demócratas le sobrecogía la idea de la guerra y nunca había pensado que fueran los austríacos los que pudieran empezarla. Por otra parte, conocía perfectamente el estado de ánimo de la clase obrera alemana en Viena, y era consciente de su debilidad política. «Es preferible equivocarse con la clase obrera que tener razón en contra de ella»,¹ dijo en una ocasión. En julio de 1914 Adler se consideró obligado a ponerse al lado de las masas de Viena. La afirmación de Adler quedaba confirmada por la admisión de Nemer en el partido socialista checo y de Burian en el partido socialista húngaro. Bruce Glasier dirigió un furibundo ataque contra los austríacos al que respondió Adler de forma sarcástica y demoledora.

El largo debate que se desarrolló durante casi todo el 29 de julio pronto comenzó a discurrir por una senda más familiar. Los delegados, especialmente Haase, atacaron al gobierno austríaco y se apresuraron a poner de manifiesto que sus partidos estaban llevando a cabo una gran ofensiva de paz. Nadie sugirió una acción práctica inmediata. Se llegó a la conclusión de que debía reunirse inmediatamente el Congreso de la Internacional que estaba previsto para finales de verano en Viena y en el cual se habría celebrado el cincuenta aniversario de la fundación de la Primera Internacional y el veinticinco de la Segunda Internacional. Dada la imposibilidad de que Viena acogiera a los delegados, se decidió que fuera París la sede del Congreso, cuya fecha de apertura quedó fijada para el día nueve de agosto. Algunos miembros de la delegación británica afirmaron que el 9 de agosto era demasiado pronto y que no se podría contar con la asistencia de los representantes australianos. Naturalmente, ninguno de los delegados podía saber que al día siguiente el zar firmaría la orden de movilización general en Rusia y que no habría posibilidad de proseguir las discusiones. Por la tarde se produjo una gran concentración de masas en el *Cirque Royale*. Millares de trabajadores belgas procedentes de los suburbios y de las ciudades vecinas se agolparon para escuchar las palabras de los líderes del movimiento sobre el que descansaban sus esperanzas de paz. Pero esta última gran

1. Otto Bauer, Introducción a Adler, *Aufsätze*, VI, p. XXX.

demostración de la Internacional fue menos convincente que otras similares anteriores. Victor Adler no estuvo presente, con gran desengaño de su hijo, y Jaurès sufría de un terrible dolor de cabeza. Pese a ello, el corto discurso de Jaurès fue el más efectivo y el más aplaudido. Su aparición rodeando con el brazo los hombros de Haase pareció a la multitud un gesto muy tranquilizador. Pero si Hugo Haase no podía hacer otra cosa que criticar a su gobierno y ensalzar el deseo de paz del proletariado alemán, Jaurès manifestó su apoyo total a la actuación del gobierno francés:

«En cuanto a nosotros, los socialistas franceses, nuestro deber es sencillo: no es necesario imponer una política de paz sobre nuestro gobierno, porque ya la está practicando. Yo, que nunca he dudado en cargar sobre mis espaldas el odio de los chauvinistas franceses por mi obstinado e inquebrantable deseo de una aproximación franco-alemana, tengo el derecho de decir que en este momento el gobierno francés desea la paz y está procurando el mantenimiento de la paz. El gobierno francés constituye en la causa de la paz el mejor aliado de ese admirable gobierno inglés que ha tomado la iniciativa en la conciliación.»

Concluyó su discurso con una advertencia y con una esperanza, que demostraba su carácter optimista:

«Si en el desencadenamiento de las circunstancias y la borrachera de las primeras batallas nuestros amos consiguieron arrastrar tras de sí a las masas, más tarde, cuando las epidemias completen la obra de las bombas, cuando aparezcan la muerte y la indigencia, los hombres, ya de nuevo en sus cabales, tornarán sus miradas hacia los dirigentes de Alemania, Francia, Rusia e Italia y les pedirán explicaciones por todos esos cuerpos sin vida. Entonces la revolución desatada les dirá: "Marchad de aquí y pedir perdón a Dios y a los hombres." Pero si conseguimos evitar la tempestad espero que las naciones no lo olvidarán y dirán: tenemos que detener a este fantasma que se levanta de su tumba cada seis meses para aterrar al mundo. ¡Hombres y mujeres de todos los países, ésta es la obra de paz y de justicia que debemos acometer!»¹

A la mañana siguiente se dio por finalizada la reunión. Jaurès se mostraba esperanzado y cuenta Vandervelde que cuando estaban despidiéndose le dijo: «Será como en Agadir. Habrá sus más y sus menos. Pero es imposible que las cosas no salgan bien. Faltan todavía dos horas hasta que salga el tren. Vamos al museo a ver las

1. Jaurès, *Oeuvres*, IX, pp. 395-6.

obras de vuestros primitivos flamencos.»¹ «*Les choses ne peuvent ne pas s'arranger*»: esa podía ser la divisa de dos centurias de fe en el progreso humano que iban a llegar a su término con el final de la vieja Europa.

2

En Alemania, la reacción de los social-demócratas preocupaba al gobierno. Ya el 26 de julio se llamó a Hugo Haase al Ministerio del Interior donde, acompañado de Otto Braun, se entrevistó con el canciller Bethmann-Hollweg. Bethmann trató de imponer a los líderes socialistas lo que debían decir en los mítines de masas que, según tenía entendido, pensaba convocar el Partido Social-Demócrata. Afirmó que el gobierno alemán tenía la intención de apoyar a su aliado austriaco y se negó a escuchar la argumentación de los socialistas de que Alemania sólo estaba obligada a ayudar a Austria en el caso de una guerra defensiva, caso que evidentemente no era el del actual conflicto contra Servia. Al parecer, nada más ocurrió en esta reunión, si bien se advirtió a los líderes socialistas que en la eventualidad de una guerra se impondría probablemente el estado de sitio y se limitaría la libertad de prensa. Por el momento, pues, la agitación socialista contra la guerra continuó sin variaciones. Scheidemann, el miembro más activo del Ejecutivo, regresó a Berlín el día 27, pero Ebert se negó a interrumpir sus vacaciones hasta el día 29. El Ejecutivo comenzó a tomar precauciones para que la maquinaria del partido no se viera afectada en caso de guerra. El 30 de julio al mediodía un periódico de Berlín publicó la noticia de que se había decidido la movilización. Era un rumor prematuro y fue inmediatamente desmentido (en realidad, el decreto de la movilización general se hizo público dos días después) pero los socialistas decidieron que Ebert, presidente de Ejecutivo del partido, y Braun el tesorero, partieran hacia Zurich. De ese modo, al menos algunos de los responsables del partido estarían protegidos en caso de que se decretara su supresión. En cuanto a Bethmann-Hollweg, su táctica, y esto se vio más claramente en las etapas sucesivas de la crisis, consistía más que en impedir la guerra en presentarla si no ante la historia sí al menos ante el Partido Social-Demócrata, como una respuesta de los alemanes contra el ataque

1. Vandervelde, *Jaurès*, p. 6.

de los rusos. El canciller había establecido contacto privadamente con algunos de los más «confiables» líderes socialistas del ala derecha del partido. Así, el 30 de julio pudo asegurar al ministro prusiano de Estado que no había nada «en particular que temer de la social-democracia ni de los líderes del Partido Social-Demócrata»,¹ extremo que había confirmado en sus conversaciones con el delegado en el *Reichstag*, *Südekum*. No se acudiría ni al sabotaje ni a la huelga general.

También Jaurès había establecido contacto con el gobierno francés, pero en este caso fue él quien tomó la iniciativa. Jaurès temía que en virtud de la alianza que le unía a Rusia, Francia pudiera verse arrastrada a una guerra que únicamente beneficiaría al zar. El presidente Poincaré y el Primer Ministro Viviani acababan de regresar de San Petersburgo (comenzaron su viaje de regreso por mar el día 24 y había resultado difícil comunicarse con ellos) lo cual hacía temer que hubieran impulsado al gobierno ruso a adoptar una postura de fuerza. Algunos de los líderes socialistas expresaron estos temores en una entrevista que mantuvieron con Bienvenu Martin, el secretario de política exterior, el 28 de julio. El presidente y el primer ministro desembarcaron en Dunquerque en las primeras horas del día 29, en el mismo momento en que se reunía en Bruselas la oficina de la Internacional. Jaurès regresó de Bruselas al día siguiente, ansioso por entrevistarse con el primer ministro. La situación estaba deteriorándose y Jaurès recibió la noticia de la movilización rusa el día 31 cuando se hallaba en la Cámara de Diputados. El mismo día se conoció la reacción alemana, declarando un «estado de peligro inminente de guerra» (*Kriegsgefahrzustand*). La palabra en alemán era terrible, pero Jaurès, confiando todavía en que la situación pudiera ser menos grave de lo que parecía pidió un diccionario más completo para tratar de encontrar un significado menos terrorífico.

Aquel mismo día habló con Malvy, que era el ministro del Interior, a quien preguntó cuál era la posición del Gobierno. Jaurès dijo a Malvy que había que hacer todos los esfuerzos posibles para detener la política agresiva de los rusos. El líder socialista no pudo entrevistarse con el Primer ministro que, al parecer, es-

1. *Outbreak of the World War*. Documentos alemanes recogidos por Karl Kautsky y editados por Max Montgelas y Walter Schücking. Traducido por el Carnegie Endowment for International Peace (Nueva York, 1924), p. 382.

taba demasiado ocupado para atenderle; ¹ pero pudo intercambiar sus puntos de vista con Abel Ferry, subsecretario de Asuntos Exteriores.

No sabemos exactamente cómo se desarrolló la entrevista ya que no estuvo presente nadie más. Uno de los amigos de Jaurès dijo más tarde que Ferry le había preguntado a Jaurès qué pensaba hacer si estallaba la guerra y que éste replicó que continuaría su campaña en pro de la paz, a lo cual acotó Ferry: «No se atreva a hacerlo pues recibiría un disparo al doblar la primera esquina.» ²

Después de su entrevista con Ferry, Jaurès se dirigió a la sede de *L'Humanité* para discutir la situación con sus colegas y luego fue a cenar a un bar próximo con algunos amigos. A pesar de la tensión y la ansiedad del momento que estaban viviendo entabló una animada conversación con algunos periodistas socialistas que se sentaban en la mesa contigua y admiró la fotografía de la hija pequeña de uno de ellos. De repente, sonó un disparo y en medio de la confusión los amigos de Jaurès se dieron cuenta de que éste había muerto. El asesino era un joven histérico llamado Raoul Villain que creía a pie juntillas cuanto había leído en la *Action Française* y en otros periódicos nacionalistas sobre la traición de Jaurès. Todos los indicios hacen pensar que el asesinato fue el acto aislado de un neurótico; no existe prueba alguna que confirme los rumores que pronto comenzaron a circular en el sentido de que el asesinato había sido impulsado por el gobierno o incluso por el embajador ruso, Izvolsky. ³ Los socialistas franceses perdieron un líder y la Internacional su figura más brillante en el momento en que la crisis internacional se hallaba en su punto más alto.

El asesinato de Jaurès fue un tremendo golpe para el partido socialista francés. El gobierno veía con temor las posibles reacciones que el hecho pudiera despertar y Viviani hizo una llamada a la calma: «En las graves circunstancias por las que está atravesando nuestro país el gobierno cuenta con el patriotismo de la clase obre-

1. No es seguro que Viviani recibiera a Jaurès. En la oración que pronunció en su funeral, Viviani afirmaba que había visto al líder socialista el día 31. *L'Humanité* del 1 de agosto también menciona esta entrevista. Sin embargo, es probable que en el último momento Viviani estuviera ocupado y encargara a Ferry que se entrevistara con Jaurès. Véase Zévaès, *Jean Jaurès*; Charles Rappoport, *Jean Jaurès* (París, 1916).

2. Rappoport en *Berner Tagwacht*, 31 de julio de 1915. Véase Zévaès, *Jaurès*, Apéndice II, pp. 297-301 para esta anécdota y la crítica de Renaudel.

3. Véase L. Albertini, *Le Origini della Guerra del 1914* (Milán, 1943) vol. III, pp. 83-7.

ra y de toda la población para mantener la calma y no agravar el difícil estado emocional por el que atraviesa la opinión pública por medio de una agitación que desembocaría en graves desórdenes en la capital.»¹ El presidente Poincaré envió una cariñosa carta a Mme. Jaurès comunicándole su sentimiento personal. Al día siguiente, la ciudad apareció llena de carteles que anunciaban la movilización general. Y el 4 de agosto una multitud en la que faltaban muchos reservistas que ya habían partido hacia el frente asistió al funeral de Jaurès. Viviani hizo sobre su tumba un llamamiento a la unidad general: «El gran orador, si pudiera levantarse vibrante de pasión, no diría ninguna otra cosa.»²

En las calles de Viena las multitudes se manifestaban con entusiasmo a favor de la guerra contra Servia. En Francia, incluso los sindicalistas militantes obedecían la orden de movilización que figuraba en los carteles murales, ya fuera por miedo a las consecuencias o, en la mayoría de los casos, llevados de un poderoso deseo de prevenirse contra un ataque alemán. En Alemania, el partido socialista estaba empezando a variar su actitud. Cuando se supo con certeza que Rusia iba a entrar en la guerra al lado de los servios, empezó a dejarse sentir el miedo tradicional a las hordas eslavas. Y el gobierno supo aprovecharse perfectamente de ese miedo. Ya el 30 de julio, en el equipo editorial del *Vorwärts* hubo opiniones encontradas respecto a la línea del periódico. Friedrich Stampfer, el editor jefe, recordando las palabras de Engels y Bebel sobre los rusos, consideraba que la ocasión era propicia para escribir que si se producía el ataque de Rusia, «no sacrificaremos a nuestras mujeres e hijos a la brutalidad de los cosacos».³ Stampfer se encontró con la oposición de Heinrich Ströbel, que se negó a que se publicara cualquier comentario que pudiera perjudicar la labor del partido en pro de la paz. De momento, pues, el periódico no varió su línea, aunque al día siguiente algunos diarios de provincias publicaron artículos atacando a los rusos.

Cuando se deterioró la situación y la *Kriegsgefahrzustand* se convirtió en movilización general, no se pudo posponer por más tiempo la discusión sobre la postura que debía adoptar el partido. El Ejecutivo del partido se reunió el 31 de julio y aquel mismo día se le unió la comisión del grupo parlamentario. Temían que

1. Zévaès, *Jaurès*, p. 257; Rappoport, *Jaurès*, p. 95.

2. Zévaès, p. 259.

3. Scheidemann, *Memoirs of a Social Democrat* (Londres, 1929), I, p. 189.

el gobierno dictara medidas represivas y se trazaron planes para preservar la maquinaria del partido. Haase, que ya había regresado de Bruselas, informó del resultado de la reunión en la capital belga. Lo más urgente era decidir si el partido votaría a favor o en contra de los créditos militares en el Reichstag. Los tres días siguientes fueron de continuas discusiones y tensión, y se produjeron dolorosos enfrentamientos. El problema quizá más espinoso —que no se hubiera planteado de haber estado Bebel— derivó del hecho de que el líder del grupo parlamentario, Hugo Haase, formaba parte de la minoría que se oponía a votar los créditos de guerra. Scheidemann consideraba que sería peligroso oponerse al gobierno en esa cuestión, pero resolvió posponer la decisión hasta la reunión en pleno del grupo parlamentario, donde tendría ocasión de consultar a sus amigos. En cambio se determinó que Hermann Müller, miembro del Ejecutivo, partiera hacia Bruselas desde donde se trasladaría a París con Camille Huysmans, secretario de la Internacional. El objetivo del viaje era hacer un último intento de organizar una acción internacional coordinada en la que participarían los dos países más directamente afectados,

Hermann Müller partió inmediatamente y llegó a Bruselas en las primeras horas de la mañana siguiente.¹ En seguida se presentó en casa de Huysmans, donde éste le informó del asesinato de Jaurès, que le había sido comunicado por teléfono la tarde anterior. Müller decidió continuar viaje, pese a todo, y ambos salieron en coche hacia la capital francesa acompañados del joven socialista belga Henri de Man, que actuaría como intérprete. Cuando llegaron, París mostraba en sus calles los síntomas inequívocos de la orden de movilización. Se dirigieron al Palais-Bourbon para entrevistarse con los diputados socialistas, en cuya representación hablaron Renaudel y Marcel Sembat (Guesde y Vaillant no pudieron estar presentes). Müller fue recibido con amabilidad y le agrade-

1. El informe de Müller al Ejecutivo aparece reproducido en Scheidemann, *Der Zusammenbruch* (Berlín, 1921), pp. 12-18. Henri de Man nos ha dejado tres relatos: *L'Humanité*, 4 de marzo de 1915, *The Remaking of a Mind* (Nueva York, 1919), pp. 36-45, *Cavalier Seul* (Ginebra, 1948), pp. 81-82. Conuerdan en lo sustancial aunque presentan algunos puntos divergentes. Renaudel hizo un breve relato en *L'Humanité*, 26 de febrero de 1916 (reproducido en Chesnais Ap. I). Un corto relato de Huysmans aparece reproducido en Karl Grünberg, *Die Internationale und der Weltkrieg*, I. (*Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, vol. VI, 1916, p. 225).

cieron la intención que le había llevado a París.¹ Pero la situación era difícil y los franceses apenas habían tenido tiempo de recuperarse de la impresión que les había producido la muerte de Jaurès. Las conversaciones se prolongaron durante varias horas en aquella bochornosa noche de verano, primero en la Cámara de los Diputados y luego en las dependencias de *L'Humanité*.

Müller declaró que el partido alemán consideraba importante llegar a un acuerdo sobre la votación de los créditos de guerra, de modo que cada partido conociera las intenciones del otro. Su posición era un tanto incómoda por cuanto el grupo parlamentario alemán no había tomado aún una decisión. Por ello tuvo buen cuidado en recalcar que lo único que podía hacer era dar su opinión personal sobre la forma en que actuarían sus colegas. De acuerdo con su propia versión de la entrevista, afirmó que existía una fuerte corriente de opinión en contra de la votación de los créditos de guerra, que se había discutido la posibilidad de una abstención (que era la postura que habían adoptado Liebknecht y Bebel en 1870), pero que una fracción del partido se sentía inclinada a votar positivamente. Sus palabras reflejaban exactamente el estado de ánimo que reinaba en el partido alemán en el momento de su partida. Al parecer, personalmente creía improbable que el partido llegara a decidir votar a favor de los créditos. En un momento de la conversación dijo incluso: «Creo que hay que descartar que votemos los créditos de guerra» (*«Dass man für die Kriegskredite stimmt, das halte ich für ausgeschlossen»*), aunque posteriormente afirmó que estas palabras sólo se aplicaban a la circunstancia de que se hubiera adoptado una postura conjunta. Müller aseguró que cualquiera que fuese la decisión final, el partido actuaría de forma unánime. Pronto quedó claro que ninguno de los líderes franceses estaban dispuestos a votar contra unos créditos necesarios para una guerra en la que Francia sería, a no dudarlo, víctima de la agresión alemana. Fue con sorpresa que el representante alemán constató esta opinión y entonces presentó el tradicional punto de vista alemán, según el cual el auténtico peligro provenía de Rusia. Los franceses debían tener cuidado en impedir que el «partido paneslavo de la guerra» de San Petersburgo iniciara las hostilidades.

1. Es importante recalcarlo por cuanto el socialista alemán Südekum afirmó cuando la guerra ya había comenzado que Müller había sido recibido con hostilidad.

La entrevista demostró la total imposibilidad de llevar adelante una acción coordinada internacional en un momento tan difícil. La conversación terminó expresándose por ambas partes el deseo de llegar a un acuerdo en la abstención de la votación, pero todos recalcaron que tal afirmación no suponía un compromiso en este sentido.

Müller partió sin demora en la madrugada del 2 de agosto. La siguiente visita a París la realizaría en 1919 como miembro de la delegación alemana para la firma del tratado de Versalles. Alemania acababa de declarar la guerra a Rusia y las esperanzas de paz eran cada vez menores. El propio Müller sufrió en sus carnes los efectos de la guerra. Había rechazado la oferta de un pasaporte francés y en su viaje fue detenido por dos veces y acusado de espía. Sólo cuando dijo que había ido a París para estar presente en el funeral de Jaurès consiguió cruzar a pie la frontera belga. Finalmente, pudo tomar un tren hasta Bruselas y allí otro que le llevó a Berlín, donde llegó el día 3 por la tarde. Desde la estación acudió directamente al edificio del Reichstag donde se hallaba reunido el grupo parlamentario. Los líderes del partido y los representantes socialistas en el Reichstag habían estado en sesión casi permanente desde la mañana del día anterior.

Cuando el Ejecutivo del partido se reunió el día 2 por la mañana, ya sabían que el Reichstag se reuniría el día 4 para la votación de los créditos de guerra. Las discusiones de los dirigentes socialistas fueron largas y agotadoras; hubo incluso un momento en que Richard Fischer rompió en llanto. Haase y Ledebour se opusieron enérgicamente a la votación de los créditos, apoyados débilmente por Kautsky, pero llegó la tarde sin que se hubiera alcanzado otro acuerdo que la imposibilidad de abstenerse en un asunto de tanta importancia. La reunión se aplazó hasta las nueve de la noche y ese intervalo fue aprovechado por Scheidemann para reunirse con sus partidarios en una casa de las afueras de la ciudad para elaborar una declaración de actuación conjunta. Pero cuando se reanudó la reunión, tampoco fue posible llegar a un acuerdo y al cabo de tres horas de discusiones y enfrentamientos, los líderes del partido marcharon a sus casas para una noche de insomnio. Cuando Scheidemann y Haase llegaron a sus domicilios les esperaba una invitación del canciller Bethmann-Hollweg para celebrar una conversación al mediodía del día siguiente. Por la mañana se reunió el grupo parlamentario en pleno pero decidieron posponer las discusiones hasta conocer el resultado de la entrevista de Schei-

demann y Haase con el canciller, en la que también participó Molkenbuhr. Scheidemann partió con buen estado de ánimo pues incluso algunos de los diputados más radicales le habían dicho que pensaban votar a favor de los créditos de guerra. Cuando los líderes socialistas llegaron a la Wilhelmstrasse allí estaban ya los jefes de los restantes partidos representados en el Reichstag. No tardó en aparecer el canciller, con aspecto cansado y el cuello de su camisa empapado de sudor. Después de saludarles les leyó el discurso que pensaba pronunciar al día siguiente en el Reichstag. El canciller daba por descontado que todos los partidos votarían a favor de los créditos, pero los social-demócratas hubieron de reconocer que aún no habían tomado una decisión. La situación resultaba tremendamente incómoda por cuanto Haase y Scheidemann mantenían opiniones encontradas y parecían a punto de perder la paciencia. La entrevista terminó con la ya habitual discusión sobre si los socialistas estarían dispuestos a gritar «¡Viva el Kaiser!» al finalizar la sesión, y con la no menos habitual recomendación de que deberían gritar «Viva el Kaiser, el Pueblo y la Madre Patria».¹

Cuando ya habían regresado Haase y sus colegas y se había reanudado la discusión del grupo parlamentario, se produjo la llegada de Müller (que no era miembro del Reichstag pero sí del Ejecutivo del Partido) a quien se le requirió que hiciera un informe de su viaje. Éste fue naturalmente desalentador, pues demostró que se habían roto los lazos internacionales y que los partidos socialistas estaban en total aislamiento. Por la tarde se efectuó una votación después de una serie de discursos en los que se defendieron las dos posturas. De los noventa y dos diputados que se hallaban presentes, solamente catorce (entre los que se contaban Haase, Ledebour y Karl Liebknecht) estaban dispuestos a oponerse a los créditos de guerra. Al día siguiente, Haase sacrificó sus convicciones personales a la solidaridad del partido y anunció en el Reichstag que los socialistas apoyaban la prosecución de la guerra.

«Nos hallamos en un momento crucial. Las consecuencias del imperialismo que produjo una verdadera carrera de armamentos y agravó los antagonismos entre las naciones, se han abatido sobre Europa como un diluvio.

1. Scheidemann, *Der Zusammenbruch*, p. 12. Este libro contiene extractos de los diarios de Scheidemann. Scheidemann añadió algunos detalles en sus *Memoirs of a Social Democrat* (ed. inglesa, 1929), I, pp. 185-99. Véase también Grünberg, II, (*Archiv für die Geschichte des Sozialismus*, vol. VII).

La responsabilidad recae sobre aquellos que siguieron la política imperialista; nosotros no la aceptamos. La social-democracia ha luchado contra ella con todas sus fuerzas y hasta el último momento ha intentado preservar la paz organizando imponentes manifestaciones en todos los países, y especialmente en íntima colaboración con nuestros hermanos franceses. Sus esfuerzos han sido vanos. Ahora nuestro pueblo y su evolución pacífica estarán en peligro en caso de que triunfe el despotismo ruso, que ya se ha manchado con la sangre de lo mejor de su propio pueblo. Nuestra obligación es librarnos de este peligro, salvaguardar la cultura y la independencia de nuestro país...»¹

Aquellos miembros del partido que habían patrocinado el apoyo a la guerra pensaban que no podían hacer otra cosa. Creían sinceramente, como lo había creído Bebel, que su obligación era resistir a lo que se les presentó como un ataque por parte de los rusos. No se preocuparon de volver sus ojos hacia el Occidente de Europa y no parecieron muy afectados cuando Bethmann-Hollweg anunció la ruptura de la neutralidad belga en su discurso en el Reichstag. Como Müller había podido advertir en París, mientras los socialistas franceses iban a votar los créditos de guerra para resistir el ataque de los alemanes, los social-demócratas alemanes lo hacían llevados del deseo de defenderse de los rusos. Los líderes alemanes consideraban además —y lo mismo sucedía en Austria— que actuar de otra manera suponía defraudar los intereses y los deseos de la gran masa del partido.

Uno de los diputados socialistas expuso claramente esta idea en una carta a un amigo:

«El 3 de agosto, Dittmann y yo nos dirigimos desde Dortmund a Berlín para asistir a la reunión del partido en la que se iba a decidir la votación de los créditos de guerra... Nunca olvidaré las escenas que presencié aquellos días. Vi a muchos reservistas que se incorporaban a las columnas de soldados y avanzaban cantando canciones socialistas. Algunos reservistas socialistas que me conocían me dijeron: "Nos vamos al frente con el ánimo tranquilo porque sabemos que el partido cuidará de nosotros si resultamos heridos, y se encargará de nuestras familias si no regresamos a casa." Cuando el tren iba a salir para Berlín, un grupo de reservistas me dijo: "König, vas a Berlín, al Reichstag. Piensa en nosotros allí; procura que tengamos todo lo que necesitamos; no seas tacaño al votar el dinero." En el tren le dije a Dittmann cuánto me había impresionado todo eso. Dittmann me dijo que a él le habían sucedido cosas parecidas. Durante varias horas, mientras el tren nos llevaba

1. E. Bernstein, *Die Internationale der Arbeiter-Klasse und der Europäische Krieg* (Tübingen, 1916), pp. 20-21; W. E. Walling, *Socialism and the War* (Nueva York, 1915), p. 143; Grünberg, I, p. 448.

hacia Berlín, discutimos la situación, cuál debía ser nuestra actitud ante la defensa nacional, si el partido debía votar los créditos. Llegamos a la conclusión de que el partido tenía la ineludible obligación de votar los créditos y que en este sentido actuaríamos si se producían divisiones en la reunión del partido. Dittmarin concluyó la conversación diciendo: "El partido no puede hacer otra cosa. De otro modo levantaría una oleada de indignación tanto en el frente como en Alemania contra el partido social-demócrata. La organización socialista desaparecería por causa del resentimiento popular." »¹

Y, sin embargo, resultaba sorprendente que los social-demócratas alemanes hubieran votado a favor de la guerra. Hasta entonces, el Partido Socialista alemán, el más fuerte del mundo, había manifestado públicamente su alejamiento del estado alemán. En efecto, muy recientemente, en la última prórroga del Reichstag, los socialistas diputados, en lugar de abandonar la sala antes de los tradicionales vivas al Kaiser, habían permanecido sentados en actitud desafiante. Por su parte, también el estado alemán había renegado varias veces de los socialistas. De «hombres sin patria» (*Vaterlandslose Gesellen*) les había calificado el Kaiser. Por ello, la votación unánime en el Reichstag por parte de los socialistas (sólo un diputado, Fritz Kunert, abandonó el Reichstag antes de la votación) y el tono general de resignado patriotismo que aparecía en la prensa socialista, fueron acogidas con sorpresa y con alivio. Parecía que, por fin, la clase obrera se integraba en la comunidad alemana y que desaparecía temporalmente una de las principales causas de inquietud en la sociedad alemana. No se sabía aún cuál podía ser el precio.

En ningún otro partido socialista fue tan prolongada e importante la discusión sobre la votación de los créditos de guerra. Los socialistas franceses, a pesar de la confusión y la depresión en que les dejó la muerte de Jaurès, parece que no dudaron ni por un momento. Ya antes de que Alemania declarara la guerra a Francia el 3 de agosto, eran muy pocos los que no pensaban votar los créditos de guerra. La declaración de guerra acabó de convencer a estos pocos y así, el 4 de agosto —el mismo día del funeral de Jaurès— el grupo parlamentario votó decididamente los créditos de guerra. No en vano el mismo Jaurès había ensalzado el deseo de paz del gobierno y había considerado legítimo apoyar al gobierno cuando

1. *Vossische Zeitung*, 5 de mayo de 1916. Recogido en Bevan p. 15, cf. también las experiencias similares que se relatan en Konrad Kaenisch, *Die deutsche Sozialdemokratie in und nach dem Weltkrieg* (Berlín, 1919), p. 20.

el país fuera atacado e invadido. No fue sino más tarde, cuando a partir de 1916 cobró nueva fuerza el movimiento antibelicista, que los militantes izquierdistas afirmaron que Jaurès hubiera estado de su lado. Para los miembros ordinarios del partido, la situación era dolorosa y estaban sometidos a fuertes presiones sociales y emocionales.¹ En efecto, aunque el 30 de julio el gobierno tomó la decisión de no arrestar a los agitadores que figuraban en el *Carnet B*, la desertión se castigaría con la muerte.

«No tengo más que un reproche que hacerme... —escribió después un sindicalista francés—; ese reproche es que, siendo antipatriota y antimilitarista, partiera como mis camaradas, el cuarto día de la movilización. No tuve, aun no reconociendo fronteras ni patria, la fuerza de carácter suficiente para no partir. Sentí miedo, es verdad, al pelotón de ejecución. Miedo... Pero allá, en el frente, pensando en mi familia, escribiendo en el fondo de mi trinchera el nombre de mi mujer y de mi hijo, decía: "¿Cómo es posible que yo, antipatriota, antimilitarista, yo que no reconozco más que la Internacional, venga a disparar contra mis camaradas de miseria y quizás a morir contra mi propia causa, contra mis propios intereses, por mis enemigos?"»²

También los social-demócratas austríacos votaron a favor de los créditos. Aunque su periódico había declinado cualquier responsabilidad sobre el ultimátum a Servia y había declarado su solidaridad internacional con «los trabajadores de todo el mundo y especialmente con los social-demócratas servios»,³ cuando llegó el momento decisivo pensaron que no podían mantenerse al margen. «Sé que debemos votarlos (los créditos de guerra). No sé cómo despegué mis labios para decirlo», afirmó Adler. Y luego resumió el dilema en que se hallaba la social-democracia, tanto en Austria como en los demás países europeos. «Hubiera sido un alemán incomprensible de haber actuado de otro modo, y un incomprensible social-demócrata si al comportarse así no se hubiera sentido desgarrado por el dolor, no hubiera librado una dura lucha consigo mismo y con sus sentimientos.»⁴

De hecho, la actitud de los social-demócratas austríacos derivaba de su actitud ante el problema de las nacionalidades. Pese a su mejor voluntad, siempre habían constituido un partido alemán,

1. La atmósfera reinante ha sido fielmente recreada en la novela de Roger Martin du Gard, *L'Été 1914* (París, 1936).

2. Dolléans, II, p. 204.

3. Citado en Bernstein, *Die Internationale*, p. 14.

4. O. Bauer, Introduction to Adler, *Aufsätze*, VI, p. 29.

y tal habrían de seguir siendo. Antes habían lamentado su separación de Alemania en 1866, y en 1918 fueron los primeros en pedir el *Anschluss* con Alemania. Así, no puede sorprender que el *Arbeiterzeitung*, periódico del partido, publicara el 5 de agosto un notable artículo de fondo que llevaba por título *El Día de la Nación alemana*, en el que se alababa la decisión del Partido Social-Demócrata alemán. Los social-demócratas checos no se comprometieron, pero en cambio los grupos polacos de la Monarquía Dual mostraron el mayor entusiasmo por la guerra contra el zarismo, afirmando que «esta lucha era su deber más sagrado».¹ De todos modos, el apoyo de los socialistas austríacos a la guerra era una cuestión puramente académica. En efecto, después que se hubieron votado los créditos de guerra, el Parlamento fue disuelto y no se reunió de nuevo hasta 1917 cuando la situación era ya muy difícil y las fuerzas que se oponían a la guerra desbordaban el control de los socialistas.

La situación era la misma en todas partes: un irresistible entusiasmo de las masas por ir a la guerra que sólo contaba con la oposición de una pequeña minoría.

«Londres aparecía extraño el domingo —anotó en su diario Beatrice Webb al martes siguiente—, lleno de gentes que llegaban, a la capital y otros que se disponían a viajar al Continente, pero todos en gran estado de excitación. Nos abrimos paso entre la multitud hasta Trafalgar Square donde un grupo de laboristas, socialistas y pacifistas —con muy pocas banderas sindicales— gesticulaban ante una abigarrada multitud de animadores, agitadores pagados para protestar contra la guerra y simples turistas curiosos. Era una exhibición indigna y fútil, este canto de la Bandera Roja y esa aprobación de resoluciones radicales a favor de la paz universal.»²

Para Inglaterra, al margen como estaba del mundo social-demócrata europeo, se trataba tanto de una crisis de la conciencia socialista como de la conciencia liberal. Cinco miembros del gobierno liberal dimitieron entonces antes de verse obligados a apoyar la guerra. En su mayor parte, el partido laborista se mostró a favor de la campaña bélica. Hyndman llevado de sus sentimientos anti-alemanes, apoyó decididamente la causa de la guerra. Keir Hardie, que era la figura más sobresaliente del socialismo inglés en los congresos de la Internacional afrontó el problema como una tragedia

1. Grünberg, I, p. 479.

2. *Beatrice Webb's Diaries*, 1912-1924, p. 25.

personal: «Comprendo ahora lo que Cristo debió sufrir en Getsemaní»¹ (no puede parecer extraño que muchos pensarán de él que era un hombre vanidoso). Su carrera de político, había llegado ya a su fin. Murió un año después viejo y amargado.

Sólo en dos de los países beligerantes los socialistas, en un gesto lleno de valor aunque carente de eficacia, votaron contra los créditos de guerra: Servia y Rusia. En Servia, los dos diputados socialistas condenaron tanto el ultimátum austríaco como el nacionalismo servio, la política de poder y la diplomacia secreta de las grandes potencias. También en Rusia, los bolcheviques y mencheviques, catorce diputados en total, se unieron momentáneamente con los once representantes del partido laborista de Kerensky y se abstuvieron en la votación de la Duma, declinando toda responsabilidad por el estallido de la guerra. Los social-demócratas rusos se lanzaron a la preparación de la revolución a pesar del llamamiento de Vandervelde para que apoyaran la causa aliada. («Conozco y comparto tus sentimientos con respecto al zarismo —escribió al líder menchevique Tchkeidze el 11 de agosto—. Pero te pido, y el pobre Jaurès te lo pediría también si aún viviera, que tengas en cuenta la situación general de la social-democracia en Europa.»)² Plejanov y el anarquista Kropotkin, que conocían y apoyaban a las instituciones liberales de Francia e Inglaterra, apoyaron la causa aliada. En cambio, la oposición de Lenin era clara e inequívoca. Cuando estalló la guerra se hallaba en Galitzia y fue detenido como posible espía ruso. Sólo fue liberado cuando Víctor Adler en persona aseguró al ministro del Interior austríaco que Lenin era un enemigo fanático del zarismo. (Estos actos de solidaridad socialista y de amabilidad personal fueron omitidos en los informes comunistas oficiales de aquel período.) Gracias también a la ayuda de Adler, Lenin consiguió llegar a Suiza en el mes de septiembre y allí comenzó a predicar la revolución y una nueva Internacional: «la Segunda Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Muera el oportunismo y larga vida a la Tercera Internacional!».³

1. Stewart, *Keir Hardie*, p. 365.

2. Vandervelde, *Souvenirs d'un militant socialiste* (París, 1934), páginas 185-6.

3. Lenin, *Collected Works* (Nueva York, 1930), XVIII, p. 89.

Desde el momento en que los socialistas franceses, alemanes y austríacos votaron a favor de los créditos de guerra, la Segunda Internacional dejó de hecho de existir. Y del mismo modo que las resoluciones de Stuttgart y Copenhague quedaron en nada al abandonar el principio de «guerra a la guerra», también se olvidó en seguida la resolución de Amsterdam que prohibía la cooperación con los partidos burgueses y la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses.

Vandervelde fue el primer líder socialista que pasó a formar parte del gobierno. Ciertamente, los socialistas belgas podían declinar toda responsabilidad por una guerra en la que nadie podía esperar que se hubiera visto implicada Bélgica. Cuando los alemanes invadieron el territorio belga, Vandervelde no tuvo escrúpulos en aceptar inmediatamente una invitación para que formara parte del gobierno. En Alemania se proclamó una *Burgfrieden* y en Francia una *Union Sacrée*. Los socialistas alemanes comenzaron a ser invitados a visitar los cuarteles del ejército y un diputado socialista, Ludwig Frank, fue una de las primeras víctimas. Aunque seguían negándose a asistir a cualquier acto que se celebrara en la Corte (hay una anécdota en este sentido de que el Kaiser pensó erróneamente que Scheidemann se hallaba presente en una recepción de los líderes parlamentarios y dijo atónito a un miembro del partido conservador: «Estoy especialmente contento por su presencia aquí, Herr Scheidemann»), cooperaron de una forma activa en el esfuerzo de guerra. En Francia, mientras tanto, al cabo de un mes y en los críticos momentos de las primeras derrotas militares, Guesde y Marcel Sembat se convirtieron en miembros del «gobierno de Defensa Nacional»: «La unidad nacional, que floreció una vez más al inicio de la guerra y confortó nuestros corazones, debe exhibir toda su fuerza. La nación entera debe alzarse para la defensa de su suelo y de su libertad en uno de esos arranques de heroísmo constantes en los momentos difíciles de nuestra historia... Estamos luchando para que el mundo, libre de la terrible opresión del imperialismo y de las atrocidades de la guerra, pueda disfrutar finalmente de la paz en el respeto de los derechos de todos. Los ministros socialistas harán que todo el gobierno participe de esta convicción. Ella será la que anime todos sus esfuerzos. Y la compartirán con el ejército heroico donde está luchan-

do lo más selecto de la nación. Y al perseverar en su esfuerzo y entusiasmo asegurarán al mismo tiempo la salvación del país y el progreso de la humanidad.»¹ El mismo Edouard Vaillant, que moriría al año siguiente al igual que Keir Hardie, se declaró a favor de la guerra: «¿Cómo es posible que sus colegas colaboren junto a Briand y Millerand?», le preguntó un periodista. «No debemos juzgarles más que por sus actos presentes y futuros —replicó—. Por interés del país entero, en este momento crítico debemos olvidar sus actos del pasado.»² Los argumentos de los que otrora se había servido Millerand fueron adoptados por los que antes habían sido sus más decididos enemigos. Se había cumplido la profecía que había hecho Guesde en 1900: «Con un Millerand italiano, un Millerand alemán y un Millerand inglés, la Internacional dejaría de existir.»³

No obstante, los socialistas de ambos bandos continuaron afirmando que el movimiento internacional no había muerto (la Oficina se trasladó de Bruselas a La Haya y se nombró a tres holandeses como miembros del Ejecutivo). Había que contar aún con la opinión de los socialistas de los países neutrales; Italia se mantenía aún al margen del conflicto y el partido socialista italiano abogaba por una postura de neutralidad. Vandervelde viajó por Inglaterra y América para conseguir apoyo para la población civil belga. Al mismo tiempo, se establecieron nuevos vínculos entre los socialistas ingleses y franceses. Los social-demócratas alemanes comenzaron una intensa campaña propagandística y enviaron diversos emisarios para que explicaran el punto de vista alemán: Scheidemann acudió a Holanda, Südekum a Italia, el periodista Helphand, ruso de nacimiento y a quien se conocía por el sobrenombre de «Parvus», fue a Bulgaria, e incluso se intentó de algún modo influir sobre los militantes de la ocupada Francia. Los socialistas de los países neutrales se ofrecieron conjuntamente para una labor de mediación y decidieron la celebración de sendos congresos italo-suizo y escandinavo en el otoño. Pero en realidad se trataba de actividades poco importantes con escasa relación respecto a las preocupaciones de los socialistas en los países beligerantes, y una

1. Declaración del grupo socialista parlamentario, de la comisión administrativa permanente y del consejo de administración de *L'Humanité*. Citado en H. W. Humphrey, *International Socialism and the War* (Londres, 1915), pp. 83-4.

2. Humphrey, pp. 81-2.

3. Véase nota pág. 94.

pálida imitación de las grandes manifestaciones con carácter internacional del período de preguerra. La vida había abandonado a la Segunda Internacional y no había de volver. Poco a poco, la iniciativa iba a recaer en una serie de grupos reducidos y dispersos —los sindicalistas franceses, los exiliados rusos, los intelectuales alemanes— que fueron recuperándose poco a poco y empezaron a predicar la «guerra a la guerra» y, con mayor insistencia si cabe, que «sólo el derrocamiento revolucionario de los gobiernos burgueses, y en primer lugar del más reaccionario, salvaje y bárbaro gobierno zarista, puede abrir la vía al socialismo y a la paz entre las naciones».¹ Se creaba así una nueva ilusión que fuera capaz de sustituir a las de antes, ya periclitadas.

1. Lenin, *Appeal on the War*, agosto de 1915, en *Works*, XVIII, p. 212.

Conclusión

El mundo socialista no volvería a ser el mismo después de 1914. Su solidaridad internacional se había quebrado, y aunque la Segunda Internacional renacería inmediatamente después de finalizada la guerra, sobre ella pesaría enormemente su fracaso en impedir la guerra, y en mantener durante el conflicto los lazos que unían a los países socialistas. Por ello, los líderes de la Internacional no podían confiar en alcanzar metas importantes. Por si ello fuera poco, los social-demócratas tenían ahora que luchar en dos frentes. La amenaza de la izquierda era tan grave como la de la derecha, o quizá mayor, porque los nuevos partidos comunistas consiguieron el apoyo de las masas que habían constituido la fuerza de los social-demócratas durante el período anterior a la guerra. Todas las críticas de los grupos más extremos de la izquierda del movimiento internacional socialista parecían justificadas: los partidos socialistas estaban fosilizados, era imposible distinguir a sus líderes de los políticos burgueses, sus funcionarios en nada se diferenciaban de los funcionarios burgueses; y la crisis de 1914 sirvió para revelar el abismo existente entre sus palabras marxistas y sus hechos reformistas.

En muchos casos fueron estos mismos críticos los dirigentes de los nuevos partidos comunistas. Cuando las clases trabajadoras de los países beligerantes comenzaron a sentir el peso de la guerra, la iniciativa pasó a los hombres y mujeres que se oponían al conflicto bélico. Algunos de ellos consiguieron desafiar la proscripción de sus gobiernos y se reunieron en un país neutral, en Zimmerwald y Kienthal en 1915 y 1916. Pero fue después del éxito de la Revolución de Octubre en Rusia cuando Lenin consiguió la

adhesión de la mayoría de este grupo. Su objetivo consistía en transformar la guerra en una Revolución y crear una nueva Internacional.¹ En marzo de 1919 se fundó la Tercera Internacional en medio de la esperanza general de que la revolución mundial no tardaría en llegar.

Esta sincera esperanza revolucionaria atrajo hacia el comunismo a muchos social-demócratas. Y ello tanto más cuanto que en 1918 la mayor parte de sus antiguos líderes estaban plenamente identificados con el estado burgués. En Alemania, por ejemplo, donde siendo presidente Ebert y canciller Scheidemann, grupos incontrolados de nacionalistas pudieron sacar de la prisión a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht con la complicidad de los ministros social-demócratas para golpearles hasta causarles la muerte, no se podía dudar hacia dónde se sentiría atraída la izquierda revolucionaria. Lo cierto es que en los cuatro años posteriores al Armisticio, el Partido Comunista alemán llegó a ser un partido de masas. Por desgracia, heredó mucho de los defectos de sus predecesores social-demócratas, sobre todo la rigidez doctrinal y la estructura burocrática.

También en Francia los comunistas consiguieron en el Congreso de Tours de 1920 hacerse con la maquinaria y gran parte del apoyo de masas del partido socialista. Al mismo tiempo, recogiendo la tradición sindicalista de la acción directa, controlaron también a una gran parte de los sindicatos. En *L'Humanité*, que es actualmente el periódico del partido comunista, no sin ironía puede leerse aún: «Fundado por Jean Jaurès.» El SFIO dejó de ser un partido de la clase obrera para aglutinar a los oficinistas, pequeños funcionarios, o maestros. La transformación de los dos grandes protagonistas de la antigua Internacional debía alterar naturalmente el carácter del movimiento internacional. Después de la formación del Komintern, los partidos socialistas con mayor predicamento fueron aquellos cuyos principios teóricos se apartaban más del marxismo y cuyas tácticas eran más flexibles. Inglaterra, Bélgica y Escandinavia iban a ser los nuevos centros del socialismo, un socialismo muy diferente del que había encarnado el Partido Social-Demócrata alemán.

Los mismos elementos del Partido Social-Demócrata alemán que habían contribuido a la *dégringolade* de la Segunda Interna-

1. Véase especialmente Branko Lazitch, *Lénine et la IIIe Internationale* (Neuchâtel, 1945).

cional y que permitieron que Ebert y Scheidemann subieran al poder en 1918 sin que la sociedad alemana hubiera sufrido una transformación radical, contribuirían también al triunfo del nacional-socialismo. Cuando se planteó una situación que requería una acción enérgica e incluso violenta, la maquinaria del partido no pudo reaccionar con la rapidez suficiente ante unos acontecimientos que exigían la transformación de un partido constitucional pacífico en una fuerza capaz de resistir a la violencia y de encarnar una auténtica revolución. Los social-demócratas austríacos demostraron mayor flexibilidad que sus camaradas alemanes en el difícil período de la guerra y la revolución. Sus realizaciones prácticas y la elaboración de un original «austro-marxismo» les permitió no perder el apoyo de las masas en favor de los comunistas. Pero tampoco ellos consiguieron evitar la derrota y la disolución en 1934.¹ Uno de sus líderes más jóvenes expresó en forma elocuente la desesperación y la derrota final del mundo social-demócrata marxista:

«Nuestra niñez estuvo dominada por la guerra, nuestra juventud por la amarga experiencia de la decadencia de un movimiento al que nos habíamos unido cuando se hallaba en el cénit de su poder. Cuando llegamos a la madurez prácticamente había desaparecido. En la actualidad nos vemos rodeados por la ignorante barbarie fascista. Sus presiones y la atmósfera de un mundo que parece abocado irresistiblemente a la más terrible catástrofe tiende a crear un espíritu político muy diferente del que poseía la generación anterior a la nuestra.»²

Los líderes socialistas internacionales de aquella generación, que no habían muerto, como Bebel y Jaurès, antes de la catástrofe, reaccionaron de muy diferentes maneras a las nuevas circunstancias y a veces desempeñaron un papel sorprendente. Los que soportaron mayores dificultades fueron quienes, como Ebert y Scheidemann o Huysmans y Vandervelde, no llegaron a ser políticos respetables en una democracia parlamentaria ni líderes victoriosos de una revolución triunfante —como era el caso de Lenin—. Eran ellos —los mencheviques en Rusia o los socialistas independientes en Alemania— los que representaban en forma más auténtica a la antigua social-democracia. Así, uno contempla ató-

1. Véase Joseph Buttinger, *In the Twilight of Socialism* (Nueva York, 1954). Véase un estudio del «austro-marxismo» en Charles A. Gulick, *Austria from Habsburg to Hitler* (Berkeley y Los Angeles, 1948).

2. Buttinger, p. 389.

nito cómo Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron asesinados tras haber intentado una insurrección revolucionaria contra un gobierno social-demócrata, y cómo Kautsky y Bernstein, olvidados sus veinte años de controversia teórica, participaron al lado de los socialistas independientes en los horrores de la guerra y del rígido patriotismo de Ebert y sus seguidores.

Austria asistió a un intento desesperado por preservar algo del espíritu de la antigua social-democracia y trasladarlo a un mundo que había sido transformado por el éxito de la Revolución Rusa. Victor Adler no vivió más que el tiempo suficiente para ver la revolución en Viena, pero en los últimos años de su vida las divisiones que aquejaban al movimiento socialista se reflejaron de la forma más trágica en el seno de su propia familia. Su hijo Friedrich abandonó la Universidad de Zurich donde estaba estudiando física para dedicarse a la política y llegó a ser secretario del Partido Social-Demócrata austríaco. Muy pronto se situó en decidida oposición a la política de apoyo a la guerra de la que su padre era el principal protagonista. Cuando la guerra estaba en su tercer año, Friedrich llegó a la conclusión de que sólo le quedaba una posibilidad para expresar sus ideas, en un país en el que se había impuesto la censura de prensa y el Parlamento se hallaba disuelto por tiempo indefinido. Debía cometer un acto terrible de violencia y, durante el juicio a que sería sometido, podría lanzar sus invectivas contra el sistema. Fue así cómo después de mucho pensarlo decidió asesinar al primer ministro austríaco, Conde Stürgkh. Stürgkh almorzaba cada día en el mismo restaurante en Viena y a Fritz Adler, con su aspecto de erudito, encorvado y con un gran bigote, no le sería difícil encontrar una mesa lo suficientemente cerca del primer ministro como para poder dispararle su pistola. Después de ordenar una comida compuesta por varios platos para no despertar sospechas y cuando ya no había nadie cerca de Stürgkh que pudiera resultar herido, se acercó rápidamente hasta la mesa del primer ministro. «¿Conde Stürgkh?», le preguntó, para asegurarse de que no había equivocación posible. A continuación le disparó, causándole la muerte.

Su acción no tuvo, sin embargo, grandes consecuencias. Friedrich Adler tuvo la oportunidad de hacer su arenga política durante el juicio con toda libertad y sólo con algunas advertencias del juez de que no «hablara hacia la ventana». Rechazó con gran irritación la afirmación de su padre de que su acto era resultado de la inestabilidad mental heredada de la familia de su madre. Sea

como fuere en 1918, Adler se encontró fuera de la prisión y héroe de los revolucionarios vieneses. De haberlo deseado se podía haber convertido en el líder del nuevo Partido Comunista austríaco pero prefirió trabajar por la unidad socialista dentro del Partido Social-Demócrata. Posteriormente, se dedicó a la labor de alcanzar la unidad entre los socialistas y comunistas en el plano internacional y fue el animador de lo que pronto se llamó «Internacional Dos y Media» que intentó reunificar los restos de la Segunda Internacional con la Tercera, a cuyo frente estaban los comunistas. Después de fracasar, Friedrich Adler sucedió a Camille Huysmans como secretario de la nueva Segunda Internacional, puesto que ocupó hasta su definitiva disolución en la Segunda Guerra Mundial.¹ Si no consiguió mejores éxitos como revolucionario ni como organizador internacional fue quizá porque poseía los mismos defectos que el movimiento en el que había crecido: era a un tiempo doctrinario y sentimental, apacible y fanático, escrupuloso incluso en su acto de violencia, un acto contra el que se revelaba toda su naturaleza.²

Otros miembros de la Segunda Internacional conocieron destinos aún más extraños. Benito Mussolini aprendió de su experiencia socialista cuán efectiva podía ser la agitación política de masas. Pero pronto comprobó qué escaso futuro aguardaba a un demagogo en Italia a menos que estuviera dispuesto a explotar el violento nacionalismo provocado por la guerra. Así, hizo su propia revolución que proporcionó a los enemigos de la social-democracia su más perfecto ejemplo teórico y práctico. El fascismo contenía elementos susceptibles de atraer a ciertos tipos de socialistas para quienes el colectivismo centralizado era más importante que la democracia y la eficacia técnica más deseable que la libertad. En Francia, por ejemplo, un grupo de socialistas a cuyo frente se hallaba Renaudel elaboró a principios de la década de 1930 un «néo-socialisme» que trataba de romper con los estériles principios doctrinales a los que aún estaban sujetos la mayor parte de los miem-

1. Para la historia y estructura de la Segunda Internacional en el período de entreguerras véase John Price, *The International Labour Movement* (Londres, 1945).

2. Hay un relato en el sentido de que Adler se desmayó después de disparar contra Stürgkh y que el camarero, le arrojó una botella de agua sobre el rostro diciendo «Dieser stirbt mir auch!» (va a morir también encima de mí). Para una descripción de Fritz Adler durante la guerra civil española véase Arturo Barea, *The Clash* (Londres, 1946), pp. 233-4.

bros del partido francés, pero que sólo ofrecía un impreciso sistema de «*étatisme*»: empresas técnicas corporativas bajo el control estatal. Era una vía peligrosa y al menos dos de los jóvenes «*neo-socialistes*», Maquet y Deat, acabarían siendo ministros con Pétain y abogados de una estrecha cooperación con los nacional-socialistas alemanes. También Henri de Man, el joven belga que había desempeñado un papel importante en los últimos esfuerzos de la Internacional en 1914 por evitar la ruptura entre los socialistas franceses y alemanes, evolucionó hacia «más allá del marxismo»¹ hasta una posición que en 1940 sus enemigos calificaron de colaboración con los alemanes. Su caso es interesante y trágico al mismo tiempo. Aunque sucedió a Vandervelde como presidente del *Parti Ouvrier Belge*, en 1939 se hallaba totalmente desilusionado tanto por la aridez del marxismo doctrinario como por la mezquindad, egoísmo e intrigas que le parecían típicos del gobierno parlamentario. Su propia experiencia como ministro y su fracaso en llevar adelante su «*Plan de Travail*», una especie de «*New Deal*» para la reorganización de la economía belga, le condujo a pensar que la única solución era la reorganización total de la maquinaria gubernamental creando un Ejecutivo fuerte y un Parlamento muy débil. Así, al año siguiente, se produciría lo que él llamaba «colapso de un mundo decrepito».²

Posiblemente, lo más decrepito de todo era el movimiento socialista internacional tal como había sido concebido antes de 1914. Lo poco que había conseguido sobrevivir a la Primera Guerra Mundial no pudo superar las dificultades económicas de la década de 1930 y el triunfo evidente del fascismo hacia 1940. La ineficacia cada vez mayor de hombres como Friedrich Adler y la desilusión creciente de otros como de Man eran típicas de los intelectuales del movimiento. Lo característico en el socialista medio era la aceptación estoica de lo que pudiera pasar: «*Über fünfzig Jahre hab i für die Internationale gekämpft, und heut ist mei oanzige Freud mei Hoamgartl*»³ puso en labios de un trabajador bávaro en 1933 el dibujante humorista Karl Arnold; quince años después podría considerarse afortunado de tener siquiera ese placer.

1. Henri de Man, *Au delà du Marxisme* (Bruselas, 1925; París, 1929).

2. Henri de Man, *Cavalier Seul* (Ginebra, 1948), p. 254.

3. «He luchado por la Internacional durante más de 50 años y ahora la única satisfacción que me queda es mi pequeña casita.»

2

«El socialismo desaparecerá por no haber sido capaz de comprender la importancia del problema de la libertad para la raza humana, del mismo modo que han fracasado todas las concepciones anteriores al socialismo que se dejaron deslumbrar por el espectáculo que presentaba el efecto total olvidando analizar las diferentes procedencias de la luz que contribuía a producir ese efecto.»¹

Robert Michels hizo esta profecía después de haber vivido su propia experiencia en el Partido Social-Demócrata alemán. Ciertamente, cuando el Partido Social-Demócrata adquirió gran desarrollo fue absorbiendo cada vez más intensamente todas las actividades de sus miembros. Y la doctrina marxista, interpretada por los grandes teóricos de la Segunda Internacional, Plejanov, Kautsky, etcétera, proporcionaba las respuestas adecuadas para cualquier problema. Circulaban multitud de panfletos asequibles a cualquier miembro del partido en los que se afirmaban las más altas verdades del materialismo dialéctico en un lenguaje sencillo. Para muchos europeos, pertenecer a un partido socialista era lo mismo que ser miembro de una iglesia, una iglesia cuyas propias leyes aseguraban el triunfo.

Esta descripción que hace Joseph Buttinger de sus primeros años en el Partido Social-Demócrata austríaco nos permite hacernos una idea de las actividades del partido y del talante del mundo socialista:

«Estimulado por la prensa socialista, participaba enérgicamente en los "programas culturales de la clase obrera"; asistía a todas las conferencias, no perdía nunca un ensayo del Club Socialista Glee, participaba en todas las excursiones del grupo "Amigos de la Naturaleza" e incluso llegó a bailar danzas folklóricas y fue actor aficionado. En la cooperativa de los trabajadores compró su primer cepillo de dientes, y de la biblioteca de los trabajadores tomó prestado su primer libro, *El origen de la propiedad privada, de la familia y el Estado*, de Friedrich Engels. Por principio ahora cambiaba su camisa una vez a la semana...»²

Indudablemente, una organización de este tipo que abarcaba todas las esferas de la vida de sus miembros resultaba muy útil y atractiva en una época de extraordinaria expansión económica y gran competencia industrial.

1. R. Michels, *Les partis politiques* (ed. francesa, París, 1914), p. 291.

2. Buttinger, p. 404.

En Inglaterra, alguna de las iglesias menos conformistas había tratado de dulcificar la dureza de las condiciones derivadas de la Revolución Industrial creando para el proletariado un centro de interés y un foco para su vida social. En el continente, al menos en los países católicos, la iglesia, a pesar de las buenas intenciones que animaban a algunos reformistas, se hallaba decididamente al lado del orden establecido. Por ello, el movimiento socialista era rotundamente anticlerical, y los social-demócratas se declaraban a sí mismos *Konfessionslos* (no confesionales) cuando tenían que llenar un formulario oficial o registrarse para el servicio militar. También en este aspecto la social-democracia tomó el lugar de las iglesias y los políticos profesionales y agitadores fueron algo así como los jesuitas (hecho que fue advertido por Bismarck cuando elaboró su legislación antisocialista, en la que a los agitadores profesionales se les aplicaban las mismas penas con las que había castigado a los jesuitas algunos años antes durante la *Kulturkampf*).

Un movimiento de este tipo que sobrepasaba ampliamente los límites de la que normalmente se consideraba función de un partido político, producía ejemplos extraordinarios de devoción y sacrificio y pronto desarrolló su propio código moral. Así, llegó a contar con sus fanáticos y sus puritanos, con sus herejes y sus cismáticos. Muchos socialistas adoptaron un ideal austero de comportamiento personal que les llevó a despreciar cualquier lujo que podía situarles por encima del nivel normal de un trabajador.¹ Muchas veces se despreciaba al matrimonio como una institución burguesa, pero «el amor libre» adquirió la forma de una fidelidad de por vida a un «compañero perpetuo». Algunos socialistas eran abstemios convencidos y otros se hicieron vegetarianos. Esta elevada devoción a una causa común y al bienestar del prójimo, aunque en ocasiones podía llevar a una postura intolerante, constituía también uno de los aspectos más atractivos de la vida socialista y contribuyó en gran manera a compensar su aridez doctrinal y el comportamiento político poco escrupuloso de algunos de los líderes del movimiento. Evidentemente, éstas no son virtudes exclusivamente socialistas, y siguen existiendo en el movimiento socialista ahora que éste ha perdido su contenido marxista. Tal es el caso, por ejemplo, de las comunidades de Israel que tanto deben a la tradición menchevique y que incluso en ciertos aspectos son deudores de los sueños de los primeros socialistas utópicos.

1. El autor recuerda el comentario de un sindicalista extranjero al ver el menú en un restaurante de Londres: «*Feines Essen hab'ich nicht gern*».

Lo cierto es que en la práctica la social-democracia marxista era atemperada por las ideas liberales; esto constituía su fuerza y su debilidad a un tiempo. Los slogans que los socialistas daneses utilizaron en Copenhague para decorar la sala donde se celebró el Congreso de la Internacional de 1910, nos recuerdan que gran parte de una tradición más antigua había sobrevivido a los esfuerzos marxistas de *Gleichschaltung*:

El trabajo es la fuente de la riqueza.
Construimos en solidaridad.
El saber es energía.
La religión es un asunto privado.
Desaparición de las diferencias de clase.
No a los monopolios privados.
La voluntad del pueblo es la voluntad suprema.
Sufragio universal igualitario.
Una jornada laboral máxima de ocho horas.
El desarme significa la paz.
Una sola y misma ley para las mujeres y los hombres.
Libertad, Igualdad, Fraternidad.

El problema con estos slogans tan eclécticos era que de tanto repetirlos habían dejado de tener importancia en la política práctica. Rosa Luxemburg supo ver este peligro y atacó duramente a Jaurès por la fe que demostraba en el poder cautivador de tales frases.

«Las melodías que todavía canta Jaurès —escribió— me recuerdan las viejas arias de Verdi. En otro tiempo, en la soleada Italia estaban en los labios de cualquier granuja feliz como la promesa de la primavera de un pueblo. Ahora todavía las oímos, pero reproducidas mecánicamente con terrible monotonía en los organillos. *Tempi passati!* Y el organillero mira fijamente al espacio con aire de ausente aburrimiento mientras toca; las mismas canciones, pero el espíritu ha cambiado.»¹

Hay que decir, sin embargo, que la propia Rosa Luxemburg estaba más imbuida de los principios liberales de lo que ella misma estaba dispuesta a admitir. En 1918 creía que una revolución sólo podía hacerse sobre la base de una insurrección espontánea de la clase obrera. Sin duda, le habría parecido intolerable la coer-

1. Frölich, p. 223.

ción y el terror que se vieron obligados a utilizar los bolcheviques continuamente para alcanzar su revolución y mantenerse en el poder. Poco antes de su muerte, Rosa Luxemburg criticaba el intento de Lenin de dominar la nueva Internacional. «La revolución proletaria no necesita el terror para alcanzar sus fines; odia y abomina el asesinato...», escribió. «No es el intento desesperado de una minoría para ordenar el mundo según su ideal, sino la acción de masas de millones de personas lo que hace falta para que se cumpla la misión de la Historia, para que la necesidad histórica se transforme en realidad.»¹

Si hubiera vivido más tiempo se habría visto obligada a afrontar con más urgencia y de forma más práctica que nunca el dilema inherente a su posición. Por una parte, los bolcheviques constituían un ejemplo de revolución victoriosa en unas condiciones que nunca habían sido previstas por Marx, en tanto que el Partido Social-Demócrata alemán no había conseguido transformar la estructura de la sociedad alemana. Pero, por otro lado, se veía cada vez con mayor claridad que para conseguir sus propósitos los rusos habían tenido que prescindir de la mayor parte de los supuestos liberales que eran parte integrante de la tradición social-demócrata internacional. Muchos socialistas europeos estaban dispuestos, aunque sin gran entusiasmo, a seguir su ejemplo. En definitiva, los partidos comunistas debían su éxito a los acontecimientos ocurridos en Rusia. Cada nuevo fracaso de la social-democracia, sobre todo los de 1933 y 1934, daban mayor fuerza a los supuestos comunistas.

«Nuestra fatal falta de confianza intentó establecer un puente entre la revolución y el mundo ya existente...»²

Cuando se rompió ese puente, fueron muchos los que se convencieron de que la única posibilidad que quedaba era la estricta y despiadada disciplina comunista, respaldada por el poder de la Unión Soviética. Más tarde, muchos lamentarían su elección. Desilusionados con el comunismo marxista se convirtieron en los más fanáticos anticomunistas, al igual que alumnos de los colegios de

1. *Bericht über den Gründungsparteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund)*, pp. 49-56, citado por E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution 1917-1923* (Londres, 1953), III, p. 105. Ed. castellana por Alianza Editorial.

2. Stephen Spender, *Vienna* (Londres, 1934), p. 27.

jesuitas habían llegado a ser los más firmes anticlericales en la generación anterior.

Aquellos social-demócratas que no consiguieron desprenderse de su fe en la humanidad, en la libertad y en la democracia se hallaban en una posición más difícil, sobre todo en países como Francia e Italia, donde se vieron enfrentados con hombres ricos y poderosos, decididos a no perder ninguno de sus privilegios. Los socialistas más afortunados fueron los de aquellos países como Inglaterra o Suecia, donde la vía del reformismo práctico no se vio impedida por una teoría general sobre la naturaleza de la historia y de la sociedad. Resulta mucho más fácil pensar en pensiones para los ancianos o en un sistema de seguridad social cuando uno no está obsesionado por la idea de «hacer cumplir la misión de la historia» o «de transformar la necesidad histórica en realidad». Y es muy difícil luchar por la destrucción de la sociedad existente si uno se detiene por el camino para mejorar el sistema de desagüe o el servicio de transporte.

Los participantes en el movimiento socialista europeo entre 1880 y el momento del estallido de la Segunda Guerra Mundial se encontraron sumidos constantemente en situaciones en las que era lícito preguntarse si marxismo y democracia eran dos valores compatibles, y si el marxismo proporcionaba una base adecuada para una acción política práctica. La mayoría de las veces se contentaron con reafirmar los dogmas marxistas sin comprobar su validez. En los casos en que alcanzaron el éxito político, fue frecuentemente a pesar de —y no gracias a ellas— sus afirmaciones doctrinales. Porque no es seguro que una teoría dogmática general de la Historia y de la Naturaleza humana pueda servir siempre como base para la acción política en una sociedad que cree en el gobierno parlamentario y en la libertad personal.

Apéndice

La Revolución de Stuttgart

El militarismo y los conflictos internacionales

«El Congreso confirma las resoluciones de los precedentes Congresos de la Internacional contra el militarismo y el imperialismo y declara una vez más que la lucha contra el militarismo no puede separarse de la lucha de clases socialista.

»Las guerras que se producen entre los estados capitalistas son habitualmente el resultado de su rivalidad en la conquista de los mercados mundiales, porque cada uno de los estados no se limita a consolidar su propio mercado sino que trata de conseguir otros nuevos. En este proceso es de la mayor importancia la subyugación de tierras y pueblos extranjeros. Además, estas guerras surgen como consecuencia de la incesante carrera de armamentos del militarismo, que es uno de los principales instrumentos de control de la burguesía y de la esclavización económica y política de la clase obrera.

»Las guerras se ven alentadas por los prejuicios de una nación contra otra, que se fomentan sistemáticamente en beneficio de las clases dirigentes para apartar al proletariado de sus preocupaciones de clase así como de sus obligaciones de solidaridad internacional de clase.

»Así pues, las guerras son inherentes a la naturaleza del capitalismo; no cesarán hasta que la economía capitalista haya sido suprimida o cuando la magnitud del sacrificio de seres humanos y de dinero exigido por el desarrollo tecnológico de la guerra, y el rechazo popular de la carrera de armamentos, desemboquen en la abolición de este sistema.

»Esta es la razón por la que la clase obrera, que es la que proporciona en mayor número los soldados y la que realiza los mayores sacrificios materiales, es enemiga natural de la guerra, que se opone a su objetivo: la creación de un sistema económico basado en principios socialistas que hará realidad la solidaridad entre las naciones.

»El Congreso mantiene, por lo tanto, que es deber de las clases obreras y especialmente de sus representantes en el Parlamento, reconociendo el carácter clasista de la sociedad burguesa y los motivos que inducen a mantener el enfrentamiento entre las naciones, luchar con todas sus fuerzas contra el armamento naval y militar, y negarse a facilitar los medios para proseguirlo, así como trabajar por la educación de la juventud obrera en el espíritu de hermandad de las naciones y en el del socialismo, y procurar que tenga conciencia de clase.

»El Congreso ve en la organización democrática del ejército, en la sustitución del ejército profesional por la milicia popular, una garantía esencial para impedir las guerras agresivas y para facilitar la superación de las diferencias entre las naciones.

»La Internacional no puede precisar la forma exacta que debe tomar la acción de clase obrera contra el militarismo en el lugar y tiempo adecuado, porque varía naturalmente en los diferentes países. Pero su tarea es la de fortalecer y coordinar en la medida de lo posible las iniciativas de la clase obrera contra la guerra.

»De hecho desde el Congreso de Bruselas, el proletariado, a través de su incansable lucha contra el militarismo, negándose a facilitar los medios para el armamento militar, y mediante su iniciativa para democratizar la organización militar, ha puesto en práctica las más variadas formas de acción, cada vez con mayor energía y éxito, para impedir que se produzcan guerras o para ponerles fin, y se ha servido de la agitación social provocada por la guerra para conseguir el objetivo de liberar a las clases trabajadoras. Por ejemplo, el acuerdo entre los sindicatos ingleses y franceses después de los acontecimientos de Fashoda para asegurar la paz y restablecer las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia; la intervención de los partidos social-demócratas en los parlamentos de Francia y Alemania durante la crisis marroquí; las declaraciones de los socialistas franceses y alemanes en la misma ocasión; la acción concertada de los socialistas austríacos e italianos que se reunieron en Trieste para impedir un conflicto entre los dos estados; la intervención de los sindicatos socialistas en Suecia para impedir un ataque contra Noruega; finalmente, la heroica y sacrifici-

da lucha de los obreros y campesinos socialistas en Rusia y Polonia en oposición a la guerra inspirada por el zar, para detenerla y utilizar la crisis en que se encontraba el país en pro de la liberación de las clases obreras.

»Todas estas iniciativas testimonian la fuerza creciente del proletariado y su poder para asegurar la paz mediante su decisiva intervención; la acción de las clases obreras será tanto más efectiva cuanto más preparados se hallen sus espíritus para una acción adecuada y cuanto mayor sea el estímulo y la unidad que les garantice la Internacional.

»El Congreso se declara convencido de que la presión del proletariado podría conseguir el desarme internacional mediante los tribunales de arbitraje en lugar de las maquinaciones de los gobiernos. Esto haría posible utilizar con fines culturales los tremendos gastos de dinero y energía que absorben los armamentos militares y la guerra.

»Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es obligación de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios de los países afectados, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan efectivos, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y la situación política general.

»En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.»

Bibliografía

- ADLER, Victor, *Aufsätze, Reden und Briefe* (9 vols.) (Viena, 1929).
— *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky* (Ed. Friedrich Adler) (Viena, 1954).
- ANDLER, Charles, *Le socialisme impérialiste dans l'Allemagne contemporaine* (París, 1918).
— *La décomposition politique du socialisme allemand 1914-1919* («París, 1919).
— *Vie de Lucien Herr* (París, 1932).
- BALABANOVA, Angelica, *Memoirs of a Zimmerwaldian* (Leningrado, 1925).
— *My life as a Rebel* (Londres, 1938).
- BAUER, Otto, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* (Viena, 1907).
- BEBEL, August, *Aus Meinem Leben* (3 vols.) (Nueva ed. Berlín, 1946).
- BEER, Max, *Fifty Years of International Socialism* (Londres, 1935).
- BERLAU, A. Joseph, *The German Social Democratic Party 1914-1921* (Nueva York, 1949).
- BERNSTEIN, Eduard, *Die Internationale der Arbeiterklasse und der Europäische Krieg* (Tübingen, 1916).
— *Die Voraussetzungen des Sozialismus* (1899). Editado en español por Ed. Fontamara.
— *My years of exile* (traducido por Bernard Miall) (Londres, 1920).
- BEVAN, Edwyn, *German Social Democracy during the War* (Londres, 1918).
- BLUM, Léon, *Les congrès ouvriers et socialistes français* (2 vols.) (París, 1901).

- Jaurès (París, 1933).
- *Souvenirs sur L'Affaire* (París, 1935).
- *L'Oeuvre de Léon Blum 1891-1905* (París, 1954).
- BOTHEREAU, Robert, *Histoire du syndicalisme français* (París, 1947).
- BRANDIS, K., *Die deutsche Sozialdemokratie bis zum Fall des Sozialistengesetzes* (Leipzig, 1931).
- BRAUN, Lily, *Memoiren einer Sozialistin. I. Lehrjahre II. Kampfjahre* (Munich, 1909).
- BRETON, J. L., *L'Unité Socialiste* (París, 1911).
- BRÜGEL, Ludwig, *Geschichte der oesterreichischen Sozialdemokratie* (5 vols.) (Viena, 1925).
- CARR, E. H., *The Bolshevik Revolution 1917-1923* (3 vols.) (Londres, 1950-53). Edit. en español por Alianza Editorial.
- CHARNAY, M., *Les Allemanistes* (París, 1911).
- COLE, G. D. H., *British Working Class Politics 1832-1914* (Londres, 1941).
- *A History of Socialist Thought* (vol. II *Marxism and Anarchism 1850-1890*) (Londres, 1954). Editado en español por Fondo Cultura Económica.
- COMPÈRE-MOREL, J., *Grand Dictionnaire socialiste* (París, 1924).
- *Jules Guesde* (París, 1937).
- DA COSTA, C., *Les Blanquistes* (París, 1912).
- DAVID, Eduard, *Die Sozialdemokratie im Weltkrieg* (Berlín, 1915).
- DEUTSCHER, I., *The Prophet Armed. Trotsky 1879-1912* (Oxford, 1954). Editado en español por Ed. Era.
- DOLLÉANS, E., *Histoire du Mouvement Ouvrier* (3 vols.) (París, 1946-1953).
- DOLLÉANS, E. y CROZIER, M., *Mouvements ouvrier et socialiste - Chronologie et Bibliographie* (París, 1950).
- DOMMANGET, M., *Histoire du Premier Mai* (París, 1953). En español por Ediciones de Bolsillo.
- DRACHKOVITCH, M. M., *Les socialismes français et allemand et le problème de la guerre 1870-1914* (Ginebra, 1953).
- *De Karl Marx à Léon Blum* (Ginebra, 1954).
- EISNER, Kurt, *Wilhelm Liebknecht* (Berlín, 1900).
- ERMERS, Max, *Victor Adler: Aufstieg und Grösse einer sozialistischen Partei* (Viena y Leipzig, 1932).
- FAINSOD, Merle, *International Socialism and the World War* (Cambridge, Mass., 1935).

- FOLLOWS, J. W., *Antecedents of the International Labour Organization* (Oxford, 1951).
- FRÖLICH, Paul, *Rosa Luxemburg* (Londres, 1940).
- GANKIN, Oliver Hess y FISHER, H. H., *The Bolsheviks and The World War* (Stanford, 1940).
- GAY, Peter, *The Dilemma of Democratic Socialism* (Nueva York, 1952).
- GRADNAUER, G., *Wahlkampf!* (Dresde, 1911).
- GRÜNBERG, Karl, *Die Internationale und der Weltkrieg* (2 vols.) (Leipzig, 1916).
- HAASE, Ernst, *Hugo Haase, sein Leben und Wirken* (Berlín, 1930).
- HAENISCH, Konrad, *Die deutsche Sozialdemokratie in und nach dem Weltkriege* (Berlín, 1919).
- HALÉVY, E., *Histoire du socialisme européen* (París, 1948).
- HAMPDEN JACKSON, J., *Jean Jaurès* (Londres, 1943).
- HILTON YOUNG, W., *The Italian Left* (Londres, 1949).
- HOCHDORF, Max, *August Bebel* (Berlín, 1932).
- HUBERT-ROUGER, *La France socialiste* (3 vols.) (París, 1912-1921).
- HUMBERT, S., *Les Possibilistes* (París, 1911).
- HUMPHREY, A. W., *International Socialism and the War* (Londres, 1915).
- HUYSMANS, Camille, *The Policy of the International* (Londres, 1916).
- HYNDMAN, H. M., *Record of an Adventurous Life* (Londres, 1911).
- *Further Reminiscences* (Londres, 1912).
- JAURÈS, Jean, *Oeuvres* (Ed. Max Bonnafous, 9 vols.) (París, 1932-1939).
- *Les Preuves* (París, 1898).
- KAMPFFMEYER, Paul, *Georg von Vollmar* (Munich, 1930).
- KANN, Robert A., *The Multinational Empire* (2 vols.) (Nueva York, 1950).
- KAUTSKY, Karl, *Der Weg zur Macht* (Berlín, 1909). Ed. en español por Ed. Grijalbo.
- *Taktische Strömungen in der deutschen Sozialdemokratie* (Berlín, 1911).
- *Die Internationalität und der Krieg* (Berlín, 1915).
- *Vergangenheit und Zukunft der Internationale* (Viena, 1920).
- *Die Sozialisierung der Landwirtschaft* (Berlín, 1921).
- *Sozialisten und Krieg* (Viena, 1937).
- KEIL, Wilhelm, *Erlebnisse eines Sozialdemokraten* (Stuttgart, 1947).

- KLÜHS, Franz, *August Bebel* (Berlín, 1923).
- LAIR, Maurice, *Jaurès et l'Allemagne* (París, 1935).
- LASKINE, Edmond, *L'Internationale et le Pangermanisme* (París, 1916).
- LAZITCH, Branko, *Lénine et la III^e Internationale* (Neuchâtel, 1951).
- LA CHESNAIS, P. G., *The Socialist Party in the Reichstag and the Declaration of War* (Londres, 1915).
- LENZ, J., *Rise and Fall of the Second International* (Nueva York, 1932).
- LEVY-BRUHL, L., *Jaurès* (París, 1924).
- LORWIN, Lewis L., *Labour and Internationalism* (Nueva York, 1929).
- LOUIS, Pau, *Histoire du Mouvement Syndical en France 1789-1910* (París, 1920).
- *Histoire du socialisme en France* (París, 1946).
- *Cent-cinquante ans de pensée socialiste* (2 vols.) (París, 1947-1953).
- MAITRON, Jean, *Histoire du Mouvement Anarchiste en France* (París, 1951).
- DE MAN, Henri, *The Remaking of a Mind* (Nueva York, 1919).
- *Au delà du Marxisme* (Bruselas, 1925, París, 1928).
- *Cavalier Seul* (Ginebra, 1948).
- MAYER, Gustav, *Friedrich Engels* (2 vols.) (La Haya, 1934).
- MEDA, Filippo, *Il socialismo politico in Italia* (Milán, 1924).
- MEHERING, F., *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie* (Stuttgart, 1897).
- MICHELS, R., *Les partis politiques* (ed. francesa) (París, 1914).
- *Die deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbande. (I Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, Vol. XXV, I Heft, 1907).*
- *August Bebel* (*ibid.* vol. XXXVII, 1913).
- MILHAUD, Edgar, *La démocratie socialiste allemande* (París, 1903).
- NIEUWENHUIS, D., *Van Christen tot Anarchist* (Amsterdam, 1911).
- NOSKE, Gustav, *Erlebtes aus Aufstieg und Niedergang einer Demokratie* (Offenbach-am-Main, 1947).
- ORRY, Albert, *Les Socialistes Indépendants* (París, 1911).
- PARTI OUVRIER FRANÇAIS, *Aux travailleurs de France - II ans d'histoire socialiste* (París, 1901).
- PELLOUTIER, F., *Histoire des Bourses du Travail* (París, 1921).
- PERTICONE, Giacomo, *Le Tre Internazionali* (Roma, 1944).

- PLEJANOV, G. V., *La Socialdemocratie et la Guerre* (París, 1916).
- PRICE, John, *The International Labour Movement* (Londres, 1945).
- PROLO, Jacques, *Les Anarchistes* (París, 1912).
- RAPPOPORT, Charles, *Le Socialisme et la Guerre* (París, 1915).
- Jean Jaurès (París, 1916).
- RENNER, Karl, *Das Selbstbestimmungsrecht der Nationen* (Viena, 1918).
- RIKLI, Erika, *Der Revisionismus* (Zurich, 1936).
- ROSMER, Alfred, *Le mouvement ouvrier pendant la guerre; I. De l'union sacrée à Zimmerwald* (París, 1936).
- RUSSELL, Bertrand, *German Social Democracy* (Londres, 1896).
- SCHNEIDEMANN, Philipp, *Der Zusammenbruch* (Berlín, 1921).
- *Memoirs* (ed. inglesa, 2 vols., 1929).
- SERGEANT, A. y HARMEL, C., *Histoire de l'Anarchie* (París, 1949).
- SEVERING, Carl, *Mein Lebensweg*, vol. I (Colonia, 1950).
- SHADWELL, A., *The Socialist Movement 1824-1924* (2 vols.) (Londres, 1925).
- STEWART, William, *James Keir Hardie* (nueva ed., Londres, 1925).
- SUAREZ, Georges, *Briand: Sa vie, son oeuvre avec son journal et de nombreux documents inédits* (6 vols.) (París, 1932-1952).
- TSCHEFFELY, A. F., *Don Roberto* (Londres, 1937).
- TURATI, Filippo y KULISCHOFF, Anna, *Carteggio I (Maggio 1898-Giugno 1899)* (Milán, 1949).
- VALIANI, Leo, *Histoire du Socialisme au XXe siècle* (París, 1948).
- *Dalla prima alla seconda Internazionale* (Movimento Operaio, vol. VI, núm. 2, marzo-abril, 1954).
- VAN DER SLICE, Austin, *International Labor, Diplomacy and Peace 1914-1919* (Universidad de Pensilvania, 1941).
- VANDERVELDE, Emile, *La Belgique envahie et le socialisme international* (París, 1917). Jaurès (París, 1920). *Souvenirs d'un militant socialiste* (París, 1934). *Le cinquantenaire du POB* (Bruselas, 1936).
- VENTURI, Franco, *Jean Jaurès e altri storici della Rivoluzione francese* (Turín, 1948).
- VOLLMAR, G. von, *Ueber die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie* (Munich, 1891).
- WALLING, W. E., *The Socialists and the War* (Nueva York, 1915).
- WALLING, W. E. y otros, *The Socialism of Today* (Nueva York, 1916).

- WEBB, Beatrice, *Beatrice Webb's Diaries, 1912-1924* (Edición preparada por Margaret Cole) (Londres, 1952).
- WEINSTEIN, Harold R., *Jean Jaurès. A Study of Patriotism in the French Socialist Movement* (Nueva York, 1936).
- WOLFE, Bertram D., *Three who made a Revolution* (Nueva York, 1948).
- ZÉVAES, Alexandre, *Le Socialisme en 1912* (París, 1912).
- *Notes et Souvenirs d'un militant* (París, 1913).
- *La Faillite de l'Internationale* (París, 1917).
- *Le Parti Socialiste de 1904 à 1923* (París, 1923).
- *Jules Guesde* (París, 1920).
- *De l'introduction du Marxisme en France* (París, 1947).
- *Histoire du socialisme et du communisme en France* (París, 1947).
- *Jean Jaurès* (París, 1951).

FLACSO ARGENTINA
BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo 1. El mundo socialista en 1889	8
Capítulo 2. Fundación de la Segunda Internacional	32
Capítulo 3. La lucha con los anarquistas	56
Capítulo 4. Reformismo y revisionismo	76
Capítulo 5. Socialismo y nacionalismo	102
Capítulo 6. Las campanas de Basilea	120
Capítulo 7. El verano de 1914	148
Conclusión	171
Apéndice. La Resolución de Stuttgart	182
Bibliografía	185

